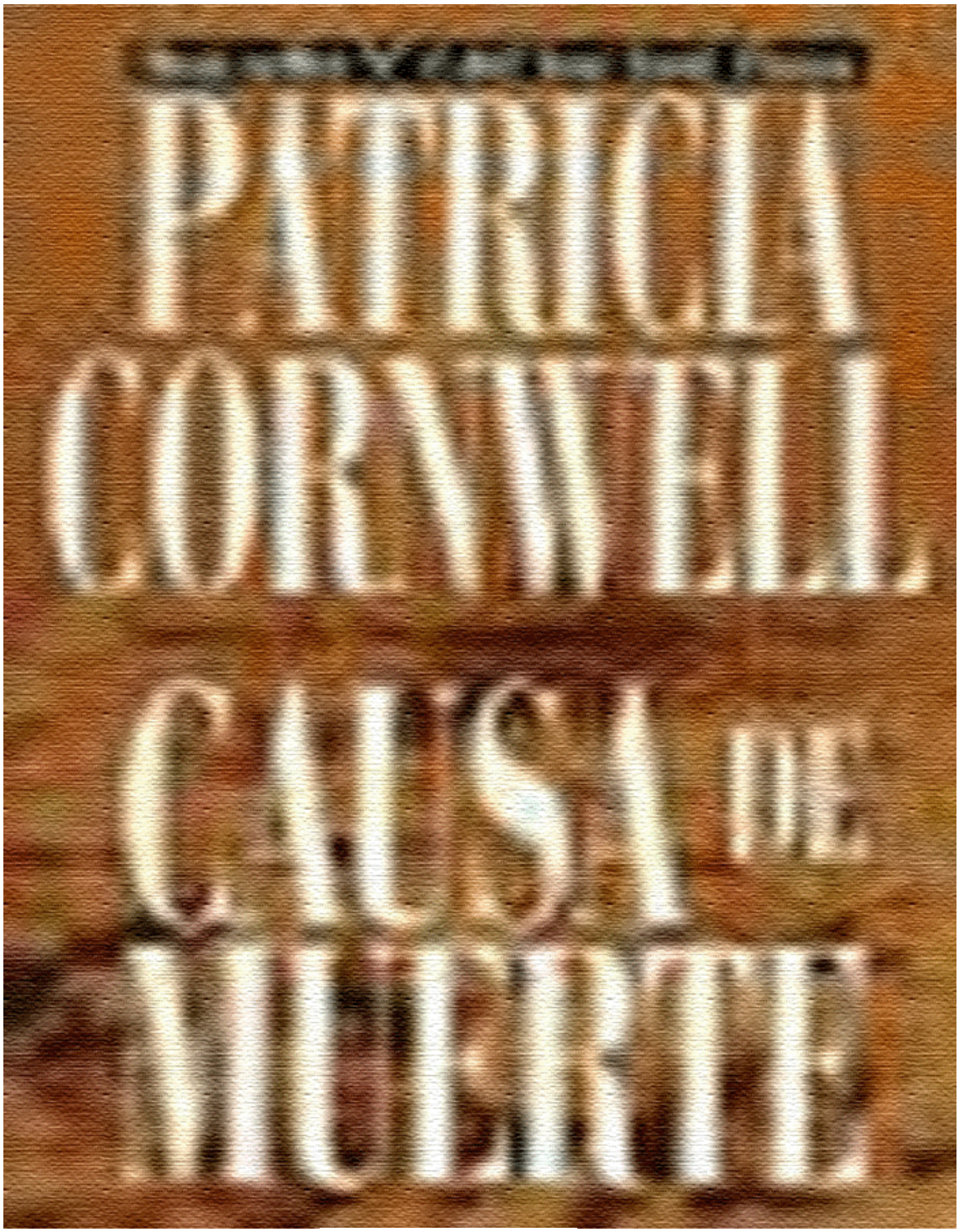
CAUSA DE MUERTE
PATRICIA D. CORNWELL



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Susanne Kirk,
Editora visionaria y amiga

Título: **CAUSA DE MUERTE**
SCARPETTA 07

Autor: (1996) Patricia D. Cornwell

Título Original: Cause of Death

Traducción: (1997) Hernán Sabaté

Edición Electrónica: (2002) Pincho

Y él les dijo la tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho éste? Ninguna culpa de muerte he hallado en él.

Lucas, 23:22

1

La última madrugada del año más sangriento en Virginia desde la Guerra de Secesión, encendí la chimenea y me senté ante una ventana en la que sabía que, al amanecer, divisaría el mar. A la luz de una lámpara, envuelta en una bata, estaba revisando las estadísticas anuales de mi oficina relativas a accidentes de coche, ahorcamientos, palizas, tiroteos, apuñalamientos y demás, cuando el teléfono sonó desconsideradamente a las cinco y cuarto.

-Maldita sea -murmuré. Empezaba a arrepentirme de mi ofrecimiento de atender las llamadas al doctor Phillip Mant-. ¡Está bien, está bien!

La desvencijada casa de campo de Mant estaba escondida tras una duna en un austero municipio de la costa de Virginia llamado Sandbridge, entre la base naval anfibia de la Marina y el refugio nacional de la vida salvaje de Back Bay. Mant era mi forense ayudante jefe en el distrito de Tidewater y, desgraciadamente, su madre había fallecido la semana anterior, en Nochebuena. En circunstancias normales, el regreso a Londres para poner en orden los asuntos familiares no habría constituido una emergencia para el sistema forense del estado de Virginia, pero la patóloga forense ayudante de Mant ya estaba de baja por maternidad y el supervisor del depósito de cadáveres había dejado su puesto de trabajo hacía poco tiempo.

-Domicilio de los Mant -respondí mientras el viento agitaba las siluetas oscuras de los pinos tras los cristales.

-Aquí el agente Young, de la policía de Chesapeake -dijo una voz que sonaba a la de un varón blanco criado en el Sur-. Querría hablar con el doctor Mant.

-Está en el extranjero -respondí-. ¿Puedo ayudarle en algo?

-¿Es usted la señora Mant?

-Soy la doctora Kay Scarpetta, forense jefe. Sustituyo al doctor Mant.

Tras un titubeo, la voz continuó:

-Nos ha llegado información sobre una muerte. Una llamada anónima.

-¿Sabe dónde se ha producido la supuesta muerte? -Empecé a tomar notas.

-Según parece, en el varadero de naves fuera de servicio de la Marina.

-¿Perdón?

El hombre repitió lo que acababa de decir.

-¿Estamos hablando entonces de un submarinista de la Marina?

Me sentí desconcertada, porque tenía entendido que los únicos buceadores autorizados a sumergirse entre los viejos buques amarrados en el varadero eran los especialistas de la Marina cuando estaban de maniobras.

-No sabemos quién es, pero quizá buscaba recuerdos de la Guerra de Secesión.

-¿De noche?

-Señora, la zona está prohibida a menos que uno disponga de autorización, pero eso no ha impedido que algún curioso haya entrado en anteriores ocasiones. Se cuelan con los botes cuando ya ha anochecido.

-¿Es eso lo que el comunicante anónimo ha insinuado que había sucedido?

-Más o menos.

-Eso es bastante interesante.

-Lo mismo pienso yo.

-Y todavía no se ha encontrado el cuerpo… -murmuré. Me intrigaba que aquel agente llamara a un médico forense a una hora tan temprana, cuando aún no se tenía constancia de que existiera un cuerpo ni había siquiera una denuncia de desaparición.

-Ya estamos dando una batida y la Marina enviará unos buceadores, de modo que tendremos controlada la situación si aparece, pero quería que usted lo supiera. Y haga el favor de expresarle mis condolencias al doctor Mant.

-¿Sus condolencias? -repetí con perplejidad, pues no entendía que el hombre llamara preguntando por Mant si ya conocía su situación.

-Me he enterado de que ha fallecido su madre.

Apoyé la punta del bolígrafo en el papel.

-¿Me puede dar su nombre y un número donde llamarlo?

-Soy el agente S. T. Young.

Tomé nota de su número de teléfono y colgamos. Contemplé el fuego mortecino de la chimenea y me levanté a añadir leña. Me sentía inquieta y sola. Me hubiera gustado estar en Richmond, en mi casa, con velas en las ventanas y el árbol de Navidad decorado con felicitaciones de mi pasado. Deseaba escuchar a Mozart y a Haendel en lugar de oír el ulular del viento en el tejado y lamenté haber aceptado el amable ofrecimiento de Mant para que me quedase en su casa en vez de alojarme en un hotel.

Reanudé la lectura del informe estadístico, pero no dejaba de darle vueltas al asunto. Imaginé las aguas lentas del río Elizabeth, que en esa época del año estarían a menos de quince grados y en las que la visibilidad quedaría reducida, como mucho, a medio metro.

Una cosa era sumergirse en invierno a pescar ostras en la bahía de Chesapeake o salir a treinta millas de la costa en pleno océano Atlántico para explorar un porta aeronaves alemán hundido u otras maravillas por las que merecía la pena ponerse un traje de buceo, y otra muy distinta sumergirse en el río Elizabeth, donde la Marina varaba las embarcaciones decomisadas. No me cabía en la cabeza que alguien buceara solo en aquellas aguas, de noche y en invierno, para buscar cualquier curiosidad o artefacto, y pensé que la denuncia resultaría una broma.

Me levanté de la butaca y me dirigí al dormitorio principal, donde mis pertenencias se habían dispersado por toda la estancia, pequeña y

gélida. Me desnudé deprisa y tomé una ducha rápida pues el primer día había descubierto que el calentador de agua tenía sus limitaciones. En realidad no me sentía a gusto en la ventosa casa del doctor Mant, con las paredes de pino nudoso de color ámbar y los suelos pintados de marrón oscuro en los que destacaba cada partícula de polvo. Daba la impresión de que mi ayudante jefe, el británico doctor Mant, vivía en las oscuras garras de las rachas de viento. Cada instante que pasé en su casa, amueblada con lo indispensable, me sentí perturbada por sonidos cambiantes que a veces me hacían incorporarme en la cama en plena noche y buscar a tientas mi arma.

Envuelta en la bata y con los cabellos recogidos en una toalla, inspeccioné el dormitorio y el baño de invitados para asegurarme de que todo estaba en orden para la llegada a mediodía de mi sobrina Lucy. Después pasé revista a la cocina, que resultaba penosa en comparación con la mía. Parecía que no me había olvidado nada el día anterior, cuando fui en coche hasta Virginia Beach para comprar, pero lo cierto es que tendría que pasarme sin trinchador de ajos, amasador de pasta, procesador de alimentos y horno a microondas.

Empezaba a preguntarme seriamente si Mant comía allí alguna vez, e incluso si pasaba alguna noche en la casa. Por lo menos me había preocupado de meter en el equipaje parte de mi cubertería y de mi batería de cocina, y eran pocas las cosas que no podría improvisar con mis cazuelas y cuchillos.

Leí un rato más y me quedé dormida a la luz de una lámpara de brazo flexible. El teléfono me sobresaltó de nuevo y descolgué el auricular mientras mis ojos se acostumbraban a la luz diurna que me daba en el rostro.

-Aquí el detective C. T. Roche, de la policía de Chesapeake -dijo otra voz de varón que no reconocí-. Tengo entendido que sustituye al doctor Mant y necesitamos rápidamente una respuesta de usted. Parece que ha habido un accidente de buceo en el varadero de naves fuera de servicio de la Marina, con un fallecido. Tenemos que ir allí y recuperar el cadáver.

-Un agente suyo me informó hace unas horas por teléfono. Supongo que se trata del mismo caso, ¿no?

A su largo silencio siguió un comentario bastante a la defensiva.

-Según todas mis noticias, yo soy el primero en notificárselo.

-Un agente llamado Young me ha llamado a las cinco y cuarto de la madrugada. Déjeme ver... -Repasé la lista de llamadas-. Las iniciales eran S, de Sam, y T, de Tom.

Tras otra pausa, el hombre al teléfono respondió en el mismo tono:

-Mire, no sé a quién se refiere, porque aquí no tenemos a nadie con ese apellido.

Mi corazón empezó a bombear adrenalina mientras tomaba notas. Eran las nueve y trece minutos. Estaba perpleja por lo que el hombre acababa de decirme. Si el primer comunicante no era policía, ¿quién era y por qué había llamado? Además, ¿cómo era que conocía a Mant?

-¿Cuándo se ha descubierto el cuerpo?

-Hacia las seis, un guardia de seguridad del varadero observó la

presencia de una batea de fondo plano anclada detrás de uno de los barcos. Había una larga manguera que penetraba en el agua, como si hubiera algún buzo en el otro extremo. Cuando comprobaron que pasaba una hora sin que el individuo asomara, nos llamaron. Bajó un submarinista y, como le he dicho, hay un cuerpo.

-¿Está identificado?

-Recuperamos una cartera en la batea. El permiso de conducir va a nombre de un varón blanco llamado Theodore Andrew Eddings.

-¿El periodista? -dije incrédula-. ¿Ted Eddings?

-Treinta y dos años, pelo castaño y ojos azules, según la foto. Tiene una dirección en Richmond, en West Grace Street.

El Ted Eddings que conocía era un prestigioso periodista de investigación de la Associated Press. Apenas pasaba una semana sin que me llamara por algo. Me quedé tan sorprendida que por un momento fui incapaz de pensar de un modo coherente.

-También recuperamos una pistola de nueve milímetros -añadió el policía.

-Esa identificación no debe facilitarse a la prensa ni a nadie más, bajo ningún concepto, hasta que esté plenamente confirmada -dije con tono muy firme.

-No se preocupe por eso. Ya se lo he advertido a todo el mundo.

-Bien. ¿Y nadie tiene idea de qué hacía ese individuo buceando en ese varadero? -pregunté.

-Quizá buscaba objetos de la Guerra de Secesión.

-¿En qué se basa para decir eso?

-Mucha gente busca balas de cañón y otras cosas de esa época en los ríos de por aquí -respondió-. Bueno, seguimos adelante y lo sacamos para que no permanezca en el agua más tiempo del necesario.

-No. No quiero que nadie lo toque. Y además no cambiará nada si lo dejamos un rato más en el agua.

-¿Y qué hará usted? -La voz volvía a tener un tono defensivo.

-No lo sabré hasta que llegue ahí.

-Bueno, no creo necesario que venga…

-Detective Roche -lo interrumpí-, no es usted quién para decidir si es necesaria mi presencia, o qué puedo hacer o dejar de hacer cuando llegue.

-Verá, tengo a toda esa gente aguardando y para esta tarde se espera una nevada. A nadie le apetece rondar por los embarcaderos.

-Según el código de Virginia, el cadáver es jurisdicción mía, no de ustedes ni de ningún otro cuerpo de policía, de bomberos, de rescate ni de ningún servicio de pompas fúnebres. Que nadie toque el cadáver hasta que yo lo diga.

Lo dije con suficiente énfasis como para que el detective comprendiera que sabía ser muy dura.

-Tendré que decirle a todo el equipo de rescate y a los del varadero que habrá que esperar, y la noticia no les va a gustar. La Marina ya me está presionando para que despeje la zona antes de que se presente la prensa.

-Este caso no es jurisdicción de la Marina.

-Eso, dígaselo usted. Los barcos son suyos.

-Se lo diré encantada. Mientras tanto, dígales a todos que voy para ahí-le indiqué antes de colgar.

Pensé que podía tardar muchas horas en volver a la casa y dejé una nota en la puerta con crípticas instrucciones a Lucy para que pudiera entrar si yo no estaba. Escondí la llave donde sólo ella podría encontrarla, preparé el maletín médico y cargué el equipo de inmersión en el portaequipajes del Mercedes negro. A las diez menos cuarto la temperatura había subido a nueve grados, y mis intentos de ponerme en contacto con el capitán Pete Marino, en Richmond, habían resultado infructuosos.

-¡Gracias a Dios! -murmuré cuando por fin sonó el teléfono del coche. Descolgué-. Scarpetta.

-Soy yo.

-¡Has conectado el intercomunicador! ¡Estoy asombrada!

-Si tanto te asombra, ¿por qué me has llamado? -Por su tono de voz parecía contento de hablar conmigo-. ¿Qué sucede?

-¿Sabes ese reportero que te cae tan mal? -Tuve buen cuidado de no dar detalles porque tal vez nuestra comunicación estaba intervenida mediante aparatos de escucha.

-¿Cuál de ellos?

-Ese que trabaja para la AP y que siempre ronda por mi oficina.

Marino hizo una pausa, pensativo, antes de preguntar:

-¿Y qué sucede? ¿Tienes una cita con él?

-Es probable que sí, por desgracia. Voy camino del río Elizabeth. Acaban de llamar de Chesapeake.

-Espera un momento. No se tratará de esa clase de citas, ¿verdad? -Su tono de voz estaba cargado de malos presagios.

-Me temo que sí.

-¡Joder!

-Sólo tenemos un permiso de conducir, así que todavía no podemos asegurarlo con rotundidad. Voy a llegarme hasta allí y echar un vistazo antes de mover el cuerpo.

-Espera un momento -dijo Marino-. ¿Por qué tienes que hacerlo tú? ¿No puede ocuparse otro de ese asunto?

-No. Es preciso que vea ese cadáver tal como ha sido encontrado -repetí. Marino, siempre demasiado protector, estaba muy disgustado. No era preciso que dijera una palabra más para que yo me diera cuenta de ello-. He pensado que tal vez querrías echar un vistazo a su casa en Richmond.

-Sí, claro que quiero.

-No sé qué vamos a encontrar.

-Por mí, ojalá hubieras dejado que ellos lo descubrieran primero, fuera lo que fuese.

En Chesapeake tomé la salida del río Elizabeth, doblé a la izquierda por High Street y dejé atrás iglesias de ladrillo, recintos de exposición de coches usados y casas móviles. Más allá de la cárcel de la ciudad y del cuartel central de la policía, los barracones de la Marina se diseminaban por el panorama amplio y deprimente que formaba un

recinto de desguace rodeado por una valla oxidada rematada con alambre de espino. En medio de varias hectáreas de terreno cubiertas de piezas metálicas y hierbajos se alzaba una planta de producción de electricidad que, al parecer, quemaba desperdicios y carbón para suministrar al astillero la energía necesaria para desarrollar su trabajo, lúgubre e indolente. Aquel día las chimeneas estaban apagadas y todas las grúas del dique seco permanecían inmóviles en sus raíles. Al fin y al cabo estábamos en Nochevieja.

Me dirigí hacia un edificio principal construido de bloques de hormigón con un enlucido ocre, más allá del cual se extendían largos malecones asfaltados. Cuando llegué ante la verja de entrada salió de la garita un joven con ropas civiles y casco de operario. Bajé el cristal de la ventanilla mientras las nubes se arremolinaban en el cielo barrido por el viento.

-Ésta es zona restringida -me dijo. Su rostro no mostraba la menor expresión.

-Soy la doctora Kay Scarpetta, la forense jefe -respondí al tiempo que le mostraba la placa que simbolizaba mi jurisdicción sobre cualquier muerte súbita, desasistida, inexplicada o violenta que se produjera en la demarcación de Virginia.

El hombre se inclinó hacia la ventanilla, examinó mi credencial y levantó varias veces la vista, para contemplarme y observar el coche.

-¿Usted es la forense jefe? -dijo por último-. ¿Y cómo es que no trae el coche de muertos ?

Ya había oído aquella pregunta otras veces.

-El coche de muertos es cosa de las agencias funerarias y yo no trabajo para ninguna de ellas -respondí con paciencia-. Yo soy médico forense.

-Necesitaré algún otro documento de identificación, señora.

Le entregué el permiso de conducir, completamente convencida de que seguiría sufriendo obstáculos como aquél cuando el centinela me diera vía libre.

El hombre se apartó del coche y se acercó a los labios un intercomunicador portátil.

-Unidad once a unidad dos -dijo, y me volvió la espalda como si fuera a transmitir algún secreto.

-Aquí dos -llegó la respuesta.

-Tengo aquí a una tal doctora Scaylatta. -El tipo pronunció mi apellido peor que casi todo el mundo.

-Recibido. La estamos esperando.

-Señora-me dijo el centinela-, siga recto y encontrará un aparcamiento a la derecha. -Indicó la dirección con la mano-. Tiene que dejar el coche allí y caminar hasta el malecón dos, donde encontrará al capitán Green. Es a él a quien tiene usted que ver.

-¿Y dónde encontraré al detective Roche? -inquirí.

-A quien debe ver es al capitán Green -me repitió el hombre.

Subí el cristal de la ventanilla mientras él abría una cancela tachonada de rótulos que advertían de que iba a entrar en una zona industrial en la que corría el riesgo de impregnarme de pintura en

aerosol, donde se requería equipamiento de seguridad y donde quien aparcaba lo hacía bajo su propia responsabilidad. A lo lejos, deslustrados cargueros grises y naves de desembarco de tanques, junto a dragaminas, fragatas e hidroaviones, parecían intimidar al frío horizonte. En el segundo malecón vi ambulancias y vehículos policiales, a cuyo alrededor se había congregado un pequeño grupo de hombres.

Dejé el coche donde me había dicho el centinela y me dirigí hacia ellos con paso decidido. Había dejado el maletín médico y el equipo de inmersión en el vehículo, de modo que los hombres vieron acercarse a una mujer de mediana edad con las manos vacías y abrigada con botas de montaña, pantalones de lana y un tabardo verde oliva. En cuanto pisé el malecón, un hombre canoso y distinguido, de uniforme, me interceptó muy serio como si estuviera entrando en una propiedad privada.

-¿Qué desea? -preguntó en un tono que me obligaba a detenerme, mientras el viento le desordenaba los cabellos y daba color a sus mejillas.

Expliqué de nuevo quién era.

-¡ Ah, bien! -Su tono de voz no decía lo mismo, desde luego-. Soy el capitán Green, del Servicio de Inteligencia de la Marina. En realidad, no es necesario que sigamos con esto. -Dejó de mirarme y se volvió hacia otro hombre que estaba cerca-. Tenemos que desalojar a esos agentes de policía...

-Disculpe, ¿quiere decir al SIM? -lo interrumpí, pues estaba decidida a aclarar aquello inmediatamente-. Según mis datos, este varadero no es propiedad de la Marina. Si lo fuera, yo no debería estar aquí; el caso sería jurisdicción de la Marina y la autopsia del cuerpo la llevarían a cabo sus patólogos.

-Señora -replicó el capitán, como si mi comentario hubiera puesto a prueba su paciencia-, el varadero es una instalación gestionada por un contratista civil, y efectivamente no es propiedad de la Marina, pero ésta tiene un comprensible interés por el asunto porque, según parece, algún submarinista buceaba sin autorización en torno a nuestros barcos.

-¿Se le ocurre alguna teoría sobre por qué alguien iba a hacer tal cosa? -pregunté mientras miraba a mi alrededor.

- Algunos buscadores de tesoros creen que en estas aguas van a encontrar balas de cañón, campanas de viejas naves u otros chismes y artefactos antiguos.

Nos hallábamos entre el carguero *El Paso* y el submarino *Explorer,* cuyos cascos flotaban en el río, deslustrados y rígidos. El agua parecía café con leche y pensé que la visibilidad sería aún peor de lo que había temido. Cerca del submarino había una plataforma de buceo, pero no observé rastro alguno de la víctima, del grupo de rescate ni de la policía que, al parecer, trabajaba en el suceso. Pregunté a Green al respecto mientras una racha de viento húmedo me dejó el rostro aterido. La respuesta del capitán fue volverme la espalda de nuevo.

-¡Joder! No puedo pasarme aquí todo el día esperando a Stu -comentó al otro hombre, que vestía pantalones de peto y una mugrienta

chaqueta de esquí.

-Podríamos obligar a Bo a presentarse aquí, capitán -fue la respuesta.

-De eso, nada -replicó Green, que parecía conocer muy bien a aquellos trabajadores del varadero-. No tiene objeto llamar a ese muchacho.

-Todos sabemos que a esta hora de la mañana ya no lo encontraremos sobrio -dijo otro hombre, de barba larga y enmarañada.

-Quítate allá que me tiznas, dijo la sartén al cazo... -comentó Green, y todos se echaron a reír.

El hombre de la barba tenía unas facciones como carne picada para hamburguesas. Me observó con mirada astuta y penetrante mientras encendía un cigarrillo, protegiendo la cerilla del viento entre sus manos, ásperas y desnudas.

-No había tomado un trago desde ayer, ni siquiera de agua -aseguró entre nuevas risas de sus compañeros-. Hace un frío de cojones. Debería llevar un abrigo más grueso -añadió, abrazándose.

-El que está frío de verdad es ése de ahí abajo -apuntó otro trabajador del varadero con un castañeteo de dientes. Al oír el comentario me di cuenta de que se refería al buceador muerto-. ¡Frío, frío!

-Ahora ya no lo nota.

Dominé mi creciente irritación y dije a Green:

-Ya sé que está impaciente por empezar a actuar. Yo también lo estoy, pero no veo por aquí ningún policía ni equipos de rescate. Tampoco he visto la batea ni la zona del río donde se ha localizado el cuerpo.

Noté media docena de pares de ojos fijos en mí y escruté los rostros, curtidos por la intemperie, de lo que habría podido ser una pequeña banda de piratas vestida para los tiempos modernos. Yo no estaba invitada a su club secreto y la escena me recordó un tiempo, años atrás, en que el aislamiento y el trato descortés aún conseguían hacerme llorar.

-La policía está dentro, utilizando los teléfonos -respondió finalmente Green-. Ahí, en el edificio principal, el que tiene la gran ancla en la fachada. Y es posible que los buceadores también estén dentro, tratando de mantenerse calientes. La brigada de rescate está en un embarcadero al otro lado del río, esperando su llegada. Tal vez le interese saber que la policía acaba de encontrar en ese mismo embarcadero un camión y un remolque, al parecer propiedad de la víctima. Si quiere seguirme... -El capitán echó a andar-. Le enseñaré el lugar que le interesa. Supongo que se propone bajar con los otros buceadores.

-Así es. -Avancé a su lado por el muelle.

-Realmente no sé qué espera descubrir.

-Hace mucho que aprendí a no esperar nada, capitán Green.

Al pasar ante los barcos viejos y desvencijados, observé una gran cantidad de cables metálicos que salían de los cascos y se hundían en las aguas.

-¿Qué son? -pregunté.

-Protectores catódicos -respondió el capitán-. Transportan una carga

eléctrica para reducir la corrosión.

-Supongo que los habrán desconectado...

-Viene de camino un electricista que cortará la luz de todo el muelle.

-Tal vez el buceador tocó esos protectores. No creo que le resultara fácil verlos.

-Aunque los tocara, la carga eléctrica es muy débil -respondió el capitán, como si todo el mundo tuviera que saberlo-. Es como recibir un calambre con una pila de nueve voltios. Los protectores no lo mataron; eso ya puede tacharlo de su lista.

Nos habíamos detenido al final del muelle, donde quedaba a la vista la popa del submarino parcialmente hundido. Anclada a menos de diez metros había una batea de aluminio de fondo plano, de color verde oliva, con una larga manguera negra que salía del compresor, colocado en un tubo interior en el lado del copiloto. El fondo de la batea estaba lleno de herramientas, piezas de equipo de buceo y otros objetos que, sospeché, habían sido inspeccionados de forma bastante descuidada. Me sentí más irritada de lo que me hubiera gustado demostrar.

-Lo más probable es que se ahogara -decía Green-. Casi todas las muertes de buceadores que he visto han sido por asfixia. Es posible morir en aguas tan poco profundas como éstas. Y así resultará en este caso.

-El equipo de ese desgraciado es poco corriente, desde luego -dije sin hacer caso de sus dogmas médicos.

Green contempló la embarcación, que apenas se movía en la corriente.

-Un compresor. Sí, algo así no es nada habitual por aquí.

-Cuando encontraron la batea, ¿todavía funcionaba?

-No. Había consumido el carburante.

-¿Qué me puede decir del aparato? ¿Es un artilugio casero?

-No, es comercial -explicó el capitán-. Un compresor de cinco caballos de potencia, a gasolina, que aspira aire de la superficie a través de una manguera de baja presión conectada a un regulador secundario. El tipo podía quedarse abajo cuatro, cinco horas, mientras le durara el combustible.

Green no apartó la vista de la embarcación.

-¿Cuatro o cinco horas? -Me volví hacia él-. ¿Para qué? Lo entendería si estuviera pescando langostas u orejas marinas. -No obtuve respuesta y continué-: ¿Qué hay ahí abajo? Y no me diga que restos de la Guerra de Secesión, porque los dos sabemos que por aquí no se encuentra de eso.

-En realidad ahí abajo no hay nada de nada.

-Pues el tipo creía que sí-insistí.

-Por desgracia para él, se equivocaba. Fíjese en esas nubes que se acercan. Al final va a caer una buena. -Se subió las solapas del abrigo hasta las orejas-. Supongo que será usted una buceadora consumada...

-Desde hace muchos años.

-Tendré que ver su licencia de submarinismo.

Dirigí una mirada a la batea y al submarino próximo mientras me preguntaba hasta qué punto se proponía aquella gente regatearme su

cooperación.

-Si quiere bajar, debe llevar encima el documento -insistió Green-. Pensaba que lo sabía.

-Y yo pensaba que este recinto no era jurisdicción de los militares.

-Cierto, pero conozco las normas del lugar. No importa quién tenga la jurisdicción. -El capitán me miró fijamente.

Le sostuve la mirada.

-Ya veo -repliqué-. Y supongo que necesitaré otro permiso si quiero aparcar el coche en el embarcadero para no tener que cargar con mi equipo casi un kilómetro, ¿no?

-Efectivamente, necesita un permiso para aparcar en el embarcadero.

-Pues no tengo ninguno. Y tampoco llevo encima los títulos de submarinista avanzada y de experta en rescates, ni la licencia de buceo. Tampoco llevo conmigo las licencias para practicar la medicina en Virginia, en Maryland y en Florida.

Hablé con toda calma y serenidad, y al ver que no conseguía sacarme de mis casillas se mostró aún más terco. Parpadeó varias veces y noté que me detestaba.

-Es la última vez que le pido que me deje hacer mi trabajo -continué-. Se ha producido una muerte no natural y estamos en mi jurisdicción. Si no está dispuesto a colaborar, con mucho gusto llamaré a la policía del estado, al juez de guardia o al FBI. Tengo el teléfono móvil aquí, en el abrigo. -Indiqué el bolsillo con unas palmaditas.

-Si quiere bucear, por mí se puede lanzar de cabeza. -El capitán se encogió de hombros-. Pero tendrá que firmar un documento que libere al varadero de cualquier responsabilidad si sucede alguna desgracia, y dudo mucho que tengamos aquí un impreso adecuado para la declaración.

-Comprendo. Ahora debo firmar un documento que usted no tiene.

-Exacto.

-Bien -murmuré-. En ese caso redactaré esa nota librándolo de responsabilidad.

-Tendrá que hacerlo un abogado, y hoy es festivo...

-Yo soy abogada y trabajo todos los días.

Al capitán se le tensaron los músculos de la mandíbula y me di cuenta de que no iba a molestarse en exigir más documentos porque había comprobado que podía proporcionárselos. Empezamos a desandar lo andado y noté un nudo de aprensión en el estómago. No deseaba hacer aquella inmersión y no me gustaba la gente que había encontrado aquella mañana. Desde luego no era la primera vez que me veía enredada en una alambrada burocrática por algún caso que involucraba al Gobierno o a grandes negocios. Pero esto era distinto.

-Dígame una cosa -Green empleaba de nuevo un tono de voz desdeñoso-, ¿los forenses jefes siempre examinan personalmente los cuerpos en el lugar donde los encuentran?

-No, casi nunca.

-Entonces, dígame por qué es necesario en esta ocasión.

-El escenario de la muerte desaparecerá en el momento en que se retire el cuerpo. Creo que las circunstancias son lo bastante insólitas

como para merecer una inspección ocular mientras sea posible. Y como me ocupo provisionalmente del distrito de Tidewater, resulta que atendí en persona la llamada de aviso.

Green guardó silencio unos instantes, y a continuación hizo otro comentario irritante:

-Déle al doctor Mant mis condolencias por lo de su madre. ¿Cuándo volverá al trabajo?

Intenté recordar la llamada telefónica de aquella madrugada y la voz de aquel tipo, el tal Young, con su exagerado acento sureño. Green no parecía natural del Sur pero yo tampoco, y eso no significaba que no pudiera imitar el acento.

-No estoy segura de cuándo regresará -respondí con cautela-. ¿Pero cómo es que lo conoce?

-A veces los casos se superponen, quieras que no.

No supe muy bien a qué se refería.

-El doctor Mant entiende la importancia de no entrometerse -continuó Green-. Trabajar con gente así es estupendo.

-¿La importancia de no entrometerse en qué, capitán?

-En si un caso es de la Marina, por ejemplo, o si corresponde a tal o cual jurisdicción. La gente puede entrometerse de muchas maneras distintas. Todas son problemáticas y pueden resultar peligrosas. Ese buceador, por ejemplo. Se metió donde no debía y vea qué ha sucedido.

Yo me había detenido y lo miraba con incredulidad.

-Deben de ser imaginaciones mías -murmuré-, pero creo que me está amenazando...

-Vaya a buscar su equipo. Puede aparcar más cerca, junto a esa verja de ahí -dijo él mientras se alejaba.

2

Mucho después de que Green desapareciera en el interior del edificio que tenía un ancla en la fachada, yo estaba sentada en el embarcadero pugnando por colocarme un grueso traje isotérmico sobre el mono de buceo. No lejos de mí, varios miembros del grupo de rescate preparaban una lancha de fondo plano que tenían amarrada a un pilote. Algunos trabajadores del astillero de desguace merodeaban por las cercanías con curiosidad. En la plataforma de buceo, dos hombres con trajes de neopreno azul marino probaban unos equipos de comunicaciones y parecían llevar a cabo una inspección sumamente minuciosa de las escafandras autónomas, incluida la mía.

Observé que los buceadores hablaban entre ellos, pero no conseguí descifrar una sola palabra de lo que decían mientras desenroscaban tubos y preparaban lastres de plomo para los cinturones. De vez en cuando miraban en mi dirección y me sorprendí cuando uno de ellos decidió subir la escala que conducía al embarcadero donde me encontraba. Se acercó y se sentó a mi lado en la estrecha franja de frío cemento.

-¿Está ocupado este asiento?

Era un joven atractivo, negro y con el cuerpo de un atleta olímpico.

-Hay mucha gente que se lo disputa, pero no sé dónde se han metido. -Seguí pugnando con el traje isotérmico-. ¡Maldita sea, no soporto estas cosas!

-Imagine que es como meterse en una cámara de aire.

-Sí, eso es de una enorme ayuda.

-Tengo que hablar con usted del equipo submarino de comunicaciones. ¿Lo ha utilizado alguna vez?

Observé su expresión grave y le pregunté si pertenecía a algún cuerpo de policía.

-No -respondió-. Soy un simple marinero. Y no sé usted, pero le aseguro que no era así como pensaba pasar la Nochevieja. No entiendo por qué alguien querría bucear en este río, como no tuviera alguna extraña fantasía de ser un renacuajo ciego en un lodazal, o le faltara hierro en la sangre y creyera que todo ese óxido de ahí abajo le sentaría bien.

-Lo único que hará ese óxido es provocarle el tétanos. -Miré a mi alrededor-. ¿Quién más del grupo es de la Marina?

-Los dos del bote de rescate son policías. El único marinero, además de nuestro intrépido investigador del SIM, es Ki Soo, ése de ahí abajo, en la plataforma de buceo. Ki es bueno. Es mi colega. -Dirigió una señal a Ki Soo, indicándole que todo iba bien, y su colega le respondió con el mismo gesto. Todo aquello me resultó bastante interesante y muy

diferente de lo que había experimentado hasta aquel momento-. Ahora, preste atención. -Acababa de conocerme, pero me hablaba como si lleváramos años trabajando juntos-. El equipo de comunicaciones resulta engorroso si no lo has usado nunca. Incluso puede ser peligroso.

Lo decía en serio.

-Estoy familiarizada con él -le aseguré, con más tranquilidad de la que sentía.

-Tiene que estar más que familiarizada. Tiene que ser colega de ese aparato, ¿entiende? Porque puede salvarle la vida, como su compañero de inmersión. -Hizo una pausa-. Y también puede matarla.

Sólo había utilizado el equipo de comunicaciones submarino en otra inmersión y aún me ponía nerviosa la idea de reemplazar el regulador por una escafandra firmemente sellada y dotada de una boquilla sin descompresor. Me preocupaba que se inundara la escafandra y que tuviera que romperla mientras buscaba frenéticamente la fuente de aire alternativa, el «pulpo». Pero no estaba dispuesta a expresar mis inquietudes, por lo menos allí.

-No se preocupe -le repetí.

-Está bien. He oído que es usted profesional -continuó el marinero-. Por cierto, me llamo Jerod y ya sé quién es usted. -Sentado al estilo indio, el muchacho arrojaba grava al agua y parecía fascinado con las ondas que se extendían lentamente en la superficie-. He oído muchas cosas agradables de usted. De hecho, cuando mi mujer sepa que la he conocido se pondrá celosa.

No entendía por qué un submarinista de la Marina habría de saber algo de mí, aparte de lo que aparecía en los noticiarios, que no siempre resultaba agradable. Con todo, sus palabras fueron un agradable bálsamo para mi maltrecha sensibilidad. Estaba a punto de hacérselo saber cuando el muchacho echó una ojeada a su reloj, se volvió hacia la plataforma y cruzó una mirada con Ki Soo.

-Doctora Scarpetta -dijo Jerod mientras se incorporaba-, ¿cuál será la mejor estrategia?

-La mejor..., la única, en realidad, es seguir la manguera hasta llegar al cuerpo.

Nos acercamos al borde del embarcadero y el marino señaló la batea.

-Ya he estado ahí abajo una vez, y si no se sigue la manguera es imposible de encontrar. ¿Alguna vez ha avanzado por una alcantarilla sin luces?

-Eso todavía no me ha pasado.

-Pues no se ve una mierda. Y aquí sucede lo mismo.

-Que usted sepa -dije-, nadie ha tocado el cuerpo.

-Soy el único que se ha acercado a él.

Me observó mientras cogía el chaleco compensador de flotación y guardaba una linterna en el bolsillo.

-Yo en su caso, ni me molestaría -comentó-. En las condiciones de ahí abajo, la linterna no hará sino estorbar.

Pero estaba decidida a llevarla porque quería todas las ventajas con que pudiera contar. Jerod y yo descendimos la escalerilla hasta la

plataforma de buceo para ultimar los preparativos e hice caso omiso de las miradas directas de los hombres del astillero mientras me aplicaba crema en el pelo y me colocaba la caperuza de neopreno. Sujeté un cuchillo en la cara interna de la pierna derecha y agarré por ambos extremos el cinturón, con siete kilos de lastre, y lo ceñí rápidamente en torno a la cintura. Comprobé los controles de seguridad y me puse los guantes.

-Preparada -dije a Ki Soo.

El marinero acercó el equipo de comunicaciones y el regulador.

-Sujetaré la manguera de aire a la escafandra. -No le noté ningún acento-. Ya ha utilizado un equipo así en otras ocasiones, ¿verdad?

-Sí-respondí.

Se acuclilló a mi lado y bajó la voz como si estuviéramos conspirando.

-Usted, Jerod y yo estaremos en contacto permanente por el circuito de sonido.

El equipo parecía una máscara antigás rojo brillante con cinco cinchas en la parte posterior. Jerod se colocó detrás de mí y me ayudó a colocarme el chaleco compensador de flotación y el tanque de aire mientras su compañero seguía hablando.

-Como ya sabe -decía Ki Soo-, se respira normalmente y se pulsa el botón de la boquilla cuando se quiere comunicar. -Hizo una demostración-. Ahora tenemos que pasar esto sobre la caperuza y asegurarlo bien. Así, recoja el resto de la melena y deje que me asegure de que está bien sujeto por detrás.

El intercomunicador resultaba aún más incómodo fuera del agua porque costaba respirar. Aspiré como pude mientras contemplaba a través del plástico a los dos buceadores a los que acababa de confiar mi vida.

-Habrá un bote con dos miembros del equipo de rescate que controlarán nuestro avance con un transductor que introducirán en el agua. Todo lo que digamos será escuchado en la superficie, ¿entendido?

Ki Soo me miró y comprendí que acababa de recibir una advertencia. Asentí con la cabeza. Mi respiración, estridente, me ensordecía.

-¿Quiere ponerse las aletas aquí? -continuó Ki Soo. Dije que no con la cabeza y señalé el agua-. Bueno, pues entonces se las daré cuando esté en el agua.

Cargada con treinta y cinco kilos más que a mi llegada, avancé con cautela hasta el borde de la plataforma y comprobé de nuevo que tenía la máscara bien sujeta a la caperuza. Los protectores catódicos, parecidos a los bigotes de un barbo, descendían de los enormes barcos adormilados hasta el agua rizada por la brisa. Me preparé para el paso de gigante más aterrador que daba en mi vida.

Al principio el frío me produjo una gran conmoción, y mi cuerpo tardó algún tiempo en calentar el agua que se coló en mi envoltura de goma mientras me calzaba las aletas. Peor aún, no alcanzaba a ver la pantalla del ordenador ni la brújula. Ni siquiera veía mi propia mano delante de la cara, y entonces comprendí la inutilidad de llevar linterna. El sedimento en suspensión absorbía la luz como un papel secante y me obligaba a emerger a frecuentes intervalos para orientarme mientras

nadaba hacia el lugar en que la manguera de la batea desaparecía bajo la superficie del río.

-¿Todos dispuestos? -La voz de Ki Soo resonó en el auricular apretado contra el cráneo.

-Dispuesta -dije por la boquilla, e intenté relajarme mientras agitaba lentamente las aletas bajo la superficie.

-¿Está sobre la manguera? -Esta vez fue Jerod quien habló.

-La toco con las manos.

Noté el tubo extrañamente tenso y procuré moverlo lo menos posible.

-Siga bajando, quizá diez metros. El hombre debería estar flotando casi en el fondo.

Empecé el descenso, con pausas espaciadas para equilibrar la presión de los oídos, e intenté dominar el pánico. No veía nada. El corazón se me disparó mientras intentaba concentrarme en mantener la calma y respirar profundamente. Me detuve un instante, flotando, cerré los ojos y tomé aire despacio. Después seguí el descenso junto a la manguera, y el pánico se volvió a apoderar de mí cuando un grueso cable oxidado se materializó de pronto ante mí.

Intenté pasar por debajo, pero no alcanzaba a ver de dónde venía ni hacia dónde iba. Me noté demasiado ligera y pensé que no habría sido mala idea poner más peso en el cinturón o en los bolsillos del chaleco compensador de flotación. El cable me golpeó por detrás e impactó con fuerza en la válvula del regulador primario. Noté un tirón del regulador secundario, como si alguien lo agarrara por detrás, y el tanque empezó a escurrirse a lo largo de mi espalda, tirando de mí. Abrí las sujeciones de velero del compensador de flotación y me desembaracé de él a toda prisa mientras intentaba apartar de mi cabeza cualquier pensamiento, salvo la maniobra que me habían enseñado a realizar.

-¿Todo va bien? -dijo la voz de Ki Soo por el auricular.

-Problema técnico -respondí.

Coloqué el tanque entre las piernas para flotar sobre él como si lo hiciera sobre un misil en un espacio frío y lóbrego. Ajusté de nuevo las cinchas y contuve el miedo.

-¿Necesita ayuda?

-No. Cuidado con los cables -respondí.

-Hay que tener cuidado con todo -añadió él.

Me vino a la cabeza el pensamiento de que había muchas maneras de morir allí abajo. Introduje los brazos en el chaleco compensador de flotación, me lo pasé por la espalda y conseguí ajustármelo de nuevo.

-¿Todo en orden? -insistió Ki Soo.

-Todo en orden, pero no se distancien tanto.

-Demasiadas interferencias. Con todos esos grandes cascos desvencijados alrededor... Bajamos detrás de usted. ¿Quiere que nos acerquemos más?

-Todavía no.

Los dos marineros se mantenían a una distancia prudente porque sabían que quería ver el cuerpo sin distracciones ni interferencias. No era necesario que nos interpusiéramos en nuestros respectivos caminos. Poco a poco me dejé caer a más profundidad y, ya cerca del

fondo, me di cuenta de que la manguera debía de haberse enganchado en algún obstáculo, lo que explicaría que estuviera tan tensa. No sabía muy bien en qué dirección moverme e intenté desplazarme unos palmos a la izquierda, donde algo me rozó. Al volverme me encontré con el muerto cara a cara. Di un respingo y su cuerpo me golpeó y me dio un leve codazo debido a mi gesto involuntario. Toqué la manguera. Impulsado por el tirón y con movimientos lánguidos, el muerto se volvió y flotó a la deriva hacia mí al extremo de su atadura, con los brazos enfundados en goma extendidos corno los de un sonámbulo.

Dejé que se acercara y volvió a chocar conmigo, pero esta vez no me asusté porque no me cogió por sorpresa. Era como si intentara llamar mi atención o como si quisiera sacarme a bailar en la infernal oscuridad del río que se había cobrado su vida. Mantuve una flotación neutra, sin apenas mover las aletas, porque no quería remover el fondo o cortarme con las piezas de desguace corroídas por el óxido.

-Lo tengo. O tal vez debería decir que él me tiene a mí. -Pulsé el botón del intercomunicador-. ¿Me han oído?

-Apenas. Estamos a unos tres metros por encima de usted. Esperamos.

-Sí, esperen un poco más. Lo sacaremos después.

Intenté utilizar de nuevo la linterna pero otra vez me di cuenta de su inutilidad y comprendí que tendría que ver aquella escena con las manos. Guardé la linterna en el chaleco y acerqué la pantalla del ordenador hasta casi tocar las gafas. Apenas pude distinguir que estaba a diez metros de profundidad y que me quedaba más de la mitad del tanque. Empecé a rodear el cuerpo, inspeccionándolo, pero a través de las aguas turbias sólo pude distinguir la forma vaga de sus facciones y un mechón de pelo que escapaba de la capucha.

Cogí el cadáver por los hombros y le palpé el pecho con cuidado, siguiendo la manguera. Esta se enroscaba en torno al cinturón de lastres y empecé a seguirla hacia el lugar donde se había enganchado con algo. Una enorme hélice oxidada apareció de pronto ante mis ojos a unos tres metros. Toqué la plancha metálica del casco de un barco, cubierta de percebes, y maniobré para no seguir acercándome. No quería colarme bajo una embarcación tan grande como una pista de deportes y tener que buscar a ciegas la salida antes de quedarme sin aire.

La manguera estaba enredada y la palpé para comprobar si se había doblado o comprimido de forma que hubiese interrumpido el flujo de aire, pero no encontré ninguna señal de tal cosa. De hecho, cuando intenté liberarla de la hélice, descubrí que podía hacerlo sin dificultad. No vi ninguna razón por la que el buceador no hubiera podido liberarse y sospeché que la manguera se había enredado después de su muerte.

-La manguera del aire estaba enganchada en uno de los barcos -anuncié por el micrófono-. No sé cuál.

-¿Necesita ayuda? -preguntó Jerod.

-No. Ya tengo el cuerpo. Pueden empezar a tirar.

Noté que la manguera se tensaba.

-Muy bien, voy a guiarlo hacia arriba -comenté-. Sigan tirando. Muy

despacio.

Me coloqué detrás del cuerpo, lo agarré por debajo de las axilas y me impulsé con los tobillos y las rodillas en lugar de hacerlo con las caderas, porque tenía bastante limitados los movimientos.

-Despacio -avisé por el micrófono, porque no me era posible ascender a más de un palmo por segundo-. Despacio, despacio...

De vez en cuando levantaba la vista, pero no conseguí distinguir nada hasta que emergí en la superficie. Para entonces, bruscamente, el cielo se había teñido de nubes gris pizarra y el bote de rescate se mecía en las proximidades. Hinché el chaleco de control de flotación del muerto, procedí a hacer lo mismo con el mío, volví el cadáver boca arriba y le desabroché el cinturón de lastres, que casi se me escapó de las manos debido a su peso. Finalmente, conseguí entregárselo a los miembros del grupo de rescate que, enfundados en trajes isotérmicos, parecían saber lo que se hacían a bordo de su viejo bote de fondo plano.

Mis dos compañeros y yo nos dejamos puestas las gafas porque todavía teníamos que volver a nado a la plataforma, de modo que continuamos hablando por el micrófono y respirando aire de los tanques mientras colocábamos el cuerpo en una cesta de tela metálica. Acercamos la cesta al bote y ayudamos a los rescatadores a subirlo a bordo mientras el agua chorreaba por todas partes.

-Hay que quitarle la escafandra -indiqué al grupo de rescate. Los hombres me miraron con desconcierto. Evidentemente no disponían de equipo de transmisión y no habían oído una palabra de lo que decíamos.

-¿Necesita ayuda para quitarse la escafandra? -preguntó uno de ellos al tiempo que me tendía la mano.

Rechacé su ofrecimiento y sacudí la cabeza. Me agarré al borde de la embarcación y me encaramé para alcanzar la cesta. Retiré la escafandra del muerto, la vacié de agua y la dejé junto a la cabeza encapuchada, de la que asomaba un mechón de largos cabellos rubios. Fue entonces cuando lo reconocí, pese a la profunda marca ovalada que habían dejado las gafas en torno a sus ojos. Reconocí la nariz recta y el bigote oscuro que enmarcaba su boca de labios carnosos. Pertenecían al periodista que siempre había sido tan justo conmigo.

Uno de los hombres del grupo de rescate se encogió de hombros.

-¿Todo bien? -preguntó.

Asentí, aunque me di cuenta de que no comprendían la importancia de lo que acababa de hacer. Mi motivo era estético, porque cuanto más tiempo permaneciera la escafandra presionando la piel del cadáver, cuya elasticidad desaparecía rápidamente, menos posibilidades habría de que se borrara la marca. Un detalle que carecía de importancia para investigadores y auxiliares médicos, pero no para los seres queridos que desearan ver por última vez las facciones de Ted Eddings.

-¿Llega bien mi transmisión? -pregunté entonces a Ki Soo y a Jerod mientras flotábamos en el agua.

-Perfectamente. ¿Qué quiere que hagamos con esta manguera? -dijo el segundo.

-Córtenla a unos tres metros del cuerpo y suelten el extremo -

contesté-. Guarde eso y el regulador del difunto en una bolsa de plástico.

-Tengo una en el chaleco -se ofreció Ki Soo.

-Muy bien. Ya la pueden utilizar.

Una vez hecho cuanto estaba en nuestra mano nos tomamos un pequeño descanso, flotando en las aguas legamosas y contemplando la batea y el aparato de bombeo de aire. Al inspeccionar la zona en la que nos habíamos sumergido advertí que la hélice en la que se había enredado la manguera de Eddings pertenecía al *Exploiter*. El submarino parecía posterior a la Segunda Guerra Mundial; tal vez era de la época de la guerra de Corea, y me pregunté si habría sido despojado de sus mejores piezas y estaría destinado al desguace. Me pregunté también si Eddings se habría sumergido allí por alguna razón o si la corriente lo habría llevado a aquel lugar después de muerto.

El bote de rescate estaba a medio camino del embarcadero de la orilla opuesta del río, donde esperaba una ambulancia que llevaría el cuerpo al depósito. Jerod me indicó con un gesto que todo iba bien. Le devolví el gesto aunque no compartía su optimismo. Deshinchamos los chalecos de control de flotación y el aire salió con un silbido mientras nos hundíamos bajo las aguas del color de los centavos viejos.

Había una escala que conducía del río a la plataforma de buceo y otra que llevaba al muelle. Las piernas me temblaban mientras subía. Mi fuerza no era comparable con la de Jerod ni la de su compañero, que cargaban con todo su equipo como si no pesara nada, pero conseguí despojarme del chaleco y del tanque por mí misma y no pedí ayuda. Un coche patrulla ronroneaba junto a mi vehículo, y alguien remolcaba la batea de Eddings hasta el amarradero. Habría que verificar la identidad del fallecido, pero yo no tenía ninguna duda.

-Bueno, ¿ qué opina usted ? -soltó de pronto una voz.

Levanté la mirada y vi al capitán Green en el embarcadero, junto a un hombre alto y delgado. Esta vez Green debió de sentirse caritativo porque me tendió la mano para ayudarme.

-Vamos -dijo-. Déme su tanque.

-No sabré nada hasta que examine el cuerpo -indiqué mientras ponía a su alcance el tanque del aire, primero, y luego el resto del equipo-. Gracias, capitán. La batea con la manguera y todo lo demás debe enviarse directamente al depósito -añadí.

-¿Sí? ¿Qué piensa hacer con ello? -quiso saber.

-El compresor también será sometido a una autopsia.

-Desde luego su equipo de buceo va a necesitar una buena limpieza, señora-comentó su flaco acompañante como si supiera de buceo más que el mismísimo Jacques Cousteau. Su voz me resultó familiar-. Tiene un montón de aceite y de óxido.

-Tiene usted razón -asentí mientras me encaramaba al muelle.

-Soy el detective Roche -se presentó el hombre, que vestía una estrafalaria combinación de téjanos con cazadora vieja de cuero-. ¿Ha dicho usted que la manguera estaba enredada en algo?

-Sí, y me pregunto cuándo me ha oído decirlo -respondí. Ya en el

muelle, no me hacía ninguna gracia la idea de llevar de nuevo a mi coche el equipo de buceo, sucio y mojado.

-Hemos seguido la recuperación del cuerpo, naturalmente -declaró Green-. El detective Roche y yo estábamos en el edificio, pendientes de lo que decían ustedes.

Recordé la advertencia de Ki Soo y bajé la mirada a la plataforma, donde él y Jerod estaban recogiendo sus respectivos equipos.

-La manguera estaba enganchada -confirmé-, pero no sabría decir cuándo se enredó. Tal vez sucediera antes de producirse esa muerte, o quizá después.

Roche no parecía interesado en el asunto lo más mínimo, aunque siguió contemplándome de un modo que me hizo sentir incómoda. El detective era muy joven y casi guapo, con facciones delicadas, labios generosos y cabellos oscuros, cortos y rizados, pero me desagradaron sus ojos, agresivos y presuntuosos. Me quité la caperuza y me pasé los dedos por los cabellos resbaladizos. El muchacho continuó mirándome mientras abría la cremallera del traje isotérmico y me despojaba de la parte superior tirando de ella hasta las caderas. Debajo llevaba el traje de buceo ligero, y el agua atrapada entre éste y la piel se estaba enfriando rápidamente. Muy pronto estaría aterida de frío. Ya tenía las uñas de las manos amoratadas.

-Uno de los hombres del grupo de rescate dice que el cadáver tiene la cara muy encarnada -dijo el capitán mientras yo ataba las mangas del traje isotérmico en torno a mi cintura-. Me pregunto si eso significa algo.

-Es la lividez por frío -respondí. Green me miró, expectante-. Los cuerpos expuestos al frío adquieren un tono rosa brillante -añadí, al tiempo que empezaba a tiritar.

-Ya. Entonces, no es...

-No -lo interrumpí. Me sentía tan incómoda que no podía soportar la conversación un segundo más-. No significa nada. Oiga, ¿hay por aquí algún lavabo donde me pueda quitar todo esto?

Miré a un lado y a otro y no vi nada prometedor.

-Por ahí. -Green señaló un pequeño remolque junto al edificio de administración-. ¿Quiere que el detective Roche la acompañe y le enseñe dónde está todo?

-No es necesario.

-Esperemos que no esté cerrado -añadió el capitán.

Si lo estaba, mala suerte para mí. Pero no. El lugar era horrible: apenas un lavamanos y un retrete que daban la impresión de no conocer una limpieza en su historia reciente. Una puerta que daba al lavabo de hombres estaba cerrada con candado y cadena, como si un sexo u otro estuviera escrupulosamente preocupado por preservar la intimidad.

No había calefacción. Cuando estuve desnuda descubrí que tampoco había agua caliente. Me limpié como pude y me apresuré a ponerme un chándal de entrenamiento, unas botas para después de esquiar y un gorro. Era la una y media. Lucy ya habría llegado a casa de Mant, y yo ni siquiera había empezado a hacer la salsa de tomate. Estaba agotada

y ansiosa por conseguir una buena ducha caliente, o un baño.

No sabía cómo librarme de Green, que me acompañó hasta el coche y me ayudó a colocar el equipo de buceo en el portaequipajes. Para entonces, la batea ya había sido cargada en un camión e iba camino de mi oficina en Norfolk. No volví a ver a Jerod ni a Ki Soo, y sentí no poder despedirme de ellos.

-¿Cuándo hará la autopsia? -me preguntó el capitán.

Al observarlo me pareció la típica persona débil en un puesto de rango o poder. Había hecho todo lo posible por ahuyentarme, pero al ver que no conseguía nada con su actitud había decidido congraciarse conmigo.

-Ahora. -Puse en marcha el coche y conecté la calefacción al máximo.

-¿Tiene abierto el despacho? -preguntó Green, sorprendido.

-Acabo de abrirlo -respondí.

Aún no había cerrado la portezuela. Green apoyó los brazos en la parte superior del marco y bajó la mirada hacia mí. Lo tuve tan cerca que distinguí las venillas de sus mejillas y de las aletas de la nariz, e incluso los cambios de pigmentación producidos por el sol.

-¿Me pondrá al corriente de su informe?

-Cuando determine la causa y el modo de la muerte, estaré encantada en comentarle los resultados -asentí.

-¿El modo? -Green torció el gesto-. ¿Insinúa que existe alguna duda de que se trata de una muerte accidental?

-Siempre puede haber dudas, capitán. Mi trabajo consiste en plantearlas.

-Bueno, si encuentra un navajazo o una bala en la espalda, espero ser el primero en saberlo -apuntó con ironía al tiempo que me tendía una tarjeta de visita.

Me alejé. Mientras conducía, busqué el número del ayudante de Mant con la esperanza de encontrarlo en casa. Allí estaba.

-Danny, soy la doctora Scarpetta.

-¡ Ah, doctora! -dijo el muchacho, sorprendido.

Se oía música navideña al fondo y voces que discutían. Danny Webster tenía veintipocos años y aún vivía con la familia.

-Lamento molestarte en Nochevieja pero tenemos un caso y debo hacer una autopsia con urgencia. Voy camino de la oficina.

-¿Me necesita? -Lo noté muy abierto a tal idea.

-No sabes cuánto te agradecería que me ayudaras. En este momento hay una embarcación y un cuerpo camino de allí y...

-No hay problema, doctora Scarpetta -se ofreció con gusto-. Enseguida estaré allí.

Llamé a casa pero Lucy no contestó. Luego marqué un código para comprobar los mensajes del contestador: dos amigos de Mant le expresaban sus condolencias. Había empezado a nevar bajo el cielo plomizo, y la interestatal estaba llena de gente que conducía más deprisa de lo que resultaba prudente.

Me pregunté por qué motivo se habría retrasado Lucy y por qué no me había llamado. Lucy tenía veintitrés años y acababa de graduarse en la Academia del FBI. Yo aún me preocupaba por ella como si necesitara

mi protección.

Mi oficina en el distrito de Tidewater se encontraba en un anexo pequeño y abarrotado del recinto del Hospital General Sentara Norfolk. Compartíamos el edificio con el Departamento de Sanidad, en el que por desgracia se ubicaba la oficina de Control de Mariscos. Entre el hedor de los cuerpos en descomposición y el del pescado putrefacto, el aparcamiento no era un lugar recomendable en ningún momento del día ni del año. El viejo Toyota de Danny ya estaba allí, y cuando abrí la puerta del hangar, me alegró ver también la batea.

Fui rodeando la embarcación para observarla. La larga manguera de baja presión estaba enroscada cuidadosamente. Un extremo de ella, cortado, y el regulador conectado a él, habían sido introducidos en una bolsa de plástico sellada, siguiendo mis instrucciones. El otro extremo todavía estaba conectado al pequeño compresor. Junto a éste había una lata de gasolina y el previsible equipo de navegación y de buceo: lastres, un tanque con aire comprimido a tres mil libras por pulgada cuadrada, un remo, un chaleco salvavidas, una linterna, una manta y una pistola de señales.

Eddings también había añadido a la embarcación un motor extra, de cinco caballos, que sin duda había utilizado para entrar en la zona restringida en la que había muerto. El motor principal, de treinta y cinco caballos, estaba levantado y asegurado. Así que debía de llevarlo fuera del agua y recordé que, en efecto, lo había visto en aquella posición en el escenario del suceso. Pero lo que más me interesó fue una bolsa de plástico duro abierta en el fondo de la embarcación. Protegidos en sus correspondientes forros de gomaespuma había varios accesorios de cámaras fotográficas y cajas de carretes Kodak de 100 ASA. No vi ninguna cámara ni objetivos, e imaginé que estarían perdidos para siempre en el lecho del río Elizabeth.

Ascendí una rampa y abrí otra puerta. Ted Eddings yacía bajo la cremallera de una bolsa de transporte de cuerpos, sobre una camilla aparcada junto a la sala de radiografías, en aquel pasillo de baldosas blancas. Sus brazos, rígidos, empujaban el negro vinilo como si quisieran romperlo, y unos lentos regueros de agua formaban pequeños charcos en el suelo. Me disponía a ir en busca de Danny cuando éste asomó tras una esquina, cojeando y cargado con un montón de toallas. En la pierna derecha llevaba una rodillera deportiva de color rojo brillante como consecuencia de una lesión cuando jugaba a fútbol, que había precisado la reconstrucción del ligamento cruzado anterior.

-Tendríamos que entrarlo enseguida en la sala de autopsias -le dije-. Ya sabes lo que opino de dejar los cuerpos sin vigilancia en el pasillo.

-Pensé que alguien podía resbalar -respondió Danny mientras extendía las toallas para secar el suelo.

-Hoy los únicos «álguienes» aquí somos tú y yo -comenté con una sonrisa-. Pero gracias por preocuparte. Y por lo que más quieras, ten cuidado, no vayas a ser tú el que resbale. ¿Qué tal la rodilla?

-Creo que ya no mejorará nunca. Hace casi tres meses, y apenas puedo bajar las escaleras.

-Paciencia. Sigue con la fisioterapia y verás cómo progresas. -No era

la primera vez que se lo decía-. ¿Lo has pasado ya por rayos X?

Danny había trabajado en otros casos de muertes de submarinistas. Sabía que era sumamente improbable que buscáramos proyectiles o huesos rotos, pero las radiografías podían mostrarnos un neumotórax o un desplazamiento del mediastino causado por la fuga de aire de los pulmones debido a un barotrauma.

-Sí, doctora. Están revelando las placas. -Hizo una pausa y cambió de expresión-. Y el detective Roche, de Chesapeake, viene de camino. Quiere estar presente durante la intervención.

Aunque yo solía animar a los detectives a observar las autopsias de sus casos, no me gustaba la idea de ver a Roche en mi quirófano.

-¿Conoces al detective? -pregunté a Danny.

-Ha estado por aquí en otras ocasiones, pero prefiero que sea usted misma la que saque su propia opinión de él.

El muchacho se incorporó y recogió de nuevo sus cabellos oscuros en una cola de caballo, porque se le habían escapado unos mechones que le molestaban en los ojos. Ágil y agraciado, con una sonrisa luminosa, parecía un joven cherokee. A menudo me preguntaba por qué le gustaba trabajar allí. Le ayudé a entrar la camilla en la sala de autopsias. Él se quedó pesando y midiendo el cuerpo, y yo desaparecí en el vestuario y me di una ducha. Mientras me restregaba, Marino dejó un mensaje en el contestador.

-¿Qué sucede? -pregunté cuando respondió a mi llamada.

-Es quien pensábamos, ¿verdad?

-Aún es extraoficial, pero sí.

-¿Lo estás examinando ahora?

-Iba a empezar... -respondí.

-Dame quince minutos. Casi estoy ahí.

-¿Vienes hacia aquí?

-Hablo desde el coche. Ya te contaré. No tardo nada.

Me pregunté a qué venía todo aquello, pero tuve la certeza de que Marino había descubierto algo *en* Richmond. De otro modo, su presencia en Norfolk carecía de sentido. La muerte de Ted Eddings no era jurisdicción de Marino a menos que ya interviniera en el asunto el FBI, y eso tampoco tenía ninguna lógica.

Marino y yo éramos asesores del programa de Análisis de Investigaciones Criminales, más conocido como Unidad de Perfiles, un grupo del FBI especializado en asesorar a la policía en casos de muertes inusualmente atroces y difíciles. Era habitual que participáramos en investigaciones fuera de nuestro territorio, pero sólo por invitación y era un poco pronto para que Chesapeake hubiera comunicado nada al FBI.

El detective Roche llegó antes que Marino. Traía una bolsa de papel e insistió en que le proporcionara bata, guantes, mascarilla, gorro y fundas de calzado. Mientras estaba en el vestuario, ocupado con su armadura biológica, Danny y yo empezamos a tomar fotografías y a estudiar a Eddings exactamente como nos había llegado, todavía con el traje isotérmico entero, que seguía mojando el suelo con su lento goteo.

-Lleva un buen rato muerto -apunté-. Tengo la sensación de que lo que le sucedió, fuera lo que fuese, se produjo poco después de que se

metiera en el río.

-¿Sabemos cuándo fue eso? -preguntó Danny mientras colocaba hojas nuevas de escalpelo.

-Suponemos que después de anochecer.

-No parece muy viejo.

-Veintinueve.

Contempló el rostro de Eddings, y el suyo adquirió una expresión de tristeza.

-Es como cuando llega aquí un niño, o ese jugador de baloncesto que cayó fulminado en el gimnasio la otra semana... -El muchacho me miró-. ¿No le afecta?

-No puedo dejar que me afecte porque tengo que hacer un buen trabajo. Por ellos -respondí mientras tomaba notas.

-¿Y cuando ha terminado? -insistió, mirándome fijamente.

-No terminamos nunca, Danny -le dije-. Nuestro corazón sigue roto el resto de nuestra vida y nunca termina del todo con la gente que ha pasado por aquí.

-Porque no podemos olvidarla... -El muchacho forró el interior de un cuenco con una bolsa para vísceras y lo colocó en el suelo, cerca de mí-. Por lo menos, yo no puedo.

-Si la olvidamos es que algo nos funciona mal -contesté.

Roche asomó desde el vestuario. Con su mascarilla y su traje de papel tenía el aspecto de un astronauta desechable. Se mantuvo a distancia de la camilla, pero lo más cerca que pudo de mí.

-He echado una ojeada a la barca -le dije-. ¿Qué objetos ha retirado de ella?

-Un arma y la cartera. He traído las dos cosas -respondió-. Están en la bolsa. ¿Cuántos pares de guantes lleva?

-¿Y una cámara, carretes, algo de eso?

-Todo lo que había está en la barca. Parece que lleva más de un par...

Roche se inclinó hacia delante y su hombro se apoyó en el mío.

-Sí, llevo dos. -Me aparté de él.

-Supongo que necesito otro par...

-Están en ese armario de ahí -le indiqué mientras abría la cremallera de las húmedas botas de buceo de Eddings.

Corté el traje isotérmico con un escalpelo y abrí el traje ligero por las costuras porque habría resultado demasiado difícil despojarlos del cuerpo ya completamente rígido. Mientras lo liberaba del neopreno, observé su tono rosado y uniforme debido al frío. Le quité el ceñido traje de baño azul. Danny me ayudó a subir el cuerpo a la mesa de autopsias, donde le rompimos la rigidez de los brazos y empezamos a tomar fotografías.

Eddings no tenía lesiones, salvo algunas viejas cicatrices, la mayoría en las rodillas. Pero la biología, mucho antes, le había asestado un golpe en forma de hipospadias, una anormalidad anatómica por la que el conducto de la uretra se abría en la parte inferior del glande y no en el centro. Este moderado defecto debía de haberle causado una gran angustia, sobre todo en la adolescencia. Ya adulto, quizá la vergüenza sufrida había sido suficiente para convertirlo en una persona reacia al

sexo.

Durante nuestros encuentros profesionales nunca se había mostrado tímido ni pasivo. De hecho siempre lo había encontrado bastante seguro de sí mismo y encantador, aunque rara vez me dejaba encantar por nadie y menos aún por un periodista. No obstante, tampoco se me escapaba que las apariencias no significaban nada respecto al comportamiento de las personas cuando dos de ellas se encontraban a solas.

Intenté no ir más allá. No quería recordarlo con vida mientras tomaba medidas y realizaba anotaciones en los diagramas sujetos con clips a mi carpeta. Pese a mi propósito, una parte de mi mente se rebelaba contra mi voluntad y me llevó de nuevo a la última ocasión en que lo había visto. Era la semana antes de Navidad y me hallaba en mi oficina de Richmond, de espaldas a la puerta, escogiendo diapositivas de un carrete. No lo oí acercarse hasta que me habló, y al volverme lo encontré en la puerta; llevaba una maceta con un guindillo de Indias cargado de frutos de un rojo brillante.

-¿Le importa si entro? -me preguntó-. ¿O prefiere que me vuelva al coche con esto?

Lo saludé mientras me irritaba contra el personal de recepción. Todos sabían que no debían permitir el paso a los periodistas, sin avisarme, más allá de la barrera blindada y cerrada del vestíbulo, pero Eddings caía demasiado bien, sobre todo a las recepcionistas. Así que entró puso la planta en la moqueta del despacho. El rostro se le iluminó con una sonrisa.

-Se me ha ocurrido que en este lugar tenía que haber algo vivo y feliz. -Sus ojos azules me miraron fijamente y no pude evitar una risilla.

-Espero que no lo diga por mí.

-¿Preparada para darle la vuelta?

El diagrama del cuerpo en la hoja de la libreta reapareció ante mis ojos y me di cuenta de que Danny me estaba hablando.

-Lo siento -murmuré.

El muchacho aún me miraba con preocupación mientras Roche daba vueltas por la sala como si no hubiera estado nunca en un depósito de cadáveres, observando el contenido de las vitrinas y dirigiéndome una mirada de vez en cuando.

-¿Todo en orden? -me preguntó Danny con su tacto habitual.

-Ya podemos darle la vuelta -respondí.

Me estremecí por dentro como una pequeña llama. El día de nuestro último encuentro, Eddings llevaba unos pantalones caqui de montaña y una camiseta negra de comando.

Intenté recordar la expresión de sus ojos y me pregunté si habría en ella algo que presagiara lo que acababa de suceder.

El cuerpo estaba frío al tacto y empecé a descubrir otros aspectos de él que distorsionaban los que ya conocía, lo cual me perturbó todavía más. La ausencia de los primeros molares era signo de ortodoncias. Llevaba coronas muy extensas y muy caras, además de lentes de contacto tintadas que realzaban sus ojos, de un azul 'ya muy subido. Curiosamente, la lente del ojo derecho no se había desprendido al

inundarse la escafandra y su mirada apagada resultaba extrañamente asimétrica, como si entre aquellos párpados soñolientos miraran dos muertos, y no uno.

Casi había concluido el examen físico, pero lo que quedaba era lo más ultrajante pues en cualquier muerte que no se debiera a causas naturales era necesario investigar las prácticas sexuales del paciente. Rara vez tropezaba con alguna señal evidente -como un tatuaje- que indicara las tendencias del cadáver, y por norma general nadie que fuera amigo íntimo del difunto se presentaba voluntariamente a proporcionar información. Aunque en realidad poco importaba lo que me dijera nadie, porque no por ello dejaría de buscar indicios de coitos anales.

Roche se aproximó de nuevo a la mesa y se colocó detrás de mí, muy cerca.

-¿Qué busca? -preguntó.

-Proctitis, perforaciones anales, pequeñas fisuras, engrosamiento del epitelio por trauma... -respondí mientras procedía al examen.

-¿Supone usted que era marica?

Roche echó una mirada por encima de mi hombro. A Danny le subió el color a las mejillas y en sus ojos apareció un destello de cólera.

-El anillo anal y el epitelio no muestran señales notables -le indiqué mientras tomaba unas notas apresuradas-. En otras palabras, no presenta ninguna lesión que corresponda a una vida de homosexual activo. Y, oiga, detective, tendrá usted que dejarme más espacio libre.

Notaba su aliento en la nuca.

-Este hombre había estado muchas veces por aquí, haciendo entrevistas, ¿sabe?

-¿Qué clase de entrevistas? -pregunté. Roche me estaba poniendo nerviosa.

-Eso no lo sé.

-¿A quién entrevistó?

-El otoño pasado hizo un reportaje en el varadero de naves fuera de servicio. Probablemente el capitán Green podría darle más detalles.

-Acabo de estar con el capitán y no me ha dicho nada al respecto.

-Creo que el reportaje salió en *El piloto virginiano* de octubre pasado. No era gran cosa. El típico artículo -continuó-. Personalmente, opino que decidió volver para meter las narices en algo más importante.

-¿Como qué?

-A mí no me pregunte. Yo no soy reportero. -El detective dirigió una mirada a Danny, que estaba al otro lado de la mesa-. Para ser franco, detesto los medios de comunicación. Siempre salen con teorías desquiciadas sin hacer nada por demostrarlas. Y este tipo, un periodista de prestigio que trabajaba para la AP y tal, era bastante famoso por aquí. Se rumoreaba que sus salidas con chicas eran una mera pantalla. Ya sabe a qué me refiero: uno va un poco más allá y no hay nada.

Vi una sonrisa de crueldad en su rostro y me resultó increíble hasta qué punto me caía mal, teniendo en cuenta que nos habíamos conocido aquel mismo día.

-¿Dónde consigue su información? -le pregunté.

-Oigo cosas...

-Danny, vamos a tomar muestras de los cabellos y de las uñas -indiqué.

-Dedico tiempo a hablar con la gente por la calle, ¿sabe? -añadió el detective mientras me rozaba las caderas.

-¿Guardo también unos pelos del bigote? -Danny cogió fórceps y bolsas de un carrito quirúrgico.

-Quizá merezca la pena.

-Supongo que le hará la prueba del sida. -Roche volvió a rozarme.

-Sí.

-Eso quiere decir que sigue pensando que era marica, ¿no?

Ya tenía suficiente. Dejé lo que estaba haciendo.

-Detective Roche -le dije mirándole fijamente y con tono duro-, si quiere seguir en el depósito, déjeme espacio para trabajar. Deje de rozarme y muestre respeto por mis pacientes. Este hombre no ha pedido estar aquí, sobre esta mesa, muerto y desnudo. Y no quiero oír la palabra marica.

-Bueno, puede usted llamarlo como quiera, pero su orientación sexual quizá tenga importancia. -El tipo estaba desconcertado, o tal vez complacido, ante mi irritada reacción.

-No tengo constancia de si este hombre era o no gay -continué-, pero de lo que estoy segura es de que no ha muerto de sida.

Cogí un escalpelo de una carretilla de quirófano y la expresión de Roche cambió bruscamente. Retrocedió, amedrentado de pronto al ver que me disponía a cortar, de modo que ahora tenía un problema más del que ocuparme.

-¿Ha presenciado alguna vez una autopsia? -pregunté.

-Algunas. -Parecía a punto de vomitar.

-¿Por qué no se sienta por ahí? -le sugerí sin demasiada delicadeza mientras me preguntaba por qué Chesapeake lo había asignado a aquel caso-. O salga a recepción.

-¡Qué calor hace aquí dentro!

-Si ha de vomitar, hágalo en la cubeta de desperdicios... -Danny hizo lo posible por no echarse a reír.

-Me sentaré un momento. -Roche se acercó al escritorio situado junto a la puerta.

Efectué rápidamente la incisión en Y, desde los hombros hasta el esternón y de éste a la pelvis. Cuando la sangre entró en contacto con el aire, creí detectar un olor que me hizo detenerme.

-Lipshaw ha sacado un afilador excelente, ¿sabe, doctora? Me gustaría conseguirlo -decía Danny-. Actúa con agua. Uno coloca dentro el instrumento a afilar y lo deja allí.

El olor que captaba era inconfundible, pero me parecía increíble.

-He echado una ojeada a su nuevo catálogo -continuó el muchacho-. Todas esas maravillas que no podemos permitirnos me ponen los dientes largos.

No podía ser.

-Abre las puertas, Danny -le dije con una serena urgencia que lo

sobresaltó.

-¿Qué sucede? -preguntó, alarmado.

-Que circule todo el aire posible. Enseguida -ordené.

Danny se movió deprisa, pese a la rodilla lesionada, y abrió las puertas de seguridad que daban al vestíbulo.

-¿Qué sucede? -Roche se irguió en la silla.

-Este hombre despide un olor especial. -No quería divulgar mis sospechas todavía, sobre todo en presencia del detective.

-Pues yo no huelo nada. -Roche se puso en pie y miró a su alrededor, como si aquel olor misterioso fuera algo que se pudiera ver.

La sangre de Eddings tenía un cierto olor a almendras amargas y no me sorprendió que ni Roche ni Danny pudieran detectarlo. La capacidad de captar el olor del cianuro es un rasgo recesivo asociado al sexo que es heredado por menos de un treinta por ciento de la población. Y yo estaba entre la minoría de afortunados.

-Créame -insistí mientras retiraba cuidadosamente la piel de las costillas para no dañar los músculos intercostales-, el cuerpo huele muy raro.

-¿Qué significa eso? -quiso saber Roche.

-No podré saberlo hasta que se efectúen pruebas. Mientras tanto, comprobaremos de nuevo el equipo de inmersión del difunto para asegurarnos de que todo funcionaba normalmente y de que, por ejemplo, no inhaló gases tóxicos por la manguera.

-¿Es usted experta en buceo con manguera?

-No lo he practicado nunca.

Amplié la incisión del centro del tórax en dirección a los costados. Levanté la piel y formé un bolsillo bajo el colgajo de epidermis, que Danny llenó de agua. Después sumergí la mano en el líquido y hundí el escalpelo entre dos costillas, pendiente de la aparición de unas burbujas que indicaran la infiltración de aire en la cavidad torácica debido a algún accidente de buceo, pero no observé ninguna.

-Traigamos el regulador y la manguera de la batea -decidí-. Sería conveniente ponerse en contacto con un experto en buceo para tener una segunda opinión. Danny, ¿conoces alguno por aquí cerca al que podamos llamar en un día festivo?

-En Hampton Roads hay una tienda de artículos de submarinismo que el doctor Mant visita a veces.

Danny buscó el número y llamó, pero aquella nevada Nochevieja la tienda estaba cerrada y al parecer el dueño no se encontraba en casa. El muchacho salió entonces a recepción. Cuando volvió, instantes después, oí una voz conocida que hablaba con él casi a gritos mientras sonaban unas firmes pisadas en el pasillo.

La voz de Pete Marino resonó en la sala de autopsias:

-Si fueras policía, no te dejarían.

-Ya lo sé, pero no lo entiendo -respondió Danny.

-Bueno, pues te daré una buena razón. Con los cabellos tan largos que llevas, los hijoputas de ahí fuera tienen una cosa más que agarrar. Yo me los cortaría. Además, gustarías más a las chicas.

Pete había llegado oportunamente para ayudar a Danny a transportar

el regulador y la manguera enroscada y estaba soltando una paternal admonición al muchacho. Nunca me había costado entender por qué Marino tenía problemas terribles con su propio hijo, ya crecido.

-¿Sabes algo de narguiles? -pregunté a Marino cuando entró. Pete contempló el cuerpo con rostro inexpresivo.

-¿El tipo tenía alguna enfermedad extraña?

-Eso que llevas en la mano es un narguile, en la jerga de los buceadores -respondí. Danny y él dejaron el equipo de buceo sobre una mesa de acero vacía, contigua a la que ocupaba el cadáver.

-Por lo visto las tiendas de submarinismo estarán cerradas los próximos días -añadí-, pero el compresor parece muy simple: una bomba impulsada por un motor de cinco caballos que insufla aire a través de una válvula de admisión con filtro y lo envía por la manguera de baja presión conectada al regulador secundario del buceador. El filtro parece que está bien y la entrada de combustible se encuentra intacta. Es lo único que puedo decirte.

-El depósito está vacío -indicó Marino.

-Creo que se le agotó cuando ya había muerto.

-¿Cómo lo sabe? -Roche se había acercado a nosotros y me miraba fijamente, como si en la sala sólo estuviéramos él y yo-. ¿Cómo sabe que no perdió la noción del tiempo, allá abajo, hasta agotar el combustible?

-Aunque le fallara el equipo de respiración -respondí-, tenía tiempo sobrado para salir a la superficie. Sólo estaba a diez metros de profundidad.

-Una distancia muy larga si a uno se le ha enganchado la manguera en alguna parte.

-Quizá, pero si le hubiera sucedido tal cosa podría haberse desprendido de su cinturón de lastres.

-¿Ya ha desaparecido el olor? -preguntó.

-No, pero ahora no es tan intenso.

-¿Qué olor? -quiso saber Marino.

-Su sangre huele muy raro.

-¿A alcohol, quizá?

-No, no se trata de eso.

Marino olisqueó el aire varias veces y se encogió de hombros mientras Roche pasaba por detrás de mí, desviando la mirada para no ver lo que había en la mesa. Ante mi incredulidad y a pesar de mis advertencias y a que disponía de espacio más que suficiente, el detective se atrevió a rozarme otra vez. Marino, corpulento y medio calvo bajo el abrigo forrado de lana, lo siguió con la vista.

-¿Quién es ése? -me preguntó.

-Creo que no os conocéis -murmuré-. Detective Roche, de Chesapeake. Éste es el capitán Marino, de Richmond.

Roche inspeccionaba detenidamente el regulador de buceo. El ruido que hacía Danny al cortar las costillas con las cizallas en la mesa contigua lo ponía nervioso. Su rostro, con una mueca de agobio, volvía a presentar el color del vidrio opalino.

Marino encendió un cigarrillo, y por su semblante deduje que ya había tomado una decisión respecto a Roche, una decisión que Roche

conocería enseguida.

-No sé usted -dijo al detective-, pero una cosa que yo descubrí hace tiempo es que cuando uno ha estado en este antro nunca vuelve a ver un hígado como antes. Verá... -Marino guardó el encendedor en el bolsillo de la camisa-. Antes me encantaba comerlo con cebolla -exhaló una bocanada de humo-, pero ahora no me harían probarlo ni a palos.

Roche se inclinó aún más sobre el regulador, hasta casi hundir el rostro en el aparato, como si el olor a goma y a sal fuese el antídoto que necesitaba. Yo reanudé mi trabajo.

-Oye, Danny -continuó Marino-, ¿has vuelto a comer riñones, mollejas o hígado desde que empezaste a trabajar aquí?

-No he probado esas cosas en toda mi vida -dije mientras abríamos la caja torácica-. Pero sé a qué se refiere, capitán. Cuando la gente pide grandes filetes de hígado en un restaurante, salgo casi corriendo, sobre todo si tiene un color mínimamente rosado.

Al dejar los órganos internos al descubierto, el hedor me obligó a echarme atrás.

-¿Otra vez el olor? -preguntó Danny.

-Sí -respondí.

Roche se retiró al rincón más alejado y Marino, después de haberse divertido con él, se acercó hasta detenerse a mi lado.

-Entonces, ¿crees que se ahogó? -se apresuró a preguntar.

-De momento no me lo parece, pero desde luego voy a investigarlo.

-¿Qué puedes hacer para determinar que no ha muerto ahogado?

Marino no tenía gran experiencia con ahogados pues eran pocos los asesinatos que se cometían por tal sistema, y por ello mostraba una profunda curiosidad. Quería entender todo lo que me veía hacer.

-En realidad puedo hacer muchas cosas -comenté sin dejar de trabajar-. Ya he abierto un bolsillo de piel en un costado del tórax, lo he llenado de agua y he introducido el escalpelo en el tórax para comprobar si se producían burbujas. Ahora voy a llenar de agua el saco pericárdico e introduciré una aguja en el corazón para observar si también se forman burbujas. Después buscaré indicios de hemorragias petequiales en el cerebro y comprobaré la presencia de aire extraalveolar en el tejido blando del mediastino.

-¿Qué demostrará todo eso? -preguntó Marino.

-Posibles neumotórax o embolias gaseosas, que pueden producirse a menos de cinco metros de profundidad si el submarinista respira de forma inadecuada. El problema es que el exceso de presión en los pulmones puede provocar pequeños desgarros de los tabiques alveolares, lo cual causa hemorragias y entrada de aire en una o ambas cavidades pleurales.

-Supongo que algo así pudo matarlo.

-Sí-murmuré-. Muy probablemente, sí.

-¿Y no pudo descender o ascender demasiado deprisa? ¿Tú qué opinas? -Marino se había desplazado hasta el otro lado de la mesa de operaciones para observar mejor.

-Los cambios de presión, o barotraumas, asociados al descenso y al ascenso no son muy probables a la profundidad en la que se

encontraba -respondí-. Y tal como se puede apreciar, no tiene los tejidos tan esponjosos como cabría esperar si la muerte se debiera a barotrauma. ¿Quieres ponerte ropa de protección?

-¿Para que parezca que trabajo en Terminex? -Marino volvió la mirada hacia Roche.

-Ojalá no pille el sida -apuntó Roche débilmente desde lejos.

Marino se puso bata y guantes mientras yo empezaba a explicar las diversas comprobaciones que necesitaba llevar a cabo para descartar también como causa del óbito la descompresión, la narcosis nitrogenosa o la asfixia por inmersión.

Cuando procedí a introducir una aguja del dieciocho en la tráquea para obtener una muestra de aire en la que investigar la presencia de cianuro, Roche no pudo aguantar más y decidió marcharse. Cruzó la estancia a toda prisa y, con un sonoro crujido del papel, recogió de un estante la bolsa de las pruebas.

-Entonces no vamos a saber nada hasta que tenga los resultados de los análisis, ¿no es así? -preguntó desde la puerta.

-Exacto. De momento están pendientes de determinar la causa y el modo de la muerte. -Hice una pausa y lo miré fijamente-. Tendrá una copia de mi informe cuando esté completo. Y antes de que se vaya, me gustaría ver los efectos personales del muerto.

Roche no estaba dispuesto a acercarse y yo tenía las manos ensangrentadas. Me volví a Marino.

-¿Te importaría? -le dije.

-Será un placer.

Se acercó al detective, cogió la bolsa y murmuró con tono áspero:

-Vamos. Inspeccionaremos esto en el pasillo, mientras toma un poco el aire.

Cruzaron el umbral y, mientras reanudaba mi trabajo, volví a oír los crujidos de la bolsa de papel. Luego oí que Marino desprendía el cargador de una pistola, abría la guía del arma y se quejaba de que no se hubiera comprobado si estaba descargada.

-¡Andar por ahí con esta pistola cargada! ¡Es increíble! -resonó la voz estentórea de Marino-. ¡Como si lo que lleva en la bolsa fuera el bocata para el almuerzo!

-El arma todavía no ha pasado por el laboratorio de búsqueda de huellas.

-¡En ese caso uno se pone unos guantes y quita la munición, como acabo de hacer! ¡Y luego vacía la recámara, como yo he hecho! ¿Dónde estudió usted, en la misma academia de los Keystone Cops donde le enseñaron educación y buenos modales ?

Marino continuó en el mismo tono y quedó muy claro por qué se había llevado a Roche al pasillo. Desde luego, no había sido para que tomara el aire. Danny me miró de reojo desde el otro lado de la mesa y ensayó una sonrisa.

Momentos después, volvió Marino, moviendo la cabeza. Roche no apareció más. Me sentí aliviada con su marcha y se notó.

- ¿Pero se puede saber qué pasa con ese tipo? -pregunté.

-Que piensa con la cabeza que Dios le ha dado -respondió Marino-.

La que tiene en la entrepierna.

-Como les decía, el detective ha estado por aquí un par de veces para molestar al doctor Mant respecto a algún asunto -dijo Danny-. Lo que no he precisado es que siempre han hablado arriba, en el despacho. En todas las ocasiones se ha negado a bajar al depósito.

-¡Vaya sorpresa! -exclamó Marino, burlón.

-Me han contado que cuando estaba en la Academia se hizo el enfermo el día que estaba programada la sesión práctica de autopsias -continuó Danny-. Además, hace muy poco que lo trasladaron de la sección de delitos juveniles. En realidad apenas lleva un par de meses como detective de homicidios.

-¡Maravilloso! -exclamó Marino-. El tipo ideal para encargarle un caso como éste.

-¿Hueles el cianuro? -le pregunté.

-No. Lo único que huelo ahora mismo es mi cigarrillo. Y eso es exactamente lo que quiero.

-¿Y tú, Danny?

-No, doctora. -Me pareció decepcionado.

-Hasta el momento no encuentro ninguna prueba de que fuera un accidente de buceo. No hay burbujas en el corazón ni en el tórax, no presenta enfisema subcutáneo ni tiene agua en el estómago ni en los pulmones. Todavía no sé si presenta congestión... -Corté otra sección del corazón-. Bueno, sí, ahí se ve la congestión cardíaca, pero se debe a que el lado izquierdo del músculo cardíaco falló antes que el derecho. En otras palabras, debido a la propia muerte. Y también se aprecia cierto enrojecimiento del tabique estomacal, lo cual concuerda con los efectos del cianuro.

-Doctora -dijo Marino-, ¿hasta qué punto lo conocías?

-En el plano personal, en realidad no sabía nada de él.

-Bien, voy a contarte qué había en la bolsa porque Roche no sabía lo que tenía entre manos y no he querido decírselo.

Por fin se despojó del abrigo y buscó un lugar seguro donde colgarlo. Se decidió por el respaldo de una silla y encendió otro cigarrillo.

-Estos suelos me matan los pies, maldita sea -masculló mientras se acercaba a la mesa donde estaban el regulador y la manguera-. Y deben de ser una tortura para tu rodilla -le dijo a Danny.

-Una auténtica tortura.

-Eddings llevaba consigo una pistola Browning de nueve milímetros con un acabado Birdsong pardo terroso -dijo Marino.

-¿Qué es eso del acabado Birdsong? -preguntó Danny.

-El señor Birdsong es el Rembrandt de las armas. Es el hombre a quien uno envía su arma cuando quiere impermeabilizarla y pintarla de modo que se confunda con el paisaje -explicó Marino-. En pocas palabras, lo que hace Birdsong es desmontarla, limpiarla con un chorro de arena y luego rociarla con teflón, que se endurece al horno. Todas las pistolas del GRR llevan un acabado Birdsong.

El GRR era el Grupo de Rescate de Rehenes del FBI. Dada la cantidad de artículos que había escrito Eddings sobre las fuerzas del orden, estaba segura de que habría tenido contactos con la Academia del FBI

en Quantico y con sus agentes mejor preparados.

-Por lo que explica, yo diría que los submarinistas de la Marina también deben de usarlo -apuntó Danny.

-Ellos, los equipos SWAT, los grupos antiterroristas y tipos como yo. -Marino repasó de nuevo el conducto de combustible del compresor y las válvulas de admisión-. Y la mayoría utilizamos también miras Novak como la que él llevaba. Pero lo que no tenemos es munición KTW para penetrar metal, a la que llaman «matapolicías».

Levanté la mirada hacia él.

-¿Llevaba munición recubierta de teflón?

-Diecisiete balas. Una en la recámara. Todas con laca roja en el fulminante, para impermeabilizarlas.

-Pues esa munición no la consiguió aquí. Por lo menos no la adquirió legalmente, porque lleva varios años prohibida en Virginia. Y en cuanto al acabado de la pistola, ¿estás seguro de que es de Birdsong, la misma empresa que utiliza el FBI?

-Sí, me parece que tiene el toque mágico de Birdsong -replicó Marino-. Aunque también hay otras firmas que hacen trabajos similares, por supuesto.

Abrí el estómago del cadáver mientras el mío seguía agarrotado. Eddings siempre había parecido un gran defensor de las fuerzas del orden. Había oído que solía viajar en coches patrulla y que acudía a las fiestas campestres de la policía y a sus bailes. Nunca me había parecido un experto en armas y me asombraba que hubiera cargado una pistola con una munición ilegal que tenía la infame reputación de que se utilizaba para asesinar y lisiar a los mismos agentes que le servían de fuente de información y con los que, tal vez, mantenía amistad.

-El contenido gástrico se reduce a una pequeña cantidad de fluido pardusco -continué-. No había comido antes del momento de la muerte. Era de esperar, si se proponía sumergirse.

-¿Hay alguna posibilidad de que le llegaran los humos de escape del compresor? Supongamos que el viento soplaba en la dirección precisa... -apuntó Marino, sin dejar de estudiar el aparato-. ¿Eso podría explicar su tono rosado?

-Investigaremos la presencia de monóxido de carbono, desde luego. Pero eso no explica el olor que noto -insistí.

-Usted cree que es un caso de asesinato, ¿verdad? -intervino Danny.

-Nada de esto debe salir de aquí. -Tiré de un cable eléctrico que pendía de un carrete colgado del techo y enchufé la sierra de Stryker-. Ni una palabra a nadie, ni a la policía de Chesapeake, hasta que estén terminados los análisis y redacte el informe oficial. No sé qué ocurre aquí ni qué sucedió en la escena de la muerte, de modo que aún debemos ser más cautos de lo habitual.

Marino miraba a Danny.

-¿Cuánto tiempo llevas trabajando en este tugurio? -le preguntó.

-Ocho meses.

-Has oído bien lo que ha dicho la doctora, ¿verdad?

Danny lo miró, sorprendido ante el cambio de tono de Marino.

-Sabrás tener la boca cerrada, ¿verdad? -continuó Marino-. Eso

significa no darse importancia ante los amigos ni intentar impresionar a la familia o a la novia. ¿Te enteras bien?

Danny contuvo la cólera mientras practicaba una incisión en torno a la coronilla, de oreja a oreja. Marino continuó su ataque, que parecía completamente inmotivado.

-Mira, si se produce alguna filtración, la doctora y yo sabremos de dónde procede.

Danny tenía una expresión tensa mientras retiraba una parte del cuero cabelludo hacia atrás y levantaba la otra hacia adelante, hasta los ojos, para dejar a la vista el cráneo. Al hacerlo, el rostro de Eddings se desmoronó, triste y flojo, como si supiera lo que estaba sucediendo y lo lamentara. Puse en marcha la sierra y la sala se llenó con el agudo aullido del metal al cortar el hueso.

3

A las tres *y* media, el sol se había hundido tras un velo gris y la nieve tenía varios centímetros de espesor, y también flotaba en el aire como humo. Marino y yo seguimos las pisadas de Danny por el aparcamiento pues el muchacho ya se había ido. Me sentía mal por él.

-Pete, no puedes hablarle a la gente de ese modo. Mi personal sabe mantener la discreción. Danny no ha hecho nada para que lo trates así, y no me ha gustado nada.

-Es un muchacho -replicó-. Edúcalo como es debido y se ocupará bien de ti. La cuestión es que debes tener fe en la disciplina.

-Disciplinar a mi personal no es asunto tuyo, y además nunca he tenido problemas con ese chico.

-¿No? Pues precisamente éste es un momento en que no te interesa empezar a tenerlos -respondió.

-Te agradecería mucho que no intentaras dirigir mi oficina.

Estaba cansada y de mal humor, y Lucy seguía sin coger el teléfono en casa de Mant. Marino había aparcado su coche junto al mío. Abrí la puerta y me volví hacia él.

-¿Y qué hace Lucy por Año Nuevo? -me preguntó, como si conociera mis preocupaciones.

-Esperaba que lo pasaría conmigo, pero no he tenido noticias suyas -respondí y me metí en el coche.

-La nevada viene del norte, así que habrá caído en Quantico antes que aquí. Quizás está atrapada en la carretera. Ya sabes cómo se pone la 95.

-Tiene teléfono en el coche. Además viene de Charlottesville.

-¿Cómo es eso?

-La Academia decidió enviarla de vuelta a la universidad para otro curso de graduación.

-¿En qué? ¿En ciencia avanzada de cohetes?

-Al parecer está realizando un estudio sobre realidad virtual.

-Bueno, pues entonces quizás está inmovilizada en algún lugar entre este sitio y Charlottesville.

Marino no quería que me marchara.

-Quizá me ha dejado un mensaje.

Pete echó una ojeada al aparcamiento. Estaba completamente vacío, salvo la furgoneta azul marino del depósito, cubierta de nieve. Tenía copos blancos adheridos a sus cabellos ralos, y aunque debía de notar el frío en la incipiente calva, no parecía que le importase.

-¿Y tú? ¿Tienes planes para Año Nuevo? -Puse en marcha el motor y después los limpiaparabrisas para despejar de nieve el cristal.

-Conozco un par de tipos que hablaban de una partida de póquer y

una enchilada...

-Suena divertido. -Levanté la vista hacia su rostro, grueso y sonrojado, mientras él continuaba mirando a otra parte.

-Oye, doctora, he registrado el apartamento de Eddings en Richmond pero no quería hablar de ello delante de Danny. Creo que tú también vas a tener interés en registrarlo.

Marino quería hablar. No tenía ganas de juntarse con sus amigos ni de estar solo. Le apetecía estar conmigo, pero nunca lo reconocería. Después de tantos años de conocernos, sus sentimientos hacia mí seguían siendo reservados, por muy evidentes que fueran.

-No puedo competir con una partida de póquer -le dije mientras me abrochaba el cinturón de seguridad-, pero esta noche pensaba hacer lasaña y parece que Lucy no se presentará, de modo que si quieres...

-Me parece que no sería buena idea coger el coche pasada la medianoche -me interrumpió mientras la nieve se arremolinaba sobre el asfalto en pequeños torbellinos blancos.

-Tengo una habitación de invitados -añadí.

Pete echó un vistazo a su reloj y decidió que era buen momento para encender un cigarrillo.

-En realidad ni siquiera es prudente emprender viaje a esta hora -continué-. Y da la impresión de que necesitamos hablar.

-Sí, bueno, puede que tengas *razón* -dijo él.

Con lo que no contábamos ninguno de los dos, mientras Pete me seguía despacio camino de Sandbridge, era que al llegar a la casa veríamos humear la chimenea. El añejo Suburban verde de Lucy estaba aparcado en el camino privado, cubierto por un velo de nieve que indicaba que mi sobrina llevaba allí un buen rato.

-No lo entiendo -dije a Marino mientras cerrábamos la puerta de nuestros respectivos vehículos-. La he llamado tres veces.

-Tal vez sea mejor que me vaya... -Se quedó junto a su Ford, sin saber muy bien qué hacer.

-Qué tontería. Vamos, ya improvisaremos algo. Hay un sofá. Además, Lucy estará encantada de verte.

-¿Tienes el traje de buceo?

-En el portaequipajes.

Lo llevamos entre los dos hasta la casa de Mant, que parecía aún más pequeña y desolada con aquel tiempo. En la parte de atrás había un porche cubierto. Entramos por él y depositamos el equipo de inmersión en el suelo de madera. Lucy abrió la puerta que conducía a la cocina y nos envolvió el aroma a tomates y ajo. Al ver a Marino y el equipo de buceo, se quedó desconcertada.

-¿Qué significa eso? -preguntó.

Advertí que estaba algo irritada. Habíamos previsto pasar la velada a solas, y en nuestras complicadas vidas no teníamos muchas noches especiales como aquélla.

-Es largo de contar -le respondí, haciendo frente a su mirada.

Pasamos a la cocina, donde Lucy tenía al fuego un cazo de buen tamaño. Cerca, sobre la mesa auxiliar, había una tabla de cortar en la que posiblemente mi sobrina estaba picando pimientos y cebollas

cuando llegamos. Lucy vestía un chándal del FBI y unos calcetines de esquí y tenía un aspecto de lo más saludable, aunque advertí que andaba algo mal de sueño.

-Hay una manguera en el trastero, y al lado del porche, junto a un grifo, verás un cubo de basura vacío -dije a Marino-. Si haces el favor de llenarlo, mojaremos el traje.

-Yo te ayudo -dijo Lucy.

-De eso, nada -la estreché entre mis brazos-, por lo menos hasta que hayamos hablado un minuto.

Cuando Marino estuvo fuera, tiré de ella hacia los fogones y levanté la tapa del cazo. Se elevó un aroma delicioso y me sentí feliz.

-¡Increíble! -exclamé.

-Como eran las cuatro y no habías vuelto, pensé que sería mejor hacer la salsa, o no íbamos a cenar lasaña.

-Quizá necesite un poco más de vino tinto, y es posible que un poco más de albahaca. Y un pellizco de sal. Iba a poner alcachofas en lugar de carne, aunque a Marino no le gustará demasiado. Él puede comer sólo jamón, si quiere. ¿Qué te parece?

Tapé de nuevo el cazo.

-¿Cómo es que lo has traído, tía Kay? -preguntó Lucy.

-¿Has visto mi nota?

-Claro, por eso he podido entrar. Pero lo único que decía era que habías acudido a la escena de un suceso.

-Lo siento, aunque he llamado varias veces.

-No iba a contestar al teléfono de una casa ajena -respondió-, y no me has dejado ningún mensaje.

-La cuestión es que no pensaba encontrarte aquí y por eso he invitado a Marino. No quería que Pete tuviera que volver en coche a Richmond con esta nevada.

En los penetrantes ojos verdes de Lucy hubo un destello de decepción.

-No hay problema, mientras él y yo no tengamos que dormir en la misma habitación -añadió con sequedad-, pero no entiendo qué hacía ahí, en Tidewater.

-Ya te he dicho que es largo de contar. El caso tiene relación con Richmond.

Salimos al frío porche y rociamos rápidamente las aletas, el traje normal, el isotérmico y el resto del equipo con agua dulce casi helada. Después lo llevamos todo al desván, donde nada de ello se congelaría, y lo colocamos sobre varias capas de toallas. Me di una ducha todo lo larga que permitía el calentador de agua y me pareció irreal que Lucy, Marino y yo estuviéramos juntos en aquella pequeña casita de la costa una Nochevieja pasada por nieve.

Cuando asomé del dormitorio los encontré en la cocina, bebiendo cerveza italiana y leyendo una receta para hacer pan.

-Muy bien -les dije-. Ya está. Ahora me encargo yo.

-Cuidado -dijo Lucy.

Los aparté y empecé a juntar en un cuenco grande varias cantidades de harina de alto contenido en gluten, levadura, un poco de azúcar y

aceite de oliva. Encendí el horno a temperatura baja y abrí una botella de Cote Rótie para la cocinera, que se aprestaba a empezar el trabajo realmente duro. Con la cena serviría un chianti.

-¿Has mirado en la cartera de Eddings? -pregunté a Marino mientras picaba unos hongos porcini.

-¿Quién es Eddings? -dijo Lucy, sentada en la encimera con una Peroni en la mano. Los copos de nieve rasgaban la creciente oscuridad al otro lado de la ventana. Le expliqué algo más de lo sucedido durante el día y en lugar de hacer más preguntas guardó silencio mientras Marino hablaba.

-No encontré nada fuera de lo corriente. Una Mastercard, una Visa, una AMEX, información de seguros. Eso y un par de recibos. Parecen de restaurantes, pero lo comprobaremos. ¿Te importa si abro otra de éstas? -Dejó la botella vacía en el cubo de basura y abrió la puerta del frigorífico-. Veamos qué más... -Se oyó un tintineo de vidrios-. No llevaba mucho efectivo. Veintisiete pavos.

-¿Fotografías? -pregunté mientras trabajaba la masa sobre una tabla espolvoreada con harina.

-Ninguna. -Marino cerró el frigorífico-. Y no estaba casado, como ya sabes.

-Lo que no sabemos es si tenía alguna relación importante con alguien -apunté.

-Podría ser, porque desde luego hay muchísimas cosas que no sabemos. -Se volvió hacia Lucy-. ¿Sabes qué es Birdsong?

-Mi Sig tiene un acabado Birdsong -dijo ella. Se volvió hacia mí y añadió-: Y la Browning de tía Kay, también.

-Bien, pues ese tal Eddings tenía una Browning nueve milímetros igual que la de tu tía, con un acabado Birdsong de color pardo terroso. Además, la munición que llevaba estaba forrada de teflón y tenía laca roja en el fulminante. Eso significa que podía darle a alguien a través de una decena de guías telefónicas.

-¿Y qué hacía un periodista con una cosa así? -preguntó Lucy, sorprendida.

-Hay gente muy fanática de las armas y de las municiones -señalé-, aunque no sabía que Eddings lo fuera. Nunca me lo mencionó. Claro que no había ninguna necesidad de que lo hiciera...

-Jamás he visto una KTW en Richmond -intervino Marino, refiriéndose a la marca comercial de los cartuchos forrados de teflón-. Legal o no.

-¿Podría haberla comprado en una feria de armas? -pregunté.

-Tal vez. Una cosa está clara: lo más probable es que el tipo acudiera a muchas de ellas. Todavía no te he hablado de su apartamento.

Cubrí la masa con una toalla húmeda y puse el cuenco en el horno, en el nivel más bajo.

-No te contaré el recorrido completo -continuó Pete-. Sólo lo más importante, empezando por la habitación donde se dedicaba a recargar su propia munición, según parece. Quién sabe dónde habrá disparado todas esas balas, pero tenía un montón de armas para elegir, entre ellas varias pistolas más, un AK-47, un MP5 y un M16. No es lo que uno usa

para perseguir alimañas, precisamente. Además estaba suscrito a varias revistas supervivencialistas como *Soldier of Fortune, U.S. Cavalry Magazine y Brigade Quartermaster.* Al final -Marino se interrumpió para tomar otro trago de cerveza-, descubrimos varias cintas de vídeo sobre cómo convertirse en francotirador. Ya sabes, entrenamientos de fuerzas especiales y mierda de ésa.

Revolví huevos y parmesano con requesón.

-¿Algún indicio de en qué podía andar metido? -El misterio en torno al muerto iba en aumento y me inquietaba cada vez más.

-No, pero desde luego parecía estar tras algún asunto.

-O algo andaba tras él -apunté.

-Estaba asustado. -Lucy lo dijo como si lo supiera de buena tinta-. Uno no se sumerge después de anochecer ni lleva una nueve milímetros impermeabilizada y cargada con balas que perforan blindajes si no está asustado. Es la conducta de alguien que cree tener tras él a un asesino profesional.

Fue entonces cuando les hablé de la extraña llamada de madrugada del agente Young, que al parecer no existía. Mencioné al capitán Green y describí su comportamiento.

-¿Por qué había de llamar? Eso en el caso de que fuera él quien lo hiciera. -Marino frunció el entrecejo.

-Está claro que no me quería en la escena del suceso -respondí-. Si la policía me hubiera ofrecido una buena información, quizá me habría limitado a esperar aquí a que trajeran el cuerpo, como suelo hacer.

-Me da la impresión de que querían intimidarte -dijo Lucy.

-Sí, creo que en síntesis ése era el plan.

-¿Has probado a llamar al número de teléfono que te dio ese tal Young?

-No -contesté.

-¿Dónde lo tienes?

Se lo di y marcó.

-Es el número del servicio meteorológico local -anuncio Lucy, y colgó.

Marino retiró una silla de la mesa de desayunar, cubierta con un mantel a cuadros, y se sentó a horcajadas con los brazos cruzados sobre el respaldo. Durante un rato nadie dijo nada y repasamos unos datos que se iban haciendo más raros y misteriosos por momentos.

-Escucha, doctora -Marino hizo chasquear los nudillos-, no aguanto más sin un cigarrillo. ¿Me dejarás encenderlo aquí o tengo que salir fuera?

-Fuera -dijo Lucy, señalando la puerta con un gesto enérgico del pulgar y una expresión exageradamente malhumorada.

-¿Y si caigo en un agujero oculto bajo la nieve, enanita? -protestó él.

-Ahí fuera sólo hay diez centímetros de nieve. El único agujero en el que puedes caer es el que tienes en la cabeza.

-Mañana saldremos a la playa y haremos prácticas de tiro con latas -dijo Marino-. De vez en cuando necesitas que alguien te dé una lección de humildad, agente especial Lucy.

-Tened la absoluta seguridad de que mañana no haréis prácticas de tiro en la playa -les advertí.

-Podríamos dejar a Pete que abriera la ventana y echara el humo fuera -concedió Lucy-. Pero eso sólo demuestra lo adicto que eres al tabaco.

-Mientras apures el cigarrillo deprisa... -añadí yo-. La casa ya está suficientemente fría.

La ventana se mostró testaruda, pero no tanto como Marino, quien consiguió abrirla tras un violento forcejeo. Trasladó la silla junto a ella, encendió el cigarrillo y echó el humo a través de la mosquitera. Lucy y yo preparamos la mesa en el salón pues nos pareció que sería más agradable cenar frente al fuego que en la cocina de la casa o en el comedor, angosto y expuesto a las corrientes de aire.

-Ni siquiera me has contado cómo te va -dije a mi sobrina mientras empezaba a ocuparse del fuego de la chimenea.

-Me va estupendamente.

Unas chispas ascendieron por el conducto de la chimenea, sucio de hollín, mientras Lucy echaba más leña al fuego. Observé cómo destacaban las venas hinchadas de sus manos y cómo se flexionaban los músculos de su espalda. Mi sobrina tenía un gran talento para la ciencia de los ordenadores, y muy recientemente había demostrado que también lo tenía para la robótica, que había estudiado en el MIT. Eran áreas del saber que habían hecho de Lucy un elemento muy atractivo para el Grupo de Rescate de Rehenes del FBI. Pero la expectación que despertaba era sólo cerebral, no física. Ninguna mujer había superado nunca los severísimos requisitos del Grupo de Rescate de Rehenes y me preocupaba que mi sobrina no fuera a aceptar sus propias limitaciones.

-¿Cuánto trabajo haces? -le pregunté.

Lucy cerró la pantalla de protección y se sentó ante el hogar, vuelta hacia mí.

-Mucho.

-Si sigues rebajando tu reserva de grasas, vas a tener un aspecto nada saludable.

-Estoy muy sana, y realmente tengo demasiada grasa corporal.

-Como te note tendencias anoréxicas, no enterraré la cabeza en la arena, Lucy. Sé muy bien que los trastornos en la alimentación matan. He visto a sus víctimas.

-No sufro ningún trastorno en la alimentación.

Me senté junto a ella. El fuego nos calentó la espalda.

-Supongo que tengo que aceptar tu palabra.

-Bueno.

-Escucha -le di unas palmaditas en la rodilla-, se te ha asignado al Grupo de Rescate como consejera técnica. Nadie ha pensado que debas descolgarte de un helicóptero o correr el kilómetro a la misma velocidad que los hombres de la unidad.

Lucy me miró con un destello en los ojos.

-¡Y tú me hablas de limitaciones! Nunca he visto que dejaras de hacer algo por razón de tu sexo.

-Conozco perfectamente mis limitaciones -repliqué-, y las tengo presentes en todo momento. Es así como he sobrevivido.

-Escucha -declaró ella con vehemencia-, estoy cansada de programar

ordenadores y robots y de que cada vez que sucede algo gordo, como lo del atentado de Oklahoma City, los demás salgan corriendo hacia la base Andrews de las Fuerzas Aéreas y yo me quede en tierra. Y si me desplazo con ellos, entonces me encierran en cualquier sala como si sólo fuera una empollona inútil. ¡Y yo no soy ninguna empollona inútil ni quiero ser una agente de despacho! -De pronto los ojos se le llenaron de lágrimas y apartó el rostro-. Puedo superar cualquier pista de obstáculos que me pongan delante. Sé hacer rappel, disparo de precisión y submarinismo. Pero sobre todo sé encajar cuando algún tipo se pone gilipollas. Ya sabes, los hay que no es que estén precisamente contentos de tenerme con ellos.

De eso no me cabía duda. Lucy siempre había sido una persona que despertaba sentimientos extremos porque era brillante, aunque también podía ser difícil. Además resultaba atractiva con sus facciones algo duras y angulosas, y francamente me parecía sorprendente que pudiera sobrevivir entre un equipo de las fuerzas especiales de cincuenta hombres, con ninguno de los cuales tendría jamás una cita.

-¿Qué tal Janet?

-La han trasladado a la Oficina de Campo de Washington para que se ocupe de la delincuencia de cuello blanco. Por lo menos no está muy lejos.

-El traslado debe de ser reciente -comenté sorprendida.

-Muy reciente. -Lucy apoyó los antebrazos en las rodillas.

-¿Y esta noche dónde está?

-Su familia tiene una casa en Aspen.

Mi silencio formuló la pregunta y noté la irritación en su voz cuando la respondió:

-No, no me invitaron. Y no es porque Janet y yo no nos llevemos bien. Sencillamente, no habría sido buena idea.

-Entiendo. -Titubeé antes de añadir-: Eso quiere decir que sus padres aún no lo saben, ¿no?

-¿Y quién cono lo sabe? ¿Crees que no lo ocultamos en el trabajo? Así que cuando vamos a alguna parte juntas, cada una tiene que ver cómo los hombres acosan a la otra. Es un placer especial -añadió con amargura.

-Ya sé cómo son las cosas en el trabajo -comenté-. Es precisamente como te dije que sería. Lo que me interesa más es lo de la familia de Janet.

Lucy se miró las manos.

-Es su madre sobre todo. A decir verdad, creo que a su padre le daría igual. Desde luego no pensaría que lo de su hija se debe a algo que hizo mal, como da por sentado mi madre, aunque ella opine que quien hizo las cosas mal fuiste tú, pues te ocupaste de criarme y, según ella, eres mi auténtica madre.

Era inútil que me defendiera de los necios comentarios de Dorothy, mi única hermana, que por desgracia era la madre de Lucy.

-Ahora, mamá tiene otra teoría. Dice que eres la primera mujer de quien me enamoré, y que de algún modo eso lo explica todo -continuó Lucy con tono irónico-. No importa que eso pudiera calificarse de

incesto o que tú seas heterosexual. Recuerda que mamá escribe esos libros infantiles tan perspicaces y lúcidos, de modo que es una experta en psicología y, a lo que se ve, también en terapia sexual.

-Lamento mucho que tengas que pasar por todo esto, además de por todo lo demás -dije de corazón. Cuando teníamos aquellas charlas, nunca sabía muy bien qué hacer. Todavía me resultaban muy novedosas, y en cierto modo me daban miedo.

-En fin -Lucy se puso en pie ante la entrada de Marino en el salón-, hay cosas con las que una ha de convivir, eso es todo.

-Tengo noticias -anunció Marino-. El pronóstico del tiempo es que esta mierda de nevada se convertirá en lluvia. Si es así, mañana por la mañana podremos marcharnos.

-Mañana es Año Nuevo -dijo Lucy-. Además, ¿por qué hemos de marcharnos?

-Porque necesito llevar a tu tía a la guarida de Eddings. -Marino hizo una pausa antes de continuar-. Y Benton también tiene que mover el culo hasta allí.

No hubo la menor reacción visible por mi parte. Benton Wesley era el jefe de unidad del programa de Análisis de Investigaciones Criminales del FBI, y yo abrigaba la esperanza de no verlo durante las vacaciones.

-¿Qué intentas decirme? -murmuré sin alterarme.

Pete se sentó en el sofá y me miró, pensativo, mientras hacía otra pausa. Después respondió a mi pregunta con otra:

-Siento curiosidad por una cosa, doctora. ¿Cómo envenenarías a alguien bajo el agua?

-Quizá no sucedió bajo el agua -apuntó Lucy-. Quizá tragó el cianuro antes de ponerse a bucear.

-No, así no pudo suceder -contesté tajante-. El cianuro es muy corrosivo. Si lo hubiera ingerido por vía oral presentaría amplias lesiones en el estómago, y probablemente también en el esófago y en la boca.

-Entonces, ¿qué pudo suceder? -preguntó Marino.

-Creo que inhaló cianuro en forma de gas.

-¿Cómo, a través del compresor? -Parecía desconcertado.

-El compresor toma aire a través de una válvula de admisión que va cubierta con un filtro -le recordé-. Alguien habría podido mezclar un poco de ácido clorhídrico con una tableta de cianuro y acercar el frasco a la válvula lo suficiente como para que ésta aspirase el gas.

-¿Qué habría pasado si Eddings hubiera inhalado gas de cianuro a través del regulador? -preguntó Lucy.

-Habría sufrido un colapso, y en cuestión de segundos le habría sobrevenido la muerte.

Recordé la manguera de aire enredada y me pregunté si Eddings estaría cerca de la hélice del *Exploiter* cuando de repente inhaló el gas de cianuro a través del regulador. Eso tal vez explicaría la postura en que lo había encontrado.

-¿Podrás comprobar la presencia del veneno en el aparato?

-Por lo menos lo intentaré -respondí-. Pero no espero encontrar nada, a menos que esa tableta de cianuro se colocara directamente en el filtro

de la válvula. Y en este caso incluso cabe la posibilidad de que ya se hubieran manipulado las pruebas cuando me presenté allí. Quizá tengamos más suerte con la sección de manguera que quedaba más próxima al cuerpo. Empezaré las pruebas toxicológicas mañana si consigo que alguien acuda al laboratorio en un día festivo.

Mi sobrina se acercó a una ventana y miró el cielo.

-Sigue nevando fuerte. Es asombroso cómo los copos iluminan la noche. Distingo el océano. Es esa pared negra -añadió en tono pensativo.

-Eso que ves es una pared de verdad -intervino Marino-. Es el muro de ladrillos del fondo del jardín.

Lucy no dijo nada durante un rato. Yo pensé en cuánto la echaba en falta. Aunque no la había visto mucho durante sus años de universitaria, ahora nos veíamos menos aún porque nunca tenía la seguridad de disponer de un momento para visitarla, incluso cuando algún caso me llevaba a Quantico. Me apenaba que la infancia de Lucy hubiera quedado atrás, y una parte de mí deseaba que mi sobrina hubiera escogido una vida y una profesión menos duras de lo que posiblemente eran las suyas.

Entonces, con la mirada perdida todavía al otro lado del cristal, murmuró en tono pensativo:

-Así que tenemos un periodista experto en el armamento de los supervivencialistas que de algún modo ha sido envenado con gas de cianuro mientras buceaba entre barcos decomisados, de noche y en una zona de acceso restringido...

-Todo eso sólo es una posibilidad -le recordé-. El caso está pendiente de investigación. Debemos ser escrupulosos y no olvidarlo.

Lucy se volvió.

-Si una quisiera envenenar a alguien, ¿dónde podría conseguir cianuro? ¿Sería muy difícil hacerse con él?

-Se puede conseguir en muchas instalaciones industriales -respondí.

-¿Por ejemplo?

-Pues por ejemplo se utiliza para separar el oro de la mena. También se emplea para el chapado de metales y como fumigante. Y para preparar ácido fosfórico a partir de huesos. En otras palabras, cualquiera podría tener acceso a ese veneno, desde un joyero a un obrero de una fábrica o a un exterminador de alimañas. Además, en cualquier laboratorio químico encontrarás cianuro y ácido clorhídrico.

-Bien -intervino Marino-, si Eddings murió envenenado, quien lo hizo tenía que saber dónde y cuándo iba a salir en la barca.

-Sí, alguien tenía que conocer muchas cosas -asentí-. Por ejemplo, tenía que saber qué clase de aparato respirador se proponía usar Eddings porque si hubiera utilizado otra modalidad de escafandra, el *modus operandi* habría tenido que ser completamente distinto.

-Ojalá supiéramos por lo menos qué cono hacía allí abajo. -Marino apartó la pantalla protectora para avivar el fuego.

-Fuera lo que fuese -apunté-, parece que tenía que ver con la fotografía. Y a juzgar por el equipo para la cámara que seguramente llevaba consigo, iba muy en serio.

-Pero no se ha encontrado ninguna cámara submarina -indicó Lucy.

-No -respondí-. La corriente podría haberla llevado a cualquier parte, o quizá todavía esté enterrada en el limo. Por desgracia, el equipo que supuestamente llevaba no flota.

-Me encantaría conseguir el carrete.

Lucy seguía contemplando la noche nevada y me pregunté si estaría pensando en Aspen.

-De una cosa podemos estar seguros: no se dedicaba a tomar fotos de peces. -Marino colocó en la chimenea un grueso tronco que aún estaba un poco verde-. Eso sólo deja los barcos. Para mí que estaba preparando un reportaje que alguien no quería que hiciese.

-Tal vez sea cierto lo del reportaje -concedí-, pero eso no significa que tenga relación con la muerte. Puede que alguien aprovechara la oportunidad de que estuviera buceando para matarlo por otras razones.

Pete se dio por vencido con el fuego.

-¿Dónde tienes la leña menuda?

-Fuera, bajo una lona -respondí-. Mant no quiere guardarla en la casa. Tiene miedo de las termitas.

-Más miedo debiera tener de los incendios y los destrozos del viento en esta casucha.

-Ahí atrás, junto al porche -le indiqué-. Gracias, Marino.

Salió con guantes pero sin abrigo mientras el fuego se empeñaba en humear y el viento lanzaba espeluznantes gemidos en la inclinada chimenea de ladrillo. Me volví hacia mi sobrina, que aún seguía junto a la ventana.

-Deberíamos ocuparnos de la cena, ¿no te parece? -le dije.

-¿Qué hace? -preguntó ella, de espaldas a mí.

-¿Marino?

-Sí. Ese idiota se ha perdido. Mira, ha llegado hasta la pared del fondo. Espera un momento. Ahora no lo veo. Ha apagado la linterna. ¡Qué raro!

Se me puso la carne de gallina y me levanté al instante. Corrí al dormitorio y cogí la pistola de la mesilla de noche. Lucy me pisaba los talones.

-¿Qué pasa? -exclamó.

-¡Pete no lleva linterna! -dije, y eché a correr.

4

Abrí de par en par la puerta de la cocina que conducía al porche y casi me di de bruces con Marino.

-¿Qué cono...? -exclamó detrás de una carga de leña.

-Hay un tipo merodeando -le dije con urgencia contenida.

La leña se desparramó por el suelo con un sonoro estruendo y Pete salió de nuevo al patio a toda prisa, empuñando su pistola. Lucy había sacado la suya y también estaba fuera. Entre los tres, hubiéramos podido hacer frente a una algarada.

-Comprobad los alrededores de la casa -ordenó Marino-. Yo inspeccionaré el patio.

Volví a la casa en busca de linternas y después Lucy y yo rodeamos la vivienda. Aguzamos el oído y la vista, pero sólo captamos el crujido de la nieve bajo nuestros zapatos y las huellas que íbamos dejando a nuestro paso. Cuando reaparecimos entre las densas sombras junto al porche, oí cómo Marino desamartillaba su arma.

-Hay huellas junto al muro del fondo -explicó. Su aliento era una nube blanca-. Es muy extraño. Las pisadas conducen a la playa y desaparecen junto al agua. -Miró a su alrededor y preguntó-: ¿No podría ser que alguno de tus vecinos saliera a estirar las piernas ?

-No conozco a los vecinos de Mant -respondí-, pero no deberían pasar por su patio. ¿Y quién en su sano juicio saldría a pasear por la playa con este tiempo ?

-¿Y las huellas del patio? ¿Hasta dónde van? -preguntó Lucy.

-Según parece, saltó el muro y penetró un par de metros en la propiedad antes de marcharse -contestó Marino.

Pensé en Lucy, de pie ante la ventana y perfectamente iluminada por detrás por las lámparas y el fuego. Tal vez el merodeador la había visto y se había asustado.

Después se me ocurrió otra cosa:

-¿Cómo sabemos que el merodeador era un hombre?

-Si no lo era, sentiría pena por una mujer con unos pies como los suyos -dijo Marino-. Las huellas de su calzado miden lo mismo que las del mío.

-¿Zapatos o botas? -pregunté mientras me encaminaba hacia la pared.

-No lo sé. La suela tiene una especie de rayado con líneas que se entrecruzan -explicó mientras seguía mis pasos.

Las huellas que encontré me dieron más motivo de alarma. No eran las de una típica bota o las del calzado deportivo.

-Dios mío -dije-, creo que el intruso llevaba botas de buceo o algo en forma de mocasín muy parecido al calzado para submarinismo. Mirad.

Señalé el dibujo a Lucy y Marino, que se habían agachado a mi lado, e iluminé oblicuamente las marcas con la linterna.

-No hay arco -indicó Lucy-. En efecto, yo también diría que son huellas de botas de buceo o de zapatos de agua, pero es muy raro.

Me asomé por encima del muro y contemplé las aguas oscuras y agitadas. Resultaba inconcebible que alguien hubiera llegado por el mar.

-¿Puedes sacar fotos de las huellas? -pregunté a Marino.

-Claro, aunque no tengo nada para sacar moldes.

Volvimos a la casa. Pete recogió la leña y la llevó al salón mientras Lucy y yo centrábamos nuevamente nuestra atención en la cena, de la que ya no estaba muy segura de poder disfrutar debido a lo tensa que me sentía. Me serví otra copa de vino e intenté considerar la aparición del merodeador como una mera coincidencia, una peregrinación inocente de algún amante de los paseos bajo la nieve, o tal vez de las inmersiones nocturnas.

Pero como no se trataba de eso, conservé la pistola a mano y eché frecuentes miradas por la ventana. Cuando introduje la lasaña en el horno, mi ánimo estaba cargado de malos presagios. Encontré el queso parmesano en el frigorífico y esparcí una capa sobre la fuente, que puse a gratinar. Mientras se doraba, repartí unos higos y unas tajadas de melón en platos y añadí bastante jamón en el que sería para Marino. Lucy preparó una ensalada y nos pusimos a trabajar en silencio durante un rato.

Cuando por fin abrió la boca, no estaba muy contenta.

-Tú andas metida en algo, tía Kay, es evidente. ¿Por qué te sucede siempre a ti? Estás aquí, sola en mitad de la nada, sin alarma contra ladrones y con unas cerraduras de pacotilla.

-¿Has puesto el champán a enfriar? -la interrumpí-. Pronto va ser medianoche. La lasaña sólo tardará diez minutos, quince como máximo, a menos que el horno del doctor Mant funcione como todo lo demás de la casa. En tal caso tendremos que esperar hasta el año que viene por esta fecha. Nunca he entendido a la gente que hornea la lasaña durante horas. ¡Luego se sorprenden de que todo esté tan correoso!

Lucy me miraba, con un cuchillo apoyado en el borde del cuenco de la ensalada. Había cortado apio y zanahorias para toda una banda de música.

-Un día te haré una auténtica *lasagna coi carciofi.* Lleva alcachofas, pero se pone besamel en lugar de salsa de tomate...

-Tía Kay -me interrumpió, impaciente-, cuando te pones así te detesto. Y no permitiré que lo hagas. En este momento la lasaña me tiene sin cuidado. Lo que me importa es que esta mañana has recibido una llamada extraña. Luego ha habido una muerte nada común y la gente de la escena del suceso te ha tratado de forma sospechosa. Y ahora aparece un tipo merodeando, a lo mejor vestido con un traje de buceo. ¡Joder, esto es demasiado!

-No es probable que vuelva el intruso, sea quien sea, a menos que quiera enfrentarse con los tres.

-Tía Kay, no puedes quedarte aquí-insistió Lucy.

-Tengo que cubrir el distrito del doctor Mant y no puedo hacerlo desde Richmond -respondí mientras echaba una nueva mirada por la ventana situada sobre el fregadero-. ¿Dónde está Marino? ¿Todavía anda ahí fuera haciendo fotos?

-Ya hace rato que ha entrado.

La frustración de Lucy era tan palpable como una tormenta a punto de estallar. Me dirigí al salón y encontré a Pete dormido en el sofá. El fuego de la chimenea se había reavivado. Volví los ojos hacia la ventana por la que miraba Lucy cuando vio al intruso y me acerqué a ella. Tras el frío cristal, el patio nevado resplandecía débilmente como una luna pálida, salpicado de nuestras pisadas, sombras elípticas como marcas de viruelas. La pared de ladrillo estaba oscura y no alcancé a ver nada más allá, donde la arena áspera se encontraba con el mar.

-Lucy tiene razón -dijo a mi espalda Marino con voz soñolienta.

Me volví.

-Creía que estabas dormido.

-Lo veo y lo oigo todo, aunque esté transpuesto -respondió. No pude evitar una sonrisa.

-Lárgate de aquí. -Se incorporó trabajosamente hasta quedar sentado-. Yo no me quedaría bajo ningún concepto en esta casucha en mitad de la nada. Si sucede algo, nadie oirá tus gritos. -Me miró a los ojos y añadió-: Cuando alguien dé contigo, tu cuerpo ya estará deshidratado por congelación. Eso en el caso de que un huracán no te haya arrojado antes al mar.

-Ya basta.

Pete recuperó su pistola de la mesilla auxiliar, se puso en pie y guardó el arma en la parte de atrás de los pantalones.

-Puedes hacer que otro de tus médicos venga aquí y se ocupe de Tidewater.

-Soy la única sin familia. Para mí es más fácil desplazarme, sobre todo en esta época del año.

-¡Bobadas! No tienes que disculparte por estar divorciada y no tener hijos.

-¡No me estoy disculpando!

-Y tampoco hablamos de pedirle a alguien que se traslade de ciudad durante medio año. Además eres la jefa, cono. Deberías haber enviado a un subalterno, con familia o sin ella. ¡Y tú deberías estar en tu casa!

-En realidad no había previsto que resultara tan incómodo venir aquí -tuve que reconocer-. Hay gente que paga mucho dinero para alojarse en una casa rural junto al mar.

Marino se desperezó.

-¿Tienes por aquí algo norteamericano para beber?

-Leche.

-Pensaba más bien en unas cervezas Miller.

-Me gustaría saber por qué has llamado a Benton. Personalmente opino que es demasiado pronto para alertar al FBI.

-Y yo personalmente opino que no estás en situación de ser objetiva con él.

-No me provoques -le previne-. Es demasiado tarde y estoy demasiado

cansada.

-Soy sincero contigo, simplemente. -Con un golpe enérgico hizo saltar un Marlboro del paquete y lo sujetó entre los labios-. Y Benton vendrá a Richmond, de eso no tengo ninguna duda. Su mujer y él no han ido a ninguna parte estas vacaciones y supongo que a estas alturas ya está a punto para un corto desplazamiento de trabajo. Y éste le va a venir de perlas.

No fui capaz de sostener su mirada, y me irritó que él supiera por qué.

-Además -prosiguió-, de momento no es Chesapeake quien le pide nada al FBI. Soy yo, y tengo derecho a hacerlo. Por si lo has olvidado, soy comandante de la zona donde Eddings tenía su apartamento. Por lo que a mí concierne, en este momento ésta es una investigación multijurisdiccional.

-El caso corresponde a Chesapeake, no a Richmond -sostuve-. El cuerpo se ha encontrado en Chesapeake. No puedes intervenir en la jurisdicción de otros y lo sabes muy bien. No puedes invitar al FBI en nombre de ellos.

-Mira -insistió él-, después de registrar el apartamento de Eddings y descubrir...

-¿Pero qué es lo que has encontrado? -lo interrumpí-.

No haces más que referirte a lo que has descubierto. ¿Hablas del arsenal de armas?

-Me refiero a mucho más que eso. Me refiero a algo mucho peor. Todavía no hemos llegado a esa parte. -Me miró a los ojos y apartó el cigarrillo de sus labios-. Lo fundamental es que hay una razón para que Richmond se interese por el caso, así que considérate invitada.

-Me temo que he quedado invitada desde el momento en que Eddings ha muerto en Virginia.

-No creo que esta mañana te hayas sentido muy bien acogida en el varadero.

No dije nada porque Pete tenía razón.

-Y tal vez esta noche has tenido un huésped en tu residencia para que termines de darte cuenta de lo bien recibida que eres en este lugar -insistió-. Quiero ver al FBI en este asunto ahora mismo porque se trata de algo más que de un tipo con una batea al que has tenido que pescar en el río.

-¿Qué más has descubierto en el apartamento de Eddings?

Marino apartó la mirada. Noté su resistencia a revelarlo y no entendí el motivo.

-Primero serviré la cena y luego nos sentaremos y hablaremos -le propuse.

-Sería mejor que esperáramos a mañana para eso. -Pete miró hacia la cocina como si temiera que Lucy pudiera oírnos.

-¿Desde cuándo tienes reparos en contarme algo, Marino?

-Esto es distinto. -Se frotó el rostro con las manos y finalmente añadió-: Creo que Eddings se había enredado con los neosionistas.

La lasaña estaba soberbia porque había escurrido la mozzarella

fresca en paños de cocina para que no sudara demasiado mientras se encontraba en el horno. Y la pasta estaba recién hecha, naturalmente. La había servido tierna en lugar de dorada y crujiente, y la ligera rociada de parmesano rallado al ponerla en la mesa le había dado el toque perfecto.

Marino devoró prácticamente todo el pan untado de mantequilla, cubierto de lonchas de jamón curado y salsa de tomate, mientras Lucy se dedicaba a picotear en la reducida ración que tenía en el plato.

La nevada se había hecho más intensa y, mientras Marino nos hablaba de la Biblia neosionista que había encontrado en casa de Eddings, llegó hasta nosotros el sonido de los fuegos artificiales de Sandbridge.

Eché la silla hacia atrás y anuncié:

-Es medianoche. Deberíamos abrir la botella de champaña. -Me sentía más perturbada de lo que había supuesto porque lo que Marino me acababa de contar era peor de lo que temía. A lo largo de los años había oído muchas cosas sobre Joel Hand y sus seguidores fascistas, que se hacían llamar los Nuevos Sionistas. Se proponían instaurar un orden nuevo y crear una tierra ideal. Yo siempre había temido que siguieran quietos tras las vallas de su finca privada de Virginia porque tramaban algún desastre.

-Lo que tenemos que hacer es asaltar la granja de ese cabrón -dijo Marino al tiempo que se levantaba de la mesa-. Hace mucho tiempo que deberíamos haberlo hecho.

-¿Qué motivo podría tener alguien para ello? -preguntó Lucy.

-Si me preguntas a mí, te diré que con gusanos como ése no es preciso que haya motivos concretos.

-¡Oh, buena idea! Deberías sugerirle eso a Gradecki -replicó ella en tono burlón, refiriéndose a la fiscal general.

-Escuchad, conozco a algunos tipos de Suffolk, donde vive Hand, y los vecinos dicen que allí suceden cosas muy raras.

-Los vecinos siempre piensan que en su barrio suceden cosas muy raras -respondió Lucy.

Marino sacó el champán del frigorífico mientras yo buscaba las copas.

-¿Qué cosas raras son ésas? -le pregunté.

-Barcazas que remontan el río Nansemond y descargan fardos tan grandes que tienen que utilizar grúas... Nadie sabe qué sucede en la finca, pero algunos pilotos del río han visto fogatas encendidas en el campo en plena noche, como si celebraran rituales ocultistas. La gente de por allí jura que se oyen disparos continuamente y que ha habido asesinatos en la granja.

Llevé las copas al salón. Ya recogeríamos la mesa un poco más tarde.

-Estoy al corriente de los homicidios sucedidos en este estado y no he oído mencionar nunca a los neosionistas en relación con ninguno de ellos. Ni con cualquier otro delito, ya que estamos en ello. Tampoco he oído que estuvieran interesados en el ocultismo. Sólo hacen política marginal y extremismo extravagante. Al parecer, detestan Estados Unidos y probablemente serían felices si pudieran tener su pequeño

país propio donde Hand pudiera ser rey, Dios, o lo que sea para ellos.

-¿Quieres que la descorche? -Marino alzó la botella.

-El año nuevo no llega más joven -dije yo-. Veamos si me aclaro. -Me dejé caer en el sofá-. ¿Eddings tenía alguna relación con los Nuevos Sionistas?

-La única que he encontrado es esa Biblia de la que ya os he hablado -respondió Marino-. La descubrí mientras registraba su apartamento.

-¿Y eso es lo que te preocupaba que viera? -Lo miré con expresión de perplejidad.

-Esta noche, sí. Por si te interesa saberlo, me preocupa especialmente que lo vea ella -añadió, volviendo la vista hacia Lucy.

-Pete, no creas que no lo valoro pero ya no es necesario que me protejas... -intervino mi sobrina con un tono de voz muy razonable. Marino guardó silencio.

-¿Qué clase de Biblia es ésa? -le pregunté.

-No se parece a ninguna que hayas visto jamás.

-¿Satánica?

-No, no exactamente. Por lo menos no se parece a las demás que he visto, porque no trata del culto a Satán ni tiene nada del simbolismo que uno asocia con esas creencias, pero puedes estar segura de que no es el tipo de lectura que escogerías para irte a la cama.

Miró de nuevo a Lucy mientras yo le preguntaba dónde estaba el libro. No respondió. Quitó la cubierta del tapón de la botella y desenroscó el alambre. El tapón saltó ruidosamente y sirvió el champán como hacía con la cerveza, ladeando mucho las copas para que no se formara espuma.

-Lucy, ¿te importaría traerme mi maletín? Está en la cocina. -Cuando Lucy hubo salido, Marino se volvió hacia mí y bajó la voz-: No lo habría traído de haber sabido que iba a estar tu sobrina...

-Es una mujer adulta. ¡Es una agente del FBI! -exclamé.

-Sí, y a veces ha estado a punto de que la maten, eso también lo sabes. No hay ninguna necesidad de que vea un material tan asqueroso como éste. Te aseguro que lo he leído por obligación y me ha resultado realmente vomitivo. He sentido que necesitaba ir a misa. ¿Cuándo me has oído decir algo parecido?

Tenía una expresión vehemente. Nunca le había oído decir nada parecido, en efecto, y me inquieté. Lucy había pasado una época muy mala que me había alarmado mucho. En otras ocasiones ya se había mostrado inestable y autodestructiva.

-No tengo derecho a sobreprotegerla -declaré, en el preciso instante en que Lucy entraba de nuevo en el salón.

-Espero que no estéis hablando de mí -dijo al tiempo que entregaba el maletín a Marino.

-Sí, hablábamos de ti -respondió él-. Creo que no deberías mirar esto.

Los cierres saltaron con un chasquido.

-El maletín es tuyo. -Cuando Lucy se volvió hacia mí tenía una mirada tranquila-. El asunto me interesa y me gustaría ayudar en la medida de lo posible. Pero si tú quieres, os dejaré solos.

La decisión fue una de las más difíciles que tuve que tomar, porque

permitirle ver una prueba de la que al mismo tiempo quería protegerla fue mi reconocimiento a su valía profesional. Mientras el viento estremecía las ventanas y se arremolinaba en torno al tejado como almas en pena, le dejé espacio en el sofá.

-Puedes sentarte a mi lado, Lucy. Lo hojearemos juntas.

En realidad la Biblia de los neosionistas se titulaba *El libro de Hand,* porque su autor había recibido la inspiración divina, y en un arranque de modestia había puesto su nombre al libro. Estaba escrito en caligrafía renacentista sobre papel de India y encuadernado en cuero negro repujado. Tenía muchas rozaduras y manchas y llevaba el nombre de alguien que no conocía. Durante más de una hora, Lucy permaneció apoyada en mí y leímos juntas mientras Marino deambulaba de aquí para allá, traía más leña y encendía un cigarrillo tras otro con un nerviosismo tan visible como las llamas oscilantes del hogar.

Como la Biblia cristiana, gran parte del mensaje del manuscrito se transmitía en forma de parábolas, profecías y proverbios que hacían el texto ilustrativo y humano. Ésta era una de las razones de que la lectura resultara difícil. Las páginas estaban pobladas de gente e imágenes que penetraban en las capas profundas del cerebro. El Libro, como terminamos por llamarlo durante aquellas primeras horas del nuevo año, exponía con exquisito detalle maneras de matar, mutilar, intimidar, lavar el cerebro y torturar. La explícita referencia a la necesidad de pogromos, que incluía ilustraciones, me causó náuseas.

Aquella violencia me evocaba la de la Inquisición, y de hecho se explicaba que los Nuevos Sionistas estaban aquí, en la Tierra, para instaurar una especie de Nueva Inquisición.

«Estamos en una era en que los inicuos han de ser purgados de entre nosotros -había escrito Hand-. Y al hacerlo debemos ser claros y audibles como platillos. Debemos sentir una sangre débil enfriándose sobre nuestra piel desnuda mientras nos volcamos en su aniquilación. Debemos seguir al Uno a la gloria e incluso a la muerte.»

Seguí hojeando aquella sarta de apelaciones desquiciadas y leí cuidadosamente varios párrafos de extrañas divagaciones acerca de la fusión y los combustibles que podían utilizarse para cambiar el equilibrio de la Tierra. Al terminar el Libro, parecía como si una terrible oscuridad nos envolviera a mí y a la casa entera. Me sentí ofendida y hastiada ante aquel recordatorio de que entre nosotros hubiera gente que pudiera pensar así.

Fue Lucy quien finalmente rompió el silencio, cuando ya llevábamos más de una hora sin abrir la boca.

-Aquí habla del Uno y de la fidelidad a él -dijo-. ¿Se refiere a una persona o a alguna clase de divinidad?

-Se refiere a Hand. Probablemente ese hijo de puta se cree el mismísimo Jesucristo -respondió Marino mientras se servía más champán. Luego se volvió hacia mí-. ¿Recuerdas aquella vez que lo vimos en el juzgado?

-Cómo no voy a recordarlo... -murmuré.

-Llegó con todo su séquito, incluido un abogado de Washington que

llevaba un gran reloj de bolsillo de oro y un bastón con empuñadura de plata -explicó Marino a mi sobrina-. Hand vestía un traje de diseño, llevaba una larga melena rubia recogida en una cola de caballo y, aunque no te lo creas, a la entrada del juzgado un grupo de mujeres lo esperaba para verlo en persona, como si fuera Michael Bolton o alguien de ésos.

-¿Qué hacía en un juzgado? -Lucy se volvió hacia mí.

-Había presentado una petición de acceso a pruebas que la Fiscalía General le había denegado, de modo que había recurrido ante el juez.

-¿Y qué quería?

-Pretendía obligarme a que le entregara copias de los documentos sobre la muerte del senador Leen Cooper.

-¿Porqué?

-Según Hand, el difunto senador había sido envenenado por sus enemigos políticos. En realidad Cooper murió de una hemorragia aguda causada por un tumor cerebral. El juez no atendió la petición de Hand.

-Supongo que no le caerás muy bien a ese tipo -apuntó Lucy.

-Supongo que no. -Contemplé el Libro cerrado sobre la mesilla auxiliar y pregunté a Marino-: Ese nombre de la tapa... ¿Sabes quién es ese Dwain Shapiro?

-Lo único que hemos conseguido acerca de él en el ordenador es que vivió en la finca de los Nuevos Sionistas en Suffolk hasta el otoño pasado, cuando desertó. Un mes después murió en Maryland, cuando lo atracaron yendo en coche.

Durante unos instantes se hizo el silencio y las ventanas oscuras de la casa me parecieron grandes ojos cuadrados.

-¿Algún testigo o algún sospechoso? -pregunté por fin.

-Ninguno, que se sepa.

-¿Cómo llegó a manos de Eddings la Biblia de Shapiro? -intervino Lucy.

-Ésa es la pregunta del millón, por supuesto -respondió Marino-. Tal vez Eddings habló con él en alguna ocasión, o con sus familiares. El Libro no es una fotocopia, y al principio advierte muy claramente que no se debe permitir que el ejemplar caiga en otras manos, y que si alguien es sorprendido con el Libro de otro, ya puede irse preparando.

-Más o menos es lo que le ha sucedido a Eddings -apuntó Lucy.

-Esto no me gusta -murmuré-. No me gusta en absoluto.

No quería ver aquel libro cerca de nosotras. Me hubiera gustado arrojarlo al fuego. Lucy me miró con curiosidad.

-No estarás volviéndote supersticiosa, ¿verdad?

-Esa gente se relaciona estrechamente con el mal -respondí-. Y yo acepto que en el mundo existe el mal y que no debe tomarse a la ligera. ¿En qué lugar preciso de la casa de Eddings encontraste este maldito libro ?

-Bajo la cama.

-En serio.

-Lo digo muy en serio.

-¿Y estamos seguros de que Eddings vivía solo?

-Así parece.

-¿Qué me dices de la familia?

-El padre murió. Tiene un hermano en Maine y la madre vive en Richmond. Por cierto, muy cerca de tu casa.

-¿Has hablado con ella?

-Me acerqué hasta allí, le comuniqué la mala noticia y le pregunté si podríamos hacer una inspección más completa de la casa de su hijo. La llevaremos a cabo mañana, o mejor sería decir dentro de un rato -añadió tras echar una mirada al reloj.

Lucy se puso en pie y se acercó al fuego. Posó un codo sobre la rodilla y apoyó la barbilla en el hueco de la mano. Las brasas encendidas resplandecían sobre un grueso lecho de cenizas.

-¿Cómo sabes que esta Biblia procede originalmente de los Nuevos Sionistas? -preguntó-. Me parece que lo único seguro es que era de Shapiro. ¿Y cómo podemos estar seguros de dónde la sacó él?

-Shapiro fue neosionista hasta hace tres meses, exactamente -le explicó Marino-. He oído que Hand no se muestra muy comprensivo cuando alguien desea dejar su redil. Permitidme una pregunta: ¿a cuántos ex neosionistas conocéis?

Lucy no supo qué responder, aunque desde luego no conocía a ninguno.

-Ese tipo tiene seguidores desde hace más de diez años, pero no se sabe de que uno solo lo haya dejado. ¿Cómo podemos estar seguros de que no tiene enterrados en su finca a los disidentes?

-No comprendo por qué no había oído hablar de él hasta hoy -se admiró mi sobrina.

Marino se puso en pie para repartir el champán que aún quedaba en la botella.

-Pues porque en la universidad y en el MIT no dan clases sobre ese tipo de gente -fue su respuesta.

5

Al amanecer, acostada en la cama, eché un vistazo por la ventana al patio trasero de la casa de Mant. La nieve formaba un manto muy grueso y se apilaba contra la pared. Más allá de la duna, el sol se reflejaba en el mar bruñido. Cerré un instante los ojos y pensé en Benton Wesley. Me pregunté qué diría del lugar donde vivía en aquel momento y qué nos diríamos cuando nos encontráramos, dentro de unas horas. No habíamos hablado desde la segunda semana de diciembre, cuando acordamos poner fin a nuestra relación.

Me volví de lado al oír unas cautas pisadas y me envolví con la ropa de cama hasta las orejas. Noté que Lucy se inclinaba sobre mí desde el borde de la cama.

-Buenos días, mi sobrina favorita del mundo -murmuré.

-Soy tu única sobrina en el mundo. -Era su eterna respuesta-. ¿Y cómo has sabido que era yo?

-Mejor que lo fueras. Cualquier otro habría podido resultar malparado.

-Te he traído café.

-Eres un ángel.

-Ya. Es lo que todo el mundo dice de mí.

-Sólo pretendía ser amable -dije con un bostezo.

Lucy se inclinó más para abrazarme y capté el olor del jabón inglés que le había dejado en el cuarto de baño. Noté su fuerza física, la firmeza de su cuerpo, y me sentí vieja.

-Me haces sentir fatal. -Me coloqué boca arriba, con las manos detrás de la cabeza.

-¿Por qué dices eso? -Lucy llevaba uno de mis holgados pijamas de franela y tenía una expresión de desconcierto.

-Porque creo que yo ni siquiera podría terminar el Camino de Adoquines Amarillos -respondí, en referencia a la pista de obstáculos de la Academia.

-No he conocido a nadie que lo considerase fácil.

-Para ti lo es.

-Bueno..., ahora sí -dijo ella, titubeante-. Pero tampoco se trata de que tú estés a la altura de los miembros del Grupo de Rescate..

-Es un alivio...

Lucy guardó silencio unos instantes, y luego añadió con un suspiro:

-¿Sabes una cosa, tía? Me mosqueé un montón cuando la Academia decidió enviarme otra vez a la Universidad de Virginia durante un mes, pero quizá termine por agradecerlo. Allí puedo trabajar en el laboratorio, montar en bici y mantenerme en forma corriendo por el campus como una persona corriente.

Lucy no era una persona corriente y nunca lo sería. Yo había llegado a la conclusión de que, por desgracia, las personas con cocientes de inteligencia tan altos como el suyo son tan distintas de los demás como los retrasados mentales. La observé mientras miraba por la ventana. La nieve empezaba a brillar. Las primeras luces de la mañana iluminaban los cabellos de mi sobrina con un tono entre rosa y dorado y me maravillé de estar emparentada con una muchacha tan hermosa.

-Quizá también sea un alivio no estar en Quantico en estos momentos. -Hizo una pausa y, cuando se volvió a mirarme, tenía una expresión muy seria-. Tía Kay, tengo que contarte una cosa. No estoy segura de que te guste, y quizá sería más sencillo si no te enterases. Te lo habría contado ayer si no fuera porque estaba Marino y...

-Te escucho. -Al instante me puse en tensión. Lucy hizo otra pausa.

-Pero creo que debes saberlo -continuó por fin-. Sobre todo si vas a ver a Wesley dentro de unas horas. Corre el rumor de que él y Connie se han separado.

No supe qué decir.

-Naturalmente, no tengo la seguridad de que el rumor sea cierto -prosiguió-, pero he oído bastante de lo que se cuenta y parte de ello se refiere a ti.

-¿Por qué ha de hablarse de mí? -exclamé con demasiada precipitación.

-¡Oh, vamos! -Lucy me miró a los ojos-. Ha habido sospechas desde que empezaste a colaborar con él en tantos casos. Algunos agentes opinan que ésa ha sido la única razón de que accedieras a trabajar como asesora. Así podías estar con él, viajar con él... Ya sabes.

-¡Eso es rotundamente falso! -repliqué irritada mientras me incorporaba en la cama-. Accedí a ser asesora en patología forense porque el director se lo pidió a Benton y éste me lo propuso a mí, no a la inversa. Asesoro en algunos casos como servicio al FBI y...

-Tía Kay -me interrumpió Lucy-, no tienes que defenderte de nada.

Pero sus palabras no me tranquilizaron.

-Es una verdadera vergüenza que alguien diga una cosa así. Nunca he permitido que una amistad interfiera en mi actividad profesional.

Tras un breve silencio, mi sobrina insistió:

-No hablamos de una mera amistad.

-Benton y yo somos buenos amigos.

-Sois más que amigos.

-En este momento, no. Y esto no es asunto tuyo.

Lucy se apartó de la cama con expresión impaciente.

-¡No es justo que te enfades conmigo! -Me miró, pero no podía decirle nada porque estaban a punto de saltarme las lágrimas-. Lo único que hago es informarte de lo que he oído para que no te enteres por otros.

Seguí sin decir nada y ella se dispuso a marcharse. Alargué el brazo y la cogí de la mano.

-No estoy enfadada contigo. Compréndelo, por favor.

Es inevitable que reaccione cuando oigo esas cosas. Estoy segura de que tú también lo harías.

-¿Y qué te hace pensar que yo no reaccioné cuando lo oí? -replicó

ella, al tiempo que se soltaba de la mano.

La vi salir de la habitación, decepcionada y frustrada, y pensé que era la persona más difícil que conocía. Cuando vivíamos juntas, nos peleábamos continuamente. Ella no aflojaba hasta que consideraba que me había hecho sufrir lo suficiente, pese a que sabía cuánto me importaba. Era muy injusto, me dije mientras posaba los pies en el suelo.

Me pasé los dedos por el pelo y me hice a la idea de levantarme y afrontar la jornada. Me encontraba triste y desanimada por unos sueños que ya no recordaba con claridad pero que tenía la sensación de que habían sido muy extraños. En los sueños aparecía agua y gente cruel, y yo me mostraba asustada e incapaz. Me di una ducha, descolgué un albornoz de un gancho de la puerta y me calcé las zapatillas. Cuando por fin hice acto de presencia en la cocina, Marino y mi sobrina ya me estaban esperando.

-Buenos días -saludé, como si Lucy y yo no nos hubiéramos visto todavía.

-Sí, hace un día estupendo.

Marino tenía aspecto de no haber dormido en toda la noche y estaba de pésimo humor.

Me senté con ellos en torno a la mesilla del desayuno. El sol ya estaba alto, y parecía que la nieve ardía bajo su luz.

-¿Qué sucede? -pregunté, con los nervios más tensos todavía.

-¿Recuerdas las pisadas de anoche junto a la pared? -Pete tenía el rostro encendido de cólera.

-Por supuesto.

-Pues ahora hay más -dejó el tazón de café sobre la mesa-, pero esta vez están junto a los coches y son de unas botas Vibrara con suela de goma. ¿Y sabes una cosa, doctora? -Temí lo que me iba a decir-. Hoy ninguno de los tres irá a ninguna parte hasta que llegue una grúa.

Permanecí muda.

-Alguien ha pinchado los neumáticos de los coches -explicó Lucy con una expresión pétrea-. Todos, tal vez con un cuchillo grande o un machete. Algo con una hoja muy ancha.

-La conclusión de esta historia es que el tipo de anoche no era un vecino despistado ni un buceador nocturno, eso está claro -añadió Marino-. Creo que se trata de alguien que tenía una misión. Y aunque lo ahuyentamos una vez, volvió más tarde o vino otro.

Me levanté y me serví café.

-¿Cuánto tardaremos en tener reparados los coches?

-Me temo que el tuyo y el de Lucy no tendrán arreglo hasta mañana -dijo Marino.

-¡Pues han de tenerlo! -exclamé-. Tenemos que salir de aquí, Marino. Tenemos que registrar la casa de Eddings. Y en este momento parece que en ésta no estamos demasiado seguros...

-A eso se llama una buena valoración de la situación -comentó Lucy.

Me acerqué a la ventana del fregadero y distinguí claramente nuestros vehículos. Los neumáticos eran como charcos de goma negra en la nieve.

-Están pinchados en los laterales, contra la llanta, y no hay modo de repararlos -indicó Marino.

-Entonces, ¿qué vamos a hacer?

-Richmond tiene acuerdos de reciprocidad con otros departamentos de policía y he hablado con Virginia Beach. Ya vienen hacia aquí.

El coche de Marino llevaba ruedas y neumáticos como los que usaba la policía, mientras que el de Lucy y el mío necesitaban Goodyear y Michelin porque, a diferencia de Pete, nosotras habíamos traído nuestros coches privados. Así lo hice constar.

-También hay un camión grúa en camino para recogerlos -explicó Marino mientras yo tomaba asiento de nuevo-. A primera hora cargarán tu Mercedes y el cacharro de Lucy y los llevarán al servicio de neumáticos Bell de Virginia Beach Boulevard.

-¡No es ningún cacharro! -protestó Lucy.

-¿Por qué compraste un trasto de color mierda de loro? ¿Algún impulso atávico de tus raíces de Miami?

-No. Fue un impulso de mi presupuesto: costó novecientos dólares.

-Y mientras tanto, ¿qué? -intervine-. Seguro que nadie se da mucha prisa en solucionar el asunto. Hoy es Año Nuevo.

-Tienes razón. Muy sencillo, doctora. Si vais a Richmond, yo os llevaré.

-Bien -asentí. No iba a discutir-. Entonces démonos prisa para marcharnos enseguida.

-Empecemos por los equipajes -asintió Pete-. En mi opinión, tienes que desocupar la casa inmediatamente.

-Imposible. No tengo más remedio que quedarme hasta que el doctor Mant regrese de Londres.

Pese a ello hice la maleta como si no fuera a volver a aquella casa nunca más. Después llevamos a cabo la investigación forense más completa que podíamos realizar con nuestros medios, pues pinchar neumáticos era un delito menor y sabíamos que la policía local no pondría especial interés en el asunto. Mal equipados para sacar moldes de las huellas, nos limitamos a tomar fotografías a escala de las pisadas en torno a los coches, aunque imaginé que lo máximo que conseguiríamos deducir de ellas sería que el sospechoso era corpulento y llevaba unas botas o zapatos corrientes con la marca Vibram en el arco de la suela.

Cuando a última hora de la mañana llegó un joven policía llamado Sanders en su coche patrulla precediendo a un camión grúa rojo, cogí dos neumáticos radiales destrozados y los guardé en el portaequipajes del coche de Marino. Durante unos minutos, me dediqué a observar a los hombres que, vestidos con monos de trabajo y chaquetas aislantes, manipulaban sus herramientas con sorprendente rapidez mientras un cabestrante sostenía en alto la parte delantera del coche de Marino, como si el Ford estuviera a punto de despegar. Sanders, el agente de Virginia Beach, me preguntó si mi cargo de forense jefe podía tener alguna relación con lo que habían hecho a nuestros vehículos. Le dije que no lo creía.

-Quien vive aquí es mi ayudante jefe, el doctor Phillip Mant -seguí

explicándole-. El doctor estará un mes ausente, en Londres, y yo sólo cubro su puesto.

-¿Y nadie sabe que se aloja aquí? -insistió Sanders, que no era tonto.

-Algunos sí lo saben, por supuesto. He atendido varias llamadas para él.

-Entonces no cree que esto pueda tener relación con usted y con su trabajo, ¿no es eso, señora? -El agente tomó nota.

-Hasta ahora, no hay ninguna señal de que exista tal relación -asentí-. A lo mejor se trata simplemente del desahogo de Nochevieja de algún joven gamberro.

Sanders se quedó mirando a Lucy, quien estaba comentando algo con Marino junto a los coches.

-¿Quién es la chica? -preguntó el agente.

-Mi sobrina. Está en el FBI -respondí. Sanders anotó su nombre.

Mientras el joven policía iba a hablar con Lucy, hice una última incursión en la casa. Entré por la sencilla puerta delantera. El sol que penetraba a través de los cristales caldeaba el ambiente y blanqueaba el mobiliario de color. Aún llegó hasta mí el olor a ajo de la cena. Pasé al dormitorio y eché un nuevo vistazo a mi alrededor, abriendo cajones y repasando la ropa que colgaba en el armario. Me embargaba el desencanto. Al principio había creído que me sentiría a gusto en aquella casa.

Miré también en la habitación donde había dormido Lucy, al fondo del pasillo, y me dirigí al salón donde habíamos estado hasta la madrugada, enfrascadas en la lectura de *El libro de Hand.* El recuerdo de éste me inquietó tanto como los sueños de aquella noche y se me puso la piel de gallina. Tenía la sangre saturada de miedo, y de pronto me resultó insoportable la idea de quedarme un segundo más en la sencilla vivienda de mi colega. Corrí al porche cubierto y gané la puerta que daba al patio de atrás. Ya al aire libre me fui tranquilizando, y cuando dirigí una mirada al océano volví a interesarme en la pared del fondo.

Cuando me acerqué, con la nieve hasta la puntera de las botas, me di cuenta de que habían desaparecido las huellas de pisadas de la noche anterior. El intruso, del que Lucy sólo había visto la linterna, había saltado la tapia y había escapado a toda prisa. Sin embargo era posible que hubiera vuelto más tarde, o que lo hubiera hecho otro merodeador, pues era evidente que las huellas en torno a los coches habían quedado marcadas después de que cesara la nevada y que no correspondían a botas de buceo ni de surf. Me asomé por encima de la pared y contemplé la playa, más allá de la duna. La nieve era algodón de azúcar apilado en ventisqueros, con unos sargazos sobresaliendo de la masa como plumas desordenadas. El agua era una mancha ondulada azul oscuro y no hallé rastro de persona alguna aunque mi mirada siguió la orilla hasta donde alcanzaba.

Permanecí un buen rato contemplando el paisaje, preocupada y totalmente absorta en especulaciones. Cuando me di la vuelta para volver sobre mis pasos, me encontré al detective Roche tan cerca de mí que podría haberme agarrado con sólo alargar las manos.

-¡No vuelva a acercarse a mí de esta manera! -exclamé.

-He venido pisando en sus huellas, doctora. Por eso no me ha oído. -El detective hablaba con un chicle entre los dientes y las manos en los bolsillos de un abrigo de cuero-. Cuando me lo propongo, puedo ser muy silencioso.

Lo miré fijamente y la repulsión que me inspiraba alcanzó nuevas cotas. Roche llevaba pantalones oscuros y botas y ocultaba sus ojos tras unas gafas de aviador, pero esto último no tenía importancia. Ya conocía a los tipos como él y sabía qué se proponía.

-Me he enterado del acto de vandalismo que han sufrido y he acudido a ver si necesitaban ayuda -dijo Roche.

-No sabía que hubiéramos llamado a la policía de Chesapeake.

-Virginia Beach y nosotros tenemos un canal de ayuda mutua, y por eso me he enterado de lo sucedido. Debo confesarle que lo primero que me ha pasado por la cabeza es que podía haber una relación.

-¿Una relación con qué? -pregunté.

-Con nuestro caso -dijo él, y se acercó un paso más-. Parece que alguien hizo un buen trabajito con los coches. Da la impresión de que ha sido una advertencia, como si quisiera decir «estáis metiendo las narices en unos asuntos que no os incumben».

Bajé la mirada hasta detenerla en sus pies, en sus botas Goretex de cuero del color del hígado, perfectamente anudadas, y observé el dibujo que dejaban las suelas sobre la nieve. Roche tenía manos y pies muy grandes y llevaba suelas Vibram. Contemplé de nuevo un rostro que habría resultado atractivo si no fuera tan mezquina y despreciable el alma que había tras él. Permanecí un rato sin decir nada, pero cuando lo hice fui muy directa.

-Eso que dice me recuerda mucho al capitán Green. ¿Usted también pretende amenazarme?

-Sólo era un comentario.

Roche siguió acercándose hasta que me encontré contra la pared. La nieve acumulada en lo alto de ésta empezaba a fundirse y me entraron unas gotas de agua helada por el cuello del abrigo mientras la sangre me hervía en las venas.

-Por cierto -continuó el detective, cada vez más cerca-, ¿qué novedades hay en ese caso nuestro?

-Haga el favor de apartarse -le dije.

-No estoy seguro, ni mucho menos, de que me lo haya contado todo. Creo que tiene una idea bastante clara de lo que le sucedió a Ted Eddings y que está guardándose información.

-No es momento ni lugar para hablar de ese caso... ni de ningún otro -respondí.

-¿Lo ve? Eso me deja en mala posición porque tengo superiores ante los que debo rendir cuentas. -Absolutamente incrédula, vi cómo posaba la mano en mi hombro mientras añadía-: Estoy seguro de que no querrá buscarme problemas.

-No me toque -le advertí-. Y no siga por ese camino ni un segundo más.

-Me parece que usted y yo tenemos que tratarnos más para superar

nuestro problema de comunicación... -Roche dejó la mano donde la tenía-. Podríamos cenar juntos en algún rincón tranquilo y recogido. ¿Le gusta el marisco? Conozco un lugar de lo más privado en el Sound.

Guardé silencio, tentada de hundirle el dedo bajo la nuez.

-No sea tímida. Confíe en mí. Esto no es la capital de la Confederación, con todas esas viejas esnobs venidas a menos que abundan en Richmond. Aquí somos partidarios de vivir y dejar vivir, ¿sabes a qué me refiero?

Intenté escabullirme pero me agarró por el brazo.

-Te estoy hablando. -Roche había pasado al tuteo y empezaba a mostrarse bastante enfadado-. Y no irás a ninguna parte hasta que me hayas escuchado.

-¡Suélteme! -exigí. Intenté desasirme, pero el detective tenía una fuerza sorprendente.

-Por muchos títulos que tengas, no eres rival para mí -masculló. Su aliento olía a menta verde.

Clavé la mirada en sus Ray-Ban.

-¡Quíteme las manos de encima ahora mismo! -exclamé con voz sonora y severa-. ¡Ahora mismo! -insistí, como si quisiera fulminarlo en aquel mismo instante.

Roche me soltó bruscamente y me alejé con paso decidido por el patio nevado, mientras mi corazón se desbocaba por su cuenta. Al llegar a la parte delantera de la casa, aturdida y sin aliento, me detuve.

-En el patio de atrás hay unas huellas que deberíamos fotografiar -dije a los presentes-. Pertenecen al detective Roche, me lo he encontrado allí. Y quiero sacar todas mis cosas de esta casa.

-¿Qué significa eso de que te lo has encontrado allí? -preguntó Marino.

-Hemos tenido una conversación.

-¿Cómo pudo llegar allí sin que lo viéramos?

Escruté la calle y no vi ningún coche que pudiera ser el de Roche.

-No lo sé -respondí-. Supongo que atajó por los patios de los vecinos. O quizá vino por la playa.

Lucy me miró sin saber qué pensar.

-¿No volverás por aquí? -preguntó-. ¿Nunca más?

-Nunca más. Si se cumplen mis deseos, no volveré a pisar este lugar en mi vida.

Mi sobrina me ayudó a empacar el resto de mis cosas *y* no expliqué lo que había sucedido en el patio trasero hasta que estuvimos en el coche de Marino, avanzando a buena velocidad por la 64 Oeste en dirección a Richmond.

-¡Mierda! -exclamó Pete-. Ese hijo de puta te ha agredido. ¿Por qué no gritaste?

-Creo que su misión era acosarme por cuenta de otro -apunté.

-¡Me importa un carajo cuál fuera su misión! ¡Te ha molestado! ¡Deberías denunciarlo!

-Lo que ha hecho no es ningún delito.

-¡Te ha puesto la mano encima!

-¿Y quieres que lo haga detener por haberme agarrado del brazo?

-No debería haberte tocado siquiera. -Marino, al volante del coche, estaba enfurecido-. Le has dicho que te soltara y no lo ha hecho. Eso es rapto, o agresión simple, como mínimo. ¡Maldita sea! ¡Este trasto está desajustado!

-Tienes que denunciarlo a Asuntos Internos -dijo Lucy desde el asiento del copiloto, donde manoseaba el escáner porque no podía tener los dedos quietos-. Oye, Pete, este ruido no es normal -añadió-. Y en el canal tres no se oye nada. Eso será el distrito tercero, ¿no?

-¿Cómo quieres que lo sepa, si estamos cruzando Williamsburgh? ¿Crees que soy un patrullero de carreteras local?

-No, pero si quieres hablar con alguno, creo que podría reparar el aparato.

-Estoy seguro de que serías capaz de sintonizarlo con el maldito trasbordador espacial -replicó Pete con irritación.

-Si puedes -intervine yo-, ¿por qué no me conectas a mí?

6

Llegamos a Richmond a las dos y media. Un guarda levantó la valla y nos franqueó el paso a la apartada urbanización donde me había trasladado recientemente. Como era típico de aquella zona de Virginia, no había nevado y el agua caía ahora en abundancia de los árboles porque la lluvia se había convertido en hielo durante la noche y había subido la temperatura.

Mi casa de piedra estaba retirada de la calle, sobre un saliente rocoso con una panorámica de un recodo agreste del río James, y la parcela, con árboles, estaba rodeada por una valla de hierro forjado por la que no podían colarse los niños del vecindario. No conocía a nadie de las casas contiguas y tampoco tenía interés en entablar conocimiento.

Cuando por primera vez en la vida tomé la decisión de construir una casa, no había previsto problemas de aquella clase, pero ya fuese el techo de *pizarra,* los acabados de los ladrillos o el color de la puerta principal, al parecer todo el mundo tenía algo que criticar.

Cuando las cosas llegaron a tal punto que las llamadas telefónicas de mi frustrado contratista empezaron a interrumpir mi trabajo en el depósito, amenacé a la asociación de vecinos con llevarlos a juicio. No es preciso decir que hasta el momento había recibido muy pocas invitaciones a fiestas en la comunidad.

-Seguro que tus vecinos estarán encantados de verte en casa -murmuró Lucy con tono seco mientras nos apeábamos del coche.

-Creo que ya no me prestan mucha atención. -Busqué las llaves en el bolso.

-¡Que va! -masculló Marino-. Eres la única persona que conocen que se pasa los días en la escena del crimen y r descuartizando cadáveres. Probablemente no te pierden de vista desde sus ventanas en todo el tiempo que pasas en casa. ¡Joder, si es probable que los guardas los llamen uno por uno cuando te ven llegar!

-¡Muchísimas gracias! -respondí mientras abría la puerta de casa-. ¡Precisamente cuando empezaba a sentirme un poco más feliz de vivir aquí!

La alarma de robo emitió su sonoro aviso de que más valía que encontrara pronto la llave adecuada y miré a mi alrededor como siempre hacía, porque la casa todavía me resultaba extraña. Tenía miedo de que el techo tuviera goteras, de que se cayera el revoque o se estropeara cualquier otra cosa, y cuando vi que todo estaba en orden sentí una profunda satisfacción por mi logro.

La casa tenía dos niveles y era muy abierta, con ventanas para captar hasta la última partícula de luz. El salón era un tabique de cristal que recogía kilómetros de río, y al atardecer contemplaba desde allí la

puesta de sol sobre los árboles de las riberas.

Junto al dormitorio tenía un despacho que al final había resultado lo bastante espacioso como para trabajar en él. Lo primero que hice fue mirar si había recibido algún fax, y encontré cuatro.

-¿Algo importante? -preguntó Lucy, que me había seguido mientras Marino entraba cajas y bolsas.

-De hecho todos son de tu madre. -Se los di.

Lucy arrugó el ceño.

-¿Por qué habría de enviarme fax aquí?

-No le dije que me había instalado temporalmente en Sandbridge. ¿Se lo dijiste tú?

-No, pero la abuela sabía dónde estabas, ¿no?

-Claro -respondí-, aunque la abuela y tu madre no siempre se enteran bien de las cosas. -Eché un vistazo a lo que leía-. ¿Todo va bien?

-¡Mamá es tan rara! Fíjate, le instalé un modem y un CD-ROM en el ordenador y le enseñé a utilizarlos. Un error. Ahora, siempre anda con preguntas. Cada uno de estos fax es una consulta sobre el ordenador. -Lucy pasó las hojas con cara de fastidio.

Yo también estaba de uñas con Dorothy, su madre. Era mi hermana, mi única hermana, y no era capaz de molestarse siquiera en desear feliz Año Nuevo a su única hija.

-Estos los ha enviado hoy -continuó Lucy-. Es un día de fiesta y está escribiendo otro de esos ridículos libros para niños.

-Seamos justas -le dije-. Sus libros no son ridículos.

-Sí, claro. No sé de dónde sacará sus historias, pero desde luego no será del sitio donde yo crecí.

-Ojalá no estuvierais peleadas. -Era el mismo comentario que le había estado haciendo a Lucy toda la vida-. Algún día tendrás que hacer las paces con tu madre, sobre todo cuando muera.

-Tú siempre piensas en la muerte.

-Porque la conozco y es la cara opuesta de la vida. No puedes pasar por alto que existe, como no puedes pasar por alto que hay noche. Tendrás que entenderte con Dorothy.

-No, imposible. -Lucy dio media vuelta a la silla giratoria de cuero del despacho, se sentó en ella y me miró cara a cara-. No tiene sentido intentarlo. No entiende absolutamente nada de mí y nunca lo ha entendido.

En eso probablemente tenía *razón.*

-Si quieres, utiliza mi ordenador -le ofrecí.

-Sólo me llevará un minuto.

-Pete nos recogerá hacia las cuatro.

-No sabía que se hubiese marchado.

-Estará fuera un rato.

Cuando entré en el dormitorio y empecé a deshacer paquetes, Lucy ya estaba tecleando. Necesitaba un coche y me pregunté si debía alquilar uno; también necesitaba cambiarme de ropa pero no sabía qué ponerme. Me molestó que la idea de ver a Wesley todavía me hiciese dudar de qué ponerme, y a medida que pasaban los minutos empecé a

sentir auténtico temor a verlo.

Marino pasó a recogernos a la hora prevista. En alguna parte había encontrado una estación de servicio abierta y había llenado el depósito. Nos dirigimos al este por Monument Avenue hasta el barrio conocido como el Abanico, en cuyas calles históricas se sucedían las magníficas mansiones y las viejas casonas ocupadas por universitarios. Al llegar a la estatua de Robert E. Lee tomó hacia Grace Street, donde Ted Eddings tenía su casa en un dúplex blanco de estilo español en cuya fachada pendía una bandera de Santa Claus sobre el porche de madera. Una cinta de color amarillo subido, tendida de poste a poste, delimitaba la zona reservada a la acción policial en una morbosa parodia de los lazos de Pascua. En la cinta, una leyenda en letras negras advertía a los curiosos que no pasaran de allí.

-Dadas las circunstancias, no quería que entrara nadie y no sabía quién más podía tener llave -explicó Marino mientras abría la puerta de la casa-. Y lo que menos necesito es a un casero entremetido que decida hacer inventario del ajuar precisamente ahora.

No vi el menor rastro de Wesley. Cuando ya empezaba a pensar que no se presentaría, oí el ronco rugido de su BMW gris. Aparcó a un lado de la calle y observé cómo se recogía la antena de la radio al parar el motor.

-Si quieres entrar, doctora, yo lo esperaré -me dijo Marino.

-Tengo que hablar con él. -Lucy desanduvo sus pasos y bajó los escalones mientras yo me ponía unos guantes de algodón.

-Estaré dentro -dije yo, como si Wesley fuera un completo desconocido.

Entré en el vestíbulo del piso de Eddings y su presencia me abrumó al instante en cualquier sitio donde mirara. Percibí su personalidad meticulosa en el mobiliario minimalista, las alfombras indias y los suelos pulimentados, y aprecié su calidez en las soleadas paredes amarillas en las que colgaban atrevidos grabados. El polvo formaba una fina capa que aparecía alterada allí donde la policía había abierto recientemente armarios y cajones. Begonias, ficus, filodendros y ciclámenes daban la impresión de estar de luto por la pérdida de su dueño, y busqué una regadera.

Di con una en el cuarto de la lavadora, la llené y empecé a atender las plantas porque no había razón para dejarlas morir. No oí entrar a B en ton Wesley.

-¿Kay? -Su voz sonó serena a mi espalda.

Me volví, y Benton captó en mis ojos una pesadumbre que no me inspiraba él. Se quedó mirando cómo echaba agua en una maceta.

-¿Qué haces?

-Lo que ves, ni más ni menos.

Benton guardó silencio, con su mirada fija en la mía.

-Yo lo conocía. Conocía a Ted -murmuré-. No muy íntimamente, pero era popular entre mi personal. Me entrevistó muchas veces y yo lo respetaba... En fin... -Mi cabeza empezó a divagar.

Wesley estaba delgado, lo que marcaba aún más sus facciones, y ya tenía el pelo completamente blanco aunque no era mucho mayor que

yo. Parecía cansado, pero toda la gente que conocía tenía el mismo aspecto. Sin embargo no parecía que acabara de separarse. No se le veía desgraciado de estar lejos de su mujer o de mí.

-Pete me ha contado lo de los coches -dijo.

-Es bastante increíble -asentí mientras seguía regando.

-Y lo del detective..., ¿cómo se llama? ¿Roche? De todos modos tengo que hablar con su jefe. Por teléfono mantendremos los buenos modales, aunque cuando cuelgue voy a actuar.

-No es preciso que hagas nada.

-No tengo ningún inconveniente en ello.

-Preferiría que no lo hicieras.

-Está bien. -Levantó las manos en un leve gesto de rendición y miró a su alrededor-. Eddings tenía dinero y estaba mucho tiempo fuera -dijo.

-Pues alguien se ocupaba de sus plantas -indiqué.

-¿Con qué frecuencia? -Benton contempló las macetas.

-Las plantas sin flores, una vez a la semana por lo menos; las demás cada dos días, según el calor que haga aquí dentro.

-¿Eso quiere decir que hace una semana que éstas no se riegan?

-Una semana o más -asentí.

Lucy y Marino acababan de entrar en el dúplex y se acercaban por el pasillo.

-Quiero mirar en la cocina -añadí mientras dejaba la regadera.

-Buena idea.

La cocina, pequeña, daba la impresión de que no había sido renovada desde los años sesenta. En las alacenas encontré cazuelas viejas y decenas de productos enlatados: atún, sopas y galletas de aperitivo.

En cuanto al frigorífico, la mayor parte de lo que Eddings guardaba en él eran latas de cerveza, pero lo que me llamó la atención fue una solitaria botella de champán Luis Roederer Cristal con un gran lazo rojo.

-¿Has encontrado algo? -Wesley miraba debajo del fregadero.

-Quizá -respondí, asomada todavía al frigorífico-. Esto puede costar ciento cincuenta dólares en un restaurante, quizá ciento veinte si lo compras en la tienda.

-¿Sabemos cuánto ganaba el muerto?

-No, pero sospecho que no era una fortuna.

-Ahí abajo tiene un montón de cremas de limpiar zapatos, gamuzas y poco más -anunció Wesley mientras se incorporaba.

Cogí la botella y miré la etiqueta con el precio.

-Ciento treinta dólares, y no la compró por aquí. Que yo sepa, en Richmond no hay ninguna tienda de licores que se llame The Wine Merchant.

-Tal vez sea un regalo. Eso explicaría el lazo.

-¿Qué me dices de Washington?

-No sé -dijo Wesley-. Últimamente, no compro mucho vino en la capital.

Cerré la puerta del frigorífico, complacida en mi interior porque él y yo sí habíamos disfrutado de buenos vinos. Tiempo atrás nos gustaba salir de compras, elegir una botella y tomarla juntos, acurrucados en el

sofá o en la cama.

-Eddings no iba mucho de compras -señalé-. No veo señales de que comiera en casa.

-Yo diría más: parece como si apenas viniera por aquí.

Cuando Benton pasó cerca de mí, noté su proximidad y me resultó casi insoportable. Su colonia, siempre sutil, tenía notas de canela y madera y cada vez que me llegaba aquel aroma en alguna parte, me sentía tan embriagada como en aquel momento. Se volvió a mirarme desde el hueco de la puerta de la cocina.

-¿Te encuentras bien? -me preguntó con un tono de voz que sólo utilizaba conmigo.

-No. Todo esto es bastante horrible.

Cerré la puerta de una alacena con demasiada fuerza. Benton salió al pasillo.

-Bien, tenemos que inspeccionar a fondo su situación económica para ver de dónde sacaba dinero para comer fuera y para comprar champán del caro.

Los papeles estaban en el despacho y la policía no los había revisado todavía porque oficialmente no había habido ningún crimen. Pese a mis sospechas sobre la causa de la muerte de Eddings y de los extraños sucesos que la envolvían, hasta aquel momento no había técnicamente caso de homicidio.

-¿Alguien ha entrado en su ordenador? -preguntó Lucy y señaló la máquina 486 del escritorio.

-No -dijo Marino mientras miraba las carpetas de un archivo metálico de color verde-. Uno de los agentes ha dicho que el acceso está bloqueado.

Lucy tocó el ratón y en la pantalla apareció una ventana para la contraseña.

-Muy bien -dijo entonces-. Tiene una contraseña, pero eso no es nada raro. Lo que resulta un poco más extraño es que no tenga disquete en la disquetera externa. Pete, ¿tus hombres encontraron algún disquete aquí?

-Sí, hay una caja llena por ahí. -Marino señaló una estantería repleta de libros de historias de la Guerra de Secesión y de tomos de enciclopedias con una recargada encuadernación en piel.

Lucy bajó la caja y la abrió.

-No. Son los disquetes de instalación de WordPerfect. -Lucy nos miró-. Sólo digo que lo normal es sacar una copia de segundad del trabajo que uno está haciendo. Eso en el caso de que estuviera trabajando en algo aquí, en su casa.

Nadie sabía si era así. Lo único que sabíamos era que Eddings trabajaba en la oficina de AP en el centro, en Fourth Street. No teníamos ninguna razón que explicara qué hacía en casa hasta que Lucy reinició el ordenador, y en un alarde de magia logró entrar en los archivos de programa. Desactivó el salvapantallas y empezó a buscar en los directorios de WordPerfect, todos los cuales estaban vacíos. Eddings no conservaba un solo archivo.

-¡Mierda! -masculló Lucy-. Esto sí que es extraño, a menos que no

haya utilizado nunca este aparato.

-Eso es imposible -intervine-. Aunque trabajara en el centro, debía de tener un despacho en casa para algo...

Lucy volvió a teclear unas órdenes mientras Marino y Wesley inspeccionaban diversos registros financieros que Eddings había dejado ordenados en una cesta, dentro de un cajón del archivador.

-Espero que no borrara también la lista de subdirectorios -comentó mi sobrina, que ya había entrado en el sistema operativo-. Eso no podría recuperarlo sin una copia de seguridad, y parece que no hay ninguna.

Observé cómo tecleaba *undelete*.** y pulsaba la tecla de retorno. Como por ensalmo apareció un archivo llamado *matadrog.vie* y, después de dar la orden de recuperarlo, apareció otro.

Cuando Lucy terminó, había recuperado veintiséis archivos ante nuestras asombradas miradas.

-Es lo que tiene de bueno el DOS 6 -fue su escueto comentario mientras empezaba a imprimir.

-¿Se puede averiguar cuándo los borró? -le preguntó Wesley.

-La fecha y hora es la misma en todos los archivos -respondió Lucy-. ¡Maldita sea! Treinta y uno de diciembre, entre la una cero uno y la una treinta y cinco de la madrugada. Yo diría que a esa hora ya estaba muerto.

-Depende de a qué hora fue a Chesapeake -apunté-. La barca no fue descubierta hasta las seis.

-Por cierto, el reloj del ordenador funciona correctamente, así que esas horas deben ser buenas -añadió mi sobrina.

-Y borrar todos esos archivos llevaría más de media hora, ¿verdad? -le pregunté.

-No. Se puede hacer en pocos minutos.

-Pues entonces a lo mejor alguien los leía mientras los iba borrando.

-Eso hace mucha gente. Necesitamos más papel para la impresora. Espera, lo cogeré de la máquina de fax.

-Por cierto -apunté-, ¿podemos ver alguno de sus reportajes para el periódico?

-Claro.

Lo que obtuvo Lucy fue una lista de diagnósticos de fax incomprensibles y de números de teléfono que tenía inten*ción* de comprobar más tarde. Por lo menos teníamos la certeza de que alguien había entrado en su ordenador y había borrado todos los archivos hacia la hora en que Eddings había muerto. Y el que lo había hecho no era un gran experto -continuó explicando Lucy-, porque un conocedor de la informática habría eliminado también el subdirectorio raíz y con ello habría inutilizado el comando de recuperar archivos borrados.

-Esto no tiene sentido -declaré-. Un escritor seguro que saca una copia de seguridad de su trabajo, y es evidente que Eddings era cualquier cosa menos descuidado. ¿Qué me dices del armero? -pregunté a Marino-. ¿Has encontrado algún disquete en él?

-No.

-Eso no significa que no entrara alguien en el ordenador... y en la

casa-señalé.

-En tal caso ese alguien conocía la combinación del armero y el código del sistema de alarma antirrobo.

-¿ Son los mismos ?

-Sí -respondió Marino-. Utiliza su fecha de nacimiento para todo.

-¿Y cómo lo has descubierto?

-Por su madre -explicó.

-¿Qué me dices de las llaves? -continué-. No llevaba encima ninguna pero debería tener la de su todo terreno por lo menos.

-Roche dijo que no había ninguna -insistió Marino-. Para mí, ése es otro detalle extraño.

Wesley observaba las páginas de los archivos recuperados que salían de la impresora.

-Es una serie de relatos periodísticos, creo -comentó.

-¿Publicados? -pregunté.

-Tal vez algunos, porque parecen bastante viejos. La avioneta que se estrelló contra la Casa Blanca, por ejemplo. Y el suicidio de Vince Foster.

-Puede que Eddings sólo estuviera limpiando la casa -apuntó Lucy.

-Veamos esto. -Marino estaba repasando un extracto bancario-. El diez de diciembre hubo un ingreso de tres mil dólares en su cuenta. -Abrió otro sobre y miró el contenido-. Lo mismo en noviembre.

Encontramos idénticos extractos correspondientes al mes de octubre y a todos los anteriores del año. A juzgar por otras informaciones que hallamos, quedaba claro que Eddings necesitaba un complemento de sus ingresos. La hipoteca le costaba mil dólares al mes, y los cargos de las tarjetas de crédito ascendían a veces a otro tanto, y en cambio su sueldo anual apenas llegaba a los cuarenta y cinco mil dólares.

-¡Joder! Con todos esos ingresos extra se sacaba casi ochenta mil al año -dijo Marino-. ¡No está mal!

Wesley dejó la impresora, se acercó a mí y me puso una hoja en la mano.

-La esquela mortuoria de Dwain Shapiro -dijo-. Del *Washington Post.* Dieciséis de octubre del año pasado.

El artículo, muy breve, sólo informaba de que Shapiro había sido mecánico de un concesionario Ford en Washington, D.C., y que había muerto de un tiro en un intento de robo cuando volvía a casa de un bar, ya de madrugada. Ningún pariente suyo vivía cerca de Virginia y no había ninguna mención a los Nuevos Sionistas.

-Esto no lo escribió Eddings -señalé-. Es de algún reportero del *Post.*

-Entonces, ¿de dónde sacó el Libro? -preguntó Marino-. ¿Y por qué cono lo tenía debajo de la cama?

-Quizá lo estaba leyendo -me limité a responder-, y a lo mejor no quería que nadie lo viera. La asistenta, por ejemplo.

-Aquí hay unas notas. -Lucy estaba enfrascada en la pantalla del monitor, abriendo un archivo tras otro y pulsando el comando de imprimir-. ¡Por fin llegamos a lo bueno! -Conforme pasaba el texto y la impresora traqueteaba, Lucy se iba poniendo más impaciente. De pronto dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia Wesley-. ¡Qué

fuerte! Aquí tiene todo este material sobre Corea del Norte mezclado con información sobre Joel Hand y los neosionistas.

-¿Qué es eso de Corea del Norte?

Benton se puso a leer las hojas mientras Marino examinaba otro cajón.

-Lo del problema que tuvo nuestro gobierno con el suyo hace unos años, cuando los norcoreanos intentaban conseguir plutonio, con fines militares, de sus centrales eléctricas nucleares.

-Según parece, Hand está muy interesado en la fusión, la energía y esas cosas -apunté-. Hay alusiones a ellas en el Libro.

-Bien -comentó Wesley-, entonces puede que todo esto sea un perfil a fondo de ese tipo. O mejor dicho, la materia prima para un gran reportaje sobre él.

-¿Y por qué iba Eddings a borrar el archivo de un gran artículo que aún no había terminado? -pregunté-. ¿No es una casualidad además que lo hiciera la noche de su muerte?

-Eso tendría sentido para alguien que se propusiera suicidarse -dijo Wesley-. Y en realidad no estamos seguros de que no fuera eso lo que hizo.

-Exacto -asintió mi sobrina-. Borra todo su trabajo para que una vez desaparecido nadie pueda ver nada que él no quiera que vean, y después escenifica su muerte para que parezca un accidente. Quizá para él fuera muy importante que la gente no pensara que se había suicidado.

-Es una buena posibilidad -concedió Wesley-. Quizás andaba metido en algo de lo que no podía salir, lo cual explicaría el dinero que se ingresaba en su cuenta bancaria cada mes. O quizá padecía depresiones y le afectaba alguna profunda crisis personal de la que no sabemos nada.

Yo apunté otra cosa:

-Puede que fuera otro quien borró los archivos. Quizá viniera alguien cuando Eddings ya estaba muerto, manipulara el ordenador y se llevara las copias de seguridad y las impresas.

-En tal caso, quien lo hizo tenía una llave y conocía los códigos y combinaciones. Sabía que Eddings no estaba en casa y que no iba a estar.

Benton levantó la vista hacia mí.

-Sí -murmuré.

-Esto es muy complicado.

-Todo el caso lo es -respondí-, pero puedo asegurarte que si Eddings fue envenenado con gas de cianuro mientras estaba sumergido, no pudo hacerlo él mismo. También querría saber por qué tenía tantas armas, y por qué la que llevaba en la barca tenía un acabado Birdsong e iba cargada con balas KTW.

Wesley me miró de nuevo y su flema me golpeó con fuerza.

-Desde luego, sus tendencias supervivencialistas se podrían considerar un buen indicador de inestabilidad -apuntó.

-O de temor a morir asesinado -repliqué.

Entramos en la sala donde estaban las armas. Las metralletas se

encontraban en un armero en la pared, y en la caja fuerte Browning que la policía había abierto por la mañana había pistolas, revólveres y munición. Ted Eddings había equipado una pequeña alcoba con una prensa de árbol, una báscula digital, una recortadora de vainas, troqueles para recarga y todo lo necesario para asegurarse el suministro de cartuchos. Las vainas de cobre y los fulminantes estaban guardados en un cajón. La pólvora se encontraba en un viejo envase militar, y al parecer era un gran amante de las miras telescópicas y de los visores de láser.

-Para mí, esto demuestra que no estaba bien de la cabeza. -Era Lucy quien hablaba, agachada ante la caja fuerte, mientras abría fundas de armas de plástico duro-. Yo diría que todo esto indica una paranoia más que regular. Es como si pensara que se le venía encima todo un ejército.

-La paranoia es sana si realmente hay alguien detrás de uno -apunté.

-Yo también empiezo a pensar que el tipo estaba chiflado -intervino Marino.

No presté atención a sus teorías.

-En el depósito olía a cianuro -les recordé. Se me estaba agotando la paciencia-. Y no se gaseó a sí mismo antes de lanzarse al río. Si lo hubiera hecho, habría muerto antes de llegar al agua.

-Sólo lo notaste tú -apuntó Wesley con cierto sarcasmo-. Los demás no notaron nada y aún no tenemos los resultados toxicológicos.

-¿Qué quieres decir, que se ahogó solo? -Lo miré fijamente.

-No lo sé.

-No he visto nada que indicara tal posibilidad -insistí.

-¿Siempre ves indicios, en los casos de ahogamiento? -preguntó en tono razonable-. Creía que las muertes por inmersión tienen una dificultad considerable y que por eso suele llamarse a expertos del sur de Florida para que colaboren en esclarecerlas.

-Yo empecé mi carrera en el sur de Florida y estoy considerada una experta en ahogados -apunté con sequedad.

Continuamos la discusión en la acera, junto a su coche, porque quería que me llevara a casa para poder terminar nuestra pelea. La luna era difusa, la farola más cercana estaba a una manzana de distancia y apenas nos veíamos.

-Por el amor de Dios, Kay, no quería decir que no sepas lo que haces -me dijo.

-¡Claro que querías decirlo! -Me encontraba junto a la puerta del conductor, como si el coche fuera mío y estuviese a punto de marcharme en él-. Estás criticándome. Te portas como un asno.

-Estamos investigando una muerte -insistió con su tono juicioso y sereno-. Éste no es momento ni lugar para que te tomes esto como algo personal.

-Deja que te explique una cosa, Benton: las personas no son máquinas. La gente se toma las cosas como algo personal.

-Y a eso se reduce toda esta discusión. -Se situó a mi lado y abrió la puerta-. Te tomas las cosas así porque soy yo. No creo que haya sido una buena idea. -Se abrieron las cerraduras-. Quizá no debería haber venido. -Se deslizó al asiento del conductor-. Pero me parecía que era

importante. Quería hacer lo debido y pensaba que tú también.

Di la vuelta al coche, entré por el otro lado y me pregunté por qué Benton no me había abierto la puerta como solía hacer.

De pronto me sentí muy cansada y con ganas de llorar.

-Es importante y has hecho lo que debías -reconocí-. Un hombre ha muerto. Y yo creo no sólo que fue asesinado sino que tal vez andaba metido en algo muy gordo, que podría ser un asunto muy feo. No creo que fuera él quien borró sus propios archivos de ordenador y destruyó todas las copias de seguridad porque eso significaría que sabía que iba a morir.

-Sí, eso nos llevaría al suicidio.

-Y no es éste el caso. -Nos miramos en la oscuridad. Luego añadí-: Creo que alguien entró en la casa la madrugada de su muerte.

-Alguien a quien Eddings conocía.

-O alguien que conocía a alguien que tenía acceso a la casa. Un colega, un amigo o una amiga íntimos, u otra persona importante para él. Respecto a las llaves para entrar, no hemos encontrado las de Eddings.

-Tú crees que esto tiene que ver con los neosionistas... -Wesley empezaba a mostrarse más receptivo.

-Eso me temo. Y alguien me ha advertido que deje el asunto.

-Lo que dices comprometería a la policía de Chesapeake.

-Es posible que no a todo el departamento. Quizá sólo a Roche.

-Si lo que dices es verdad -replicó él-, ese detective es un mero peón en el asunto, una capa externa muy alejada del núcleo. Sospecho que su interés por ti es otro tema completamente aparte.

-Lo único que pretende es intimidar, meter miedo. Por eso sospecho que tiene relación con el asunto.

Wesley guardó silencio y se quedó mirando por el parabrisas. Cedí a un impulso y lo miré fijamente. Entonces él se volvió.

-Kay, ¿el doctor Mant te ha mencionado alguna vez que alguien lo había amenazado?

-A mí no, pero tampoco creo que dijera una palabra a nadie al respecto, sobre todo si estaba asustado.

-¿Asustado? ¿De qué podía estarlo? Esto es lo que más me cuesta imaginar -murmuró al tiempo que ponía el coche en marcha y se sumaba al tráfico de la calle-. Si Eddings tenía contactos con los Nuevos Sionistas, ¿qué relación podía tener todo eso con el doctor Mant? -No lo sabía y permanecí callada un rato mientras él conducía.

»¿Hay alguna posibilidad de que tu colega británico se haya largado de la ciudad, sencillamente? -preguntó Wesley cuando decidió romper el silencio-. ¿Tienes constancia de que su madre ha muerto?

Pensé en el supervisor del depósito de Tidewater, que se había despedido antes de Navidad sin motivo y sin previo aviso. De pronto, inmediatamente después, se había marchado Mant.

-Sólo sé lo que él me dijo -respondí-, pero no tengo motivos para pensar que me engañara.

-¿Cuándo vuelve tu otra ayudante jefe, la que está de permiso por maternidad?

-Acaba de tener el niño.

-Bueno, eso sí que sería un poco difícil de fingir -comentó.

Estábamos entrando en Malvern y la lluvia era una rociada de minúsculos alfileres contra el cristal. Dentro de mí amenazaban con rebosar unas palabras que no podía pronunciar, y cuando doblamos por Cary Street empecé a sentirme desesperada. Quería decirle a Benton que habíamos tomado la decisión acertada, pero que poner fin a una relación no borra los sentimientos. Quería preguntar por Connie, su mujer. Quería invitarlo a mi casa como había hecho en otro tiempo y preguntarle por qué ya no me llamaba nunca. Locke Lañe, la vieja calleja, estaba sin luces cuando la seguimos hacia el río. Wesley conducía despacio, en primera.

-¿Vuelves a Fredericksburg esta noche? -le pregunté.

Tardó en responder.

-Connie y yo vamos a divorciarnos.

No respondí.

-Es una larga historia y probablemente será un trámite largo, engorroso y agotador -continuó él-. Gracias a Dios, los chicos ya son bastante mayores.

Bajó la ventanilla y el guarda nos franqueó el paso.

-Lo lamento mucho, Benton.

El motor del BMW resonó en mi calle, vacía y mojada.

-Bien, supongo que podrías decir que me lo tengo merecido. Connie llevaba viéndose con otro hombre durante casi todo el año y yo no tenía la menor idea. Menudo detective, ¿verdad?

-¿Quiénes?

-Un contratista de Fredericksburg que ha estado haciendo reparaciones en la casa.

-¿Connie sabe lo nuestro?

Me costó mucho preguntarlo, porque Connie siempre me había caído bien y estaba segura de que me aborrecería si se enteraba.

Entramos en el camino particular de la casa y Wesley no me respondió hasta que hubo aparcado junto a la puerta principal.

-No lo sé. -Exhaló un profundo suspiro y bajó la mirada a sus manos, agarradas al volante-. Es probable que haya oído rumores, pero Connie no es mujer que preste oído a los chismes, y mucho menos que se los crea. -Hizo una pausa-. Sabe que hemos pasado mucho tiempo juntos, que hemos hecho viajes y cosas así, pero creo que está convencida de que sólo son asuntos de trabajo.

-Todo esto me hace sentir fatal.

El no dijo nada.

-¿Todavía estás en casa?

-Ella quería marcharse -respondió-. Se ha instalado en un apartamento donde supongo que puede verse con Doug regularmente.

-¿Ese Doug es el contratista?

Benton miró por el parabrisas con una expresión tensa. Alargué la mano y acaricié con suavidad una de las suyas.

-Escucha -le dije con calma-, quiero ayudarte en todo lo que pueda, pero tienes que decirme qué puedo hacer.

Se volvió hacia mí y en sus ojos brillaron unas lágrimas que estuve segura eran por ella. Aún quería a su mujer. Yo lo entendía, pero no me gustaba verlo.

-No puedo dejar que hagas mucho -dijo con un carraspeo-. Sobre todo ahora. Y durante casi todo el año que viene. A ese tipo con el que está Connie le gusta el dinero y sabe que yo tengo un poco. De mi familia, ya sabes. No quiero perderlo todo.

-No veo cómo podrías, después de lo que ha hecho ella.

-Es complicado. Tengo que andar con cuidado. Quiero que mis hijos sigan queriéndome y respetándome. -Me miró y retiró la mano-. Ya sabes lo que siento. Por favor, procura dejar así las cosas.

-¿Sabías lo de Connie en diciembre, cuando decidimos dejar lo nuestro... ?

No me dejó terminar.

-Sí, lo sabía.

-Ya -murmuré con voz tensa-. Ojalá me lo hubieras dicho. Habría facilitado las cosas.

-No creo que nada las hubiera hecho más fácil.

-Buenas noches, Benton.

Bajé del coche y no me volví a mirar cómo se marchaba.

Dentro, Lucy había puesto un disco de Melissa Etheridge y me alegré de que mi sobrina estuviera allí y de que hubiera música en la casa. Me obligué a no pensar más en Benton, como si pudiera cambiar de habitación mental y dejarlo fuera de ella.

Lucy estaba en la cocina. Me quité el abrigo y dejé el billetero sobre la mesa.

-¿Todo en orden? -Lucy cerró la puerta del frigorífico con el hombro y llevó unos huevos al fregadero.

-En realidad todo está bastante jodido -murmuré.

-Lo que necesitas es comer algo y da la casualidad de que estoy cocinando.

-Lucy -me apoyé en la mesa-, si alguien intenta hacer pasar la muerte de Eddings como un accidente o como un suicidio, empiezo a entender qué sentido tendrían las amenazas posteriores o esa intriga en relación con mi despacho en Norfolk. Pero aun así, ¿por qué habría de recibir amenazas, en el pasado, ningún miembro de mi personal? Tú tienes buenas dotes deductivas. ¿A ti qué te parece?

Mi sobrina estaba batiendo claras de huevo en un cuenco mientras descongelaba un panecillo en el microondas. Su dieta sin grasas resultaba deprimente y no entendía cómo era capaz de mantenerla.

-No tienes constancia de que nadie recibiera esas amenazas -se limitó a responder sin alterarse.

-Ya sé que no tengo constancia de eso, al menos de momento. -Mientras empezaba a preparar un café vienes, continué-: Pero sólo intento encontrar un poco de lógica al asunto. Busco un motivo y sigo con las manos vacías. Oye, Lucy, ¿por qué no pones un poco de cebolla, perejil y pimienta molida? Y un pellizco de sal.

-¿Quieres que te prepare un plato? -me preguntó mientras seguía batiendo las claras.

-No tengo mucha hambre. Quizá me tome una sopa más tarde.

Lucy me miró a los ojos.

-De modo que todo está jodido, ¿eh?

Sabía que mi sobrina se refería a Wesley, pero enseguida le dejé ver que no estaba dispuesta a hablar de él.

-La madre de Eddings vive cerca de aquí -apunté-. Creo que deberíamos hablar con ella.

-¿Esta noche, en el último minuto? -El batidor golpeaba con un ligero repiqueteo los costados del cuenco.

-Cabe la posibilidad de que la mujer quiera hablar esta noche, en el último minuto -asentí-. Le han comunicado que su hijo ha muerto, pero no le han dicho mucho más.

-Sí -murmuró Lucy-. Feliz Año Nuevo.

7

No tuve que pedir a nadie una lista de residentes porque la madre del difunto periodista era la única Eddings con domicilio en Windsor Farms. Según el listín de teléfonos, la mujer vivía en la encantadora calle Sulgrave, guarnecida de árboles y famosa por sus opulentas propiedades y por las dos mansiones Tudor del siglo XVI, la Virginia House y la Agecroft, que habían sido traídas de Inglaterra en barco, piedra a piedra, en los años veinte. La noche aún era joven cuando llamé por teléfono, pero tuve la impresión de que la mujer ya dormía.

-¿Señora Eddings? -le dije, y me presenté.

-Me temo que me había quedado dormida. -Por su tono de voz parecía sobresaltada-. Estaba en el salón viendo la tele... Dios mío, ni siquiera sé qué hacen ahora. Estaba viendo *Mi brillante carrera,* en la PBS. ¿Sigue usted la serie?

-Señora Eddings -repetí-, quisiera hacerle unas preguntas sobre su hijo, sobre Ted. Soy la médico forense del caso y se me ha ocurrido que podríamos hablar. Yo vivo a unas pocas manzanas de aquí.

-Ya me lo habían dicho. -Su marcado acento sureño se hizo aún más cerrado con las lágrimas-. Que vivía muy cerca.

-¿Le parece que ahora es buen momento? -pregunté tras una pausa.

-Estaría encantada. Y me llamo Elizabeth Glenn -añadió, al tiempo que rompía a llorar.

Llamé a Marino y lo encontré en su casa, con el televisor a tal volumen que no entendí cómo podía oír nada más. Pete estaba hablando por la otra línea y era evidente que no quería hacer esperar a su comunicante.

-Claro, a ver qué puedes averiguar -respondió cuando le conté lo que me disponía a hacer-. Yo en este momento estoy en un buen lío. Tenemos un incidente en Mosby Court que podría degenerar en disturbios.

-¡Justo lo que necesitamos! -exclamé.

-Tengo que acudir allí. Si no, te acompañaría.

Colgamos y me vestí para soportar el mal tiempo porque no tenía coche. Lucy estaba en mi despacho, hablando por teléfono. Por su expresión concentrada y su tono de voz bajo supuse que hablaba con Janet. Desde el pasillo señalé el reloj y le indiqué por gestos que volvería dentro de una hora aproximadamente. Cuando salí de casa y empecé a caminar bajo el frío y la húmeda oscuridad, el ánimo empezó a encogérseme como un animalillo que quisiera esconderse. Tener que vérmelas con los seres queridos que deja una tragedia seguía siendo uno de los aspectos más atroces de mi profesión.

A lo largo de los años había experimentado muy diversas reacciones,

desde verme convertida en cabeza de turco hasta recibir súplicas de los familiares para que, de algún modo, hiciera que esa muerte no fuera verdad. Había visto de todo: llorar, gemir, enfurecerse, maldecir o no reaccionar en absoluto, y siempre me había mostrado como la médica perfecta, siempre debidamente desapasionada pero amable, porque así me habían preparado para actuar.

Mi reacción personal siempre tenía que ser privada. Esos momentos no los veía nadie, ni siquiera cuando estaba casada. En esa época me había hecho experta en disimular estados de ánimo y en llorar en la ducha. Recuerdo que un año tuve una urticaria y le dije a Tony que era alérgica a las plantas, al marisco y al sulfito del vino tinto. Mi ex marido era muy fácil porque no quería oír.

En Windsor Farms reinaba una calma casi espectral cuando me acerqué por el camino del río. La niebla se adhería a unas farolas de hierro victorianas que recordaban las calles inglesas y daba la impresión de que no había nadie levantado ni paseando, aunque en muchas de las majestuosas mansiones había ventanas iluminadas. Las hojas del pavimento eran como papel engomado; la lluvia fina las pegaba al suelo y empezaba a helar. Pensé que había sido una tontería salir a la calle sin paraguas.

Cuando llegué a la casa de la calle Sulgrave me resultó familiar porque conocía al juez que vivía en la casa de al lado y había estado en muchas de sus fiestas. La de los Eddings era un edificio de tres plantas de estilo federal con chimeneas gemelas, ventanas de gablete en arco y un montante elíptico sobre los artesonados de la puerta principal. A la izquierda del porche de la entrada vi el león de piedra que desde hacía muchos años montaba guardia allí. Subí los resbaladizos peldaños y tuve que llamar al timbre dos veces hasta que una voz me respondió débilmente al otro lado de la gruesa madera.

-Soy la doctora Scarpetta -me presenté, y la puerta se abrió muy despacio.

-Ya pensaba que sería usted. -Una cara nerviosa apareció ante mis ojos cuando el resquicio se hizo más ancho-. Por favor, entre y caliéntese un poco. Hace una noche horrible.

-Está helando -asentí, al tiempo que cruzaba el umbral.

La señora Eddings era una mujer atractiva, de rasgos refinados y modales educados, aunque vanidosos, con unos cabellos blancos y crespos recogidos hacia atrás, que dejaban a la vista una frente alta y libre de arrugas. Llevaba un vestido de Black Watch y un suéter de cachemira de cuello de cisne, como si se hubiera pasado el día recibiendo visitas animosamente, pero sus ojos no podían ocultar su pérdida irrecuperable. Cuando me conducía al vestíbulo, su paso era bastante inestable y sospeché que había bebido.

-Es asombroso -dije mientras la mujer se hacía cargo de mi abrigo-. He pasado a pie y en coche por delante de su casa no sé cuántas veces y no tenía idea de quién vivía aquí.

-¿Y dónde vive usted?

-Muy cerca de Windsor Farms, al oeste. -Señalé la dirección-. Es una casa nueva. De hecho, acabo de trasladarme el otoño pasado.

-¡Ah, sí, ya sé quién es! -La mujer cerró la puerta del armario y me guió por el pasillo-. Conozco a bastante gente del barrio.

La sala de estar a la que me llevó era un museo de alfombras persas antiguas, lámparas de Tiffany y mobiliario de madera de tejo de estilo Biedermeier. Tomé asiento en un sofá tapizado en negro, encantador pero duro, y empecé a preguntarme qué tal se llevarían madre e hijo. La decoración de las respectivas viviendas retrataba a dos personas que seguramente eran testarudas y amantes de la soledad.

Tan pronto como tomamos asiento, empezamos a conversar.

-Su hijo me entrevistó en varias ocasiones.

-¿ Ah, sí? -La señora Eddings intentó una sonrisa pero la mueca se difuminó.

-Lo siento. Sé que esto es difícil para usted -murmuré con suavidad mientras ella intentaba recuperar la compostura en su sillón de cuero rojo-. Ted me caía muy bien. Y a mi equipo también.

-Ted le caía bien a todo el mundo. Resultaba encantador desde el primer día. Recuerdo la primera gran entrevista que consiguió en Richmond. -Miró fijamente el fuego de la chimenea con las manos enlazadas-. Fue con el gobernador Meadows. Recuerda usted al gobernador, ¿verdad? Ted lo hizo hablar cuando nadie lo había conseguido. Fue cuando todo el mundo decía que el gobernador tomaba drogas y se relacionaba con mujeres inmorales.

-¡ Ah, sí! -respondí como si fuera la primera vez que se acusaba de tales cosas a un gobernador.

La mujer miró al vacío con expresión agitada, y la mano le temblaba visiblemente cuando levantó el brazo para arreglarse el peinado.

-¿Cómo ha podido suceder una cosa así? Dios mío, ¿cómo ha podido ahogarse?

-Señora Eddings, creo que no ha sido eso lo que ha sucedido.

Me miró sobresaltada, con los ojos desorbitados.

-Entonces, ¿qué...?

-Todavía no estoy segura. Es necesario hacer pruebas.

-¿Qué otra cosa ha podido ser? -Empezó a secarse las lágrimas con un pañuelo de papel-. El policía que ha venido me ha dicho que había pasado bajo el agua. Ted estaba buceando en el río con ese aparato suyo.

-Puede haber varias causas posibles -respondí-. Un fallo del respirador que utilizaba, por ejemplo. O tal vez una intoxicación por gases de escape del compresor. En este momento aún no lo sé.

-Le dije que no utilizara ese artefacto. No sabe usted cuántas veces le he pedido que no saliera a bucear con eso.

-Entonces, ¿había utilizado el equipo otras veces?

-Le encantaba buscar restos de la Guerra de Secesión. Se sumergía casi en cualquier parte con uno de esos detectores de metales. Creo que el año pasado encontró unas cuantas balas de cañón en el James. Me sorprende que no lo sepa. Ted ha escrito varios relatos sobre sus aventuras.

-Normalmente, los submarinistas llevan un compañero -dije-. ¿Sabe usted con quién buceaba habitualmente?

-Bueno, es posible que de vez en cuando llevara a alguien con él. En realidad no lo sé, porque no solía hablarme de sus amigos.

-¿Alguna vez le comentó algo de bucear en el río Elizabeth para buscar restos de la Guerra de Secesión?

-No tengo noticia de que fuera allí. Nunca me dijo nada al respecto. Pensaba que hoy vendría por aquí.

La señora Eddings cerró los ojos, frunció el entrecejo y respiró profundamente, como si en la habitación faltara el aire.

-¿Qué me dice de esos restos arqueológicos que recuperaba? -continué-. ¿Sabe dónde los guardaba?

La mujer no respondió.

-Señora -insistí-, no encontramos nada de eso en su casa. Ni un solo botón, una hebilla o una bala minié. Tampoco había ningún detector de metales.

Ella mantuvo el silencio mientras agarraba el pañuelo de papel con fuerza entre sus manos temblorosas.

-Es muy importante que determinemos qué podía estar haciendo su hijo en el varadero de naves fuera de servicio de la Marina -insistí-. Estaba buceando en una zona acotada en torno a las embarcaciones decomisadas por la Marina, y nadie sabe por qué. Cuesta de creer que bajara allí a buscar restos de la Guerra de Secesión.

La señora Eddings fijó la vista en el fuego y dijo con voz remota:

-Ted tiene rachas. En cierta época coleccionaba mariposas, cuando tenía diez años. Después las regaló todas y empezó a coleccionar piedras preciosas. Recuerdo que lavaba arenas buscando oro en los lugares más raros y recuperaba minerales de la orilla del camino con ayuda de unas pinzas. De eso pasó a las monedas, pero se gastó la mayoría porque a la máquina de Coca-Cola le da igual si los cuartos de dólar son de plata pura o no. Cromos de béisbol, sellos, chicas. Ninguna colección le duró nunca mucho tiempo. Me dijo que le gustaba el periodismo porque siempre es distinto.

La escuché mientras proseguía su relato con aire trágico.

-¡A veces pienso que habría cambiado a su madre por otra distinta si hubiera podido! -Una lágrima corrió por su mejilla-. Debía de estar muy aburrido de mí.

-¿Hasta el punto de no aceptar su ayuda económica, señora Eddings? -pregunté.

La mujer levantó el mentón.

-Creo que eso es algo demasiado personal...

-Sí, lo entiendo y lamento tener que hacerle este tipo de preguntas pero soy médica y en este momento su hijo es paciente mío. Tengo que hacer todo lo posible para determinar qué ha podido sucederle.

Al oír aquello exhaló un profundo suspiro mientras sus dedos jugaban con el botón superior de la chaqueta. Esperé a que contuviera las lágrimas.

-Bueno, sí, le enviaba dinero todos los meses. Ya sabe cómo son los impuestos sobre herencias, y Ted estaba acostumbrado a vivir por encima de sus posibilidades. Supongo que la culpa es de su padre y mía. -La mujer casi no podía continuar-. Mis hijos no han tenido una

vida suficientemente dura. Supongo que para mí tampoco lo fue hasta que murió Arthur.

-¿A qué se dedicaba su marido?

-Trabajaba en el tabaco. Nos conocimos durante la guerra, cuando casi todos los cigarrillos del mundo se fabricaban por aquí pero apenas se podía encontrar un paquete. Ni un par de medias.

El recuerdo la tranquilizó y no la interrumpí.

-Una noche -continuó-, fui a una fiesta del club de oficiales en el hotel Jefferson. Arthur era capitán de una unidad del Ejército llamada Richmond Grays, y además un gran bailarín -añadió con una sonrisa-. Sí, bailaba como si llevara la música en las venas; respiraba la música como si fuera aire. Enseguida me fijé en él. Sólo tuvimos que cruzar una mirada, y desde entonces nunca más volvimos a estar el uno sin el otro.

La mujer apartó la mirada y el fuego chisporroteó y se agitó como si también tuviera algo importante que contar.

-Parte del problema estaba ahí, por supuesto -prosiguió-. Arthur y yo nunca dejamos de estar absortos el uno en el otro y creo que los chicos a veces se sentían como si estorbaran. -De pronto la señora Eddings me miró abiertamente-. ¡Vaya! Ni siquiera le he preguntado si le apetece un té, o quizás una copita de algo más fuerte.

-No, gracias. ¿Ted y su hermano se llevaban bien? ¿Se veían con frecuencia?

-Ya le di el número de Jeff a ese policía..., ¿cómo se llama?... Martino o algo así. En realidad lo encontré bastante brusco. Insisto, doctora, un poco de Goldschlager sienta muy bien en una noche como ésta.

-No, gracias.

-Lo descubrí por Ted -continuó ella a duras penas; de pronto le cayeron las lágrimas-. Lo probó mientras practicaba esquí en el oeste y trajo una botella. Sabe a fuego líquido con un poco de canela. Eso fue lo que dijo cuando me lo dio. Siempre me traía algo.

-¿Alguna vez le regaló champán?

La mujer se sonó la nariz con delicadeza.

-Antes ha dicho que hoy esperaba su visita -le recordé.

-Sí, tenía que venir a comer.

-Hemos encontrado una botella de buen champán en el frigorífico de su casa. Llevaba un lazo *y* me pregunto si su hijo tendría intención de presentarse con ella.

-¡Oh, no! -exclamó con un acusado temblor en la voz-. Debía de ser para otra celebración. Yo no tomo champán. Me da dolor de cabeza.

-Estarnos buscando sus disquetes de ordenador -continué-. Buscamos alguna nota relativa a lo que pueda haber escrito últimamente. ¿Alguna vez le pidió que le guardara algo aquí?

-Tengo parte de su equipo atlético en el desván, pero es más viejo que Matusalén. -Se le quebró la voz y carraspeó-. Y también hay papeles de la escuela.

-¿Sabe si tenía una caja de seguridad en alguna parte?

-No. -Acompañó la respuesta con un gesto de cabeza.

-¿Se le ocurre algún amigo a quien pudiera haber confiado esas cosas?

-No conozco a sus amigos -insistió ella mientras la lluvia gélida repiqueteaba en los cristales.

-Y Ted no mencionó ningún interés romántico. ¿Pretende decirme que no tenía historias sentimentales?

Mi interlocutora apretó los labios.

-Por favor -insistí-, dígame si estoy equivocada.

-Hace unos meses trajo a una chica. Creo que fue en verano. Al parecer la chica era una científica de no sé qué. Creo que estaba escribiendo un libro y que se conocieron por eso. Ted y yo tuvimos algunas diferencias respecto a ella.

-¿Cómo es eso?

-La chica era atractiva. Una de esas jóvenes del tipo universitario. Quizás era profesora, no lo recuerdo bien. Pero era extranjera, de eso estoy segura.

Esperé, pero la mujer no tenía más que decir.

-¿Cuáles fueron esas diferencias entre su hijo y usted? -quise saber.

-Tan pronto como la conocí, me di cuenta de que no tenía buen carácter y no quise que la volviera a traer a casa.

-¿Esa chica vive por los alrededores?

-Es lo más probable, pero no sabría decirle dónde -respondió.

-Pero Ted quizá seguía viéndose con ella.

-No tengo idea de con quién se veía mi hijo -insistió, y tuve la certeza de que mentía.

-Señora Eddings -apunté-, según todos los indicios, su hijo no paraba mucho en casa. -Ella se limitó a mirarme-. ¿Tenía una asistenta? ¿Alguien que se ocupara de sus plantas, por ejemplo?

-Yo enviaba la mía cuando era necesario -respondió-. Corian. A veces le lleva comida. Ted nunca pisa la cocina.

-¿Cuándo fue la última vez que la asistenta estuvo allí?

-No lo sé -fue su respuesta, y noté que empezaba a cansarse de tantas preguntas.

-¿Corian le ha hablado alguna vez de lo que hay en la casa?

-Supongo que se refiere a las armas. Es otra de sus colecciones. La empezó hace un año, más o menos. Fue lo único que pidió para su cumpleaños: un vale para una de esas armerías de por aquí. Como que una mujer se atrevería a entrar en un lugar de ésos...

Era inútil seguir insistiendo porque la mujer solamente tenía una idea en la cabeza: el deseo de que su hijo siguiera vivo. Cualquier otra cosa, cualquier pregunta que fuera más allá, no era sino otra invasión de su intimidad que estaba decidida a evitar. Casi eran las diez cuando emprendí el regreso a casa y estuve a punto de resbalar un par de veces en las calles vacías, donde no se veía casi nada debido a la oscuridad. Hacía un frío intensísimo y la noche estaba llena de crujidos y chapoteos por efecto del hielo que se formaba en los árboles y que cubría el suelo.

Me sentía desanimada porque al parecer nadie sabía de Eddings más que cuatro cosas sin importancia, fruto de un trato superficial. Mis averiguaciones se reducían a que el difunto había coleccionado monedas y mariposas y que siempre había sido encantador; era un

periodista ambicioso con unos intereses muy concretos y limitados. Qué extraño resultaba, me dije, que hubiera terminado por recorrer aquel barrio a pie, de noche y con semejante tiempo, para hablar de aquel hombre. Me pregunté qué pensaría él si pudiera saberlo y me asaltó una gran tristeza.

Cuando llegué a casa no tenía ganas de hablar con nadie y fui directamente a mi habitación. Estaba calentándome las manos bajo el agua y enjugándome la cara cuando Lucy apareció en la puerta. Enseguida me di cuenta de estaba de mal humor.

-¿Has comido suficiente? -La miré por el espejo de encima del lavamanos.

-Nunca como lo suficiente -replicó ella con irritación-. Ha llamado un tal Danny, de tu despacho de Norfolk. Dice que ha tenido noticias de los coches por el servicio de mensajería.

Por un instante, me quedé con la mente en blanco. Luego, caí en la cuenta.

-La grúa. Les di el número del despacho. -Me sequé el rostro con una toalla-. Supongo que el servicio de mensajería se puso en contacto con la casa de Danny.

-No lo sé. Quiere que llames.

Lucy me miró por el espejo como si hubiera hecho algo malo. Le devolví la mirada.

-¿Qué te pasa?

-He de largarme de aquí.

-Intentaré tener los coches aquí mañana -repliqué, mosqueada. Salí del cuarto de baño seguida por mi sobrina.

-Tengo que volver a la universidad.

-Por supuesto, Lucy...

-No lo entiendes. Tengo mucho que hacer.

-No sabía que ya habías empezado ese estudio independiente o lo que sea.

Entré en el salón y me dirigí al mueble bar.

-No importa si ha empezado o no. Tengo muchas cosas que preparar. Y no entiendo cómo harás para que traigan los coches aquí. Quizá Marino pueda llevarme a recuperar el mío.

-Marino está muy ocupado y mi plan es bastante sencillo. Danny traerá mi coche a Richmond y un amigo suyo lo seguirá en tu Suburban. Después Danny y su amigo volverán a Norfolk en autobús.

-¿A qué hora?

-Es el único pero. No permitiré que Danny haga nada de esto hasta que salga de servicio. No estaría bien que durante las horas de trabajo me trajera mi coche privado.

-¡Mierda! -exclamó Lucy, impaciente-. Entonces mañana tampoco tendré transporte, ¿no es así?

-Me temo que ninguna de las dos lo tendrá.

-¿Y qué vas a hacer mientras tanto?

Le ofrecí una copa de vino antes de responder.

-Iré al despacho, y probablemente pasaré mucho tiempo al teléfono. ¿Se te ocurre algo que hacer en la oficina de campo de aquí?

Lucy se encogió de hombros.

-Conozco a un par de personas que estuvieron conmigo en la academia -dijo.

Por lo menos allí encontraría a otro agente que la llevaría al gimnasio para quitarse de encima el malhumor a base de ejercicio. Estuve a punto de decírselo, pero me mordí la lengua.

-No quiero vino. -Dejó la copa sobre el mueble bar-. Voy a seguir bebiendo cerveza.

-¿Por qué estás tan enfadada?

-No estoy enfadada.

Sacó una Beck's Light del pequeño frigorífico y la destapó.

-¿Quieres sentarte?

-No -respondió-. Por cierto, tengo el Libro, así que no te alarmes si no lo encuentras en tu maletín.

-¿Que lo tienes tú? ¿A qué te refieres? -La miré con inquietud.

-Lo he seguido hojeando mientras estabas con la señora Eddings. -Tomó un trago de cerveza-. Me pareció que sería interesante revisarlo por si se nos había pasado algo por alto.

-Creo que ya lo has revisado bastante -me limité a responder-. Me parece que todos hemos visto lo necesario.

-Hay muchas partes al estilo del Antiguo Testamento. Me refiero a que en realidad no tiene nada de satánico.

La contemplé en silencio y me pregunté qué pasaba realmente en aquel cerebro tan increíblemente complicado.

-Para ser sincera, lo encuentro bastante interesante y creo que sólo tiene poder si permites que lo tenga. Yo no lo permito, de modo que no me preocupa -la oí decir.

-Bueno, lo que está claro es que hay algo que te preocupa. -Dejé mi copa.

-Lo único que me preocupa es no poderme mover de aquí. Y estoy cansada, así que me voy a acostar ahora mismo -añadió-. Que duermas bien.

Pero no fue así. Me quedé sentada ante el fuego, inquieta por ella porque probablemente la conocía mejor que nadie. Quizá todo se reducía a que ella y Janet habían tenido una discusión y por la mañana harían las paces, o tal vez era verdad que tenía mucho que hacer y la imposibilidad de regresar a Charlottesville representaba un problema mayor de lo que había imaginado.

Apagué el fuego y comprobé una vez más la alarma para asegurarme de que estaba conectada. Después volví a mi habitación y cerré la puerta, pero seguía sin conciliar el sueño, así que me senté en la cama a la luz de la lámpara y con el repiqueteo de la lluvia en los oídos estudié las páginas que habíamos imprimido con la máquina de fax de Eddings. Había dieciocho números de teléfono marcados en las dos semanas anteriores, todos ellos muy curiosos, y la lista apuntaba a que, en efecto, había estado parte del tiempo en casa, al menos haciendo algo en su despacho.

Sin embargo, enseguida se me ocurrió también que si se había dedicado a trabajar en casa debería haber numerosas transmisiones a

la oficina de AP en el centro. Pero no era así. Desde mediados de diciembre sólo había enviado dos fax a la oficina, por lo menos desde la máquina que habíamos encontrado en la casa. Era fácil determinarlo porque había colocado una marca de acceso rápido para el número de fax del servicio de cable, de modo que aparecía «Mesa AP» en la columna de identificación, junto a otras marcas menos descifrables como «NVSE», «DRMS», «CTP» y «LM». Tres de estos números tenían prefijos de las zonas de Tidewater, Virginia Central y Virginia Septentrional, mientras que el prefijo de «DRMS» era Memphis, Tennessee.

Intenté dormir pero la información pasaba ante mis ojos y no podía cerrarlos, y las preguntas se agolpaban. Me pregunté con quién estaría en contacto Eddings en aquellos lugares, y si sería importante. Pero lo que no podía quitarme de la cabeza era el escenario en el que había muerto. Seguía viendo su cuerpo suspendido en aquel río legamoso, retenido por una manguera inútil enganchada a una hélice oxidada. Notaba su rigidez cuando lo había retenido en mis brazos y lo había izado conmigo. Ya antes de llegar a la superficie había sabido que llevaba muchas horas muerto, y ésta era una razón más para mis sospechas de que cuando alguien entró en su apartamento de Richmond y borró sus archivos ya llevaba varias horas muerto.

A las tres me incorporé en la cama y clavé la mirada en la oscuridad. La casa estaba en silencio, salvo los ruidos habituales; sencillamente, era incapaz de desconectar mi mente consciente. Casi sin quererlo bajé los pies al suelo. El corazón me latía como sobresaltado de que me moviese a aquellas horas. Fui al despacho, cerré la puerta y escribí esta breve carta:

A QUIEN INTERESE:

Sé que éste es un número de fax, de lo contrario llama ría personalmente. Necesito conocer su identificación, si es posible, porque su número aparece en la lista de llamadas de la máquina de fax de una persona fallecida recientemente. Haga el favor de ponerse en contacto conmigo tan pronto como le sea posible. Si desea comprobar la autenticidad de esta comunicación, pida por el capitán Pete Marino, del Departamento de Policía de Richmond.

Añadí los números de teléfono y firmé con mi nombre y cargo, y faxeé la carta a todos los números de acceso rápido de la lista de Eddings excepto, como es lógico, a la Associated Press. Después me quedé sentada un rato tras la mesa, contemplando con la mirada un tanto vidriosa la máquina de fax, como si fuera a resolverme el caso inmediatamente. Pero siguió en silencio mientras yo leía y esperaba. A una hora prudente -las seis-, llamé a Marino.

-Supongo que no hubo alboroto -dije después de que el teléfono chocara con algo y se cayera y de que me llegara un murmullo desde el otro lado de la línea-. Bien, veo que estás despierto -añadí.

-¿Qué hora es? -Aún parecía hallarse en un estado de estupor.

-Es hora de que te levantes y te pongas en marcha.

-Encerramos a cinco tipos. Después los demás se calmaron y volvieron adentro. ¿Qué haces despierta?

-Yo siempre estoy despierta. Y por cierto, me convendría que hoy me

llevasen al trabajo...

-Bien, prepara un café -dijo Pete-. Voy para allá, qué remedio...

8

Cuando llegó Marino, Lucy aún estaba en la cama y yo preparaba una ensalada de frutas y café. Le abrí la puerta, y al ver la calle volví a desanimarme. Durante la noche, Richmond se había convertido en hielo y acababa de oír por la radio que los árboles caídos habían echado abajo algunos tendidos eléctricos en diversas zonas de la ciudad.

-¿Has tenido problemas para llegar? -pregunté mientras cerraba la puerta.

-Depende de a qué clase de problemas te refieras. -Marino se quitó el abrigo y me lo dio.

-Con el coche.

-Llevo clavos. Pero estuve fuera hasta pasada la medianoche y estoy agotado.

-Vamos. Toma un buen café.

-¿Bueno? ¡Eso es chirle!

-Es guatemalteco y te prometo que está cargado.

-¿Dónde está la chica?

-Duerme.

-Ya. -Soltó un bostezo-. Debe de ser estupendo.

Pasamos a la cocina, con sus numerosas ventanas; tras ellas, el río corría lento y sus aguas tenían el color del peltre. Las rocas estaban glaseadas y los árboles eran fantasías que empezaban a brillar con las vagas luces del amanecer. Marino se sirvió el café y añadió azúcar y crema en abundancia.

-¿Quieres?

-Solo, por favor.

-Me parece que a estas alturas no es necesario que me lo pidas.

-Nunca doy nada por sentado -respondí mientras sacaba unos platos del aparador-. Sobre todo con los hombres. Parece que tengan un rasgo mendeliano que les impide recordar detalles importantes para las mujeres.

-Sí, claro, pero yo podría hacerte una lista de cosas que Doris olvidaba siempre, como volver a colocar en su sitio mis herramientas después de utilizarlas -comentó de su ex mujer.

Me entretuve junto al fregadero y Marino miró a un lado y a otro como si quisiera fumar un cigarrillo. No iba a permitírselo.

-Supongo que Tony no te preparaba nunca el café -dijo.

-Tony nunca hacía gran cosa por mí, excepto intentar dejarme embarazada.

-Pues no hizo un trabajo demasiado bueno, a menos que tú no quisieras niños.

-Con él, no.

-¿Y ahora?

-Sigo sin quererlos con él. Toma. -Le acerqué un plato-. Sentémonos.

-Espera un momento. ¿Ya está?

-¿Qué más quieres?

-¡Joder, doctora, esto no es comida! ¿Y qué cono son estas lonchitas verdes con cosas negras?

-Kiwis. Seguro que ya los has probado -respondí con tono paciente-. Tengo unos panecillos...

-Sí, un panecillo. Con queso cremoso. ¿Tienes sésamo o semilla de amapola para echar por encima?

-Si espolvoreas semilla de amapola en el pan y mañana te hacen una prueba de drogas, darás positivo de morfina.

-Y no quiero saber nada de esa basura sin grasas. Es como comer una masa.

-No, de eso nada -repliqué-. Cualquier masa es mejor.

Dejé la mantequilla, dispuesta a permitirle vivir por una vez. A estas alturas, Marino y yo éramos más que compañeros, e incluso más que amigos. Dependíamos el uno del otro de una manera que ninguno de los dos hubiera sabido explicar.

-Cuéntame todo lo que hiciste -me dijo, sentados los dos a la mesa, con el desayuno delante y junto a una gran cristalera-. Sé que has estado levantada toda la noche, haciendo algo.

Dio un buen mordisco al panecillo y alargó la mano hacia el zumo.

Le hablé de la visita a la señora Eddings y de la nota que había escrito y enviado a unos números pertenecientes a lugares que desconocía.

-Es extraño que enviara fax a todas partes menos a su oficina.

-Envió dos -le recordé.

-Tengo que hablar con la gente de allí.

-Buena suerte. Y recuerda que son periodistas.

-Eso es lo que más temo. Para esos zánganos, Eddings es sólo una historia más. Lo único que les interesa es lo que vayan a hacer con la información. Cuanto peor es la muerte, mejor la encuentran.

-En fin, no sé, pero sospecho que quien tuviera tratos con él en esa oficina va a mostrarse sumamente cauto sobre lo que se dice. Y no creo que pueda echársele en cara. Una investigación de una muerte da miedo a los que no pidieron ser invitados.

-¿Cómo está el examen toxicológico? -preguntó Marino.

-Espero tenerlo hoy.

-Bien. Tú consigue la certificación de que es cianuro y quizá podamos llevar el caso como debería haberse llevado. De momento estoy intentando explicar supersticiones al comandante del Equipo A y no sé qué voy a hacer con los Keystone Kops de Chesapeake. Y si le digo a Wesley que es un homicidio, me pedirá pruebas porque él también está en situación precaria.

Me perturbó la mención de su nombre y miré por la ventana el río innavegable que avanzaba, espeso, entre grandes peñas oscuras. El sol encendía unas nubes grises en el cielo.

De la parte de atrás de la casa, donde estaba Lucy, me llegó el sonido

de la ducha.

-Parece que la Bella Durmiente ha despertado -dijo Marino-. ¿Ella también necesita que la lleven?

-Creo que hoy tiene quehacer con la oficina de campo. Deberíamos irnos... -añadí; la reunión de personal en mi despacho era siempre a las ocho y media.

Me ayudó a recoger los platos y los dejó en el fregadero. Minutos después, cuando ya me había puesto el abrigo y tenía el maletín médico y la cartera en la mano apareció de pronto mi sobrina en el vestíbulo con el pelo mojado y la bata ajustada.

-He tenido un sueño -dijo con voz deprimida-. Alguien nos mataba a tiros mientras dormíamos. Nueve milímetros, directo en la nuca. Hacían que pareciese un robo.

-Oh, ¿de veras? -Marino se puso los guantes forrados de piel de conejo-. ¿Y dónde estaba un servidor? Porque algo así no puede suceder si estoy yo en la casa.

-Tú no estabas.

Pete la miró con extrañeza y se dio cuenta de que Lucy hablaba en serio.

-¿Qué comiste anoche?

-Era como una película. Debe de haber durado horas.

Al mirarme vi que tenía los ojos hinchados y cansados.

-¿Quieres venir al despacho conmigo? -le ofrecí.

-No, no. Se me pasará. Si de algo no tengo ganas en este momento es de estar rodeada de cadáveres.

-¿ Irás a ver a esos agentes que conoces en la ciudad ? -pregunté con inquietud.

-No lo sé. Pensábamos trabajar en la respiración de oxígeno en circuito cerrado, pero no me siento con ganas de ponerme un traje de buceo y meterme en alguna piscina cubierta que apeste a cloro. Creo que esperaré hasta que llegue mi coche y luego me iré.

Marino y yo no hablamos mucho camino del centro; los potentes neumáticos con clavos se agarraban a las calles heladas con un traqueteo uniforme. Sabía que estaba preocupado por Lucy. Aunque se mostrara brusco con ella, habría hecho trizas con sus propias manazas a cualquiera que la hubiera tratado igual. La conocía desde que Lucy tenía diez años y era él quien le había enseñado a conducir un todo terreno de cinco marchas y a disparar con un arma.

-Doctora, tengo que preguntarte una cosa -dijo finalmente cuando aminoró la marcha al llegar al peaje-. ¿Te parece que Lucy está bien?

-Todo el mundo tiene pesadillas -respondí.

-Eh, bonita -dijo a la empleada mientras mostraba su pase por la ventanilla-, ¿cuándo te decidirás a hacer algo para cambiar este tiempo?

-No me eche la culpa a mí, capitán. -Le devolvió la tarjeta y levantó la barrera-. Usted me dijo que se ocuparía de todo.

Su voz jovial nos fue siguiendo mientras continuábamos la marcha. Qué triste era, pensé, vivir en una época en que incluso las empleadas de un peaje tenían que llevar guantes de plástico por temor a que su

piel entrara en contacto con la de otro ser humano. Me pregunté si llegaría un momento en que cada uno viviríamos en una burbuja para no morir de enfermedades como el virus Ebola o el sida.

-Me parece que tiene un comportamiento un poco extraño -continuó Marino. Subió el cristal de la ventanilla y, tras una pausa, preguntó dónde estaba Janet.

-Con su familia. En Aspen, creo.

Pete miró al frente y no dijo nada.

-Después de lo sucedido en casa de Mant, no me extraña que esté un poco alterada -añadí.

-Normalmente es ella la que se busca problemas. Pero no es fácil de engañar -dijo él-. Por eso en la central le permiten salir con el Grupo de Rescate de Rehenes. Cuando uno trata con racistas blancos y terroristas, no puede permitirse dudas. Y uno no coge una baja por una simple pesadilla.

Dejamos la autovía y nos desviamos por la salida de Seventh Street hacia las viejas calles de adoquines de Shockoe Slip. Después tomamos hacia el norte hasta Fourteenth Street, donde yo acudía a trabajar todos los días cuando estaba en la ciudad. La oficina del forense jefe de Virginia era un edificio bajo de estuco, con unas pequeñas ventanas oscuras que me recordaban unos ojos suspicaces y nada atractivos. Esos ojos vigilaban los barrios pobres al este y el distrito de negocios al oeste; suspendidas sobre ellos, autopistas y vías férreas cruzaban el cielo.

Marino detuvo el coche en el aparcamiento de la parte de atrás, donde había una impresionante cantidad de coches, teniendo en cuenta el estado de las calles y carreteras. Me apeé delante de la puerta de acceso, pero estaba cerrada; utilicé una llave para entrar por otra puerta continua. Subí la rampa destinada a las camillas, entré en el depósito y oí a alguien trabajando, pasillo adelante. La sala de autopsias quedaba al otro lado de la cámara frigorífica y las puertas estaban abiertas de par en par. Entré mientras Fielding, mi ayudante jefe, extraía varias cánulas y un catéter del cuerpo de una mujer joven colocado en la segunda mesa.

-¿Ha venido patinando? -me preguntó. No parecía sorprendido de verme.

-Casi. Quizás esta tarde tenga que tomar prestado el coche oficial. De momento no dispongo del mío.

Fielding se inclinó sobre su paciente y torció un poco el gesto mientras estudiaba el tatuaje de una serpiente de cascabel, enroscada en torno al fláccido pecho izquierdo de la mujer, cuya boca abierta apuntaba inquietantemente hacia el pezón.

-¿Por qué cono se haría alguien una cosa así? -dijo.

-Yo diría que el artista del tatuaje fue quien sacó mejor tajada del negocio -apunté-. Mira el interior del labio inferior. Probablemente tiene otro tatuaje ahí.

Mi ayudante descubrió la zona que indicaba y allí, con grandes letras torcidas, se leía «Jódete». Fielding me miró, perplejo.

-¿Cómo lo sabía?

-Los tatuajes son caseros; la mujer tiene aspecto de motorista y supongo que no desconocía la cárcel.

-¡Ha acertado las tres cosas! -Se secó el rostro con una toalla limpia.

Mi ayudante culturista siempre parecía a punto de reventar y sudaba cuando todos los demás no llegábamos a entrar en calor. Sin embargo, era un patólogo forense competente, tenía un carácter agradable y un trato atento, y lo consideraba leal.

-Posible sobredosis -explicó mientras trazaba un bosquejo del tatuaje en una hoja de informe-. Me temo que su Año Nuevo fue un poco demasiado feliz.

-Jack -le dije-, ¿cuánto trato has tenido con la policía de Chesapeake?

-Muy poco. -Continuó dibujando.

-¿Alguno reciente? -insistí.

-Creo que no. -Levantó la vista hacia mí-. ¿Por qué?

-Tuve un encuentro bastante extraño con uno de sus detectives.

-¿En relación con Eddings? -Empezó a lavar el cuerpo, y la larga melena negra se desparramó sobre el brillante acero de la mesa.

-Sí.

-¿Sabe una cosa? Resulta extraño pero Eddings acababa de llamarme. Eso fue apenas el día antes de su muerte -reveló Fielding mientras movía la manguera.

-¿Qué quería?

-Yo estaba aquí abajo, ocupándome de un caso, y no llegué a hablar con él. Ahora pienso que ojalá lo hubiera hecho. -Se encaramó a una escalera y empezó a tomar fotografías con una cámara Polaroid-. ¿Se quedará mucho tiempo en la ciudad?

-No lo sé.

-Bueno, si quiere que le eche una mano en Tidewater, lo haré. -Disparó con flash y esperó a que apareciera la foto-. No sé si se lo he dicho pero Ginny vuelve a estar embarazada, y probablemente le gustaría salir de casa. Y le encanta el mar. Dígame cómo se llama ese detective que la preocupa y me ocuparé de él.

-Ojalá alguien lo hiciera -murmuré. El flash funcionó de nuevo y pensé en la casa de Mant, pero no me vi instalando allí a Fielding y a su mujer, ni siquiera en la vecindad.

-En cualquier caso, es muy sensato que continúe usted aquí -añadió Fielding-. Esperemos que el doctor Mant no se quede indefinidamente en Inglaterra.

-Gracias -le respondí con sinceridad-. Quizá si pudieras desplazarte hasta allí varias veces por semana...

-No hay problema. ¿Puede darme la Nikon?

-¿Cuál?

-La N-50 con la lente réflex simple. Creo que está en el cajón de ahí...

-Estableceremos un horario -dije mientras le alcanzaba la cámara-. Pero no es necesario que Ginny y tú os alojéis en casa del doctor Mant. Y quiero que sepas que hablo en serio.

-¿Tiene algún problema? -Mi ayudante recogió la foto y me la enseñó.

-Marino, Lucy y yo empezamos el Año Nuevo con los neumáticos

destrozados a cuchilladas.

Fielding bajó la cámara y me miró perplejo.

-¡Joder! ¿Cree que ha sido casual?

-No, no lo creo-le dije.

Tomé el ascensor hasta el piso siguiente, abrí la puerta del despacho y la visión del guindillo de Indias de Eddings me produjo un sobresalto. No podía dejarlo en el aparador; lo cogí, pero entonces no supe dónde ponerlo. Durante unos momentos caminé en círculo, confundida y alterada, hasta que por fin lo volví a dejar donde estaba porque no podía deshacerme de él ni someter a ningún miembro de mi personal a los recuerdos que evocaba.

Me asomé al despacho de Rose y no me sorprendió que no hubiera llegado todavía. Mi secretaria iba notando los años y no le gustaba llegar hasta el centro con el coche ni en los días más espléndidos. Colgué el abrigo y miré detenidamente a mi alrededor, complacida de que al parecer todo estuviera en orden, salvo la limpieza, que llevaban a cabo los empleados de una empresa de servicios que acudían después del horario de oficina. Lo que sucedía era que ninguno de los técnicos en higiene, como los llamaba el Estado, quería trabajar en aquel edificio. Pocos duraban en el puesto y ninguno quería pisar la planta baja.

Había heredado mis instalaciones del jefe anterior, pero más allá de la decoración no había allí nada que recordara aquellos tiempos de fumadores de puros en que patólogos forenses parecidos a Cagney tomaban bourbons con policías y dueños de funerarias y tocaban los cuerpos con las manos desnudas. A mi predecesor no le habían preocupado mucho las fuentes de luz alterna y el ADN.

Recordé la primera vez que me habían enseñado el lugar y la primera entrevista que había tenido para ocupar el cargo, a su muerte. Tuve oportunidad de apreciar los ramalazos machistas que se enorgullecía en manifestar y, cuando uno de ellos resultó ser un implante de silicona en el pecho de una mujer que había sido violada y asesinada, me sentí tentada de quedarme en Miami.

Probablemente, al antiguo jefe no le habría gustado su despacho como estaba ahora, porque no se permitía fumar y el comportamiento irrespetuoso y ligero se había quedado a la puerta. El mobiliario de roble no era del Estado sino mío, y había ocultado el suelo de baldosas con una alfombra de rezos sarouk, hecha a máquina pero espléndida. Había varias drácenas y un ficus, pero no me había preocupado demasiado por los cuadros porque, como psiquiatra, no quería nada provocador en las paredes y además porque necesitaba todo el espacio disponible para los libros y archivadores. En cuanto a los trofeos, Cagney no se habría impresionado con los coches, camiones y trenes de juguete que utilizaba para ayudar a los investigadores a reconstruir un accidente.

Tardé varios minutos en mirar la cesta del correo recibido, que estaba llena de certificados de defunción, con orlas rojas en los casos para el forense y con orlas verdes para los que no. Otros informes esperaban también mi rúbrica, y un mensaje en la pantalla del ordenador me

indicó que debía mirar el correo electrónico. Todo aquello podía esperar, pensé, y volví al pasillo para ver quién más había allí. Cuando llegué al mostrador de ingresos descubrí que sólo estaba Cleta, pero era precisamente ella a quien necesitaba ver.

-¡Doctora Scarpetta! -exclamó, sobresaltada-. No sabía que estuviera aquí.

-He pensado que sería buena idea volver inmediatamente a Richmond -le dije mientras acercaba una silla al mostrador-. El doctor Fielding y yo intentaremos cubrir el distrito de Tidewater desde aquí.

Cleta era de Florence, Carolina del Sur. Llevaba excesivo maquillaje y las faldas demasiado cortas porque creía que la felicidad era muy bonita, algo que ella nunca sería. Estaba enfrascada en ordenar tétricas fotografías por el número de caso, sentada en su silla, muy erguida, con una lupa en la mano y las bifocales en la nariz. Junto a ella había un panecillo con una salchicha que probablemente había comprado en la cafetería de al lado, y bebía una Tab.

-Bueno, creo que las carreteras empiezan a deshelarse -me notificó.

-Estupendo -dije con una sonrisa-. Me alegro de encontrarla aquí.

Se mostró muy complacida y sacó otro fajo de fotografías de la caja.

-Cleta -continué yo-, recuerda usted a Ted Eddings, ¿no es así?

-¡Oh, sí, señora! -De pronto dio la impresión de que iba a echarse a llorar-. Siempre era tan amable cuando venía por aquí. Todavía no puedo creerlo... -Se mordió el labio inferior.

-El doctor Fielding dice que Eddings llamó aquí a finales de la semana pasada. Quizá lo recuerde...

-Sí, señora. -Cleta movió la cabeza-. Lo recuerdo muy bien. En realidad no dejo de pensar en ello.

-¿Hablo con usted?

-Sí.

-¿Recuerda qué dijo?

-Bueno, quería hablar con el doctor Fielding, pero estaba comunicando. Entonces me preguntó si podía dejarme un mensaje y bromeamos un poco. Ya sabe cómo era... -Sus ojos adquirieron cierto brillo y le tembló la voz-. Me preguntó si todavía tomaba tanto jarabe de arce porque tenía que tomar mucho para tener una voz así. Y me pidió una cita. -Seguí escuchando mientras Cleta se sonrojaba-. Lo decía en broma, naturalmente. Siempre andaba con lo mismo, ya sabe: «¿Cuándo vamos a quedar para esa cita?» No lo decía en serio -repitió.

-No había nada malo en ello -le dije para animarla.

-Bueno, ya tenía novia.

-¿Cómo lo sabe? -pregunté.

-Dijo que la traería algún día y me dio la impresión de que iba muy en serio con ella. Creo que se llama Loren, pero no sé nada más.

Imaginé a Eddings enfrascado en conversaciones personales como aquélla con mi personal y todavía me sorprendió menos que Ted hubiera conseguido acceder a mí más fácilmente que la mayoría de los periodistas que llamaban. Me pregunté si aquel mismo talento lo había llevado a la muerte y sospeché que así era.

-¿Hizo alguna referencia a lo que quería tratar con el doctor Fielding?

-pregunté mientras me levantaba.

Se lo pensó un momento sin dejar de manosear con aire abstraído aquellas fotos que el mundo no debería ver jamás.

-Espere un momento... ¡ Ah, ya sé! Era algo sobre radiación, lo que dirían los informes si alguien moría de eso.

-¿Qué clase de radiación?

-Bueno, me parece que estaba haciendo un reportaje sobre la historia de las máquinas de rayos X. Últimamente ha salido mucho en las noticias porque hay mucha gente alarmada con las cartas bomba y cosas así.

No recordaba haber visto nada en su casa que indicase que Eddings estaba investigando para aquel reportaje. Volví a mi despacho y empecé a ocuparme del papeleo y de atender las llamadas telefónicas.

Horas después, mientras tomaba un almuerzo ligero y tardío sentada tras mi escritorio, entró Marino.

-¿Qué sucede por ahí? -le pregunté, sorprendida de verlo-. ¿Te apetece medio bocadillo de atún?

Marino cerró ambas puertas y tomó asiento sin quitarse el abrigo. Me asustó su expresión.

-¿Has hablado con Lucy ? -preguntó.

-No he vuelto a hacerlo desde que salimos de casa. -Dejé el bocadillo sobre la mesa-. ¿Por qué?

-Me ha llamado... -consultó el reloj- hace una hora aproximadamente. Quería saber cómo ponerse en contacto con Danny para preguntarle por el coche. Y yo diría que había bebido.

Permanecí callada unos instantes, con la mirada fija en sus ojos. Después la retiré. No hizo falta preguntarle si estaba seguro porque Marino era experto en tales asuntos y Lucy tenía un pasado que él conocía perfectamente.

-¿Quieres que vaya a tu casa? -se ofreció con naturalidad.

-No. Me parece que tiene uno de sus ataques de malhumor y está soltando los nervios. Al menos no tiene el coche y no puede largarse por ahí.

Exhalé un profundo suspiro.

-La cuestión es que de momento creo que está a salvo -dijo Pete-, pero he pensado que era mejor que lo supieras, doctora.

-Gracias -respondí con aire sombrío.

Tenía la esperanza de que mi sobrina hubiera superado su propensión al alcohol pues no había vuelto a ver síntomas preocupantes de lo contrario desde aquellos primeros tiempos autodestructivos en que se dedicaba a conducir bebida, cuando había estado a punto de matarse. Pero su extraño comportamiento en casa aquella mañana, y lo que Marino me acababa de revelar, me hicieron pensar que algo andaba muy mal.

No sabía qué hacer.

-Otra cosa más -añadió Marino mientras se ponía en pie-. No permitas que vuelva a la Academia en ese estado.

-No, claro que no.

Cuando Pete se hubo marchado me quedé un rato tras las puertas

cerradas, deprimida y con las ideas tan espesas como las aguas del río perezoso que veía desde mi casa. No sabía si estaba enfadada o asustada, pero al pensar en las veces que había ofrecido vino o que había servido una cerveza a mi sobrina me sentí traicionada. Luego casi me atenazó la desesperación al valorar lo mucho que Lucy había conseguido y lo mucho que podía perder... De pronto también me asaltaron otras imágenes. Evoqué escenas terribles montadas por un hombre que quería ser un dios y supe que mi sobrina, pese a su brillante inteligencia, no comprendía lo tenebroso de tal poder. No captaba la malignidad como yo.

Me puse el abrigo y los guantes porque ya sabía dónde iba a ir. Estaba a punto de comunicar a recepción que me marchaba cuando sonó el teléfono. Lo descolgué por si era Lucy, pero resultó ser el jefe de policía de Chesapeake, quien me dijo que se llamaba Steels y que acababa de trasladarse de Chicago.

-Lamento que tengamos que conocernos en estas circunstancias -me dijo, y parecía sincero-, pero debo hablar con usted sobre uno de mis detectives llamado Roche.

-Sí, yo también tengo que comentarle algo al respecto -respondí-. Quizás usted pueda explicarme qué problema tiene ese hombre...

-Según Roche, el problema es usted.

-¡Qué ridiculez! -exclamé, incapaz de contener la cólera-. En pocas palabras, jefe Steels, ese detective suyo es inadecuado y nada profesional y constituye un obstáculo para esta investigación. Le he prohibido pisar el depósito de cadáveres.

-Doctora, sepa que Asuntos Internos investigará esta cuestión a fondo -replicó él- y que probablemente necesitaré que se presente aquí en algún momento para hablar con usted.

-¿Cuál es la acusación, exactamente?

-Acoso sexual.

-Sí, eso está de moda, desde luego -comenté con ironía-. Pero no sabía que tuviera algún poder sobre él. Ese detective trabaja para usted, no para mí, y por definición el acoso sexual está ligado al abuso de poder. De todas formas todo eso son bobadas, porque en este caso los papeles están invertidos. Fue su detective el que me hizo propuestas sexuales, y cuando vio que no eran correspondidas fue él quien se propasó.

Se produjo una pausa.

-Me parece que es su palabra contra la de él -me dijo Steels por fin.

-No. Lo que parece es un montón de tonterías. Y si ese hombre vuelve a tocarme, presentaré una denuncia y lo haré detener.

Mi interlocutor guardó silencio.

-Jefe Steels -continué-, lo que debería ser de vital importancia en este momento es un caso muy alarmante que se ha producido en su jurisdicción: Ted Eddings. ¿Podemos hablar un momento sobre él?

-Desde luego -dijo tras un carraspeo.

-¿Está al corriente del caso?

-Totalmente. Me han informado a fondo y estoy al tanto de todo el asunto.

-Bien. Entonces sin duda estará de acuerdo en que debemos investigarlo con todos nuestros medios.

-Bueno, opino que debemos investigar a fondo cualquier muerte, pero en el caso Eddings la respuesta me parece bastante clara. -Me sentí aún más furiosa al oír aquello-. No sé si sabe que ese hombre se interesaba por el material de la Guerra de Secesión; tenía una colección, incluso. Al parecer hubo algunas batallas no lejos de donde buceaba y quizá buscaba balas de cañón o algo así.

-La mayor batalla naval o en la proximidad del agua en esa zona tuvo lugar entre el *Merrimac* y el *Monitor,* pero fue a varios kilómetros de aquí, en Hampton Roads. No sé de ningún combate en la zona del río Elizabeth donde se encuentra el varadero de la Marina.

-Pero doctora Scarpetta, en realidad no estamos seguros, ¿verdad? -dijo con cautela-. Podría buscar cualquier cosa que se disparase, cualquier trasto que se arrojara al agua, o el cuerpo de cualquier desgraciado que muriese allí en esa época. Entonces no había cámaras de televisión ni millones de reporteros por todas partes. Sólo Mathew Brady y, por cierto, soy un gran aficionado a la historia y he leído mucho sobre U Guerra de Secesión. Personalmente opino que ese tal Eddings s? sumergió en ese varadero para peinar el fondo del río en busca de antigüedades, inhaló gases nocivos de su máquina y murió. Y cualquier cosa que tuviera en las manos, un detector de metales por ejemplo, se ha perdido en el cieno.

-Considero este caso como un posible homicidio -declaré con firmeza.

-Y yo, en vista de todo lo que me han contado, discrepo de usted.

-Espero que la fiscal estará de mi parte, cuando haya hablado con ella. -El policía no dijo nada al respecto-. Debo dar por sentado que no tiene intención de invitar a los de Análisis de Investigación Criminal a intervenir en el caso, ¿verdad? -continué-. Como ha decidido que estamos ante un accidente...

-De momento no veo ninguna razón para molestar al FBI, y así se lo he dicho.

-Pues yo veo muchas para llamarlos -repliqué.

Llena de rabia, cogí mis cosas y me dirigí con paso decidido hacia la puerta.

Ya en el despacho del depósito, tomé un juego de llaves de la pared, salí al aparcamiento y abrí la puerta del conductor de la furgoneta azul marino que utilizábamos a veces para trasladar cuerpos. No era tan indiscreta como un coche fúnebre, pero tampoco era lo que uno esperaría ver en el garaje del vecino. Era enorme, tenía cristales tintados y protegidos con cortinillas parecidas a las que usan las funerarias y detrás, en lugar de asientos, el piso estaba cubierto de tablones dotados de anclajes para evitar que la camilla se desplazara durante el transporte. El supervisor del depósito había colgado varios purificadores de ambiente en el retrovisor, y el aroma a cedro resultaba empalagoso.

Abrí un poco la ventanilla y arranqué. Salí a Main Street, aliviada al comprobar que las calles ya sólo estaban mojadas. El tráfico resultaba soportable, teniendo en cuenta que era hora punta. El aire húmedo y

frío en el rostro me sentó bien. Hacía bastante tiempo que no me detenía en la iglesia camino de casa porque sólo pensaba en hacerlo cuando me hallaba en alguna crisis, cuando la vida me había puesto al límite. En Three Chopt Road y Grove Avenue entré en el aparcamiento de la iglesia de Saint Bridget, un edificio de ladrillo y pizarra que ya no tenía las puertas abiertas toda la noche como antes; el mundo había cambiado. No obstante, a aquella hora se reunían los de Alcohólicos Anónimos. Yo siempre sabía cuándo podía entrar, y estaba segura de que no me molestaría nadie.

Entré por una puerta lateral, me santigüé con agua bendita y me acerqué al altar, con sus estatuas de santos que guardaban la cruz y sus escenas de la crucifixión en luminosas cristaleras emplomadas. Cuando me senté en el banco de la última fila sentí deseos de encender unas velas, pero ese rito había dejado de practicarse allí con el Vaticano II. Arrodillada en el reclinatorio del banco, recé por Ted Eddings y por su madre. Recé por Marino y por Wesley. En mi espacio privado y oscuro, recé por mi sobrina. Después me senté y permanecí con los ojos cerrados, y noté que mi tensión empezaba a aliviarse.

Cuando hacia las seis me disponía a marcharme, me detuve en el atrio al ver abierta e iluminada, al fondo de un pasillo, la puerta de la biblioteca. No estaba muy segura de qué me llevaba en aquella dirección, pero se me ocurrió que un libro maléfico podía contrarrestarse con el más sagrado de todos y que el sacerdote recetaría, probablemente, unos momentos de lectura del catecismo. Al entrar encontré a una mujer mayor que devolvía unos libros a las estanterías.

-¿Doctora Scarpetta? -me dijo, entre sorprendida y complacida.

-Buenas tardes -contesté. Me avergoncé de no recordar su nombre.

-Soy la señora Edwards.

Recordé que la mujer estaba a cargo de los servicios sociales en la iglesia y que preparaba a los conversos al catolicismo, entre los que debería encontrarme, pensaba algunas veces, en vista de lo poco que iba a misa. La señora Edwards, menuda y algo rolliza, no había visitado jamás un convento pero me inspiró el mismo sentimiento de culpa que las buenas monjitas cuando era joven.

-No suelo verla por aquí a estas horas -comentó.

-Pasaba por aquí y he entrado -respondí-. Salgo del trabajo. Me temo que me he perdido el rezo vespertino.

-Eso fue el domingo.

-Sí, claro.

-Bien, me alegro de haberla visto antes de irme... -Su mirada no se apartó de mi rostro y tuve la certeza de que se daba cuenta de mi necesidad.

Eché un vistazo a los lomos de los libros.

-¿Puedo ayudarla a buscar algo? -preguntó.

-Un ejemplar del catecismo -asentí.

La mujer cruzó la sala, cogió uno de un estante y me lo ofreció. Era un volumen grueso y me pregunté si habría sido una buena idea, porque en aquel momento me sentía muy cansada y dudaba de que

Lucy estuviera en condiciones de leer nada.

-¿En qué más puedo ayudarla? -La señora Edwards tenía un tono de voz muy amable.

-Si pudiera hablar con el sacerdote unos momentos... -murmuré.

-El padre O'Connor está visitando hospitales. -La mujer mantuvo su mirada inquisitiva-. ¿Puedo hacer algo por usted?

-Quizá sí.

-Si le parece nos sentamos aquí mismo -me propuso.

Tomamos sendas sillas que me recordaron las que había en la escuela parroquial cuando era niña, en Miami. De pronto recordé lo maravilloso que había sido descubrir lo que me ofrecían las páginas de aquellos libros, porque a mí me encantaba aprender cosas y cualquier huida mental de mi casa era una bendición. La señora Edwards y yo nos mirábamos como amigas, pero me costaba encontrar las palabras porque era poco habitual que hablara con tanta franqueza.

-No puedo entrar en muchos detalles porque mi problema tiene relación con un caso en el que trabajo -empecé a decir.

-Comprendo -asintió ella.

-Pero baste con decir que he tenido contacto con una especie de Biblia de tipo satánico. En realidad no se trata de un libro de adoración al diablo pero es un texto perverso.

La mujer no mostró ninguna reacción, pero siguió mirándome a los ojos.

-Y Lucy también lo leyó. Lucy es mi sobrina, una chica de veintitrés años.

-¿Y como consecuencia de ello tienen problemas? -preguntó la señora Edwards.

Suspiré profundamente y me sentí ridicula.

-Sé que todo esto suena bastante raro.

-En absoluto -me aseguró-. Nunca hay que subestimar el poder del mal y debemos evitar cualquier roce con él, siempre que podamos.

-Yo no puedo evitarlo siempre -declaré-. Es el mal el que suele traerme los pacientes a mi puerta, pero rara vez tengo que ver documentos como ese del que hablo. He tenido sueños perturbadores y mi sobrina se comporta de modo extraño y ha pasado mucho tiempo con ese libro. Es ella quien más me preocupa. Por eso estoy aquí.

-«Pero persevera en las cosas que has aprendido y de las que has recibido seguridades» -citó la mujer-. Realmente es así de sencillo.

Me lanzó una sonrisa.

-No estoy segura de entender...

-Doctora Scarpetta, no hay remedio para lo que acaba de compartir conmigo. No puedo imponerle las manos y alejar la oscuridad y las pesadillas. Y el padre O'Connor tampoco. No hay ceremonias ni rituales que valgan. Podemos rezar por usted y no dude de que lo haremos. Pero lo que usted y Lucy deben hacer ahora mismo es volver a su propia fe. Tienen que volver a lo que les daba fuerza en el pasado, fuera lo que fuese.

-Por eso me he acercado aquí esta tarde -repetí.

-Bien. Dígale a Lucy que vuelva a la práctica religiosa y que rece. Y

debería venir por la iglesia.

Eso último era muy improbable, pensé mientras volvía a casa. Y mis temores no hicieron sino incrementarse cuando crucé la puerta. Aún no eran las siete y Lucy ya estaba acostada.

-¿Duermes? -Me senté junto a ella en la oscuridad y le toqué la espalda-. ¿Lucy?

No respondió y me sentí aliviada de que nuestros coches aún no hubieran llegado. Tenía miedo de que hubiera vuelto a Charlottesville y que estuviera a punto de repetir todos los terribles errores en los que ya había caído una vez.

-¿Lucy? -probé otra vez. Por fin se dio la vuelta lentamente.

-¿ Qué ? -preguntó.

-Sólo quería ver qué tal estabas -dije en un susurro.

Vi que se restregaba los ojos y me di cuenta de que no estaba dormida sino llorando.

-¿Qué tienes? -murmuré.

-Nada.

-Sé que te pasa algo y es momento de hablar. Estás muy rara y quiero ayudarte. -No hubo respuesta-. Lucy, me quedaré aquí sentada hasta que hablemos.

Mantuvo el silencio un rato más, y por fin vi que movía los párpados y miraba al techo.

-Janet se lo ha dicho -explicó-. Se lo ha contado a sus padres. Ellos le armaron la bronca, como si supieran más que ella misma de sus sentimientos. Como si de algún modo Janet estuviera equivocada respecto a sí misma.

Su tono era cada vez más irritado. Se incorporó con esfuerzo hasta quedar medio sentada y apiló las almohadas tras la espalda.

-Quieren que acuda a un psicólogo -añadió.

-Lo lamento -le dije-. No sé muy bien qué decir, salvo que el problema está en ellos y no en vosotras dos.

-No sé qué va a hacer. Ya es suficiente con tener que preocuparse de que no lo descubra el Buró...

-Tienes que ser fuerte y fiel a lo que eres.

-Sea lo que sea. Hay días que ni lo sé. -Estaba cada vez más agitada-. Aborrezco todo esto. Es tan difícil y tan injusto... -Apoyó la cabeza en mi hombro-. ¿Por qué no podría ser como tú? ¿Por qué no podría ser fácil?

-No estoy segura de que quisieras ser como yo -respondí-. Y desde luego mi vida tampoco es sencilla. Nada que valga la pena lo es. Tú y Janet podéis resolver las cosas si os ponéis a ello y si os queréis de verdad.

Lucy hizo una profunda inspiración y expulsó el aire lentamente.

-Basta de comportamientos destructivos. -La incorporé en la cama, en la penumbra de su habitación-. ¿Dónde está el Libro?

-En el escritorio -respondió.

-¿En mi despacho?

-Sí. Lo he dejado allí.

Nos miramos y vi un brillo en sus ojos. Lucy se sorbió la nariz sonoramente y se sonó.

-¿Comprendes por qué no es conveniente husmear demasiado en una cosa así? -le dije.

-Mira en qué tienes que husmear tú continuamente. Son gajes del oficio.

-No son gajes del oficio -respondí-. Lo importante es saber dónde pisar y dónde no pararse. Debes respetar el poder de un enemigo por mucho que lo desprecies, de lo contrario saldrás perdiendo. Es algo que ya deberías haber aprendido, Lucy.

-Entiendo -dijo tranquilamente mientras cogía el catecismo que había dejado al pie de la cama-. ¿Qué es esto? ¿Tengo que leerlo todo esta noche?

-Es una cosa que me han prestado en la iglesia. He pensado que tal vez te gustaría echarle un vistazo.

-Olvídate de la iglesia…

-¿Porqué?

-Porque ella se ha olvidado de mí. La iglesia cree que la gente como yo es aberrante, como si hubiera que condenarme a la cárcel o al infierno por ser como soy. Eso es lo que consiguen. No sabes lo que es sentirse marginada.

-Lucy, yo he estado marginada la mayor parte de mi vida. No sabes qué es la discriminación hasta que eres una de las tres únicas mujeres de tu curso en la Facultad de Medicina, o en la de Derecho. Los hombres no quieren compartir los apuntes si estás enferma y faltas a una clase. Por eso no me pongo enferma, por eso no me emborracho ni me escondo en la cama. -Me mostré severa porque tenía que serlo.

-Esto es distinto -dijo ella.

-Creo que quieres pensar que es distinto para poner excusas y apiadarte de ti misma -continué-. Me parece que en realidad quien se empeña en olvidar y rechazar eres tú. No es la iglesia ni la sociedad. Ni siquiera son los padres de Janet; quizá simplemente no comprenden. Creía que eras más fuerte.

-Lo soy.

-¡Vamos! Ya he tenido suficiente, Lucy. No vengas por aquí a emborracharte y a meter la cabeza bajo la manta para que me pase el día preocupada por ti. Y cuando trato de ayudar, me rechazas a mí y a todo el que lo intenta.

Mi sobrina me miró fijamente y no dijo nada. Por fin rompió el silencio.

-¿Es verdad que has entrado en la iglesia por mí?

-He entrado por mí -suavicé el tono-. Pero el tema central de la conversación fuiste tú.

Lucy apartó la manta.

-«El principal fin de una persona es glorificar a Dios y gozar de Dios eternamente» -dijo al tiempo que se incorporaba.

Me detuve en el hueco de la puerta.

-El catecismo -murmuró-. Apto para todos los protestantes, por supuesto. Hice un curso de religión en la universidad. ¿Quieres cenar algo?

-¿Qué te apetece? -pregunté.

-Cualquier cosa fácil. -Se acercó y me abrazó-. Tía Kay, lo siento...

En la cocina abrí el congelador pero nada de lo que vi me inspiró. Después miré en el frigorífico pero había perdido el apetito, además de la presencia de ánimo. Comí un plátano y preparé un tazón de café. A las ocho y media me sobresaltó el intercomunicador de la mesa. La voz de Marino llegó a mis oídos.

-Unidad seiscientos a estación base uno -dijo.

Cogí el micrófono.

-Aquí estación base uno -respondí.

-¿Puedes llamarme a un número?

-Dámelo. -Tuve un mal presagio.

Era posible que la radiofrecuencia utilizada por mi oficina estuviera pinchada, y cuando los detectives trabajaban en un caso especialmente delicado procuraban no utilizar aquel medio. El número que me dio Marino era el de un teléfono público.

-Lo siento -dijo cuando respondió-, me había quedado sin monedas.

-¿Qué sucede? -No perdí un segundo.

-Me he saltado al forense de guardia porque sabía que querrías que nos pusiéramos en contacto contigo antes de hacerlo con él.

-¿De qué se trata?

-Mierda, doctora, lo siento de verdad, pero... Tenemos a Danny.

-¿Danny? -repetí perpleja.

-Danny Webster. De tu despacho de Norfolk.

-¿Y qué quieres decir con que lo tenéis? -Me atenazó el pánico-. ¿Qué ha hecho?

Imaginé que lo habían detenido por conducir mi coche, o quizás había tenido un accidente con él.

-Está muerto, doctora -dijo Marino.

Hubo un silencio a ambos extremos de la línea.

-¡Oh, Dios! -Me apoyé en la mesa y cerré los ojos-. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

-Mira, lo mejor será que vengas aquí.

-¿Dónde estás?

-En Sugar Bottom, donde el viejo túnel del tren. Tu coche está a una manzana colina arriba, en el parque de Libby Hill.

No pregunté nada más y le dije a Lucy que me marchaba y que probablemente no volvería hasta tarde. Cogí el maletín y la pistola, porque conocía los barrios bajos donde se hallaba el túnel. Era incapaz de imaginar qué podía haber atraído a Danny hasta un lugar como aquél. Él y su amigo tenían que llevar mi coche y el de Lucy a mi despacho; allí los atendería mi administrador, que luego los llevaría a la estación de autobuses. Church Hill no quedaba lejos del despacho, eso era verdad, pero no se me ocurría por qué Danny habría ido en mi Mercedes a un sitio que no era el previsto. Danny parecía incapaz de traicionar mi confianza.

Avancé velozmente por West Cary Street, entre enormes casonas de ladrillo con tejados de cobre y pizarra y entradas protegidas con altas verjas negras de hierro forjado. Cruzar a golpe de acelerador aquella parte elegante de la ciudad en la furgoneta del depósito de cadáveres

mientras uno de mis empleados yacía muerto en un descampado tenía algo de irreal, y de nuevo me asaltó la preocupación por haber dejado sola a Lucy. No recordaba si había conectado el sistema de alarma ni si al marcharme había desconectado los detectores de movimientos. Las manos me temblaban y sentí ganas de fumar.

El parque de Libby Hill estaba en una de las siete colinas de Richmond, en una zona donde últimamente se valoraban mucho los solares. Las casas centenarias, alineadas una junto a la otra, y las mansiones de estilo neoclásico, habían sido muy bien restauradas por gente lo bastante atrevida como para rescatar un barrio histórico de la ciudad de las garras de la ruina y del crimen. Para la mayoría de residentes, la apuesta había dado buen resultado, pero yo sabía muy bien que no hubiera podido vivir cerca de los bloques de viviendas baratas y de las zonas deprimidas donde la principal industria era la droga. No quería tener que ocuparme de casos en mi propio barrio.

Varios coches patrulla, con sus luces rojas y azules destellantes, estaban detenidos a ambos lados de Franklin Street. La noche era muy oscura y apenas distinguí el quiosco de música octogonal ni el soldado de bronce en su elevado pedestal de granito, de cara al James. Varios agentes y un equipo de televisión rodeaban mi Mercedes, y los vecinos habían salido a los espaciosos porches de sus viviendas para ver el espectáculo. Pasé por delante con la furgoneta, muy despacio, pero no logré distinguir si mi coche presentaba algún daño, aunque la puerta del conductor estaba abierta y la luz interior encendida.

Hacia el este, pasada la calle Veintinueve, el camino descendía hasta una zona medio escondida conocida como Sugar Bottom, famosa por las prostitutas que en otro tiempo mantenían allí los caballeros de Virginia, o quizá porque allí se fabricaba licor clandestino. No estaba segura de cuál era la leyenda. Allí, las casas restauradas se convertían bruscamente en desvencijados apartamentos de alquileres desorbitados y casuchas en precario equilibrio. Donde acababa el asfalto, a media pendiente de la empinada colina, había unas arboledas extensas y tupidas donde el túnel de ferrocarril se había hundido en los años veinte.

Recordé que una vez había sobrevolado la zona en un helicóptero de la policía del estado: la negra boca del túnel resultaba visible entre los árboles y el firme de las vías era una cicatriz embarrada que conducía al río. Pensé en los vagones y trabajadores que posiblemente aún seguían enterrados allí, y de nuevo me pregunté a santo de qué Danny habría ido allí. Cuando menos, a mi joven ayudante debía de preocuparle su rodilla lesionada. Aminoré la marcha y aparqué lo más cerca que pude del Ford de Marino. Los periodistas me reconocieron al instante.

-Doctora Scarpetta, ¿ es cierto que su coche ha aparecido en la colina? -preguntó una reportera mientras corría a situarse a mi lado-. Al parecer, el Mercedes está registrado a su nombre. ¿De qué color es? ¿Negro? -insistió al ver que no respondía.

-¿Puede explicarnos cómo ha llegado hasta aquí? -preguntó otra voz.

-¿Se lo han robado? ¿La víctima es el ladrón? ¿Cree que el asunto tiene relación con las drogas?

Las voces se superponían porque ninguno esperaba su turno y yo no decía nada. Cuando unos agentes de uniforme se dieron cuenta de que había llegado, intervinieron estruendosamente.

-¡Eh, todos atrás!

-¡Vamos, vamos! Ya han oído.

-¡Abran paso a la señora!

-Vamos. Tenemos que investigar la escena del crimen.

De repente apareció Marino y me agarró del brazo.

-Pandilla de sabandijas -masculló mientras dirigía una mirada de desprecio a los reporteros-. Mira bien dónde pisas. Tenemos que atravesar el bosque hasta casi la misma boca del túnel. ¿Qué calzado llevas?

-No te preocupes, me las arreglaré.

Había un camino largo y empinado que descendía desde la calzada. Las luces instaladas para iluminar la marcha rompían las sombras como la luna sobre las aguas de una bahía peligrosa. Más allá de los márgenes, los árboles se difuminaban en la oscuridad, mecidos por una leve brisa.

-Ten mucho cuidado -repitió Marino-. El camino está embarrado y lleno de mierda...

-¿Qué mierda? -pregunté.

Encendí la linterna y la dirigí al estrecho sendero enfangado, salpicado de cristales rotos, papel podrido y zapatos desechados que destacaban con un tono blanco descolorido entre las zarzas y los árboles invernales.

-Los vecinos han convertido esto en un vertedero -me comentó.

-Danny no podría haber bajado por aquí con la rodilla mala -insistí-. ¿Cuál es la mejor manera de abordar esto?

-De mi brazo.

-No. Tengo que inspeccionarlo yo sola.

-Pues no bajes ahí sin compañía. No sabemos si aún sigue merodeando alguien por la zona.

-Ahí hay sangre. -Enfoqué con la linterna unas cuantas gotas grandes y brillantes sobre unas hojas muertas, a un par de metros de donde me encontraba.

-Y por allá hay mucha más.

-¿Y arriba, en la calle? ¿Han encontrado algo?

-No. Parece que el rastro de sangre empieza más o menos aquí. Pero hemos encontrado más en el camino, siguiendo la bajada, hasta donde está el cuerpo.

-Bueno, pues vamos allá.

Miré a mi alrededor e inicié el descenso con pasos cuidadosos. Oí los de Marino, más pesados, detrás de mí.

La policía había extendido cinta amarilla brillante de árbol en árbol, estableciendo un cordón de seguridad lo más amplio posible porque de momento no estábamos seguros del tamaño de la escena del crimen. No vi el cuerpo hasta que dejé atrás la arboleda y salí a un claro, desde el que el antiguo firme de la vía férrea llevaba hacia el río, al sur de mi posición, y desaparecía en la boca bostezante del túnel, al oeste. Danny

Webster yacía boca arriba, medio de costado y en un confuso revoltijo de brazos y piernas. Debajo de la cabeza se extendía un gran charco de sangre.

Exploré lentamente el cuerpo con la linterna y vi hierba y fango en abundancia en el jersey y en los téjanos, así como fragmentos de hojas y otros desperdicios adheridos a sus cabellos, embadurnados de sangre.

-Rodó colina abajo -dije tras observar que se habían soltado varias cinchas de su llamativo aparato ortopédico rojo y que la basura se había adherido al velero-. Ya estaba muerto, o casi, cuando quedó en esta posición.

-Sí, me parece que está bastante claro que dispararon contra él ahí arriba -confirmó Marino-. Lo primero que me he preguntado es si se desangraría mientras intentaba escapar. Si consiguió llegar hasta ahí arriba y luego, ya sin fuerzas, cayó rodando el resto de la pendiente.

-Tal vez le hicieron creer que tenía una oportunidad de escapar. -La emoción me embargó la voz-. ¿Ves el aparato que lleva en la rodilla? ¿Tienes idea de lo despacio que iría si bajó por este camino? ¿Sabes qué es avanzar centímetro a centímetro con una pierna mala?

-De modo que algún hijo de puta se dedicó a hacer puntería con él... -masculló Marino.

No dije nada. Dirigí la luz de la linterna hacia el sendero de hierba y basura que ascendía hasta la calle.

Unas gotas de sangre de un rojo oscuro brillaban sobre un cartón de leche aplastado y descolorido por el sol y el paso del tiempo.

-¿Qué hay del billetero? -pregunté.

-Lo llevaba en el bolsillo de atrás. Estaba intacto, con once dólares y todas las tarjetas -me informó Marino, sin dejar de mirar constantemente a uno y otro lado.

Tomé fotos, y a continuación me arrodillé junto al cuerpo de Danny y le di la vuelta para observar la parte posterior de la cabeza destrozada. Le toqué el cuello y todavía estaba tibio; la sangre del charco aún no se había coagulado del todo.

Abrí el maletín del instrumental, desplegué un lienzo de plástico y se lo di a Marino.

-Toma. Sujeta esto mientras le tomo la temperatura.

Pete protegió el cuerpo de cualquier mirada que no fuera la nuestra y procedí a bajarle los pantalones y los calzoncillos. Danny se había ensuciado en ambas prendas. Aunque no era raro que la gente orinara y defecara en el momento de morir, en ocasiones era la respuesta del cuerpo a un momento de terror.

-¿Tienes idea de si Danny tonteaba con alguna droga? -preguntó Marino.

-No tengo ninguna razón para pensarlo -respondí-. Bueno, en realidad no tengo idea.

-Por ejemplo, ¿alguna vez te ha parecido que vivía por encima de sus posibilidades? ¿Cuánto ganaba?

-Unos veintiún mil dólares al año. Pero no sé si llevaba un tren de vida por encima de sus posibilidades. Aún vivía con sus padres.

La temperatura del cuerpo era de treinta y cuatro grados y medio.

Dejé el termómetro sobre el maletín para tomar una lectura de la temperatura ambiente.

Moví los brazos y las piernas del cadáver y comprobé que el rigor mortis sólo se había iniciado en músculos pequeños como los de los dedos y los ojos. Casi todo el resto del cuerpo de Danny estaba aún tibio y flexible como en vida, y al inclinarme sobre él capté el aroma de la colonia que llevaba y supe que ya nunca lo olvidaría. Tras cerciorarme de que el plástico había quedado completamente abierto debajo de él, volví el cuerpo boca arriba. Mientras empezaba a buscar otras heridas, se derramó más sangre.

-¿A qué hora se recibió la llamada? -pregunté a Marino, que se movía despacio cerca del túnel, inspeccionando los espesos zarzales con la linterna.

-Uno de los vecinos oyó un disparo procedente de esta zona y llamó a la policía a las siete y cinco. Localizamos tu coche y a él un cuarto de hora después, más o menos. Por lo tanto hablamos de hace un par de horas. ¿Encaja eso con tus observaciones?

-Aquí fuera casi está helando otra vez; el cuerpo está bien abrigado y ha perdido unos pocos grados. Sí, encaja. Pásame esas bolsas de ahí, por favor. ¿Sabemos qué ha sido del amigo que debía conducir el Suburban de Lucy?

Cogí dos bolsas de papel marrón y las cerré en torno a las muñecas con unas gomas elásticas para preservar indicios frágiles como residuos de pólvora, fibras o restos orgánicos bajo las uñas, en el supuesto de que se hubiera resistido a su agresor. Sin embargo no creía que lo hubiera hecho. No sabía qué había sucedido, pero sospeché que Danny había hecho exactamente lo que le ordenaban.

-En este momento no tenemos idea de quién puede ser ese amigo -dijo Marino-. Si te parece enviaré una unidad a tu despacho para comprobar si se ha presentado.

-Buena idea. No sabemos si el amigo tiene alguna relación con esto.

-Atención, central -dijo Marino por la radio portátil mientras yo volvía a tomar fotografías.

-Aquí central -respondió su interlocutor.

-Póngame con cualquier unidad que esté en la zona del despacho del forense jefe, en la Catorce y Franklin.

Danny había recibido un disparo por la espalda, a bocajarro, y hasta era posible que con el arma en contacto con su cuerpo.

Me disponía a preguntar a Marino por los casquillos cuando oí un ruido que conocía demasiado bien.

-¡Oh, no! -exclamé mientras el alarmante matraqueo iba creciendo-. ¡Marino, no dejes que se acerquen!

Pero era demasiado tarde. Al levantar la vista, un helicóptero de los servicios de noticias apareció en el cielo y empezó a sobrevolar la zona en círculos a baja altura. El foco del aparato barrió el túnel y el suelo frío y duro donde me encontraba de rodillas, con las manos manchadas de sangre y sesos. Me protegí los ojos de la luz cegadora mientras las hojas y los desperdicios se levantaban en remolinos y los troncos desnudos se agitaban.

Marino gritó algo inaudible y agitó con furia la linterna, alzándola hacia el cielo. Yo me protegí el cuerpo con la mía lo mejor que pude.

Envolví la cabeza de Danny en una bolsa de plástico y lo cubrí con una mortaja, también de plástico, mientras el equipo del Canal 7 destruía la escena del crimen por ignorancia, por descuido o tal vez por ambas cosas. La puerta del copiloto del helicóptero había sido desmontada y el cámara colgaba en plena noche mientras el foco me iluminaba para sacarme en el noticiario de las once.

-¡Maldito hijo de puta! -gritaba Marino mientras agitaba el puño con gesto desafiante-. ¡Debería volarte los sesos de un tiro, mamón!

9

Mientras un coche patrulla se dirigía a hacer la comprobación pedida, introduje el cuerpo en una bolsa y cerré la cremallera. Al incorporarme noté un vahído. Por un momento me costó mantener el equilibrio; tenía la cara helada y se me nubló la vista.

-Una brigada se encargará de retirar el cuerpo -le dije a Marino-. ¿Podría alguien sacar de aquí esas malditas cámaras de televisión?

Los brillantes focos de las unidades móviles flotaban como satélites allá arriba, en la calle oscura, a la espera de que hiciéramos acto de presencia. Pete me dirigió una mirada porque ambos sabíamos que nadie podía hacer nada respecto a los reporteros o a lo que utilizaran para grabarnos. Mientras no interfiriesen con el trabajo en la escena de la investigación podían hacer lo que quisieran, sobre todo si iban en helicópteros y no podíamos echarles el guante.

-¿Vas a transportar el cuerpo tú misma? -me preguntó.

-No. Ya está aquí la brigada -respondí-. Y necesitamos ayuda para llevarlo ahí arriba. Diles que bajen.

Marino se puso en contacto por radio mientras nuestras linternas seguían barriendo los escombros, las hojas y los charcos llenos de agua fangosa. Después se volvió hacia mí.

-Dejaré a unos cuantos hombres aquí para que sigan buscando un rato más. A menos que el autor del disparo recogiera el casquillo, tiene que estar por aquí, en alguna parte.

-Miró ladera arriba y añadió-: El problema es que algunas de esas armas pueden expulsar el cartucho muy lejos y que ese helicóptero de mierda lo ha revuelto todo.

Al cabo de unos minutos, entre crujidos de cristales hechos añicos y tintineos metálicos, apareció el equipo de primeros auxilios con una camilla. Esperamos a que levantaran el cuerpo y estudié el lugar que había ocupado. Después miré hacia la negra abertura del túnel que se había excavado mucho tiempo atrás en una ladera demasiado blanda para sostenerlo y me acerqué hasta la misma boca. Al fondo, una pared sellaba el túnel, y el encalado de los ladrillos brilló a la luz de la linterna. Unos clavos de ferrocarril oxidados sobresalían de unas traviesas podridas y cubiertas de barro, y esparcidos por el hueco había viejos neumáticos y botellas.

-Ahí dentro no hay nada, doctora. Ya hemos mirado. -Marino venía tras mis pasos y estuvo a punto de resbalar-. ¡Mierda!

-Sí, está claro que no habría podido escapar por aquí. -Mi linterna descubrió adoquines y zarzas muertas-. Y aquí dentro tampoco podría esconderse nadie. Además, una persona normal no conocería este lugar.

-Vamos. -El tono de Marino era cortés aunque firme cuando me tocó

del brazo.

-Este lugar no se escogió al azar. No hay mucha gente que lo conozca, ni siquiera entre los vecinos. -Seguí moviendo la luz-. Esto ha sido cosa de alguien que sabía perfectamente lo que hacía.

-Doctora, no es seguro... -insistió él entre el goteo del agua.

-Dudo mucho que Danny conociera el sitio. Esto ha sido premeditado y a sangre fría.

Mi voz resonó en las paredes viejas y oscuras. Esta vez Marino me agarró con fuerza y no me resistí.

-Aquí ya has hecho todo lo que podías hacer. Vámonos.

El fango se pegaba a mis botas y rezumaba sobre el calzado militar negro de Pete mientras seguíamos las podridas traviesas del tendido ferroviario hasta salir al aire gélido de la noche. Subimos juntos la pendiente sembrada de basura y dimos un cuidadoso rodeo en torno a la sangre vertida, desde donde había sido empujado el cuerpo de Danny ladera abajo como un saco de desperdicios. Todo había sido movido de sitio por la intensa ventolera del helicóptero y este hecho sería utilizado algún día si un abogado defensor lo consideraba importante. Aparté el rostro del resplandor de los focos y de los flashes fotográficos. Marino y yo nos retiramos sin hablar con nadie.

-Quiero ver el coche -le dije mientras la radio de su vehículo emitía una señal.

-Aquí coche cien -respondió, llevándose el micrófono a los labios.

-Adelante, uno diecisiete -indicó el hombre de la central.

-Hemos comprobado el aparcamiento delantero y el posterior, capitán -comunicó el coche 117 a Marino-. No hay rastro del coche que nos indicó.

-Recibido. -Marino colgó la radio con cara de preocupación-. El Suburban de Lucy no está en tu despacho. No lo entiendo. Todo esto no tiene sentido.

Nos encaminamos a pie a Libby Hill Park porque en realidad no estaba muy lejos y queríamos hablar.

-A mí lo que me parece es que Danny debió de recoger a alguien. -Marino encendió un cigarrillo-. Desde luego tiene el aspecto de ser un asunto de drogas.

-Danny no haría una cosa así mientras me traía el coche -le repliqué, aunque sabía que mi respuesta parecería ingenua-. No recogería a nadie.

Marino se volvió.

-Bueno, eso tú no lo sabes.

-Nunca he tenido motivos para pensar que era un irresponsable o que andaba metido en asuntos de drogas o en cosas por el estilo.

-A mí me parece muy claro que llevaba un estilo de vida alternativo, como lo llaman.

-Eso no lo sé con certeza. -Estaba harta del tema.

-Pues será mejor que lo averigües, porque tienes un montón de sangre encima.

-Siempre me preocupo mucho de eso, no importa de quién sea.

-Escucha, lo que digo es que incluso los conocidos de uno hacen

cosas que nos desagradan -continuó. A nuestros pies se extendían las luces de la ciudad-. Y a veces las personas a las que no conoces demasiado bien son peores que los perfectos desconocidos. Tú confiabas en Danny porque te caía bien y porque lo considerabas un buen trabajador, pero tras las bambalinas podía ser cualquier cosa sin que tú te enteraras.

No protesté. Pete tenía razón en lo que decía.

-Era un chico atractivo -prosiguió-. Atractivo y guapo. Y de pronto se encuentra conduciendo ese coche increíble. En el mejor de los casos, quizá cedió a la tentación de darse una vueltecita antes de devolver el coche a la jefa. O tal vez sólo quería pillar un poco de droga.

A mí me preocupaba más que Danny hubiera sido víctima de intento de robo del coche y señalé que la policía había tenido una auténtica epidemia de tales intentos en la zona.

-Tal vez -asintió Marino al tiempo que mi coche aparecía a la vista-. Pero el Mercedes todavía está aquí. ¿Por qué iba alguien a llevar al conductor calle abajo, matarlo a tiros y dejar el coche donde está? ¿Por qué no robarlo? Tal vez deberíamos considerar un asunto de homosexuales. ¿Habías pensado en ello?

Llegamos al Mercedes y los reporteros tomaron más fotos e hicieron más preguntas, como si aquél fuera el crimen más importante de la historia. Rodeamos el coche sin hacerles caso y abrí la puerta del conductor para echar un vistazo al interior de mi S-320. Me fijé en los reposabrazos, en los ceniceros, en el tablero de instrumentos y en los asientos tapizados de cuero y no vi nada anormal. No observé señales de lucha, pero la alfombrilla del lado del copiloto estaba sucia y había huellas de zapatos.

-¿El coche está como lo han encontrado? -pregunté-. ¿Cómo es que la puerta no estaba cerrada?

-La abrimos nosotros -respondió Marino.

-¿Se subió alguien?

-No.

-Pues eso no estaba antes ahí. -Indiqué la alfombrilla.

-¿Qué?

-¿Ves esas huellas de zapatos y los restos de tierra? -Hablé en voz baja para que no me oyeran los reporteros-. El asiento del copiloto no debería haberlo ocupado nadie, por lo menos mientras Danny conducía. Y tampoco antes, mientras reparaban el coche en Virginia Beach.

-¿Qué me dices de Lucy?

-No. Últimamente no la he llevado. Y no recuerdo que haya subido nadie más desde la última limpieza.

-No te preocupes, pasaremos el aspirador por todas partes. -Pete desvió la mirada y añadió con disgusto-: Ya sabes que tendremos que quedárnoslo.

-Lo entiendo -asentí. Dimos media vuelta y emprendimos el camino de vuelta a la calle próxima al túnel, donde habíamos aparcado.

-¿Tú sabes si Danny conocía bien Richmond? -preguntó Marino.

-Estuvo en mi despacho alguna vez -respondí abatida-. De hecho, cuando lo contraté, hizo un internado de una semana con el equipo. No

recuerdo dónde se alojaba, pero creo que era en el Comfort Inn de Broad Street. -Dimos unos pasos en silencio y añadí-: Por supuesto, conocía la zona alrededor del despacho.

-Sí, y eso incluye este lugar, porque tu despacho está sólo a unas quince calles de aquí.

Se me ocurrió una cosa:

-Tampoco sabemos si se acercó anoche por aquí para comprar algo para la cena antes de coger el autobús de vuelta a casa. A lo mejor hizo una cosa tan inocente como ésa.

Nuestros vehículos estaban cerca de varios coches patrulla y de una furgoneta de análisis de la escena del crimen, y los periodistas ya se habían marchado. Abrí la puerta de la furgoneta y me senté al volante. Marino se quedó plantado con las manos en los bolsillos y una expresión suspicaz, porque me conocía bien.

-No vas a examinarlo esta noche, ¿verdad? -me dijo.

-No. -No era necesario y no quería pasar por aquel trance.

-Y tampoco quieres volver a casa. Eso se nota.

-Hay cosas que hacer -murmuré-. Cuanto más esperemos, más podemos perdernos.

-¿Adonde quieres ir? -preguntó, porque sabía lo que era que mataran a alguien con quien uno trabajaba.

-Bueno, por aquí cerca hay varios locales de comidas. Millie's, por ejemplo.

-No, demasiado caro, como Patrick Henry's y la mayoría de locales del Slip y de Shockoe Bottom. Recuerda que Danny no tenía mucho dinero, a no ser que lo sacara de algún sitio que ignoramos.

-Poe's, entonces. No está en Broad, pero queda muy cerca del parque. Y además está el Café, por supuesto.

-Yo también me inclinaría por ése.

Cuando entramos en Poe's, el encargado estaba confirmando el cheque del último cliente de la noche. Esperamos un rato que se nos hizo eterno para que al final nos dijeran que la hora de cenar no había estado muy animada y que no se había presentado nadie parecido a Danny. Volvimos a los coches y continuamos hacia el este por Broad hasta el Hill Café. Se me aceleró el pulso cuando advertí que el restaurante quedaba una calle más abajo de donde se había encontrado mi Mercedes.

El bar, conocido por sus bloody marys y sus enchiladas, ocupaba la esquina, y a lo largo de los años había sido uno de los locales favoritos entre los agentes de policía. Era un auténtico bar de barrio y a aquella hora las mesas todavía estaban llenas, el aire saturado de humo y en la tele sonaban muy alto unos viejos video clips de Howie Long por la ESPN. Daigo, la encargada, estaba secando vasos tras el mostrador. Al ver a Marino le dedicó una sonrisa, mostrando los dientes.

-¿Qué hace por aquí tan tarde, capitán? -le preguntó, como si fuera la primera vez que sucedía-. ¿Dónde estaba hace un rato, cuando la movida?

-Dime tú a mí -respondió Marino-, ¿qué tal la noche en el tugurio donde hacen el mejor bocadillo de carne de la ciudad?

Se inclinó sobre la barra para que nadie más oyera lo que iba a decir. Daigo era una negra delgada, aunque nervuda y fuerte. Me miraba como si me conociera de haberme visto en alguna parte.

-Hace un rato han empezado a llegar de todas partes -explicó-. Pensaba que me iba a dar un patatús. ¿Les pongo algo a usted y a su amiga, capitán?

-Quizá -dijo él-. Conoces a la doctora, ¿verdad?

La mujer frunció el entrecejo, y de pronto le brillaron los ojos al reconocerme.

-Ya sabía que la había visto por aquí alguna vez. Con él. ¿Se han casado ya? -Se echó a reír como si fuera la cosa más graciosa que había dicho en su vida.

-Escucha, Daigo -prosiguió Marino-, quisiéramos saber si hace un rato has visto por aquí a un chico blanco, delgado, con el pelo negro y largo, y muy guapo. Seguramente llevaba cazadora de cuero, téjanos, suéter, zapatillas deportivas y un aparato ortopédico rojo brillante en la rodilla. Tiene unos veinticinco años y conducía un Mercedes Benz negro, nuevo, con un montón de antenas en la carrocería.

La mujer entrecerró los ojos y puso una cara muy seria, con la toalla de secar los vasos inmóvil en la mano, mientras Marino seguía hablando. Sospeché que no era la primera vez que la policía le hacía preguntas sobre asuntos desagradables, y por la mueca de sus labios deduje que no tenía ningún aprecio por esos tipos vagos y sin escrúpulos que no tenían el menor miramiento en arruinar una vida decente.

-Sé perfectamente a quién se refiere -le oí decir.

Sus palabras produjeron el efecto de un estampido. De pronto Daigo acaparó toda nuestra atención. Los dos nos quedamos boquiabiertos.

-Llegó a las cinco, creo, porque todavía era pronto. Había algunos tipos tomando cerveza, como casi siempre, pero el comedor aún estaba casi vacío. Se sentó por ahí.

Indicó una mesa vacía al fondo del local, bajo unas cintas colgantes y junto a la pared blanca de ladrillo con el cuadro de un pollito. Mientras observaba la mesa en la que Danny había tomado su última comida después de haber viajado a la ciudad porque yo se lo había pedido, su imagen apareció en mi mente. Primero lo vi vivo, siempre tan animado y servicial, con sus hermosas facciones y sus cabellos largos y relucientes; después lo vi ensangrentado y cubierto de lodo en una ladera oscura, revuelto con la basura. Sentí una opresión en el pecho, y por un momento tuve que apartar la mirada. Tenía que hacer otra cosa con los ojos.

Cuando me hube dominado un poco, me volví a Daigo.

-Ese joven trabajaba para mí en la oficina del forense. Se llamaba Danny Webster.

La mujer me miró largamente porque entendió al instante mi claro mensaje.

-¡Oh! -exclamó en voz baja-. Era él. ¡Oh, Señor, no me lo puedo creer! Ha salido en las noticias y aquí no han parado los comentarios en toda la noche, porque ha sucedido ahí al lado.

-Sí-murmuré.

Ella se volvió hacia Marino como si le suplicara.

-¡Pero si apenas era un muchacho! Estuvo aquí, no se metió con nadie y lo único que hizo fue comerse un bocadillo... ¡Y después va alguien y lo mata! -Daigo se agarró a la barra con gesto de rabia-. Hay demasiada maldad. ¡Demasiada, maldita sea! Estoy harta. Esa gente que mata como si tal cosa...

Varios comensales próximos captaron la conversación pero continuaron la suya sin hacer comentarios y sin lanzar miradas furtivas hacia nosotros. Marino iba de uniforme. Se notaba que era un oficial, y en esos casos la gente siempre mostraba una marcada inclinación a ocuparse de sus propios asuntos. Esperamos a que la mujer desahogara suficientemente su bilis. Después encontramos una mesa en el rincón más tranquilo del local y Daigo hizo una seña a una camarera para que se acercara.

-¿Qué quiere tomar, encanto? -me preguntó.

En aquel momento no me creía capaz de probar bocado y pedí una infusión de hierbas, pero Daigo no quiso ni oír hablar de ello.

-Veamos... -dijo a la camarera-. Tráele a la doctora una porción de mi budín de pan con salsa de Jack Daniel's.

No se preocupe, encanto, el alcohol se ha evaporado en la cocción -añadió, y en aquel momento la doctora era ella-. Y una taza de café bien cargado. ¿Y usted, capitán? -Se volvió hacia Marino-. ¿Quiere lo de costumbre? -prosiguió, y sin dar tiempo a que Pete respondiera indicó a la muchacha-: Será un bocadillo de bistec al punto, cebollas a la parrilla y patatas fritas. Y tráele kétchup, mostaza y mayonesa. Nada de postre; todos queremos que este hombre siga vivo.

-¿Os molesta? -Marino sacó el paquete de cigarrillos como si aquel día aún le faltara por hacer una cosa más que lo pusiera en riesgo de muerte.

Daigo también encendió un cigarrillo y se extendió más sobre lo que recordaba del asunto, que era prácticamente todo, porque el Hill Café era de esos bares donde la gente se fijaba en los desconocidos. Según ella, Danny había estado allí menos de una hora. Había llegado solo, se había marchado también solo y en ningún momento había dado la impresión de que esperara a alguien. Parecía pendiente de la hora porque consultaba el reloj con frecuencia y había pedido un bocadillo, patatas fritas y una Pepsi. La última cena le había costado a Danny Webster seis dólares y veintisiete centavos. A la camarera, que se llamaba Cissy, le había dado un dólar de propina.

-¿Y no has visto rondar por los alrededores, en algún momento del día, a nadie que te haya despertado recelo? -preguntó Marino.

-No, capitán. -Daigo acompañó sus palabras con un gesto de la cabeza-. Pero eso no significa que no hubiera algún hijo de puta merodeando por la calle. Porque están ahí fuera. No hay que ir muy lejos para encontrarlos. Pero si había alguien, yo no lo vi. Y ninguno de los clientes que estaban aquí me comentó que se hubiera topado con algún tipo raro.

-Pues tendremos que preguntar a tus clientes, por numerosos que

sean -dijo Marino-. Quizás alguien ha visto un coche a la hora en que Danny salió de aquí.

-Tenemos la cuenta de las mesas. -Daigo hundió los dedos entre los cabellos; parecía casi fuera de sí-. En cualquier caso, conocemos a la mayoría de la gente que ha pasado por aquí.

Nos dispusimos a marcharnos pero había un detalle más que necesitábamos saber.

-¿No pidió nada para llevar? -pregunté a la mujer.

Daigo me miró, desconcertada, y se levantó de la mesa.

-Voy a preguntar.

Marino aplastó un cigarrillo recién encendido y vi que estaba muy congestionado.

-¿Te encuentras bien? -le dije.

Pete se secó el rostro con una servilleta.

-Aquí dentro hace un calor de cojones.

-Se llevó las patatas fritas -anunció Daigo cuando regresó-. Cissy dice que se comió el bocadillo y la ensalada de col, pero reservó casi todas las patatas fritas. Y cuando pasó por caja, compró un paquete gigante de chicle.

-¿De qué marca? -pregunté.

-Está casi segura de que era Dentyne.

Cuando salíamos del local, Marino se desabrochó el cuello de la camisa blanca del uniforme y aflojó el nudo de la corbata.

-Maldita sea, hay días en que querría no haber dejado nunca la brigada A -masculló, porque cuando era jefe de detectives vestía siempre de civil-. No me importa que alguien me vea. Estoy a punto de morirme.

-Por favor, ¿lo dices en serio? -murmuré.

-No te preocupes, doctora. Todavía no estoy en las debidas condiciones para una de tus mesas. Lo único que me pasa es que he comido demasiado.

-Sí, tienes razón. Y también has fumado demasiado. Y eso es lo que prepara a la gente para pasar por mis mesas, maldita sea. Ni se te ocurra pensar en morirte. Estoy harta de que la gente se muera.

Habíamos llegado a mi furgoneta y Pete me miraba fijamente, buscando algo que yo no quisiera que viese.

-¿Y tú? ¿Te encuentras bien?

-¿Tú qué crees? Danny trabajaba para mí. -Busqué la llave con mano temblorosa-. Parecía honrado y buen chico. Siempre intentaba hacer lo correcto. Me traía el coche desde Virginia Beach porque se lo pedí, y ahora le han volado la cabeza. ¿Cómo cono crees que me voy a sentir?

-Me parece que te estás tomando esto como si en cierto modo fuera culpa tuya.

-Y quizá lo sea.

Nos miramos a los ojos, inmóviles en la oscuridad.

-No, nada de eso -dijo él, por fin-. La culpa es del hijoputa que apretó el gatillo. Tú no tienes absolutamente nada que ver. Pero si yo estuviera en tu lugar, también me sentiría mal.

-¡Dios mío! -exclamé de improviso.

-¿Qué?

Marino miró alrededor, alarmado, como si yo hubiera visto algo.

-La bolsa de las patatas fritas. ¿Qué fue de ella? En el Mercedes no estaba, seguro. Yo no vi que hubiera nada allí. Ni siquiera un envoltorio de chicle -añadí.

-Tienes razón. Y yo tampoco vi nada en la calle donde estaba aparcado. No encontramos nada en el cuerpo ni en la escena del crimen.

Quedaba un sitio donde nadie había mirado y era precisamente allí, en la calle junto al restaurante. Sacamos de nuevo las linternas y batimos la zona. Miramos en Broad Street pero fue en la calle Veintiocho donde encontramos la bolsita blanca, junto al bordillo, mientras un perrazo se ponía a ladrar en un patio. La situación de la bolsa daba a entender que Danny había aparcado el coche lo más cerca posible del bar, en una zona con pocas luces donde los edificios y árboles producían densas sombras.

Marino se agachó junto a lo que sospechábamos que podían ser los restos de la cena de Danny.

-¿Tienes un par de bolígrafos en el bolso?

Encontré un lápiz y un peine de mango largo y se los di. Con aquellos sencillos instrumentos abrió la bolsa sin tocarla y la inspeccionó. Dentro estaban las patatas fritas frías, envueltas en papel de estaño, y un paquete gigante de chicle Dentyne. La visión del chicle resultaba perturbadora y sugería una historia terrible. Danny había sido interceptado cuando salía del local camino del coche. Tal vez alguien había emergido de las sombras y había sacado un arma mientras Danny abría la puerta del Mercedes. No lo sabíamos, pero parecía probable que fuera obligado a conducir hasta la calle siguiente, donde le habían hecho bajar y lo habían llevado a un descampado remoto y boscoso para darle muerte.

-¡A ver si se calla ese maldito perro de una vez! -exclamó Marino mientras se incorporaba-. No te muevas de aquí. Vuelvo enseguida.

Cruzó la calle hasta su coche y abrió el portaequipajes. Al regreso traía una de esas bolsas grandes de papel marrón que la policía utiliza normalmente para guardar pruebas materiales. Mientras yo la mantenía abierta, él utilizó el lápiz y el peine para introducir en ella los restos de la cena de Danny.

-Sé que debería llevar esto a la sección de custodia de pruebas, pero allí no quieren saber nada de comidas. Además no hay frigorífico.

Pete cerró la bolsa de las pruebas enrollando la abertura entre crujidos del papel. Luego echamos a andar y nuestros pasos resonaron en la calzada con un acusado arrastrar de pies.

-Aquí fuera hace más frío que en cualquier frigorífico -prosiguió-. Si encontramos alguna huella, lo más probable es que sea suya, aunque de todos modos haré que lo comprueben en el laboratorio.

Marino guardó la bolsa en el portaequipajes. No era ni mucho menos la primera vez que lo hacía. La resistencia de Marino a seguir las normas del departamento iba más allá de la indumentaria.

Eché una ojeada a la calle oscura y orlada de coches aparcados.

-Sucediera lo que sucediese, debió iniciarse aquí-dije.

Marino también miró alrededor, sin decir una palabra.

-¿Crees que fue por el Mercedes? -me preguntó por fin.

-No lo sé -respondí.

-Bueno, sí, podría ser el móvil -dijo él-. Con ese coche parecería un chico rico, aunque no lo era. -Nuevamente me sentí abrumada por la culpa-. Pero sigo pensando que quizá se encontró con alguien a quien se proponía recoger.

-Tal vez sería más fácil si Danny anduviera metido en algo feo -murmuré-. Tal vez sería más cómodo para todos, porque de ser así podríamos echarle la culpa de que lo mataran.

Marino guardó silencio y me miró.

-Vete a casa y duerme un poco. ¿Quieres que te siga?

-No, gracias. Me las arreglo sola.

Pero en realidad no me sentía nada bien. El viaje se me hizo muy largo y el trayecto estaba más oscuro de lo que recordaba. Además me sentía torpe en todo lo que intentaba hacer. Incluso me resultó difícil bajar el cristal de la ventanilla y buscar el cambio exacto en el peaje. Entonces la moneda que había lanzado cayó fuera de la cesta, y cuando alguien de la cola hizo sonar el claxon di un respingo en el asiento. Estaba tan fuera de mí que no podía pensar en nada que me tranquilizara. Ni siquiera en un whisky.

Llegué a la urbanización casi a la una de la madrugada. El guarda que me franqueó el paso tenía una expresión ceñuda y temí que él también hubiera oído las noticias y supiera de dónde venía. Cuando detuve la furgoneta frente a mi casa, me quedé de piedra al ver el Suburban de Lucy aparcado en el camino privado.

Estaba levantada y parecía recuperada. La encontré en el salón; la chimenea estaba encendida, tenía una manta sobre las piernas. En la tele, Robin Williams estaba graciosísimo en el Met.

-¿Qué ha sucedido? -Me senté a su lado-. ¿Cómo ha llegado tu coche aquí?

Lucy llevaba puestas las gafas y leía un manual del FBI.

-Han llamado de tu servicio de mensajería -me dijo-. El tipo que conducía mi coche llegó a tu despacho del centro, pero ese ayudante tuyo no se presentó. Danny, ¿no es eso? Entonces el tipo del coche ha llamado y ha preguntado qué hacía. Le he dicho que trajera el coche hasta la caseta del guarda y he salido a buscarlo.

-¿Pero qué ha sucedido antes? -repetí-. Ni siquiera sé cómo se llama ese hombre. Parece que era un conocido de Danny. Danny venía con mi coche. Habíamos acordado que dejarían los dos coches aparcados en la parte de atrás de mi oficina. -Hice un alto y me limité a mirar a mi sobrina-. ¿Tienes idea de qué sucede, Lucy? ¿Sabes por qué llego a casa tan tarde?

Ella cogió el mando a distancia y apagó el televisor.

-Lo único que sé es que has tenido que salir para atender un caso. Es lo que me has dicho antes de marcharte.

Le conté lo sucedido. Le dije quién era Danny y cómo había muerto, y lo de mi coche. Se lo expliqué con todo lujo de detalles.

-Lucy -le pregunté después-, ¿tienes idea de quién era la persona que te trajo el coche?

Lucy estaba muy erguida en el sofá.

-Era un chico hispano y se llamaba Rick. Llevaba un pendiente, tenía el pelo corto y le calculo unos veintidós o veintitrés años. Era muy educado y simpático.

-¿Dónde está ahora? Seguro que no te limitaste a cogerle las llaves y a despedirlo.

-Claro que no. Lo llevé a la estación de autobuses. George me dijo cómo llegar.

-¿George?

-El guarda de servicio a esa hora, el de la barrera. Calculo que debió de ser hacia las nueve.

-¿Entonces Rick ha vuelto a Norfolk?

-No sé adonde habrá ido. Mientras lo llevaba me dijo que estaba seguro de que Danny aparecería. Probablemente no tiene idea de lo sucedido.

-Esperemos que no, a menos que lo haya oído en las noticias. Esperemos que no estuviera allí.

La idea de que Lucy viajara sola en su coche con aquel desconocido me llenó de terror. Evoqué la imagen de la cabeza destrozada de Danny y casi volví a palpar el hueso astillado bajo los guantes, resbaladizos debido a la sangre.

-¿Se considera sospechoso a Rick? -preguntó Lucy, sobresaltada.

-De momento, como cualquier otro.

Descolgué el teléfono del mueble bar. Marino también acababa de llegar a casa y, sin darme tiempo a decir nada, me comunicó sus novedades.

-Hemos encontrado el casquillo.

-Magnífico -respondí con alivio-. ¿Dónde?

-Si te sitúas en el camino, de cara a la boca del túnel, estaba entre unos matorrales a unos tres metros a la derecha de donde empezaba el rastro de sangre.

-Ventanilla del eyector a la derecha -indiqué.

-Sin duda, a menos que tanto Danny como su asesino bajaran la colina de espaldas. Y ese cabrón sabía lo que se hacía. Disparó un cartucho del cuarenta y cinco. La munición de un Winchester.

-Excesiva.

-En eso tienes razón. Alguien quería asegurarse de que Danny quedaba bien muerto.

Informé a Marino de que Lucy había conocido al amigo de Danny.

-¿Te refieres al tipo que conducía su coche? -preguntó. Le expliqué lo que sabía-. Quizás el asunto vaya tomando más sentido -comentó entonces-. Los dos coches se separaron por el camino, pero a Danny no le preocupaba porque había dado a su colega la dirección para la entrega y un número de teléfono.

-¿Puede alguien investigar quién es ese Rick, antes de que se esfume? -pregunté-. ¿Habría modo de interceptarlo cuando baje del autobús?

-Llamaré a la policía de Norfolk. De todos modos tengo que hacerlo

porque alguien tendrá que acercarse a casa de Danny para comunicar lo sucedido a la familia antes de que se enteren por los noticiarios.

-La familia vive en Chesapeake. -Di la mala noticia a Pete y pensé que yo también debería hablar con los padres.

-Mierda -masculló.

-No comentes nada de esto con el detective Roche. Y no quiero que ese tipo se acerque a la familia de Danny.

-No te preocupes. Será mejor que tú te pongas en contacto con el doctor Mant.

Llamé al número del piso de su madre en Londres, pero no hubo respuesta y dejé un mensaje urgente. Tenía muchas llamadas por hacer y estaba agotada. Me senté en el sofá junto a Lucy.

-¿Qué tal estás?

-Bueno, he repasado el catecismo pero no creo que esté preparada para la confirmación.

-Espero que algún día lo estés.

-Tengo un dolor de cabeza que no se me va.

-Te lo mereces.

-Tienes toda la razón. -Se frotó las sienes.

-¿Por qué haces estas cosas, después de lo que has pasado? -No pude evitar la pregunta.

-No siempre sé el motivo. Quizá porque tengo que ser así de retorcida. Les sucede a muchos agentes. Corremos y hacemos pesas y nos preparamos a fondo... y luego lo echamos todo a rodar el viernes por la noche.

-Bueno, esta vez por lo menos estabas en un lugar seguro para hacerlo.

-¿Tú no pierdes nunca el control? -Buscó mi mirada-. Porque nunca he visto que...

-No he querido que me vieras perderlo -respondí-. Era lo único que sabía hacer tu madre, y necesitabas a alguien con quien sentirte segura.

-Pero no has contestado a mi pregunta -dijo Lucy sin pestañear.

-¿A qué pregunta? ¿Si me he emborrachado alguna vez? -Ella asintió-. No es algo de lo que me sienta orgullosa, y me voy a la cama.

Me puse en pie. Su voz me siguió mientras me dirigía a la puerta.

-¿Más de una vez?

Me detuve y me volví a mirarla.

-Lucy, hay muy pocas cosas que no haya hecho a lo largo de mi prolongada y dura existencia. Y nunca te he juzgado por nada de lo que tú has hecho. Sólo me he preocupado cuando he creído que tu conducta te iba a perjudicar.

Volvía a hablarle con circunloquios.

-¿Y ahora? ¿Estás preocupada por mí?

Sonreí un poco.

-Lo estaré hasta que me muera.

Me fui a mi habitación y cerré la puerta. Dejé la Browning junto a la cama y tomé un Benadryl porque de lo contrario no habría pegado ojo en las pocas horas que tenía para dormir. Cuando desperté, al

amanecer, estaba sentada en la cama con la lámpara encendida y el último número del boletín de la Asociación Americana de Juristas aún en las manos. Me levanté y salí al pasillo. Me sorprendió encontrar abierta la puerta de la habitación de Lucy. La cama estaba sin deshacer, no la vi en el sofá del salón y me apresuré a buscar en el comedor de la parte delantera de la casa. Miré por las ventanas hacia la vacía extensión de losas heladas y hierba. Era evidente que el Suburban se había marchado hacía ya bastante rato.

-Lucy -murmuré como si pudiera oírme-. ¡Maldita sea, sobrina!

10

Llegaba con diez minutos de retraso a la reunión de personal, lo cual resultaba insólito, pero nadie hizo comentario alguno ni le dio la menor importancia. El asesinato de Danny Webster impregnaba la atmósfera, como si la tragedia fuera a derramarse en cualquier momento sobre nosotros en forma de lluvia. Mi equipo estaba lento de reflejos y aturdido; nadie era capaz de pensar con claridad. Después de tantos años, Rose me había traído café y había olvidado que lo tomo solo.

La sala de reuniones, remodelada recientemente, resultaba muy acogedora con la moqueta azul marino, la larga mesa nueva y las maderas en tonos oscuros de las paredes. Sin embargo, los modelos anatómicos situados sobre las mesas y el esqueleto humano bajo el sudario de plástico eran recordatorios de las duras realidades que allí se trataban. No había ventanas, naturalmente, y las obras de arte se limitaban a los retratos de los jefes anteriores, todos ellos varones que nos miraban con aire severo desde las paredes.

Aquella mañana tenía sentados a la derecha de la mesa al administrador jefe, a su asistente y al toxicólogo jefe de la división de Ciencia Forense del piso de arriba. Fielding, a mi izquierda, tomaba un yogur natural con una cuchara de plástico mientras a su lado se sentaba el ayudante jefe y el nuevo interno, que era una mujer.

-Sé que estáis al corriente de la terrible noticia -dije con aire abatido desde la cabecera de la mesa, donde me sentaba siempre-. No es preciso decir lo mucho que nos afecta una muerte así a todos nosotros.

-Doctora -intervino el ayudante jefe-, ¿hay alguna novedad?

-De momento sabemos lo siguiente -respondí, y repetí todo lo que sabía-. Anoche, en la escena del crimen, parecía tener una herida por arma de fuego, al menos en la nuca -dije para concluir.

-¿Qué hay de los casquillos? -preguntó Fielding.

-La policía recuperó uno en la maleza, no lejos de la calle.

-De modo que le dispararon allí, en Sugar Bottom, y no en el coche ni en las proximidades de éste, ¿no es así?

-En efecto -asentí-. No parece que le mataran dentro del coche ni en sus inmediaciones.

-¿Qué coche es? -preguntó la interna, que había accedido a la universidad con una edad bastante avanzada y resultaba demasiado seria.

-El mío. El Mercedes.

La mujer se quedó muy desconcertada hasta que expliqué de nuevo lo sucedido. A continuación hizo un comentario bastante inesperado:

-¿Hay alguna posibilidad de que fuera usted la víctima que buscaban?

-¡Eso no debe ni mencionarlo! -exclamó Fielding con irritación mientras dejaba en la mesa el envase del yogur.

-La realidad no siempre es agradable -replicó la interna, que era tan lista como fastidiosa-. Sólo sugiero que si el coche de la doctora estaba aparcado delante de un restaurante al que había acudido con frecuencia, quizás había alguien esperándola y se encontró con una sorpresa. O tal vez la seguían sin saber que no era ella pues estaba oscuro mientras Danny venía por la carretera.

-Pasemos a los otros casos de esta mañana -intervine tras tomar un sorbo del café con sacarina de Rose, blanqueado con crema elaborada sin productos lácteos.

Fielding colocó las fichas ante sí y, con su habitual tono impaciente del Norte, repasó la lista. Además de Danny había otras tres autopsias. Uno de los casos era un muerto en un incendio, otro era un preso con un historial de enfermedades cardíacas y el tercero una mujer de setenta años con desfibrilador y marcapasos.

-La mujer tenía un historial de depresiones, sobre todo por sus problemas de corazón -decía Fielding-, y esta madrugada, hacia las tres, su marido la oyó levantarse. Según parece, se encerró en un cuarto y se disparó en el pecho.

Las posibles inspecciones eran las de otros desgraciados que habían muerto durante la noche de infartos de miocardio y de accidentes de tráfico. Rechacé a una mujer mayor que era claramente una víctima del cáncer y a un indigente que había sucumbido a su enfermedad coronaría. Finalmente nos levantamos de las sillas y me fui abajo. El equipo fue respetuoso con mi intimidad y no preguntó por lo que estaba pasando. En el ascensor, mientras yo clavaba la mirada en las puertas cerradas, nadie dijo nada. Ya en el vestuario, nos pusimos las batas y nos lavamos las manos en silencio. Me estaba poniendo las fundas del calzado y los guantes cuando Fielding se acercó y me dijo al oído por qué no dejaba que se ocupara él de la autopsia. Sus ojos me miraban con toda gravedad.

-Lo haré yo -respondí-. Pero te lo agradezco.

-Vamos, doctora, no tiene por qué pasar por este trance. Yo estuve fuera la semana que él trabajó aquí. No lo conocí.

-Está bien, Jack.

Entré en la sala de autopsias. No era la primera vez que debía encargarme de alguien que conocía y la mayoría de los policías e incluso otros médicos no siempre lo entendían. Argumentaban que las observaciones eran más objetivas si era otro quien llevaba el caso, pero eso no era cierto si había testigos. Yo no había conocido a Danny íntimamente ni durante mucho tiempo, pero había trabajado conmigo y, en cierto modo, él habría dado la vida por mí. Yo le daría lo mejor que podía ofrecerle.

Estaba en una camilla aparcada junto a la mesa uno, donde solía llevar a cabo mis intervenciones. Al ver a Danny allí aquella mañana, la imagen me golpeó con la fuerza de un mazazo. Estaba frío y en pleno rigor, como si lo que había habido de humano en él hubiese desaparecido durante la noche.

La sangre seca manchaba su rostro y tenía los labios entreabiertos, como si quisiera hablar cuando la vida había escapado ya de él. Sus ojos tenían la mirada apagada y rasgada de los muertos. Vi su aparato ortopédico rojo y recordé a Danny fregando el suelo, hacía apenas unos días. Recordé su vitalidad y su expresión de tristeza al hablar de Ted Eddings y de otros jóvenes desaparecidos inesperadamente.

-Jack... -Hice una seña a Fielding, quien acudió casi corriendo.

-Sí, doctora.

-Voy a tomarte la palabra. -Empecé a marcar tubos de ensayo en una gráfica quirúrgica-. Me interesaría tu colaboración si estás seguro de que quieres intervenir.

-¿Qué quiere que haga?

-Lo haremos entre los dos.

-No hay problema. ¿Quiere que tome notas?

-Lo fotografiaremos como está, pero antes cubriremos la mesa con un lienzo -indiqué.

Danny era el caso ME-3096, lo cual significaba que era el trigésimo caso del nuevo año en el distrito central de Virginia. Tras varias horas de refrigeración no se mostraba muy colaborador y cuando lo pasamos a la mesa, los brazos y las piernas golpearon con estruendo el acero inoxidable como si protestaran por lo que nos disponíamos a hacer. Le quitamos las ropas, sucias y ensangrentadas. Los brazos se resistían a salir de las mangas y los téjanos ajustados se mostraron muy obstinados. Metí las manos en los bolsillos y saqué veintisiete centavos, un Chap Stick y un llavero.

-Qué raro -dije mientras doblaba las ropas y las colocaba encima de la camilla, también cubierta con una sábana desechable-. ¿Qué ha sido de las llaves de mi coche?

-¿Era de esas de control remoto?

-Sí. -El velero sonó como si se desgarrara cuando le quité la protección de la rodilla.

-Y no estaba en la escena del crimen, evidentemente.

-No las encontró nadie. Y como no estaban en el contacto, di por sentado que las tendría Danny. -Procedí a sacarle los gruesos calcetines deportivos.

-Bueno, pues entonces se las quedaría el asesino, o se han perdido.

Pensé en el lío organizado por el helicóptero. Me había enterado de que Marino había aparecido en las noticias, blandiendo el puño y vociferando a la vista de todo el mundo. Y yo también aparecía.

-Bien, tiene tatuajes. -Fielding cogió la tablilla con las hojas de anotaciones. Danny llevaba un par de dados grabados a tinta en los empeines.

-Ojos de serpiente -dijo Fielding-. ¡Uy, eso tuvo que ser muy doloroso!

Descubrí una pequeña cicatriz de una apendicectomía y otra antigua en la rodilla izquierda que quizá fuera consecuencia de un accidente en la niñez. En la rodilla derecha, las marcas de la reciente artroscopia tenían color púrpura y los músculos de la pierna presentaban una mínima atrofia. Recogí muestras de cabellos y de uñas, y a primera vista no observé nada que indicara una pelea. No vi ningún motivo para

pensar que Danny plantara resistencia al desconocido que había encontrado a la puerta del Hill Café cuando arrojó a la cuneta la bolsa con las sobras.

-Démosle la vuelta -indiqué.

Fielding lo agarró por las piernas mientras yo colocaba las manos bajo los hombros. Lo pusimos boca abajo y utilicé una lupa y una luz intensa para examinar la parte posterior de la cabeza. Los cabellos largos, negros y enmarañados, estaban sucios de sangre coagulada y de restos del bosque.

Proseguí la inspección del cuero cabelludo.

-Tendré que afeitar esta zona para estar segura, pero parece que tenemos una herida por arma de fuego a quemarropa detrás de la oreja derecha. ¿Dónde están los carretes?

-Ya deberían estar preparados. -Fielding miró a su alrededor.

-Tenemos que reconstruir esto.

-¡Mierda! -Me ayudó a dejar a la vista una profunda herida estrellada que por su enorme tamaño más parecía un orificio de salida que de entrada.

-No hay duda de que es la entrada -comenté. Con una hoja de escalpelo empecé a afeitar cuidadosamente aquella zona del cuero cabelludo-. Mira, aquí queda una ligera marca de la boca del cañón. Muy difusa. Aquí. -Tracé el círculo con un dedo enguantado y manchado de sangre-. Fue un arma muy destructiva. Un fusil, casi.

-¿Una cuarenta y cinco?

-Un agujero de casi centímetro y medio... -murmuré casi para mis adentros mientras aplicaba una cinta métrica al orificio-. Sí, desde luego encaja con una bala de ese calibre.

Cuando estaba procediendo a extraer las astillas de hueso craneal para observar el cerebro apareció el técnico de rayos X y colgó las radiografías en la placa iluminada de la pared. La bala, una silueta blanca y brillante, estaba alojada en el seno frontal, a siete centímetros de la parte superior del cráneo.

-Dios mío -murmuré al ver aquello.

-¿Qué es eso? -preguntó Fielding, y los dos nos apartamos de la mesa para acercarnos más a las radiografías.

Era una bala deformada y enorme, con una especie de pétalos afilados y doblados hacia atrás como una zarpa.

-La Hydra-Shok no hace eso -apuntó mi ayudante jefe.

-Desde luego que no. Ésta es una munición especial de altas prestaciones.

-¿Una Starfire o una Golden Sabré, tal vez?

-Algo así -respondí. Era la primera vez que veía una munición como aquélla en el depósito-. Pero me inclino más por una Black Talón porque el casquillo recuperado no es de PMC ni de Remington sino de Winchester, que fue el fabricante de Black Talón hasta que la retiraron del mercado.

-Winchester produce la Silvertip.

-Ésta no es Silvertip, estoy segura. ¿Has visto alguna vez una Black Talón?

-Sólo en revistas.

-Pintada de negro, con casquillo de cobre y una punta hueca con muescas que se abre como ves ahí. Observa las puntas. -Las indiqué en la placa-. Es increíblemente destructiva. Atraviesa a uno como un taladro. Magnífica para el mantenimiento de la ley, pero una pesadilla si cae en malas manos.

-¡Joder! -exclamó Fielding, asombrado-. Parece un pulpo.

Me quité los guantes de látex y los cambié por otros hechos de un tejido resistente y tupido, porque una munición como aquélla era tan peligrosa en el East River como en un depósito de cadáveres. Suponía una amenaza mayor que una jeringuilla y no tenía constancia de que Danny no estuviese contagiado de hepatitis o de sida. No quería cortarme con el afilado metal de la bala que lo había matado, de modo que el agresor terminara cobrándose dos vidas en lugar de una.

Fielding se puso unos guantes azules Nitrile, que eran más fuertes que los de látex aunque no lo suficiente.

-Ésos los puedes llevar para tomar notas -le dije-, pero para esto no sirven.

-¿Hay para tanto?

-Sí-contesté mientras enchufaba la sierra de Stryker-. Si te pones esos guantes y manejas este aparato acabarás por cortarte.

-Este asunto no parece cosa de un ladrón de coches. Me huele más a alguien que iba muy en serio.

-Te aseguro que no se puede ir más en serio -dije, levantando la voz por encima del potente gemido de la sierra.

Lo que observamos bajo el cuero cabelludo no hizo sino acrecentar el horror. La bala había hecho astillas los huesos del cráneo: los temporales, el occipital, los parietales y el frontal. De hecho, de no haber perdido energía en fragmentar el grueso peñasco del temporal, la zarpa retorcida habría creado un orificio de salida y no tendríamos una prueba material que resultaba importantísima. En cuanto al cerebro, la Black Talón había producido unos efectos terribles. La explosión de gas y los destrozos causados por el cobre y el plomo habían abierto un paso demoledor a través de la materia milagrosa que había hecho a Danny quien era. Lavé el proyectil y luego lo limpié a fondo en una solución de Clorox en baja concentración pues los fluidos corporales pueden transmitir infecciones e incluso oxidar rápidamente las pruebas materiales metálicas.

Casi a mediodía introduje la bala en una bolsa de plástico, puse ésta dentro de otra y lo llevé todo al laboratorio de armas de fuego, donde eran clasificadas y depositadas en estantes o envueltas en bolsas de papel marrón todo tipo de armas: navajas que serían sometidas a examen en busca de marcas de fábrica, subfusiles ametralladores e incluso una espada. Henry Frost, nuevo en Richmond pero muy conocido en su especialidad, observaba fijamente la pantalla de un ordenador.

-¿Marino ha pasado por aquí? -le pregunté al entrar.

Frost alzó la vista y concentró sus ojos de color avellana, como si acabara de llegar de algún lugar remoto en el que yo no había estado

nunca.

-Hace un par de horas -dijo, y pulsó varias teclas.

-Entonces le habrá dado el casquillo... -Me coloqué junto a su silla.

-Ahora mismo estoy trabajando en eso. Al parecer, este caso tiene la máxima prioridad.

Frost tenía más o menos mi edad y se había divorciado un par de veces. Era atractivo y atlético, con facciones bien proporcionadas y el cabello negro y corto. Según las típicas leyendas que la gente cuenta de sus compañeros de trabajo, corría maratones, era un experto en bajar en balsa por aguas bravas y, por supuesto, podía librar a un elefante de una mosca molesta con un solo tiro a cien pasos de distancia. Pero de lo que sí estaba segura, porque lo había observado personalmente, era de que Frost amaba su oficio más que a cualquier mujer y que el único tema del que le gustaba hablar era el de las armas.

-¿Ha buscado el cuarenta y cinco? -le pregunté.

-No sabemos a ciencia cierta que esté relacionado con el crimen, ¿verdad?

-Verdad -asentí-. No lo sabemos con certeza. -Vi una silla con ruedas cerca de donde estábamos y la ocupé-. El casquillo apareció a unos tres metros de donde pensamos que se efectuó el disparo. Entre los árboles. Está limpio y parece reciente. Y también tenemos esto.

Introduje la mano en el bolsillo de la bata de laboratorio y saqué la doble bolsa que contenía la bala Black Talón.

-¡Vaya! -exclamó Frost.

-¿Encaja con una Winchester del cuarenta y cinco?

-¡Hombre, por Dios! Siempre hay una primera vez. -Abrió la bolsa y añadió con súbita excitación-: Mediré surcos y distancias entre estrías y en un minuto sabremos si es una cuarenta y cinco.

Se colocó ante el microscopio de comparar y utilizó el método de capa de aire para fijar la bala al campo, lo cual significaba que empleaba ceras para no dejar ninguna huella que no tuviera ya el metal.

-Bien -dijo Frost sin levantar la vista-, el estriado es a izquierdas y tenemos seis surcos y otras tantas superficies entre ellos. -Inició las mediciones con un micrómetro-. La distancia entre estrías es de cero dieciocho centímetros y el grosor de las mismas, de cero treinta y ocho. Voy a introducir los datos en el GRC -indicó a continuación. Se refería al registro informatizado que llevaba el FBI sobre características generales de estriados de armas-. Veamos ahora el calibre... -murmuró al tiempo que tecleaba.

Mientras el ordenador revisaba sus bases de datos, Frost estudió la bala con un medidor de precisión y determinó que, en efecto, la Black Talón era del calibre cuarenta y cinco, lo cual no significó ninguna sorpresa para mí. El GRC proporcionó a continuación una lista de doce marcas de armas de fuego que podrían haberla disparado. Todas eran pistolas militares, salvo una Sig Sauer y varias Colt.

-¿Qué me dice del casquillo? -dije-. ¿Sabemos algo?

-Lo tengo filmado en vídeo pero todavía no lo he estudiado.

Volvió a la silla donde lo había encontrado al entrar y se puso a teclear en el terminal informático, conectado por modem a un archivo

de imágenes de armas de fuego utilizadas en delitos que había establecido el FBI y que recibía el nombre de DRUGFIRE. La aplicación era parte de la enorme red de análisis de informaciones sobre delitos conocida como CAÍN, que Lucy había desarrollado y cuyo objeto era relacionar delitos cometidos con armas de fuego. En pocas palabras, quería saber si el arma que había matado a Danny había causado otras muertes o heridas con anterioridad, sobre todo porque la clase de munición utilizada hacía pensar que el agresor no era ningún novato.

El terminal era sencillo, un PC 486 turbo conectado a una cámara de vídeo y a un microscopio comparador que hacía posible captar imágenes a color y en tiempo real en una pantalla de veinte pulgadas. Frost pasó a otro menú y el monitor se llenó de pronto con una parrilla de discos plateados que representaban otros casquillos del cuarenta y cinco, cada cual con sus marcas únicas. El cierre de la recámara del Winchester 45 que encajaba con el casquillo quedaba en el ángulo superior izquierdo y distinguí todas las marcas dejadas por el bloque del cierre, el fulminante, la uña extractora y cualquier otra pieza metálica del arma que había disparado el proyectil a la cabeza de Danny.

-La suya tiene una gran deformación a la izquierda. -Frost señaló una especie de cola que salía de la muesca circular dejada por la aguja percutora-. Y aquí hay esta otra marca, también a la izquierda. -Tocó la pantalla con el dedo.

-¿La uña extractora? -pregunté.

-No, opino que es de un rebote de la aguja percutora.

-Eso es muy raro, ¿no?

-Bueno, yo diría que es una característica única de esta arma-dijo sin apartar la mirada-. Si quiere podemos introducir los datos.

-De acuerdo.

Frost llamó otra pantalla y entró la información que tenía, como la marca semiesférica que el percutor había dejado impresa en el blando metal del fulminante y la dirección de giro y la estriación paralela de las características microscópicas de la superficie del cierre de la recámara. No incluimos ningún dato de la bala que había recuperado del cerebro de Danny porque no podíamos demostrar que la Black Talón y el casquillo estuvieran relacionados, por muy convencidos que estuviéramos de ello. En realidad, el examen de aquellas dos pruebas no podía relacionarlas, porque las estrías y superficies lisas y las marcas impresas por la aguja percutora son tan distintas como las huellas dactilares y las del calzado.

En casos así, lo único que se puede esperar es que coincidan las historias que cuentan los testigos.

Sorprendentemente, en este caso era así. Cuando Frost dio orden de ejecutar la búsqueda, sólo tuvo que esperar un par de minutos para que DRUGFIRE nos diera a conocer que tenía varios candidatos que podían encajar con el pequeño cilindro chapado en níquel que habíamos encontrado a tres metros de la sangre de Danny.

-Veamos qué tenemos aquí... -Frost hablaba consigo mismo mientras situaba el principio de la lista en la pantalla-. Aquí está el principal candidato. -Arrastró el dedo sobre el cristal-. No hay color. Éste va muy

por delante de todos los demás.

-Una Sig P220 del cuarenta y cinco -leí, y miré a Frost con perplejidad-. ¿El casquillo encaja con un arma y no con otro casquillo?

-Así es, Dios bendito.

-Veamos si lo he entendido bien. -No podía creer lo que estaba viendo-. Este programa DRUGFIRE no tiene las características de un arma de fuego a menos que ésta, por la razón que sea, haya sido llevada a un laboratorio. Por la policía.

-Así es como se hace -asintió Frost al tiempo que empezaba a imprimir pantallas-. Esa Sig del cuarenta y cinco que aparece en el ordenador está confirmándose como el arma que disparó el casquillo encontrado en las proximidades del cuerpo de Danny Webster. En este momento sabemos hasta ahí. Lo que voy a hacer ahora es coger el casquillo de la prueba que se realizó con el arma cuando fue registrada.

El hombre se puso en pie. Yo no me moví y continué mirando la lista de DRUGFIRE, con los símbolos y abreviaturas que nos revelaban datos de la pistola. Dejaba las mismas marcas de rebotes y deformaciones -es decir, sus huellas dactilares- en los casquillos de cada bala que disparaba. Pensé en el cuerpo rígido de Ted Eddings en las frías aguas del río Elizabeth. Pensé en Danny, muerto junto a un túnel que ya no conducía a ninguna parte.

-Entonces, por la vía que sea, esta arma ha vuelto a la calle -murmuré.

Frost apretó los labios y abrió un archivador.

-Así parece. Pero, para empezar, en realidad ni siquiera conozco las circunstancias o razones por las que consta en la lista... -Sin dejar de rebuscar, añadió-: Creo que el arma nos la envió el departamento de policía del condado de Henrico. Veamos..., ¿dónde está el CVA5471 ? En esta sección nos estamos quedando sin espacio, desde luego.

-Fue enviada el otoño pasado -indiqué. La fecha aparecía en la pantalla-. El veintinueve de septiembre.

-Sí. Esa debe de ser la fecha en que se rellenó el formulario.

-¿Sabe por qué entregó la pistola la gente de Henrico?

-Tendrá que llamarlos y preguntárselo a ellos -contestó Frost.

-Ahora mismo voy a poner a Marino a trabajar en ello.

-Buena idea.

Llamé al contestador de Marino mientras Frost sacaba un expediente del archivador. Dentro había el típico sobre de plástico transparente que utilizábamos para guardar los miles de casquillos y vainas de armas de fuego que llegaban cada año de los laboratorios de Virginia.

-Vamos allá-dijo.

-¿Tiene alguna Sig P220 aquí? -Me puse en pie también.

-Una. Estará en el armero con las demás automáticas del cuarenta y cinco.

Mientras colocaba el casquillo de control bajo la lente del microscopio, me asomé a una sala que era una pesadilla o una tienda de juguetes, según como se mirara.

Las paredes eran grandes casilleros repletos de pistolas y revólveres de todos los tamaños y calibres. Resultaba deprimente pensar en

cuántas muertes habrían producido las armas almacenadas en aquella sola habitación abarrotada, y en cuántos casos habrían pasado por mis manos. La Sig Sauer P220 era negra y se parecía tanto a las nueve milímetros que llevaba la policía de Richmond que a primera vista no habría podido distinguirlas. Por supuesto, en una inspección más minuciosa la cuarenta y cinco era un poco mayor e imaginé que la marca de la boca del cañón también sería algo distinta.

-¿Dónde está el tampón? -pregunté a Frost mientras éste se inclinaba sobre el microscopio para alinear ambos casquillos de modo que pudiera compararlos físicamente, el uno al lado del otro.

-En el primer cajón de mi mesa -respondió al tiempo que sonaba el teléfono-. Busque en el fondo.

Saqué la cajita metálica del tampón de tinta y desplegué junto a ella un pañuelo de algodón cruzado, impoluto como la nieve, que coloqué sobre una almohadilla delgada de plástico blando. Frost descolgó el teléfono.

-¡Eh, amigo! Tenemos algo en el DRUGFIRE -le oí decir, y supe que hablaba con Marino-. ¿Puedes encargarte de un asunto?

Procedió a contarle a Marino lo que sabía. Después de colgar se volvió hacia mí.

-Marino va a comprobar eso de Henrico ahora mismo.

-Bien -respondí abstraída, mientras presionaba el cañón de la pistola primero contra la tinta y después contra el pañuelo-. Éstas son claramente características -apunté de inmediato mientras estudiaba varias marcas negruzcas de la boca del cañón que mostraban con claridad el punto de mira, la guía de retroceso y la forma de la guía.

-¿ Cree que podríamos identificar ese tipo de pistola en concreto? -preguntó Frost, y volvió a concentrarse en el microscopio.

-En un disparo a quemarropa, teóricamente sí. El problema, claro, es que un arma del cuarenta y cinco con munición de altas prestaciones resulta tan increíblemente destructiva que no hay muchas posibilidades de encontrar marcas aprovechables. Sobre todo si el disparo es en la cabeza.

Así había sucedido en el caso de Danny, incluso después de recurrir a mis máximas habilidades en cirugía plástica para reconstruir el orificio de entrada. Aun así, al comparar el pañuelo con los diagramas y fotos que había realizado abajo, en el depósito, no encontré nada que descartara la Sig P220 como el arma del crimen. De hecho me pareció que habría encajado con una marca del punto de mira que sobresalía del borde de la entrada.

-Ahí tenemos la confirmación -anunció Frost, y ajustó el enfoque sin apartar los ojos del microscopio.

De pronto oímos unos pasos que se acercaban a la carrera por el pasillo y levantamos la cabeza.

-¿Quiere mirar?

-Sí, claro -respondí mientras una segunda persona pasaba corriendo con un sonoro tintineo de llaves colgadas de un cinturón.

-¡Pero qué cono ocurre! -Frost se puso en pie y se volvió hacia la puerta, ceñudo.

En el pasillo, las voces habían subido de tono y todo el mundo corría ahora, pero en dirección contraria. Frost y yo asomamos la cabeza en el preciso instante en que varios guardias de seguridad pasaban corriendo, camino de sus puestos. Los técnicos, con sus batas de laboratorio, no se movían de las puertas, observando el movimiento. Todo el mundo preguntaba qué sucedía cuando de pronto se disparó la alarma de incendios y las luces rojas del techo empezaron a destellar.

-¿Qué cono es esto, un ejercicio antiincendios? -gritó Frost.

-No hay ninguno programado. -Me cubrí los oídos con las manos mientras todo el mundo corría.

-¿Eso significa que hay un incendio? -Me miró, perplejo.

Eché una breve mirada a los aspersores del techo y grité:

-¡Tenemos que salir de aquí!

Corrí escaleras abajo y apenas había cruzado las puertas del vestíbulo de mi planta cuando una furiosa tormenta blanca de frío gas halón se desató desde el techo. Entré y salí de las dependencias envuelta en un estruendo, como si estuviera entre enormes platillos batidos furiosamente por un millón de baquetas. Fielding había desaparecido y todas las oficinas que vi habían sido evacuadas tan deprisa que los cajones habían quedado abiertos y los microscopios y visores de radiografías conectados. Me envolvieron las nubes frías y tuve la sensación irreal de volar a través de un huracán en medio de un raid aéreo. Me asomé a la biblioteca, miré en los lavabos, y cuando tuve la seguridad de que todo el mundo estaba a salvo, eché a correr por el pasillo y abrí de un empujón las puertas de la entrada, donde me detuve un momento a recuperar el aliento.

El procedimiento a seguir en las alarmas y ejercicios estaba tan rígidamente establecido como en la mayoría de los lugares públicos del estado. Sabía que encontraría a mi personal reunido en la segunda planta del aparcamiento de la Torre Monroe, al otro lado de Franklin Street. En aquellos instantes, todos los empleados de Consolidated Lab deberían estar en los lugares asignados, excepto los jefes de sección y los jefes de agencia, y de éstos yo era la última en aparecer, sin contar al director de servicios generales, que era el responsable de mi edificio. Lo vi cruzar la calle con paso enérgico delante de mí, con un casco de trabajo bajo el brazo. Cuando lo llamé a gritos, se volvió e hizo una mueca, como si no me conociera.

-Madre mía, ¿pero qué sucede? -le pregunté cuando llegué a su altura y cruzamos hasta la acera.

-Que será mejor que este año no haya solicitado ningún extra en su presupuesto. ¡Esto es lo que sucede!

El tipo era un viejo siempre bien vestido y siempre desagradable. Esta vez estaba furioso.

Miré hacia el edificio y no vi rastro de humo, aunque oí ulular las sirenas de los coches de bomberos a lo lejos.

-Algún cabrón ha manipulado el sistema de aspersores, que no se para hasta que ha soltado los productos químicos. -Me lanzó una mirada furiosa, como si yo tuviera la culpa-. ¡Y eso que tenía programado un retraso en el disparo del maldito sistema para evitar

una cosa así!

-Lo cual sería de gran ayuda si se produjera un fuego químico o una explosión en el laboratorio... -no pude resistirme a señalar, porque la mayor parte de las decisiones de aquel hombre eran de aquel calibre-. Seguro que no le gustaría un retraso de treinta segundos si sucediera algo parecido.

-Bah, esas cosas no pasan. ¿Tiene idea de cuánto costará esto?

Pensé en el papeleo de mi escritorio y en otros materiales importantes, barridos por el vapor de los aspersores y posiblemente dañados.

-¿Por qué iba a estar alguien interesado en manipular el sistema? -pregunté.

-Mire, en este momento tengo la misma información que usted.

-Pero miles de litros de productos químicos han llovido sobre todas mis oficinas, en el depósito de cadáveres y en la división de anatomía.

Mientras subíamos las escaleras, mi frustración se hacía cada vez más incontenible.

-Ni se dará usted cuenta de que ha sucedido. -El hombre hizo caso omiso de mi comentario-. Desaparece como un vapor.

-Ha caído sobre los cuerpos que estábamos estudiando. Entre ellos, varios homicidios. Esperemos que ningún abogado defensor traiga a colación el asunto ante un tribunal.

-Lo que usted debe esperar es que encontremos la manera de pagar lo sucedido. Varios cientos de miles de dólares, sólo para rellenar los depósitos de halón. Eso es lo que no tiene que dejarle pegar ojo en toda la noche.

En la segunda planta del aparcamiento se apretujaban cientos de empleados públicos en un descanso inesperado en su jornada. Por lo general, los ejercicios y falsas alarmas eran una invitación a bromear y la gente se mostraba cordial siempre que hiciera buen tiempo, pero esta vez no había nadie relajado. El día era frío y gris y la gente hablaba con voces excitadas. El director se marchó bruscamente a hablar con uno de sus secuaces y eché un vistazo a mi alrededor. Acababa de localizar a mi equipo cuando noté una mano en el brazo.

-Eh, ¿qué te pasa? -preguntó Marino cuando me sobresalté-. ¿Tienes el síndrome de estrés postraumático?

-Claro que sí. ¿Estabas en el edificio?

-No, pero no andaba lejos. He oído lo de la alarma de incendio por la radio y he venido a comprobarlo.

Se enderezó el cinturón del uniforme, con todos sus numerosos pertrechos, y su mirada recorrió la multitud.

-¿Te importaría decirme qué cono sucede aquí? ¿Por fin habéis tenido un caso de combustión espontánea?

-No sé exactamente qué sucede, pero me han dicho que alguien ha provocado una falsa alarma que ha disparado el sistema de aspersores de todo el edificio. ¿Qué haces tú aquí?

-Ahí está Fielding. -Marino lanzó un saludo-. Y Rose. No falta nadie. Y tú, ¿no estás helada?

-Sí. ¿Y dices que no andabas lejos? -insistí yo, porque cuando Marino

se mostraba evasivo siempre era por alguna razón.

-La alarma se oía desde la mismísima Broad Street -respondió.

Como si lo hubiese oído, el terrible estrépito al otro lado de la calle cesó bruscamente. Me acerqué al muro del aparcamiento y me asomé por encima, cada vez más preocupada por lo que encontraría cuando nos permitiesen volver al edificio. Los coches de bomberos ronroneaban estruendosamente en los aparcamientos y los hombres, con sus trajes protectores, entraban por puertas distintas.

-Cuando he visto lo que sucedía -añadió Marino-, he imaginado que estarías aquí y he querido comprobarlo.

-Has imaginado bien -asentí. Tenía las puntas de los dedos amoratadas-. ¿Sabes algo del asunto de Henrico, el casquillo del cuarenta y cinco que parece haber sido disparado por la misma Sig P220 que mató a Danny? -le pregunté, todavía pegada al frío muro de cemento y contemplando la ciudad.

-¿Qué te hace pensar que iba a saber algo tan pronto?

-Pues que todo el mundo te tiene miedo.

-Sí, es cierto. ¡Y tienen buenas razones para ello!

Marino se acercó más a mí y también se apoyó en la pared, pero él lo hizo vuelto de cara a la gente porque no le gustaba dar la espalda a nadie... y no era por una cuestión de buenos modales. Se ajustó de nuevo el cinturón y cruzó los brazos sobre el pecho. Evitó mi mirada y me di cuenta de que estaba enfadado.

-El once de diciembre -me explicó-, la policía de Henrico dio el alto a un coche en la 64 y la autovía de Mechanicsville. Cuando el agente de Henrico se acercó al coche, el conductor salió huyendo y el agente lo persiguió a pie. Era de noche. -Pete sacó el paquete de cigarrillos-. La persecución a pie cruzó el límite del condado y siguió en la ciudad hasta terminar en Whitcomb Court. -Encendió el mechero-. Nadie está seguro de qué pasó, pero lo cierto es que el agente perdió su arma durante el incidente.

Tardé un momento en recordar que hacía varios años el departamento de policía del condado de Henrico había cambiado las nueve milímetros por unas pistolas Sig Sauer P220 del cuarenta y cinco.

-¿Y ésa es la pistola en cuestión? -pregunté, inquieta.

-Efectivamente. -Aspiró una bocanada de humo-. En Henrico tienen establecido incluir todas las Sig en el archivo DRUGFIRE por si alguna vez sucede una cosa como ésta. ¿Lo sabías?

-Pues no, no lo sabía.

-Está bien. Los policías pierden su arma, o se la roban, como a cualquiera. Por eso no es mala idea seguir su rastro cuando desaparecen, por si son utilizadas en la comisión de delitos.

-Entonces, ¿el arma que mató a Danny es la que perdió ese policía de Henrico? -quise asegurarme.

-Eso parece.

-Hace un mes estaba perdida -continué-, y ahora acaba de ser utilizada para cometer un asesinato, para matar a Danny.

Marino sacudió la ceniza del cigarrillo y se volvió hacia mí.

-Por lo menos no eras tú quien iba en el coche.

No podía responder a aquello.

-El sitio no está lejos de Whitcomb Court y de otros lugares poco recomendables -continuó Pete-. No me extrañaría que al final estuviéramos ante un robo de coche.

-No. -Me negaba a aceptar tal posibilidad-. El coche seguía allí. Nadie se lo llevó.

-Quizá sucedió algo que hizo cambiar de idea a ese hijoputa. Pudo ser cualquier cosa. Un vecino que enciende una luz, una sirena que suena en alguna parte, una alarma contra ladrones que se dispara accidentalmente... Quizá le entró miedo después de disparar contra Danny y dejó sin terminar lo que había empezado.

-No era preciso disparar... -Contemplé el tráfico que avanzaba lentamente por la calle de abajo-. Podía haber cogido el Mercedes a la salida del bar. ¿Por qué llevarse a Danny y obligarlo a bajar por la colina entre los árboles? -Mi tono se hizo más duro-. ¿Por qué tantas molestias por un coche que al final no se lleva?

-Quién sabe. Esas cosas suceden -insistió Pete.

-¿Qué hay del mecánico de Virginia Beach? ¿Alguien ha hablado con él?

-Danny pasó a recoger el coche hacia las dos y media, la hora a la que te dijeron que lo tendrían listo.

-¿Qué significa eso de que me dijeron?

-Cuando llamaste -explicó Marino.

Me volví hacia él.

-Yo no he llamado a nadie.

-Pues ellos dicen que sí. -Arrojó más ceniza al suelo.

-No. -Moví la cabeza-. Llamó Danny porque era cosa suya. Trató con ellos y con el servicio de mensajería de mi despacho.

-Pues el mecánico habló con alguien que dijo llamarse Scarpetta. ¿Lucy, tal vez?

-Dudo mucho de que se hiciera pasar por mí. ¿Y era una mujer quien llamó?

Marino vaciló.

-Buena pregunta, pero creo que deberías hablar con Lucy, sólo para asegurarte de que no fue ella.

Los bomberos empezaban a abandonar el edificio y calculé que pronto nos permitirían volver a los despachos. Pasaríamos el resto de la jornada comprobándolo todo, entre especulaciones y lamentos, con la amenaza de que llegaran nuevos casos.

-Lo que me preocupa más es lo de la munición -añadió Marino.

-Frost debería estar de vuelta en su laboratorio dentro de una hora -indiqué, pero a Marino no parecía interesarle.

-Lo llamaré. No voy a subir ahí con todo este lío.

Me di cuenta de que no quería separarse de mí y que tenía en la cabeza algo más que aquel caso.

-¿Te preocupa algo? -le pregunté.

-Sí, doctora. Siempre hay algo que me preocupa.

-¿De qué se trata esta vez?

Pete sacó de nuevo el paquete de Marlboro y pensé en mi madre, que ahora estaba permanentemente acompañada por una tienda de oxígeno porque en otra época había sido tan fumadora como él.

-No me mires así -me advirtió mientras buscaba el encendedor.

-No quiero que te mates con eso. Y hoy pareces realmente decidido a hacerlo.

-De algo hay que morir...

-Atención -vociferó la megafonía de un vehículo contra incendios-. Habla el departamento de Bomberos de Richmond. La emergencia ha terminado. Pueden entrar de nuevo en el edificio. -La voz mecánica insistió en su mensaje con su tono monocorde y sus repetidos e insoportables pitidos-. Atención. La emergencia ha terminado. Pueden entrar de nuevo en el edificio...

-Yo quiero estirar la pata -continuó Marino sin prestar atención al alboroto- mientras bebo una cerveza y tomo unos nachos con enchilada y crema agria, con un puro entre los dedos, dándole al Jack Black y viendo un partido.

-Puestos ya, añade «y mientras hago el amor». -No lo dije en son de broma porque no veía nada de divertido en aquella manera de arriesgar su salud.

-Doris me curó del sexo. -Marino también se puso serio al referirse a la mujer con la que había estado casado la mayor parte de su vida. Caí en la cuenta de que allí debía estar la explicación de su estado de ánimo.

-¿Cuándo has tenido noticias de ella por última vez?

Pete se apartó del muro y se alisó hacia atrás los cabellos, cada vez más escasos. Una vez más volvió a ajustarse el cinturón como si detestara los pertrechos de su profesión y las capas de grasa que se habían introducido sin miramientos en su vida. Había visto fotos de él cuando era agente en Nueva York, montado en moto o a caballo; entonces era un hombre delgado y fuerte, con una tupida mata de cabellos negros y unas botas altas de cuero. Era una época en la que Doris debía de encontrar muy atractivo a su marido.

-Anoche. Llama de vez en cuando, ya sabes, sobre todo para hablar con Rocky.

Recordé al muchacho, su hijo.

Marino observaba a los funcionarios que empezaban a dirigirse hacia las escaleras. Estiró los dedos y los brazos y llenó los pulmones con una profunda inspiración. Mientras los ocupantes abandonaban el aparcamiento -la mayoría de ellos helados de frío y malhumorados y dispuestos a recuperarse del trastorno causado por la falsa alarma en su programa de trabajo-, Pete se frotó la nuca.

-¿Qué quiere de ti? -me sentí obligada a preguntar. Él siguió mirando a su alrededor.

-Bueno, parece que se casa -respondió por fin-. Es el titular del día.

Me quedé de una pieza.

-Marino... Lo siento mucho.

-Con el tipejo del coche grande con los asientos de cuero. ¿No te parece encantador? Primero se larga. Después quiere volver. Luego

Molly deja de salir conmigo. Y ahora Doris se casa, de buenas a primeras.

-Lo siento -repetí.

-Será mejor que entres antes de que cojas una pulmonía -dijo él-. Yo tengo que volver a comisaría y llamar a Wesley para contarle lo que tenemos. Va a querer que le informemos respecto al arma, y para ser sincero contigo -me dirigió una breve mirada mientras caminábamos-, sé lo que va a decir el FBI.

-Va a decir que la muerte de Danny es fortuita -apunté.

-Y en el fondo pienso que a lo mejor lo fue. Cada vez me da más la impresión de que Danny quizá quería comprar un poco de crack o algo así y fue a dar con quien no debía, un tipo que casualmente había encontrado la pistola de un policía.

-Sigue sin convencerme...

Cruzamos Franklin Street y volví la mirada hacia el norte, donde la imponente estación de tren, de ladrillo rojo y estilo gótico, con la torre del reloj, me ocultaba a la vista el barrio de Church Hill. Danny se había desviado muy poco de la zona en la que posiblemente había estado la noche anterior, cuando tenía que entregar el coche. No había encontrado nada que me hiciera sospechar que el muchacho se proponía conseguir droga. Tampoco había descubierto ningún indicio físico de que tomara alguna. Aún faltaban los informes toxicológicos, por supuesto, pero ya sabía que Danny no había bebido.

-Por cierto -dijo Marino mientras abría la puerta de su Ford-, he pasado por la subcomisaría de la Séptima y Duval y tendrás el Mercedes esta tarde.

-¿Ya lo han examinado?

-Sí. Lo hicimos anoche y lo teníamos todo listo a la hora de abrir los laboratorios esta mañana, porque dejé muy claro que con este caso no vamos a andar con remilgos. Todo lo demás pasa a segundo término.

-¿Qué habéis encontrado? -quise saber, pero cuando pensé en el coche y en lo que había sucedido en su interior me pareció insufrible.

-Huellas, no sé de quién. Hemos sacado moldes. En realidad eso es todo. -Subió al coche y dejó abierta la portezuela-. No obstante me aseguraré de que lo traigan aquí para que puedas volver a casa.

Le di las gracias, pero cuando entré en el edificio supe que ya no podría conducir aquel coche. Supe que no podría tocar aquel volante nunca más. Ni siquiera podría abrir las puertas o sentarme de nuevo en su interior.

Cleta fregaba el vestíbulo mientras la recepcionista frotaba el mobiliario con unas gamuzas. Intenté explicarles que no era necesario hacerlo. La ventaja de un gas inerte como el halón, les dije en tono paciente, era que no afectaba al papel ni a los instrumentos delicados.

-Se evapora sin dejar residuos -les aseguré-. No es necesario que lo limpien todo. Pero habrá que enderezar los cuadros de las paredes, y en el mostrador de Megan hay un desorden terrible. -En la zona de recepción, el suelo estaba sembrado de solicitudes de donaciones anatómicas y de otros formularios.

-Sigo pensando que huelo algo raro -apuntó Megan.

-Sí. A revistas, eso es lo que hueles, tonta -intervino Cleta-. Siempre tienen un olor raro. -Se volvió hacia mí-. ¿Qué hay de los ordenadores?

-No deberían estar afectados en absoluto -respondí-. Me preocupan más los suelos que está fregando. Terminen y séquenlos bien, no vaya a resbalar alguien.

Con un creciente sentimiento de impotencia, seguí pisando con cuidado las resbaladizas baldosas mientras las dos mujeres seguían con su quehacer. Cuando tuve a la vista mi despacho, me preparé para lo que iba a encontrar y me detuve apenas cruzado el umbral.

Mi secretaria ya estaba allí, trabajando.

-Muy bien, Rose. ¿Qué tal todo?

-No hay ningún problema, excepto que todos los papeles han volado. Ya he enderezado las macetas. -Rose era una mujer enérgica, con la edad suficiente para jubilarse. Me miró por encima de las gafas de leer y añadió-: Usted siempre ha querido tener vacías las cestas de entradas y salidas de correspondencia; pues bueno, ahora lo están.

Los certificados de defunción, las notificaciones judiciales y los informes de autopsia habían volado por todas partes como hojas de otoño. Había papeles en el suelo, en las estanterías y hasta en las ramas del ficus.

-También opino que no debería usted pensar que el hecho de no ver una cosa no significa que no exista un problema. Por eso creo que debería dejar que todos esos papeles se aireen. Voy a improvisar un tendedero aquí mismo y con unos clips...

Rose hablaba sin dejar de moverse. Advertí que se le había soltado un mechón de cabellos canosos del moño alto que lucía.

-Estoy segura de que no será necesario nada de eso. -Me dispuse a repetir el discurso-: El halón desaparece cuando se seca.

-He visto que no ha sacado el casco del cajón.

-No he tenido tiempo de cogerlo -respondí.

-Es una lástima que no tengamos ventanas. -No había semana que Rose no repitiera la misma cantinela.

-En realidad lo único que tenemos que hacer es recoger las cosas -insistí-. Están todas paranoicas.

-¿A usted la han gaseado con eso alguna vez?

-No -reconocí.

-Ya -exclamó ella mientras dejaba un montón de toallas junto a ella-. Entonces todas las precauciones son pocas.

Me senté tras mi mesa, abrí el cajón superior y saqué de él varias cajas de clips. El abatimiento me atenazó el pecho y temí que me desmoronaría allí mismo. Mi secretaria me conocía mejor que mi madre y captó cada una de mis expresiones, pero no dejó de trabajar.

-Doctora Scarpetta -dijo al cabo de un largo silencio-, ¿por qué no se va a casa? Yo me ocuparé de esto.

-Nos ocuparemos de esto entre las dos, Rose -repliqué con terquedad.

-No puedo creer que ese guarda de seguridad fuera tan estúpido.

-¿Qué guarda de seguridad? -Dejé lo que estaba haciendo y la miré.

-El que disparó el sistema antiincendios porque pensó que íbamos a

tener alguna clase de fusión radiactiva en el piso de arriba.

La miré mientras Rose levantaba de la moqueta un certificado de defunción. Lo colgó del cordel con los clips mientras yo seguía poniendo orden en mi mesa.

-¿Pero de qué me está hablando? -le pregunté.

-Es lo único que sé. Hablaban de ello en el aparcamiento. -Se frotó la zona lumbar y miró a su alrededor-. Estoy asombrada de lo deprisa que se seca eso. Parece salido de una película de ciencia ficción. Creo que esto funcionará perfectamente -añadió mientras colgaba otro papel.

No hice más comentarios y pensé de nuevo en mi coche. La idea de volver a verlo me producía auténtico espanto y me tapé la cara con las manos. Rose no supo muy bien qué hacer porque nunca me había visto llorar.

-¿Quiere que le traiga café? -preguntó. Dije que no con la cabeza y ella intentó darme ánimos de nuevo-. Es como si hubiera pasado un vendaval. Mañana no quedará ni rastro.

Me sentí aliviada cuando la oí salir. Rose cerró suavemente las dos puertas y me recosté en el asiento. Estaba exhausta. Después descolgué el teléfono y marqué el número de Marino, pero no lo encontré; entonces probé a hablar con Walter, el concesionario de Mercedes, confiando en que no hubiera salido a alguna parte.

Tuve suerte.

-¿Walter? Soy la doctora Scarpetta -le dije sin más preámbulos-. ¿Puede hacer el favor de venir a recoger mi coche? -Titubeé un instante y añadí-: Supongo que le debo una explicación...

-No es necesario. ¿Ha sufrido muchos daños? -Era evidente que el hombre había seguido las noticias.

-Para mí es siniestro total. Para cualquier otro está como nuevo.

-Comprendo. Y no se lo recrimino -añadió-. ¿Qué quiere que hagamos?

-¿Puede cambiármelo por algo ahora mismo?

-Tengo un coche casi idéntico. Pero es usado.

-¿Muy usado?

-Apenas. Pertenecía a mi esposa. Un S-500, negro, con el interior de piel.

-¿Puede encargar a alguien que lo traiga al aparcamiento de la parte de atrás de mi edificio y se lleve el otro?

-Voy para allá, doctora.

Walter llegó a las cinco y media, ya anochecido, una hora estupenda para que un vendedor enseñara un coche usado a una cliente tan desesperada como yo. Lo cierto sin embargo es que llevaba muchos años tratando con Walter, y a decir verdad me merecía suficiente confianza como para habérselo comprado sin verlo siquiera. Era un negro de aspecto muy distinguido, con un mostacho inmaculado y un corte de pelo siempre impecable. Vestía mejor que cualquier abogado y llevaba una pulsera de oro de Alerta Médica porque era alérgico a las abejas.

-Lamento mucho todo esto -me dijo mientras yo recogía las cosas del portaequipajes.

-Yo también lo siento. -No hice ningún esfuerzo por mostrarme amistosa o por disimular mi estado de ánimo-. Aquí tiene una llave. La otra, considérela perdida. Y lo que me gustaría, si no le importa, es marcharme ahora mismo. No quiero ver cómo sube al coche. Lo único que quiero es marcharme. Ya nos ocuparemos del equipo de radio más adelante.

-De acuerdo. Ya habrá ocasión de hablar sobre los detalles.

Los detalles no me importaban en absoluto. En aquel momento no estaba interesada en la relación coste/eficacia de lo que acababa de hacer o en si era cierto que el estado del coche era tan bueno como el del que acababa de cambiar. Habría podido conducir una hormigonera y me habría parecido bien. Pulsé un botón del salpicadero y las puertas se cerraron mientras guardaba la pistola entre los asientos.

Me dirigí al sur por Fourteenth Street y doblé por Canal en dirección a la interestatal que solía tomar para llegar a casa, pero varias salidas después cogí una y di media vuelta. Quería hacer el recorrido que posiblemente había seguido Danny la noche anterior, y si venía de Norfolk debía de haber tomado la 64 Oeste. La salida más fácil para él sería la del Medical College, pues ésta lo llevaba casi directamente a mi oficina, pero no creía que fuera eso lo que había hecho mi joven ayudante.

Cuando Danny llegó a Richmond debió pensar en comer algo, y en las inmediaciones de mi oficina no había nada que pudiera interesarle. El muchacho lo sabía sin duda porque había trabajado con nosotros en anteriores ocasiones. Imaginé que habría salido en Fifth Street, como hacía yo en aquel momento, y que habría seguido hasta Broad. Era noche cerrada cuando pasé junto a los solares vacíos y en construcción que pronto se convertirían en el Parque de Investigaciones Biomédicas de Virginia, al cual se trasladaría algún día mi sección.

Varios coches patrulla pasaron en silencio y me detuve tras uno de ellos en el semáforo junto al Marriott. Me fijé en el agente que iba al volante cuando encendió una luz en el interior del coche y se puso a escribir en una hoja sujeta a un portapapeles metálico. Era muy joven, con el pelo rubio claro. Lo vi descolgar el micrófono de la radio y hablar con alguien. Distinguí el movimiento de sus labios cuando se volvió a mirar la silueta oscura de la minicomisaría de la esquina. El joven agente exhaló el aire de los pulmones y sorbió algo de un vaso de 7-Eleven. Me di cuenta de que no hacía mucho tiempo que era policía porque no había sabido darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. No parecía haberse percatado de que lo estaban observando.

Seguí adelante y tomé a la izquierda por Broad hasta dejar atrás un Rite Aid y los viejos almacenes Miller & Rhoads, que habían cerrado definitivamente las puertas porque cada vez eran menos los que compraban en el centro. El ayuntamiento antiguo era una fortaleza gótica de granito que se alzaba a un lado de la calle; al otro lado quedaba el campus del Medical College of Virginia, que a mí me resultaba conocido, pero quizá no a Danny. No creía que conociese The Skull & Bones, donde comían el personal médico y los estudiantes, ni que hubiera sabido dónde aparcar el coche en aquella zona.

Me inclinaba a pensar que el pobre muchacho habría hecho lo que cualquiera que llegara a una ciudad relativamente desconocida al volante del lujoso automóvil de su jefa. Se habría encaminado directamente al lugar acordado y se habría detenido en el primer local decente que encontrase, y tal lugar era precisamente el Hill Café. Doblé la esquina, como tema que haber hecho Danny para aparcar de cara al sur, donde habíamos encontrado la bolsa de las sobras. Me detuve bajo el espléndido magnolio y me apeé del coche al tiempo que deslizaba la pistola en un bolsillo del abrigo. Inmediatamente se reanudaron los ladridos tras la valla de tela metálica. Los ladridos parecían venir de un animal de gran tamaño, y por su insistencia daba la impresión de que entre el perro y yo había alguna cuenta pendiente que lo llenaba de odio. En el piso de arriba de la casita de su amo se encendieron las luces.

Atravesé la calle y entré en el local, concurrido y animado como de costumbre. Daigo estaba ocupada en preparar vanos whisky sour y no reparó en mí hasta que ocupé un taburete de la barra.

-Esta noche tiene cara de necesitar algo fuerte, encanto -dijo entonces mientras colocaba una rodaja de naranja y una *cereza,* en cada vaso.

-Sí, pero estoy trabajando -respondí. Los ladridos habían cesado.

-El mismo problema del capitán. Usted y él siempre están trabajando.

Con una mirada indicó algo a un camarero. Éste se acercó y recogió las bebidas. Daigo empezó a preparar el siguiente pedido.

-¿Se ha fijado alguna vez en el perro de ahí delante, al otro lado de la calle? -pregunté sin alterar la voz.

-¿Bandido? Bueno, por lo menos es así como yo llamo a ese perro hijo de perra. No puede hacerse una idea de la cantidad de clientes que me ha ahuyentado ese cabronazo. -Me miró con gesto irritado mientras cortaba en rodajas un limón verde-. Es mitad perro pastor y mitad lobo, ¿sabe? -continuó sin darme tiempo a decir nada-. ¿La ha molestado?

-No. Es que esos ladridos tan fuertes y feroces... Me pregunto si ladraría anoche, después de que dejaran ahí a Danny Webster. Sobre todo porque sospechamos que estuvo aparcado bajo el magnolio, que está en el solar del perro.

-Ese cabrón se pasa el rato ladrando.

-¿No lo recuerda? Bueno, no esperaba que...

La mujer me interrumpió al tiempo que leía un pedido y abría una cerveza.

-¡Claro que me acuerdo! Ya le digo que se pasa el rato ladrando, y no iba a ser menos con ese pobre muchacho. Menuda bronca montó Bandido cuando el chico salió de aquí. Ese perro ladra hasta a su propia sombra.

-¿Y antes de que Danny saliera?

Daigo se detuvo un momento a pensar. Enseguida se le iluminaron los ojos.

-Bueno, ahora que lo dice, me parece que los ladridos fueron casi constantes a primera hora de la tarde. Incluso comenté que me estaban volviendo loca y estuve a punto de llamar al dueño de ese cabrón.

-¿Qué me puede decir de los demás clientes? -pregunté-. ¿Había mucha gente mientras Danny estuvo aquí?

-No -dijo con toda rotundidad-. En primer lugar, su amigo llegó muy temprano. Aparte de los habituales de la barra, aún no había nadie. En realidad no recuerdo que entrara nadie a cenar hasta las siete, por lo menos. Y el chico a esa hora ya se había marchado.

-¿Y cuánto rato ladró el perro desde que se marchó?

-A ratos, durante toda la noche. Como siempre.

-A ratos, pero no todo el rato.

-Ni Bandido podría ladrar toda la noche. No, todo el rato no. -Me lanzó una mirada penetrante-. Ahora bien, si piensa que el perro ladraba porque ahí fuera había alguien esperando al chico -me apuntó con el cuchillo-, le diré que no lo creo. La gentuza que pudiera merodear por aquí saldría corriendo en cuanto oyera al perro. Para eso lo tiene esa gente de ahí delante. -Movió el cuchillo otra vez, indicando el lugar.

Pensé de nuevo en la Sig robada que se había utilizado para matar a Danny y en dónde la habría perdido el agente, y comprendí muy bien a qué se refería Daigo. El delincuente callejero habitual se asustaría de aquel perrazo escandaloso y de la atención que pudieran despertar los ladridos. Di las gracias a la encargada del bar y salí. Ya en la acera, me detuve un momento y observé las farolas de gas situadas a intervalos considerables a lo largo de las calles estrechas y oscuras. Los espacios entre edificios quedaban sumidos en densas sombras, y en ellos podía acechar cualquiera, sin ser visto.

Miré hacia mi nuevo vehículo y hacia el pequeño patio situado detrás, donde el perro yacía en el suelo, a la espera. En aquel preciso momento estaba callado. Anduve unos pasos por la acera en dirección al norte para ver qué hacía, pero no mostró el menor interés hasta que me acerqué al patio. Entonces oí su gruñido ronco y agresivo que me puso la piel de gallina. Cuando abrí la puerta del coche, el animal ya estaba erguido sobre las patas traseras y sacudía la valla con las delanteras, entre sonoros ladridos.

-Sólo guardas tu territorio, ¿eh, muchacho? -murmuré-. Ojalá pudieras contarme lo que viste anoche.

De repente alguien alzó el cristal de una ventana de guillotina del piso de arriba y miré hacia la casa.

-¡Cállate, Bozo! -gritó un hombre obeso de cabellos enmarañados-. ¡Deja de ladrar, estúpido!

La ventana se cerró con un fuerte golpe.

-Muy bien, Bozo -dije al perro que, por desgracia para él, en realidad no se llamaba Bandido-. Ya te dejo en paz.

Eché un último vistazo a mi alrededor y subí al coche.

El trayecto desde el restaurante de Daigo hasta la zona restaurada de Franklin donde la policía había localizado mi antiguo coche se hacía en menos de tres minutos si se conducía a la velocidad permitida. Al llegar a la colina que conducía a Sugar Bottom, di media vuelta. Ni se me pasó por la cabeza seguir hasta allá abajo, sobre todo en un Mercedes. Este pensamiento me llevó a otro.

Me pregunté por qué habría decidido el agresor seguir a pie en una

zona rehabilitada como aquélla, que disponía de un programa de vigilancia del barrio del que se había hablado mucho. Church Hill publicaba su propio boletín y los residentes vigilaban tras sus ventanas y no dudaban en llamar a la policía, sobre todo cuando se producían disparos. Parecía más seguro regresar a mi coche como si tal cosa y alejarse hasta estar a una distancia segura.

Pero el asesino no había actuado así y pensé que tal vez conocía el lugar pero no lo que sucedía en él, porque en realidad no era de allí. Me pregunté si habría dejado mi coche donde estaba porque tenía el suyo aparcado en las inmediaciones y el mío no le interesaba. No lo necesitaba para sacar dinero ni para escapar. Tal teoría tenía sentido si el asesino había seguido a Danny, en lugar de tropezarse con él. Mientras el muchacho cenaba, tal vez el agresor había aparcado, había vuelto a pie hasta las inmediaciones del café y había esperado en la oscuridad, junto al Mercedes, sin importarle que ladrara el perro.

Pasaba junto al edificio de mi despacho de Franklin cuando noté la vibración del buscapersonas en la cintura. Lo descolgué del pantalón y encendí un piloto interior del coche para echar un vistazo. Aún no disponía de radio ni de teléfono y tomé la rápid? decisión de entrar en el aparcamiento trasero del edificio. Accedí a éste por una puerta secundaria, marqué el código de seguridad que me dio acceso al depósito y cogí el ascensor. Ya había desaparecido cualquier señal de la falsa alarma de horas antes, pero los certificados de defunción suspendidos en el aire, en el despacho de Rose, eran una visión fantasmagórica. Me senté tras mi escritorio y contesté a la llamada de Marino.

-¿Dónde cono estás? -preguntó al instante.

-En el despacho -respondí, y consulté el reloj.

-Pues me parece que es el último sitio donde debieras estar ahora mismo. Y seguro que estás sola. ¿Has cenado ya?

-¿Qué significa que es el último sitio donde debiera estar?

-Veámonos y te lo explico.

Quedamos citados en Linden Row Inn, que era céntrico y privado. Me tomé mi tiempo porque Marino vivía al otro lado del río, pero fue muy rápido. Cuando llegué estaba sentado delante de la chimenea del local, vestido de calle y con una cerveza en la mano. El camarero, un tipo pintoresco, ya mayor, que lucía una pajarita negra, llevaba un cubo de hielo mientras sonaba Pachlebel.

-¿Qué hay? -dije a Marino mientras tomaba asiento-. ¿Qué ha sucedido ahora?

Pete llevaba una camisa de golf negra, y la barriga le sobresalía contra el tejido de punto y rebosaba sobre la cintura del pantalón. El cenicero ya estaba repleto de colillas y sospeché que la cerveza que bebía no era la primera ni sería la última.

-¿ Quieres oír la historia de la falsa alarma de esta tarde o ya te la ha contado alguien? -Marino se llevó el vaso a los labios.

-Nadie me ha contado gran cosa, aunque he oído un rumor sobre una alarma de radiactividad -respondí mientras el camarero se acercaba con fruta y queso-. Una Pellegrino con limón, por favor -le pedí.

-Al parecer es más que un rumor -dijo Marino.

-¿Qué? -Lo miré ceñuda-. ¿Y por qué vas a saber tú más que yo sobre lo que sucede en mi edificio?

-Porque la situación radiactiva tiene que ver con las pruebas de un caso de homicidio. -Dio otro trago de cerveza-. Del homicidio de Danny Webster, para ser preciso.

Me concedió unos instantes para que asimilara lo que me acababa de decir, pero no pude contenerme.

-¿Pretendes decirme que el cuerpo de Danny tenía radiactividad? -Lo miré como si estuviera loco.

-No. Pero según parece los restos que recuperarnos del interior de tu coche sí la tienen. Te aseguro que los tipos que analizaron esos restos están cagados de miedo, y yo tampoco estoy muy tranquilo porque también anduve mirando en el coche. La radiactividad es una cosa con la que tengo graves problemas, como les sucede a algunas personas con las arañas o las serpientes. Es corno esos chicos que se expusieron al Agente Naranja en Vietnam y ahora mueren de cáncer.

Ahora mi expresión era de incredulidad.

-¿Hablas del asiento del copiloto de mi Mercedes negro?

-Sí. Y yo, en tu lugar, no lo conduciría más. ¿Cómo sabe uno que esa mierda no le va a afectar a la larga?

-No te preocupes, no volveré a conducirlo -respondí-. ¿Y quién te ha dicho que los restos eran radiactivos?

-La encargada del MEB.

-El microscopio electrónico de barrido...

-Eso es. Encontró uranio y el contador Geiger se disparó. Según me han dicho, no había sucedido nunca.

-Estoy segura de ello.

-Inmediatamente se produjo una situación de pánico por parte de seguridad, que está al fondo de ese pasillo, ya sabes -continuó Pete-. Y uno de los guardias tomó la expeditiva decisión de evacuar el edificio. El único problema fue que el hombre se olvidó de que al romper el cristal de la cajita roja y tirar de la alarma, también dispararía el sistema de aspersores químicos.

-Comprendo que lo olvidara -señalé-, y hasta es posible que ni lo supiera. Que yo sepa, no se había utilizado nunca. -Pensé en el director de servicios generales e imaginé su reacción-. ¡Dios mío! Todo esto ha sucedido por culpa de mi coche. En cierto modo por culpa mía...

-No, doctora. -Marino buscó mi mirada, con expresión seria-. Todo esto ha sucedido porque un hijo de puta mató a Danny. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

-Creo que tomaré una copa de vino.

-Deja de echarte la culpa. Me doy cuenta de lo que haces, y sé cómo te pones.

Busqué con la vista al camarero. El fuego empezaba a resultar demasiado cálido. Cuatro personas habían tomado asiento cerca de nosotros y hablaban en voz alta del «jardín encantado» que había en el patio del local, donde solía actuar Edgar Allan Poe cuando era joven y vivía en Richmond.

-Describió este lugar en uno de sus poemas -decía una mujer.

-Dicen que el pastel de cangrejo es muy bueno.

-No me gusta que te pongas así -continuó Marino, inclinándose hacia delante, y me hizo un gesto de advertencia con el dedo-. Lo siguiente será hacer cosas por tu cuenta. ¿Y yo? No podré pegar ojo.

Al verme, el camarero se desvió rápidamente hacia nosotros. Cambié de idea y en lugar del chardonnay pedí un whisky. Luego me quité la chaqueta y la colgué del respaldo de una silla. Estaba sudando y me sentía incómoda.

-Dame un Marlboro -dije a Marino.

Me miró, perplejo, con los labios entreabiertos.

-Por favor. -Alargué la mano.

-¡Oh, no! ¡Tú no quieres...! -dijo Pete con tono severo.

-Haremos un trato. Yo fumo uno, tú fumas otro y luego lo dejamos los dos.

Marino titubeó:

-No lo dices en serio.

-¿Por qué no?

-No veo ninguna ventaja para mí.

-Excepto seguir con vida, en el caso de que no sea demasiado tarde.

-Gracias, pero no hay trato. -Cogió el paquete, sacó un cigarrillo para cada uno y me ofreció fuego.

-¿Cuánto ha pasado?

-No sé. Tres años, quizá. -Era un placer sostener el cigarrillo entre los labios, como si se hubieran creado para aquello.

La primera bocanada me cortó los pulmones como una navaja, y al instante me sentí mareada. Era como la primera vez que había fumado un Camel, a los dieciséis años. Luego la nicotina me envolvió el cerebro, como en aquella ocasión. El mundo se puso a girar más despacio y mis pensamientos se ralentizaron.

-¡Uf, cuánto lo he echado de menos! -comenté mientras sacudía la ceniza.

-Entonces no me sermonees más con el asunto.

-Alguien tiene que hacerlo.

-Oye, que esto no es marihuana ni cosa parecida.

-No he fumado nunca de eso. Pero si no fuese ilegal, quizás hoy lo haría.

-¡Joder! Empiezas a asustarme -dijo Pete.

Di una última bocanada y apagué el cigarrillo mientras él me observaba con una expresión extraña. Pete siempre se dejaba llevar un poco por el pánico cuando me veía actuar de una manera insólita.

Fui al grano:

-Escúchame bien -le dije-. Creo que anoche siguieron a Danny, que su muerte no es un crimen al azar motivado por un robo, ni un ataque a un gay, ni un asunto de drogas. Creo que el asesino lo esperó, tal vez una hora entera, y que salió a su encuentro cuando volvía a mi coche, bajo la densa sombra del magnolio de la calle Veintiocho. ¿Sabes ese perro, el de la casa de enfrente? Se pasó ladrando todo el tiempo que Danny estuvo en el Hill Café, según Daigo.

Marino me miró un instante en silencio.

-¿Lo ves? Eso es precisamente lo que decía. Estuviste allí anoche.

-Sí.

Pete apartó la mirada, con los músculos de la mandíbula contraídos.

-Es exactamente lo que decía...

-Daigo recuerda que el perro estuvo ladrando sin parar.

No dijo nada.

-Estuve antes por allí -continué-, y el animal no ladra a menos que te acerques a la valla. Entonces se pone loco furioso. ¿Entiendes a qué me refiero?

Volvió los ojos hacia mí.

-¿Y quién se quedaría una hora por allí con un perro tan escandaloso? ¡Vamos, doctora...!

-Un asesino corriente no, desde luego -repliqué mientras llegaba mi copa-. Ahí quería ir. -Esperé a que el camarero nos sirviera y, cuando se hubo retirado añadí-: Creo que es posible que a Danny lo haya matado un profesional.

-Muy bien. -Marino apuró su cerveza-. ¿Por qué? ¿Qué cono sabía el muchacho? A menos que anduviera metido en drogas o en alguna clase de delincuencia organizada.

-En lo que andaba metido era en Tidewater -respondí-. Vivía allí. Trabajaba en mi despacho allí. Estaba relacionado con el caso de Eddings, aunque fuera marginalmente, y sabemos que quien mató a Eddings utilizó un método muy refinado. Lo de Danny también fue minuciosamente planificado.

Marino se acariciaba el rostro con aire pensativo.

-Así que estás convencida de que hay una relación...

-Y creo que alguien quería que no descubriéramos esa relación. Quien esté detrás de esto lo pensó todo para que pareciera un robo de coche, o cualquier otro delito callejero que salió mal.

-Sí, y es lo que todo el mundo piensa.

-Todo el mundo no. -Lo miré a los ojos-. Todo el mundo no, rotundamente.

-Y estás convencida de que Danny era el objetivo, suponiendo que fuera cosa de un profesional.

-Hubiera podido ser yo. O puede que fuera él, para asustarme -respondí-. Tal vez no lo sepamos nunca.

-¿Tienes ya el análisis toxicológico de Eddings? -Pidió otra ronda con un gesto.

-Ya sabes cómo ha ido el día. Es posible que mañana sepamos algo. Cuéntame qué tienes de Chesapeake.

-Ni una pista. -Marino se encogió de hombros.

-¿Cómo es posible? -exclamé, impaciente-. Deben de tener trescientos agentes. ¿No hay ninguno que se ocupe de la muerte de Ted Eddings?

-Ni que tuvieran tres mil. Lo único que se necesita es tener en contra una sección... y en este caso es la de homicidios. Así que hay una barrera que no podemos sortear porque el detective Roche sigue llevando el caso.

-No lo entiendo.

-Y no sólo eso. También sigue adelante con tu caso.

No presté oídos porque no merecía la pena que perdiese el tiempo con aquello.

-Yo, en tu lugar, me cubriría la espalda. -Pete me miró fijamente-. No me tomaría el asunto a broma. -Hizo una pausa-. Ya sabes lo charlatanes que son los policías, así que oigo cosas. Y por ahí corre el rumor de que tuviste un encontronazo con Roche y que su jefe quiere conseguir que el gobernador te despida.

-La gente puede contar los chismes que quiera -repliqué, más molesta todavía.

-Bien, el problema, en parte, es que lo miran, ven lo joven que es y hay gente a la que no le cuesta imaginar que podrías sentirte atraída por él. -Guardó silencio un momento y me di cuenta de cuánto despreciaba a Roche y de las ganas que tenía de propinarle una paliza, por lo menos-. Lamento decírtelo -añadió-, pero las cosas serían mucho mejor para ti si no fuera tan atractivo.

-El acoso sexual no tiene que ver con el aspecto de la gente, Marino. Pero el tipo no tiene dónde agarrarse y el asunto no me preocupa.

-El asunto es que ese hombre quiere perjudicarte, doctora, y que está empeñado en ello. Te joderá si puede.

-Entonces que se ponga a la cola de los que quieren hacerlo.

-La persona que llamó al taller de Virginia Beach y se hizo pasar por ti era un hombre. -Me miró a los ojos-. Tú ya lo sabías.

-Danny no haría una cosa así -fue todo lo que se me ocurrió contestar.

-Eso mismo creo yo. Pero Roche quizá sí -replicó Marino.

-¿Qué haces mañana?

-No tengo tiempo de contártelo -dijo con un suspiro.

-Quizá tengamos que hacer un viaje a Charlottesville.

-¿Para qué? -Torció el gesto-. No me digas que Lucy aún sigue con sus chifladuras.

-No es ése el motivo del viaje, aunque es posible que la veamos.

11

La mañana siguiente hice una ronda por los laboratorios de pruebas y mi primera parada fue en el laboratorio del microscopio electrónico de barrido, donde encontré a la científica forense Betsy Eckles en plena preparación de un cuadrado de neumático de coche. Estaba sentada de espaldas a mí y la vi colocar la muestra en una plataforma que seguidamente se introduciría en una cámara de vacío de cristal para cubrirla con partículas atómicas de oro. Observé el corte en el centro del caucho y me resultó familiar, pero no llegué a estar segura.

-Buenos días -la saludé.

Betsy Eckles se volvió de su intimidadora consola, llena de válvulas de presión, manómetros y microscopios digitales que construían las imágenes en píxeles en lugar de en líneas de vídeo. Betsy era una mujer delgada y canosa, y aquel jueves aún parecía más desolada de lo habitual bajo su larga bata de laboratorio.

-Buenos días, doctora Scarpetta -respondió tras colocar la muestra de caucho perforado en la cámara.

-¿Neumáticos rajados? -pregunté.

-Los de armas de fuego me pidieron que recubriera la muestra, y que lo hiciera inmediatamente. No me pregunte por qué.

La mujer no estaba nada satisfecha porque era una respuesta insólita a lo que en general no se consideraba un delito importante. Yo tampoco entendí por qué había de tener prioridad aquel asunto un día en que los laboratorios llevaban tanto retraso, pero no era aquello lo que me había llevado allí.

-He venido a hablar del uranio -le dije.

-Es la primera vez que encuentro algo así. -Eckles abrió un envoltorio de plástico-. Y hablamos de veintidós años...

-Tenemos que saber de qué isótopo de uranio se trata.

-Estoy de acuerdo, pero como nunca me he encontrado con algo así, no estoy segura de dónde hacerlo, aunque aquí no, desde luego.

Con una cinta adhesiva por las dos caras empezó a preparar lo que parecían partículas de polvo en un tubo de ensayo, que seguidamente encerraría en un frasco de almacenaje. La mujer recibía restos para analizar cada día pero nunca estaba apurada.

-¿Dónde está la muestra radiactiva? -pregunté.

-Exactamente donde la dejé. No he vuelto a abrir esa cámara ni tengo ganas de hacerlo.

-¿Puedo ver lo que tenemos ahí?

-Desde luego.

Se situó ante otro microscopio digitalizado, conectó el monitor y éste se llenó de un universo negro salpicado de estrellas de diferentes

tamaños y formas. Algunas eran muy brillantes mientras que otras ofrecían destellos mortecinos y todas ellas resultaban invisibles a simple vista.

-Ahora lo estoy ampliando a tres mil -dijo mientras manipulaba unos controles-. ¿Quiere más aumentos?

-Creo que con esto bastará -respondí.

Seguidamente observamos una escena que podría haber salido de un observatorio astronómico. Unas esferas metálicas ofrecían el aspecto de planetas tridimensionales rodeados de lunas y estrellas más pequeñas.

-Eso procede de su coche -me informó-. Las partículas más brillantes son uranio. Las poco brillantes son óxido de hierro como el que se encuentra en la tierra. Además hay aluminio, que hoy en día se utiliza en casi todo. Y sílice, o sea arena.

-Todo muy normal. Es lo que encontraríamos en la suela del zapato de cualquiera -comenté-. Excepto lo del uranio.

-Y hay otra cosa que querría señalar -continuó la mujer-. El uranio tiene dos formas. La lobulada o esférica, resultado de algún proceso en el que el uranio se ha fundido. En cambio aquí tenemos formas irregulares con bordes agudos, lo cual significa que son el resultado de un proceso en el que ha intervenido una máquina.

-La CP&L utiliza uranio para sus centrales nucleares. -Me refería a la Commonwealth Power & Light, que suministraba electricidad a todo el estado de Virginia y a algunas zonas de Carolina del Norte.

-Sí, eso es seguro.

-¿Hay por aquí alguna otra industria que lo utilice?

Eckles meditó unos instantes la respuesta.

-En la región no hay minas ni fábricas procesadoras. Bueno, está el reactor de la universidad, pero creo que se utiliza principalmente para la enseñanza.

Seguí contemplando la pequeña tormenta de material radiactivo que había introducido en mi coche el desconocido que había matado a Danny. Pensé en la bala Black Talion con sus terribles garras metálicas y en la extraña llamada telefónica que había recibido en Sandbridge, a la que había seguido la presencia de alguien que pretendía saltar mi valla. Estaba segura de que, de un modo u otro, Eddings era el vínculo común entre todo aquello debido a su interés por los neosionistas.

-Verá -dije a Eckles-, que un contador Geiger se dispare no significa que la radiactividad sea perjudicial. De hecho el uranio en sí no es dañino.

-El problema es que no tenemos precedentes de algo así -respondió la mujer.

-Es muy sencillo -le expliqué con paciencia-. Este material es una prueba en la investigación de un homicidio. Yo soy la forense del caso, que es jurisdicción del capitán Marino. Lo que ha de hacer usted es extender un recibo y entregarnos esa prueba a Marino y a mí. Nosotros la llevaremos a la universidad para que los físicos nucleares de su laboratorio determinen qué isótopo contiene.

Naturalmente, para conseguir la autorización fue preciso proceder a una conferencia telefónica en la que intervinieron el director del Buró de

Ciencias Forenses y el comisionado de Sanidad, que era mi jefe directo. A ambos les preocupaba un posible conflicto de intereses porque el uranio había aparecido en mi coche, y naturalmente porque Danny había trabajado para mí. Cuando insistí en que no era sospechosa en el caso se tranquilizaron, y en el fondo se sintieron aliviados de que alguien se hiciera cargo de la muestra radiactiva.

Volví a la sala de MEB y Eckles abrió la temible cámara mientras yo me enfundaba unos guantes de algodón. Retiré con cuidado la cinta adhesiva del tubo y la guardé en una bolsa de plástico, que sellé y etiqueté inmediatamente. Antes de abandonar la planta me detuve en la sección de Armas de Fuego y encontré a Frost sentado ante un microscopio de comparación, donde examinaba una vieja bayoneta militar colocada sobre un portaobjetos. Le pregunté por el neumático rajado que había ordenado rociar de polvo de oro.

-Tenemos una posible arma utilizada en ese caso de las ruedas pinchadas de su coche, doctora. -Frost ajustó el enfoque al tiempo que desplazaba el filo del arma.

-¿Esta bayoneta?

Antes incluso de hacer la pregunta, ya sabía cuál sería su respuesta.

-Exacto. La han traído esta mañana.

-¿Quién? -pregunté, cada vez más suspicaz. Frost dirigió una mirada a la bolsa de papel doblada sobre la mesa contigua. Observé la fecha y el número de caso, junto al apellido «Roche».

-Chesapeake -respondió.

-¿Sabe algo de dónde ha salido? -Me sentía furiosa.

-Apareció en el portaequipajes de un coche. Es lo único que me han dicho. Al parecer, por la razón que sea, hay un gran revuelo en torno al asunto.

Subí a Toxicología. Era una visita que desde luego tenía que hacer. Me sentía malhumorada y mi ánimo no mejoró cuando por fin encontré a alguien que podía confirmar lo que ya me había dicho mi nariz en el depósito de Norfolk. El doctor Rathbone era un hombretón ya mayor, con los cabellos muy negros todavía. Lo encontré en su despacho, firmando informes de laboratorio.

-Acabo de llamarla. -Levantó la cabeza-. ¿Qué tal el Año Nuevo?

-Nuevo y diferente. ¿Qué hizo usted?

-Tengo un hijo en Utah, así que allí nos fuimos. Le juro que me trasladaría allí si pudiera encontrar trabajo, pero supongo que los mormones no tienen mucha necesidad de mi especialidad.

-Creo que su especialidad es necesaria en todas partes -respondí-. Y supongo que ya tiene los resultados del caso Eddings -añadí, recordando la bayoneta.

-La concentración de cianuro en sangre es de cero coma cinco miligramos por litro, lo cual es letal, como sabe. -Rathbone continuó con las firmas.

-¿Qué hay de las válvulas y tubos del equipo de buceo?

-No hay indicios concluyentes.

No me sorprendió, aunque en realidad no importaba demasiado porque ahora ya no quedaban dudas de que Eddings había sido

envenenado con gas de cianuro. Su muerte había sido un claro homicidio.

Conocía a la fiscal de Chesapeake y me detuve en mi despacho el tiempo preciso para llamarla y pedirle que estimulara a la policía a hacer lo que debía.

-No era preciso que me llamaras para eso -fue su respuesta.

-Tienes razón. No era preciso.

-No te preocupes, me ocuparé de ello. -La noté enfadada-. ¡Menudo hatajo de idiotas! ¿El FBI tiene alguna noticia de todo esto?

-Chesapeake no necesita su ayuda.

-Sí, claro. Supongo que los homicidios de submarinistas por envenenamiento con cianuro son cosa habitual para ellos. Ya te llamaré.

Después de colgar cogí el abrigo y el bolso y salí a lo que prometía ser un hermoso día. Marino había aparcado en el lado de Franklin Street y estaba sentado en el coche con el motor en marcha y la ventanilla bajada. Cuando me encaminé hacia él, abrió la puerta y el portaequipajes.

-¿Dónde está?

Levanté un sobre de papel manila y Marino me miró con sobresalto.

-¿Lo has metido ahí dentro sin más? -exclamó con los ojos como platos-. Pensaba que por lo menos lo pondrías en una de esas latas metálicas de pintura.

-No seas ridículo -respondí-. Puedes sostener uranio en la mano sin que te cause ningún daño.

Guardé el sobre en el portaequipajes.

-Entonces, ¿cómo es que se disparó el contador Geiger? -insistió Pete mientras yo subía al coche-. Se disparó porque esa mierda es radiactiva, ¿no?

-El uranio es radiactivo, desde luego. Pero por sí solo lo es muy poco porque el período de desintegración espontánea es muy largo. Además, la muestra que llevamos ahí es sumamente pequeña.

-Mira, para mí eso de «un poco radiactivo» es como lo de «un poco embarazada» o «un poco muerto». Y si no te preocupa, ¿cómo es que has vendido tu Mercedes?

-No ha sido por eso.

-Si te da igual, prefiero no exponerme a ninguna radiación.

-No vas a recibir ninguna radiación, te lo aseguro.

Pero Marino siguió despotricando.

-¡No puedo creer que nos hayas expuesto a mí y a mi coche a ese uranio!

-Marino -probé otra vez-, muchos de mis pacientes llegan al depósito con enfermedades muy desagradables: tuberculosis, hepatitis, meningitis, sida... Y tú has estado presente en las autopsias y siempre te has sentido a salvo conmigo.

Pete condujo deprisa por la interestatal, sorteando el tráfico.

-Pensaba -añadí- que a estas alturas ya sabrías que nunca te pondría deliberadamente en una situación de peligro.

-Deliberadamente. De eso se trata. Pero quizás andas metida en algo

que no conoces bien. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste un caso radiactivo?

-En primer lugar -expliqué-, el caso en sí no es radiactivo; sólo lo son algunos restos microscópicos relacionados con él. Y en segundo lugar, conozco el tema de la radiactividad. He estudiado los rayos X, los MRI y los isótopos que se utilizan para el tratamiento del cáncer, como el cobalto, el yodo y el tecnecio. Los médicos aprenden de muchas cosas, entre ellas de enfermedades por radiactividad. ¿Quieres hacer el favor de aminorar la marcha y escoger un carril?

Lo miré con creciente alarma mientras él aflojaba la presión del pie en el acelerador. El sudor le bañaba la frente y le corría por las sienes; tenía el rostro congestionado. Con las mandíbulas encajadas, agarraba el volante con fuerza y respiraba trabajosamente.

-Frena -exigí.

No respondió.

-Para el coche, Marino. Ahora mismo -repetí en un tono que no admitía réplicas.

En aquel tramo de la 64, el arcén era ancho y estaba pavimentado. Me apeé sin decir una palabra y rodeé el coche hasta la puerta de su lado. Le indiqué con el pulgar que saliera y obedeció. Tenía la espalda del uniforme empapada de sudor y distinguí el perfil de la camiseta que llevaba debajo.

-Creo que me está cogiendo la gripe -murmuró. Ajusté el asiento y los espejos. Marino se secó el rostro con un pañuelo-. No sé qué me pasa.

-Tienes un ataque de pánico -respondí-. Respira profundamente y procura calmarte. Dóblate hacia delante y tócate la punta de los pies. Relaja el cuerpo, déjalo flojo.

-Si alguien te ve conducir un coche policial, me abrirán un expediente -dijo mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

-En este momento la policía debería agradecerme que no estés al volante -señalé-. En tu estado, no deberías manejar ninguna máquina. De hecho deberías estar sentado en la consulta de un psiquiatra.

Noté en su cara la vergüenza que sentía.

-No sé qué me pasa -murmuró, con la mirada perdida tras la ventanilla.

-¿Todavía estás irritado por lo de Doris?

-No sé si te he contado una de las últimas peleas que tuvimos antes de que se marchara. -Se volvió a secar la cara-. Fue por esos malditos platos que compró en una subasta. Verás, Doris llevaba mucho tiempo pensando en comprar platos nuevos, ¿comprendes? Y una noche llego a casa y me encuentro ese enorme juego de platos anaranjado intenso esparcido sobre la mesa del comedor. -Marino me miró-. ¿Has oído hablar de la vajilla Fiesta?

-Vagamente.

-Pues resulta que en el abrillantador de ese modelo hay algo que, según me enteré, dispararía un contador Geiger.

-No se precisa mucha radiactividad para disparar un contador Geiger -insistí una vez más, para dejarlo bien sentado.

-Bueno, en la prensa hubo artículos sobre el asunto y esas vajillas

fueron retiradas del mercado -continuó él-. Pero Doris no quiso saber nada. Pensaba que mi reacción era exagerada.

-Probablemente sí.

-Mira, hay gente que tiene fobia a las serpientes o a las arañas. Yo la tengo a la radiación. Ya sabes cuánto me disgusta entrar en la sala de radiología contigo, y cuando pongo en marcha el microondas dejo la cocina. Así que recogí todos los platos, me deshice de ellos y no le dije dónde estaban.

Se quedó callado y una vez más volvió a limpiarse el rostro. Luego carraspeó varias veces.

-Un mes más tarde -dijo por fin-, Doris se marchó.

-Escucha -suavicé el tono-, yo tampoco habría querido comer en esos platos, aunque supiera que no sucedía nada. Entiendo lo que es el miedo y que no siempre es racional.

-Sí, doctora. Bueno, en mi caso tal vez lo sea. -Abrió un poco la ventanilla-. Tengo miedo de morir. Si quieres saberlo, cada mañana me levanto con ese pensamiento. Cada día pienso que voy a tener un ataque o que me dirán que tengo cáncer. Me aterra meterme en la cama porque tengo miedo a morirme mientras duermo. -Hizo una pausa y añadió con gran esfuerzo-: Ésta es la auténtica razón de que Molly dejara de verme, si quieres saberlo.

-No es una razón muy elegante... -Lo que acababa de decir Marino me había dolido.

-Bueno... -lo noté más incómodo-, Molly es mucho más joven que yo. Y lo que me pasa estos días, en parte, es que no quiero hacer nada que pueda fatigarme.

-Tienes miedo de hacer el amor, ¿no es eso?

-¡Mierda! -exclamó él-. ¿Por qué no lo pregonas a gritos?

-Pete, yo soy médica. Lo único que quiero es ayudar, si puedo.

-Molly decía que la hacía sentirse rechazada -continuó.

-Y probablemente tenía razón. ¿Cuánto tiempo llevas con ese problema?

-No lo sé. Desde Acción de Gracias.

-¿Sucedió algo entonces?

Marino titubeó de nuevo.

-Bueno, ya sabes que he dejado la medicación...

-¿Cuál, el bloqueante adrenérgico o el finasterido?

-Los dos.

-¿Y por qué has cometido esa tontería?

-Porque cuando la tomo no funciona nada -farfulló él-. Dejé las pastillas cuando empecé a salir con Molly. Luego volvía a tomarlas después de un chequeo, más o menos por Acción de Gracias, porque me volvieron a encontrar la presión sanguínea muy alta y la próstata mal. Me asusté.

-Ninguna mujer merece que uno muera por ella -dije-. Y todo esto es un asunto de depresiones... a las que por cierto tú eres el candidato perfecto.

-Sí, resulta deprimente cuando uno no puede. Tú no lo entiendes.

-Pues claro que lo entiendo. Resulta deprimente que a uno le falle el

cuerpo, que uno se haga mayor y tenga otros elementos de tensión en la vida, como los cambios. Y tú has tenido un montón de cambios en tu vida estos últimos años.

-No, lo que resulta deprimente -replicó Marino y su tono de voz se hizo más potente por momentos- es que no se te levante. O que a veces se te levante y no quiera volver a bajar. Y que no puedas mear cuando tienes ganas, y en cambio otras veces tengas que ir cuando no te urge. Y además el problema de no estar de humor cuando uno tiene una novia que casi podría ser su hija. -Marino me miraba con furia y vi que le sobresalían las venas del cuello-. Sí, estoy deprimido. ¡Tienes toda la razón, maldita sea!

-No te enfades conmigo, por favor. -Pete apartó la mirada, resoplando-. Quiero que concientes una visita con el cardiólogo y otra con el urólogo -añadí.

-No, no. De eso, nada. -Acompañó la negativa con un gesto de cabeza-. Ese maldito nuevo plan de asistencia en el que estoy me ha asignado una mujer uróloga. No puedo presentarme allí y contarle todo esto a una mujer.

-¿Por qué no? Acabas de contármelo a mí.

Se quedó callado y su mirada se perdió tras la ventanilla. Después miró por el retrovisor de su lado y comentó:

-Por cierto, un moscón en un Lexus dorado viene siguiéndonos desde Richmond.

Miré por el retrovisor interior. El coche era de un modelo más nuevo que el nuestro y el hombre que conducía estaba hablando por teléfono.

-¿Crees que nos siguen? -pregunté.

-Cualquiera lo sabe, pero no querría tener que pagarle la factura del teléfono.

Estábamos cerca de Charlottesville, y el suave paisaje que habíamos dejado atrás había dado paso a las escarpadas montañas occidentales, teñidas de un gris invernal entre los árboles de hoja perenne. El aire era más frío y había más nieve, aunque la interestatal estaba seca. Pregunté a Marino si podíamos desconectar la radio porque estaba harta de oír la cháchara policial y tomé la 29 Norte hacia la Universidad de Virginia.

Durante un trecho, el paisaje fue una sucesión de laderas rocosas cortadas a pico, intercaladas de arboledas que se extendían desde los bosques hasta las cunetas. Pronto llegamos a los límites externos del campus, junto al que se sucedían los locales de pizzas y de bocadillos, las tiendas y las estaciones de servicio. La universidad aún estaba cerrada por las vacaciones navideñas, pero mi sobrina no era la única persona del mundo que hacía caso omiso de ello. En el estadio Scott tomé por Maury Avenue, donde había estudiantes sentados en los bancos o circulando en bicicleta con mochilas a la espalda o macutos al hombro, que parecían cargados de trabajo. También había muchos coches.

-¿Nunca has visto un partido aquí? -Marino se había reanimado un poco.

-No puedo decir que sí.

-¡Pues eso debería estar prohibido por la ley! ¿Tenías a tu sobrina estudiando aquí y nunca fuiste a ver a los Hoos? ¿Qué hacías entonces cuando venías a verla? Quiero decir, ¿qué hacíais Lucy y tú?

En realidad, hacíamos muy poco. Normalmente las horas que estábamos juntas las pasábamos en el campus, dando largos paseos, o hablando en su habitación. Por supuesto, salíamos mucho a cenar a restaurantes como The Ivy and Boar's Head, y había conocido a sus profesores e incluso había asistido a alguna clase. Pero nunca había visto a sus amigos, los pocos que tuviera. Sus amigos, igual que los lugares donde se reunía con ellos, no los compartía conmigo.

Me di cuenta de que Marino aún estaba hablando.

-Nunca olvidaré el día que lo vi jugar -decía.

-Lo siento... -murmuré.

-¿Te imaginas medir dos metros diez? Ahora vive en Richmond, ¿sabes?

-Veamos... -Estudié los edificios ante los que pasábamos-. Buscamos la Escuela de Ingeniería, que empieza justo ahí. Pero tenernos que encontrar Ingeniería Mecánica, Aero-espacial y Nuclear.

Cuando apareció a la vista un edificio de ladrillo con acabados encalados, reduje la marcha y vi el rótulo. No me costó encontrar aparcamiento pero sí localizar al doctor Alfred Matthews. Había prometido esperarme en su despacho a las once y media, pero al parecer lo había olvidado.

-Entonces, ¿dónde cono está? -preguntó Marino, todavía preocupado por lo que llevábamos en el portaequipajes.

-En el recinto del reactor. -Subí de nuevo al coche.

-¡Oh, magnífico!

En realidad se llamaba Laboratorio de Física de Altas Energías y estaba en lo alto de una montaña que compartía con un observatorio. El reactor nuclear de la universidad era un gran silo de ladrillo, rodeado de un bosque cerrado mediante vallas, y Marino empezó a dar nuevas muestras de su fobia.

-Verás cómo te resultará interesante -le dije mientras abría la puerta del coche.

-Nada de esto me interesa lo más mínimo.

-Está bien. Entonces quédate aquí y entraré yo.

-Sobre eso no me vas a tener que convencer -fue su respuesta.

Saqué la muestra del portaequipajes, y al llegar a la entrada principal de la instalación pulsé un timbre. Alguien abrió la cerradura. Dentro había un pequeño vestíbulo donde encontré a un joven situado tras un cristal y le dije que buscaba al doctor Matthews. El muchacho repasó una lista y me informó de que el jefe del departamento de Física, a quien apenas conocía, estaba en aquel momento junto a la piscina del reactor. Seguidamente el joven descolgó un teléfono de comunicaciones interiores mientras me deslizaba por debajo del cristal una tarjeta de visitante y un detector de radiación. Los prendí en la chaqueta y el recepcionista dejó su puesto para acompañarme hasta una pesada puerta de acero, sobre la que un piloto rojo indicaba que el reactor estaba en funcionamiento.

Todos los objetos que vi en la sala, de altas paredes de baldosas sin ventanas, estaban marcados como radiactivos con una etiqueta amarillo intenso. En un extremo de la piscina iluminada, la radiación de Cerenkov hacía que el agua despidiera un resplandor mortecino en un fantástico color azul cuando los átomos inestables se desintegraban espontáneamente, siete metros más abajo, en la masa de combustible. El doctor Matthews cambiaba impresiones con un alumno que, según deduje al oírlos hablar, estaba utilizando cobalto en lugar de un autoclave para esterilizar micro tubos de ensayo utilizados para la fecundación in vitro.

-Pensaba que vendría mañana -me dijo el físico nuclear con expresión afligida.

-No, era hoy. Pero de todos modos le agradezco que me reciba. Traigo la muestra. -Le mostré la bolsa.

-Muy bien. George -se volvió hacia el muchacho-, ¿lo ha entendido bien?

-Sí, señor. Gracias.

-Vamos -me dijo Matthews-. Lo llevaremos ahí abajo y nos pondremos manos a la obra. ¿Sabe cuánto hay ahí?

-No con exactitud.

-Si hay suficiente, podemos hacerlo mientras espera.

Dejamos atrás otra puerta pesada, doblamos a la izquierda y nos detuvimos en una casilla que medía la radiación de las manos y de los pies. Se encendió una luz verde radiante y continuamos hasta una escalera que conducía al laboratorio de radiografía de neutrones, situado en un sótano entre toros de levantar cargas, un taller mecánico y unos grandes barriles negros que contenían residuos nucleares de baja intensidad a la espera de ser trasladados. En casi todas partes había equipos de emergencia y distinguí una cámara de control cerrada dentro de una sala estanca. Muy distinto de todo ello era la sala de conteo, una zona de techo bajo al fondo de la instalación. Tras sus gruesas paredes de hormigón sin ventanas se acumulaban gran número de vasijas de doscientos litros de nitrógeno líquido, detectores de germanio, amplificadores de señales y ladrillos de plomo.

El proceso de identificar la muestra resultó de una sencillez sorprendente. Matthews, sin más protección que la bata de laboratorio y unos guantes, colocó el fragmento de cinta adhesiva en un tubo que a continuación introdujo en un recipiente de aluminio de medio metro de longitud que contenía cristal de germanio. Por último apiló ladrillos de plomo por todos los lados para proteger la muestra de la radiación de fondo.

Para poner en marcha el proceso sólo se precisaba una orden del sistema informático. Inmediatamente un contador situado en la vasija empezó a medir la radiactividad para decirnos de qué isótopo se trataba. Todo aquello resultaba bastante extraño de observar, pese a que estaba acostumbrada a instrumentos casi mágicos como los microscopios electrónicos de barrido y los cromatógrafos de gases. Aquel detector, por el contrario, era una especie de casita de plomo bastante informe, enfriada con nitrógeno líquido, y no parecía capaz de

pensamientos inteligentes.

-Ahora -dije-, si me firma el recibo de la entrega de la prueba me marcharé enseguida.

-Puede llevarme un par de horas. No es fácil precisarlo -contestó el físico. Firmó el impreso y le di una copia.

-Pasaré por aquí cuando haya visto a Lucy.

-Venga, la acompañaré para asegurarme de que no dispara ninguna alarma. ¿Qué tal su sobrina? -me preguntó mientras pasábamos diversos detectores sin una queja-. ¿Entró por fin en el MIT?

-Hizo un internado allí el otoño pasado -dije-. En robótica. Lucy vuelve a estar aquí, en la universidad, ¿sabe? Durante un mes por lo menos.

-Qué bien, no lo sabía. ¿Y qué estudia?

-Realidad virtual, creo que dijo.

Matthews mostró cierta perplejidad.

-¿No estudió ya eso cuando estuvo aquí?

-Supongo que será un curso más avanzado.

-Sí, tiene que serlo -comentó con una sonrisa-. Ojalá tuviera por lo menos un alumno como ella en cada clase.

Lucy debía de ser la única alumna de licenciatura de la Universidad de Virginia que sin estudiar físicas se había apuntado a un curso de diseño nuclear por gusto. Cuando salí de la instalación, Marino me estaba esperando apoyado en el coche y fumando.

-¿Y ahora, qué? -preguntó, todavía con aire sombrío.

-Creo que daré una sorpresa a mi sobrina y la llevaré a almorzar. Si quieres apuntarte, estás más que invitado.

-Yo me acercaré a la gasolinera Exxon del final de la calle para llamar desde el teléfono público -dijo él-. Tengo que hacer unas gestiones...

12

Marino me llevó hasta la Rotonda, cuyas formas blancas brillaban al sol. De todos los edificios proyectados por Thomas Jefferson era mi favorito. Seguí los paseos junto a las antiguas columnatas de ladrillo bajo unos árboles añejos, donde los pabellones federales formaban dos hileras de alojamientos privilegiados conocidos como The Lawn.

Vivir allí era un premio a los merecimientos académicos, pero algunos lo considerarían un honor bastante dudoso. Duchas y aseos estaban situados en otro edificio, en la parte de atrás, y las habitaciones con su escaso mobiliario no estaban pensadas, precisamente, para la comodidad de sus ocupantes. Sin embargo, jamás había oído una queja de Lucy, que había disfrutado intensamente de su vida universitaria.

Estaba alojada en el Pabellón III, en el West Lawn, con sus capiteles corintios de mármol de Carrara tallado en Italia. Las contraventanas de madera de la habitación número 11 estaban cerradas, el periódico matinal seguía en la alfombra y me pregunté, perpleja, si no se habría levantado aún. Llamé a la puerta varias veces y oí que alguien se movía al otro lado.

-¿Quién es? -preguntó mi sobrina.

-Soy yo.

Hubo un momento de silencio.

-¿Tía Kay ? -dijo por fin.

-¿Piensas abrir la puerta? -Mi buen humor se estaba desvaneciendo rápidamente porque no la notaba muy contenta.

-Esto... Espera un momento. Ya voy.

Oí la cerradura y se abrió la puerta.

-Hola -dijo tras franquearme la entrada.

-Espero no haberte despertado. -Le entregué el periódico.

-Ah, lo recibe TC -explicó. Se refería a la amiga que en realidad ocupaba aquella habitación-. Se olvidó de cancelar la suscripción antes de marcharse a Alemania. Nunca tengo tiempo de leerlo.

Entré en un apartamento que no era muy distinto del que tenía mi sobrina cuando la había visitado el año anterior. El espacio era reducido, con la cama, un lavamanos y unas librerías atestadas. Los suelos de pino estaban desnudos y en las paredes no había más decoración que un único póster de Anthony Hopkins en *Tierras de penumbra.* Las preocupaciones técnicas de Lucy habían invadido las mesas, el escritorio e incluso varias sillas. Otros accesorios, como la máquina de fax y algo que parecía un pequeño robot, estaban desconectados en el suelo.

Lucy había hecho instalar varias líneas telefónicas adicionales, conectadas a módems en los que parpadeaban unos pilotos verdes. Sin

embargo, no me dio la impresión de que mi sobrina viviera allí sola porque en el lavamanos había dos cepillos de dientes y un frasco de líquido para lentes de contacto, y Lucy no las usaba. Los dos lados de la cama estaban revueltos y sobre el colchón había una maleta que tampoco reconocí.

-Aquí. -Mi sobrina levantó una impresora de una silla y me llevó cerca del fuego-. Lo siento, está todo hecho un desastre. -Llevaba téjanos y una sudadera naranja de la universidad, y tenía los cabellos húmedos-. Puedo calentar un poco de agua... -añadió con evidente apuro.

-Si me estás ofreciendo un té, acepto -dije yo.

La observé detenidamente mientras llenaba el cazo y lo ponía al fuego. Cerca, sobre una cómoda, tenía las credenciales del FBI, una pistola y las llaves de un coche. Vi unos expedientes y unos pedazos de papel con unas notas garabateadas y me fijé en unas ropas colgadas en el armario, que nunca había visto llevar a Lucy.

-Háblame de TC -le sugerí.

-Es alemana. Va a pasar las próximas seis semanas en Munich y me dijo que podía quedarme aquí.

-Muy amable por su parte. ¿Quieres que te ayude a recoger sus cosas, o al menos a hacer espacio para las tuyas?

-Ahora mismo no es preciso que hagas nada.

Volví la vista hacia la ventana y me pareció oír a alguien.

-¿Sigues tomando el té solo? -me preguntó Lucy.

Hubo un chisporroteo en el fuego y se agitó el humo de la leña. No me sorprendí cuando se abrió la puerta y entró otra mujer. Sin embargo no me esperaba encontrar a Janet, y ella tampoco a mí.

-Doctora Scarpetta -dijo con tono de sorpresa mientras lanzaba una breve mirada a Lucy-. Es un placer verla por aquí.

Janet traía en la mano las cosas de ducharse y llevaba en la cabeza una gorra de béisbol, encajada en unos cabellos mojados que casi le llegaban a los hombros. Estaba encantadora con un chándal de entrenamiento y unas zapatillas de tenis, y parecía aún más joven, como Lucy, porque volvía a estar en un campus universitario.

-Por favor, quédate -le dijo Lucy al tiempo que me ofrecía una taza de infusión.

-Estábamos fuera, corriendo. -Janet acompañó sus palabras con una sonrisa. Nunca había dejado de sentirse algo nerviosa en mi presencia-. Lamento lo de los cabellos. ¿Y qué la trae por aquí? -me preguntó mientras acercaba una silla.

-Necesito cierta ayuda en un caso -me limité a responder-. ¿Tú también haces ese curso de realidad virtual?

Estudié el rostro de las dos jóvenes.

-Sí -respondió Janet-. Lucy y yo estamos juntas aquí. No sé si lo sabe, pero a finales del año pasado me trasladaron a la Oficina de Campo de Washington.

-Lucy me lo contó.

-Me han destinado a la delincuencia de cuello blanco -continuó-. Sobre todo a cualquier caso que pueda tener relación con una violación

del EIC.

-¿Y eso qué es? -pregunté.

Fue Lucy quien me lo aclaró mientras se sentaba a mi lado.

-Es el Estatuto de Intervención de Comunicaciones. Tenemos el único grupo del país con expertos capacitados para manejar tales casos.

-Entonces el FBI os ha enviado aquí para prepararos antes de formar parte de ese grupo. -Intenté entenderlo-. Pero no veo qué relación puede haber entre la realidad virtual y la entrada de un pirata informático en una base de datos importante.

Janet guardó silencio, se quitó la gorra *y* se peinó la melena con la mirada fija en el fuego. La notaba muy incómoda y me pregunté hasta qué punto se debía a lo que había sucedido en Aspen durante las vacaciones. Mi sobrina se acercó un poco más a la chimenea y se sentó frente a mí.

-No estamos aquí para asistir a clase, tía Kay -dijo con parsimoniosa seriedad-. Es lo que ha de parecer para todo el mundo. Pero voy a contarte algo. No debería hacerlo, pero ya es demasiado tarde para andar con más mentiras.

-No tienes que contarme nada -le respondí-. Lo entiendo.

-No. -Sus ojos me miraban con vehemencia-. Quiero que entiendas lo que pasa. Bueno, para hacerte un resumen rápido y poco detallado, en otoño pasado la Commonwealth Power & Light empezó a tener problemas cuando un presunto pirata informático se introdujo en sus ordenadores. Los intentos de entrar eran frecuentes, en ocasiones hasta cuatro o cinco veces al día, pero no hubo forma de identificar al pirata hasta que dejó un rastro en un registro de accesos después de entrar e imprimir información de facturas a clientes. Nos llamaron, y al final conseguimos rastrear la pista del autor hasta la Universidad de Virginia.

-Entonces, todavía no lo habéis atrapado... -apunté.

-No. -Esta vez fue Janet quien intervino-. Entrevistamos al estudiante cuya identificación utilizaba nuestro hombre, pero no es él. Tenemos razones para estar completamente seguras de ello.

-Lo malo es que desde entonces algunos alumnos han denunciado el robo de sus tarjetas de identificación. Y el pirata también intentó acceder a la CP&L con el ordenador de la universidad y con uno de Pittsburgh.

-¿Lo intentó?

-A decir verdad, últimamente ha estado bastante inactivo, y esto nos pone las cosas difíciles para cazarlo -dijo Janet-. Sobre todo le hemos seguido el rastro a través del ordenador de la universidad.

-Hace casi una semana que no lo encontramos en el ordenador de la CP&L -aclaró Lucy-. Supongo que es por las vacaciones.

-¿Por qué hace alguien una cosa así? -pregunté-. ¿Tenéis alguna teoría?

-Por la sensación de poder -se limitó a decir Janet-. Tal vez quiere tener el interruptor que apague y encienda la luz de toda Virginia y las dos Carolinas. ¿Quién sabe?

-Pero lo que creemos es que quien hace todo esto está en el campus y

entra vía Internet o por otro enlace llamado Telnet -intervino Lucy, y añadió con tono confiado-: Lo cogeremos.

-Me pregunto a qué viene tanto secreto -dije a mi sobrina-. ¿No podías decirme simplemente que estabas trabajando en un caso del que no podías hablar?

Lucy titubeó antes de responder.

-Tú formas parte del profesorado de la universidad, tía Kay.

Así era, pero ni siquiera se me había ocurrido pensar en ello. El planteamiento de Lucy parecía razonable, aunque yo sólo fuese profesora invitada en patología y medicina forense, y no quise recriminarle que tuviera otra razón para ocultármelo.

Lucy quería su independencia, sobre todo en aquel lugar donde a lo largo de todos sus estudios hasta la graduación había sido un hecho bien sabido que estaba emparentada conmigo.

-¿Por eso te marchaste de Richmond tan de improviso la otra noche? -pregunté mirándola a los ojos.

-Me llamaron...

-Fui yo -intervino Janet-. Tenía que tomar un vuelo desde Aspen, hubo retraso, etcétera... Lucy me recogió en el aeropuerto y volvimos aquí.

-¿Y ha habido más intentos de entrar en el sistema durante las vacaciones?

-Algunos. El sistema está siendo controlado permanentemente -indicó Lucy-. No estamos solas en esto, ni mucho menos. Sólo se nos ha proporcionado una tapadera para que podamos hacer cierto trabajo de detectives de primera línea.

-¿Por qué no me acompañas hasta la Rotonda? -Me puse en pie y ellas me imitaron-. Marino ya debería estar de vuelta con el coche. -Abracé a Janet. Sus cabellos olían a limón-. Cuídate y ven a verme más a menudo. Yo te considero de la familia. Ya va siendo hora de que alguien me ayude a cuidar de ella -añadí, y rodeé a Lucy por los hombros con el brazo.

Fuera, bajo el sol, la tarde era lo bastante cálida como para llevar sólo jersey y sentí deseos de quedarme un rato más. Durante nuestro breve paseo, Lucy no se entretuvo y noté que la ponía nerviosa la posibilidad de que nos vieran juntas.

-Volvemos a estar como hace tiempo -comenté en tono ligero para ocultar mi desengaño.

-¿A qué te refieres? -dijo ella.

-A tu ambivalencia respecto a que te vean conmigo.

-No es verdad. Siempre me he enorgullecido de ello.

-En cambio ahora no -repliqué con ironía.

-Quizá me gustaría que tú te sintieras orgullosa de que te vieran conmigo en lugar de ser siempre al revés. A eso me refiero.

-Estoy orgullosa de ti y siempre lo he estado, incluso cuando estabas hecha tal lío que a veces me entraban ganas de encerrarte en el sótano.

-Creo que a eso se le llama malos tratos a niños.

-No, el jurado decidiría en tu caso que eran malos tratos a tu tía. Puedes estar segura de ello -continué-. Y me alegro de que Janet y tú

estéis juntas otra vez. Me alegro de que haya vuelto de Aspen y que hayáis hecho las paces.

Mi sobrina se detuvo y me miró, con los ojos entrecerrados para protegerse del sol.

-Te agradezco lo que le has dicho. En este momento tus palabras significan mucho.

-He dicho la verdad, nada más. Algún día, tal vez su familia también lo hará.

Estábamos a la vista del coche de Marino, que se hallaba sentado al volante, echando bocanadas de humo. Lucy se acercó a su puerta.

-Hola, Pete. Este trasto necesita un lavado.

-Nada de eso -refunfuñó él, e inmediatamente arrojó el cigarrillo y salió del coche.

Miró a su alrededor, se subió los pantalones y se puso a inspeccionar el coche, porque no podía evitarlo. Las dos nos echamos a reír y luego fue él quien intentó reprimir una sonrisa. En realidad a Marino le producía un secreto placer que nos burláramos de él. Le tomamos el pelo un poco más, y por fin Lucy se marchó cuando un Lexus dorado último modelo con los cristales teñidos pasó junto a nosotras. Era el mismo que habíamos visto antes en la carretera, pero esta vez el resplandor del sol deslumbraba al conductor.

-Esto empieza a ponerme nervioso. -Marino siguió el coche con la mirada. Yo apunté una obviedad:

-Quizá deberías investigar la matrícula.

-Ya lo he hecho. -Puso el coche en marcha atrás-. Pero el DVM se ha caído.

Se refería al ordenador del Departamento de Vehículos a Motor y, en efecto, se había «caído», como decían en la jerga. Muy abajo, al parecer. Volvimos hasta el edificio del reactor, y de nuevo Marino se negó a entrar. Así que lo dejé en el aparcamiento, y en esta ocasión el joven que trabajaba tras el cristal de la sala de control me dijo que podía entrar sin escolta.

-Está en el sótano -me dijo sin apartar la vista del ordenador.

Volví a encontrar a Matthews en la sala de conteo del fondo, sentado ante una pantalla de ordenador que mostraba un espectro en blanco y negro.

-¡ Ah, hola! -me dijo cuando reparó en mi presencia.

-Parece que ha tenido usted éxito -comenté-, aunque no estoy segura de lo que veo en esa pantalla. Y puede que haya llegado demasiado pronto.

-No, doctora, no llega demasiado pronto. Esas líneas verticales de ahí indican la energía de los rayos gamma significativos que se detectan. Cada línea indica una energía. Pero la mayoría de las que vemos ahí son de la radiación de fondo. -Las señaló en la pantalla-. Ya sabe, ni los bloques de plomo la detienen al cien por cien.

Tomé asiento a su lado.

-Lo que intento enseñarle, doctora Scarpetta, es que esa muestra que me ha traído no despide rayos gamma de alta energía cuando se produce la desintegración espontánea. Si observa aquí, en este espectro

de energías -Matthews señaló el monitor y dio unos golpecitos en el cristal con un punzón-, parece que este rayo gamma es característico del uranio doscientos treinta y cinco.

-Bien, ¿y eso qué significa?

-Que el material es bueno. -Se volvió a mirarme.

-¿Como el usado en los reactores nucleares? -pregunté.

-Exacto. Es el que utilizamos para fabricar las barras y pellas de combustible. Pero sólo el cero coma tres por ciento de ese uranio es doscientos treinta y cinco, como posiblemente ya sabe. El resto es uranio empobrecido.

-Exacto. El resto es uranio doscientos treinta y ocho -asentí.

-Y eso es lo que tenemos aquí.

-Si no emite rayos gamma de alta energía, ¿cómo se puede saber eso por el espectro de energía?

-Lo que hace el cristal de germanio es detectar el uranio doscientos treinta y cinco, y el hecho de que el porcentaje sea tan bajo indica que la muestra que analizamos tiene que ser de uranio empobrecido.

-¿No podría tratarse de combustible gastado de un reactor? -pensé en voz alta.

-No -respondió Matthew-. No hay rastro de materiales de fisión en la muestra. Ni estroncio, cesio, yodo ni bario. Con el microscopio de barrido ya los habríamos visto.

-En efecto, no aparecían isótopos de esa clase -asentí-, sólo ese uranio, además de los elementos no fundamentales que una esperaría encontrar en los restos de tierra adheridos a las suelas de unos zapatos de calle.

Miré los picos y valles de lo que habría sido un cardiograma muy alarmante, mientras Matthews tomaba notas.

-¿Querrá copias impresas de todo esto? -preguntó.

-Sí, por favor. ¿Y para qué se usa el uranio empobrecido?

-En general no tiene utilidad. -El hombre pulsó varias teclas.

-Si no procede de una central nuclear, ¿de dónde entonces?- pregunté.

-Muy probablemente de una instalación donde se lleva a cabo la separación isotópica.

-Como la de Oak Ridge, Tennessee -apunté.

-Bueno, allí ya no se dedican a eso, pero lo han hecho durante décadas y deben de tener almacenes de metal de uranio. Ahora también hay instalaciones en Portsmouth, Ohio, y en Paducah, Kentucky.

-Doctor Matthews, al parecer alguien llevaba metal de uranio empobrecido en las suelas de los zapatos y dejó rastros de ese material en un coche. ¿Cómo o por qué puede haber sucedido tal cosa? ¿Puede usted darme una explicación razonable?

-No. -Me miró con cara inexpresiva-. No creo que pueda.

Pensé en las formas esféricas y melladas que me había mostrado el microscopio electrónico de barrido y probé de nuevo:

-¿Para qué se funde uranio doscientos treinta y ocho? ¿Por qué se le da forma con una máquina?

-En general la gran industria no utiliza el metal de uranio -respondió-

. Ni siquiera en las centrales nucleares, porque en ellas las varillas o pellas de combustible son de óxido de uranio, un material cerámico.

Planteé la cuestión de otra manera:

-Entonces quizá debería preguntar para qué se emplearía, teóricamente, ese metal de uranio empobrecido.

-Durante cierto tiempo en el Departamento de Defensa se habló de utilizarlo para las planchas blindadas de los carros de combate, y se ha sugerido que podrían emplearse para hacer balas u otros tipos de proyectiles. Salvo esto sólo se utiliza, que nosotros sepamos, como escudo contra materiales radiactivos.

-¿Qué clase de materiales radiactivos? -dije mientras notaba cómo despertaban mis glándulas suprarrenales-. ¿Servirían como camisas para combustible gastado, por ejemplo? -pregunté.

-Desde luego, en el caso de que supiéramos cómo librarnos de los residuos nucleares en este país -respondió Matthews con ironía-. Verá, si pudiéramos recogerlos para enterrarlos a unos trescientos metros de profundidad bajo Yucca Mountain, Nevada, por ejemplo, el uranio doscientos treinta y ocho podría utilizarse como revestimiento de los bidones necesarios para el transporte.

-En otras palabras -comenté-, si hay que trasladar combustible nuclear gastado fuera de una central tiene que guardarse en algún recipiente, y el uranio empobrecido es mejor que el plomo como escudo.

El físico me respondió que a eso se refería, justamente. Después me devolvió la muestra a cambio del recibo, porque era una prueba que un día podía terminar ante un tribunal. Por eso no podía dejarla allí aunque supiera cómo se sentiría Marino cuando volviese a guardarla en el portaequipajes de su coche.

Lo encontré cuando estiraba las piernas, con las gafas de sol puestas.

-Y ahora, ¿qué?

-Abre el maletero, por favor.

Marino tanteó bajo el volante y tiró de una palanca al tiempo que decía:

-Aquí mismo te aseguro que eso no irá a parar a ningún archivo de pruebas de mi comisaría ni de la central. Nadie va a colaborar, ni aunque se lo pida yo.

-Pues tiene que guardarse -me limité a replicar-. ¿ Qué hace ahí dentro un paquete de doce latas de cerveza?

-Así después no tendré que preocuparme de parar a comprarlas.

-Un día de éstos te verás en problemas -le advertí mientras cerraba el portaequipajes del coche policial, propiedad de la ciudad.

-Bien, *¿qué* me dices de guardar el uranio en la oficina?

-De acuerdo -asentí-. Me lo quedaré.

-¿Y cómo te ha ido ahí dentro? -preguntó Marino, al tiempo que ponía el motor en marcha.

Hice un resumen, evitando los detalles científicos.

-¿Me estás diciendo que alguien dejó restos de residuos nucleares en tu Mercedes? -preguntó, perplejo.

-Así parece. Tengo que hablar con Lucy otra vez.

-¿Por qué? ¿Qué tiene que ver Lucy en todo esto?

-No creo que tenga nada que ver -respondí mientras el coche descendía la ladera-. Se me ha ocurrido una idea bastante loca...

-Tú y tus locuras...

Cuando aparecí de nuevo en la puerta, esta vez acompañada de Marino, Janet puso cara de preocupación.

-¿Ocurre algo?

-Creo que necesito vuestra ayuda. La de las dos.

Lucy estaba sentada en la cama con un ordenador portátil sobre los muslos. Miró a Marino y murmuró:

-Dispara, pero cobramos las consultas.

Marino se sentó junto al fuego y yo ocupé una silla a su lado.

-Ese pirata que ha estado colándose en el ordenador de la CP&L... -empecé a decir-, ¿sabes dónde más se ha metido, además de en la facturación de clientes?

-No puedo decir que lo sepamos todo -me respondió Lucy-, pero lo de facturación es seguro y la información sobre clientes es general.

-¿Y qué significa eso? -preguntó Marino.

-Significa que la información sobre clientes incluye direcciones de las facturas, números de teléfono, servicios especiales, promedios de uso de energía, y algunos clientes participan de un programa de compra de acciones...

-Hablemos de ese programa -la interrumpí-. Yo participo en él. Cada mes, una parte de mi cheque va destinado a comprar acciones de la CP&L, y por tanto la compañía tiene cierta información financiera sobre mí, incluidos los números de la cuenta bancaria y de la seguridad social. -Hice una pausa, pensativa-. ¿Esos datos podrían ser de interés para el pirata?

-En teoría, sí-dijo Lucy-, porque debes recordar que una base de datos tan enorme como la de la CP&L no reside en un único lugar. Tienen otros sistemas que utilizan accesos que conducen a ellos, lo cual podría explicar el interés del pirata por el ordenador *mainframe* de Pittsburgh...

-Quizá te explique algo a ti -intervino Marino, que siempre se impacientaba con la jerga informática de Lucy-, pero a mí no me dice nada.

-Imagina los accesos como carreteras principales en un mapa -explicó con paciencia-. Por ejemplo la Interestatal 95. En teoría, si vas pasando de una a otra puedes empezar a recorrer la red global, puedes llegar al rincón que quieras.

-¿Adonde? -preguntó él-. Dame un ejemplo que pueda entender.

Lucy posó el ordenador portátil sobre sus muslos y se encogió de hombros.

-Si yo entrara en el ordenador de Pittsburgh, mi siguiente parada sería en la AT&T.

-¿Ese ordenador es un acceso al sistema telefónico? -pregunté.

-Es uno de ellos, y es una de las sospechas en las que hemos trabajado Janet y yo: que el pirata intenta descubrir maneras de robar electricidad y tiempo de teléfono.

-De momento sólo es una teoría, por supuesto -dijo Janet-. Porque

por ahora no ha aparecido nada que nos diga cuáles son los motivos de ese pirata. Pero desde el punto de vista del FBI, las entradas no autorizadas van contra la ley. Eso es lo que cuenta.

-¿Sabéis a qué registros de clientes ha accedido? -pregunté.

-Sabemos que tiene acceso a todos -respondió Lucy-. Y hablamos de millones. Pero en cuanto a registros individuales, nos consta que sólo ha inspeccionado unos cuantos con detalle. Y sabemos cuáles.

-¿Podría verlos? -pregunté.

Lucy y Janet guardaron silencio.

-¿Para qué? -intervino Marino, *y* me miró fijamente-. ¿Qué se te ha ocurrido ahora, doctora?

-Se me ha ocurrido que ese uranio hace funcionar las centrales nucleares y que la CP&L tiene dos de ellas en Virginia y una en Delaware. El pirata entra en su ordenador. Ted Eddings me hizo preguntas en mi despacho sobre la radiactividad. En el PC de su casa tenía toda clase de archivos sobre Corea del Norte y las sospechas de que intentaban fabricar plutonio para uso militar en un reactor nuclear.

-Y tan pronto empezamos a investigar algo en Sandbridge, apareció un merodeador -añadió Lucy-. Luego alguien nos revienta las ruedas y el detective Roche te amenaza. Y por último Danny Webster llega a Richmond y acaba muerto, y parece que quien lo mata dejó restos de uranio en tu coche. -Mi sobrina me miró fijamente-. Dime qué necesitas ver.

No pedí una lista completa de clientes porque hubiera salido prácticamente toda la población de Virginia, incluida mi oficina y mi casa. Lo que me interesaba era los registros detallados a los que había accedido el pirata. La lista que apareció era curiosa, aunque corta. De los cinco nombres, sólo uno me resultó desconocido.

-¿Alguien sabe quién es Joshua Hayes? Tiene un apartado de Correos de Suffolk -dije.

-Un agricultor -explicó Janet-. Es lo único que sabemos hasta ahora.

-Está bien. -Seguí repasando la lista-. Tenemos a Brett West, un ejecutivo de la CP&L. No recuerdo su cargo.

-Vicepresidente ejecutivo encargado de Operaciones -dijo Janet.

-Vive en una de esas mansiones de ladrillo cerca de tu casa, doctora -añadió Marino-. En Windsor Farms.

-Vivía -le corrigió Janet-. Si te fijas en la dirección de la factura verás que se mudó en octubre pasado. Parece que se ha trasladado a Williamsburg.

Fuera quien fuese el que estuviera moviéndose ilegalmente por la red, había husmeado también los expedientes de otros dos ejecutivos de la CP&L. Uno era el CEO, y el otro el presidente. Pero fue la identidad de la quinta víctima electrónica la que me asustó de verdad.

-¡El capitán Green! -Me volví hacia Marino, desconcertada.

Él me dedicó una mirada inexpresiva.

-No tengo idea de quién es.

-Estaba presente en el varadero de naves fuera de servicio cuando saqué del agua el cuerpo de Eddings -le expliqué-. Pertenece al Servicio de Investigación de la Marina.

-Te escucho. -A Marino se le ensombreció el rostro y el maletín del COI de Lucy y Janet se inclinó pronunciadamente ante los ojos de ambas-. Quizá no sea tan sorprendente que ese pirata informático sintiera curiosidad por los altos cargos de la empresa en la que se ha introducido ilegalmente, pero no veo cómo encaja el SIM en esto.

-Y yo no estoy segura de querer saberlo -afirmé-. Pero si Lucy tiene razón en lo que dice de los accesos, puede que el destino final de nuestro pirata sean los registros telefónicos de ciertas personas.

-¿Para qué? -preguntó Marino.

-Para ver a quién llaman. Para ver en qué clase de información podía estar interesado un periodista, por ejemplo.

Me levanté de la silla y empecé a deambular por la estancia con un hormigueo de miedo en el cuerpo. Pensé en Eddings, envenenado en su barca, en las balas Black Talón y en el uranio, y recordé que Joel Hand tenía la granja en algún lugar de Tidewater.

-Ese tal Dwain Shapiro, el de la Biblia que encontraste en casa de Eddings... -dije a Marino-. Presuntamente murió en un atraco a un coche. ¿Tenemos más información sobre el caso?

-De momento, no.

-La muerte de Danny habría podido pasar por un incidente similar -apunté.

-O la tuya. Sobre todo por el tipo de coche. Si lo hizo un profesional, quizás ignoraba que su objetivo no era un hombre -apuntó Janet-. Quizá sólo sabía qué coche conducirías. -Me detuve junto a la chimenea mientras ella continuaba-: O puede que no descubriese que era Danny hasta que ya era demasiado tarde. Entonces tuvo que deshacerse de él.

-¿Por qué yo? ¿Cuál sería el motivo?

-Está muy claro -respondió Lucy-. Creen que sabes algo.

-¿Quiénes?

-Los Nuevos Sionistas, tal vez. Y mataron a Eddings por la misma razón. Pensaron que sabía algo o que iba a destapar algún asunto.

Miré a mi sobrina y a Janet y me sentí más nerviosa.

-Por el amor de Dios -les dije con vehemencia-, no hagáis nada más sobre este asunto hasta haber hablado con Benton o alguien de arriba. ¡Maldita sea! No quiero que esa gente piense que vosotras también sabéis algo.

Pero estaba segura de que Lucy, por lo menos, no me escucharía. Tan pronto cerrase la puerta volvería a su teclado con renovada energía.

-¿Janet? -Sostuve la mirada de mi única esperanza de que Lucy actuara con prudencia-. Es muy posible que vuestro pirata informático esté relacionado con varios asesinatos.

-Doctora Scarpetta -respondió ella-. Comprendo.

Marino y yo abandonamos el campus, y el Lexus dorado que ya habíamos visto dos veces aquel día nos siguió todo el camino de vuelta a Richmond. Marino condujo con los ojos puestos constantemente en los retrovisores. Sudaba y estaba furioso porque el ordenador del DVM aún no estaba en funcionamiento y el número de matrícula que había consultado tardaba una eternidad en aparecer. El conductor del coche que nos seguía era blanco y joven. Llevaba gafas de sol y una gorra.

-No le importa que sepamos quién es -indiqué-. Si le importara, no sería tan descarado. Esto no es más que otro intento de intimidación.

-¿Ah, sí? ¡Pues vamos a ver quién intimida a quién! -exclamó, al tiempo que reducía la velocidad. Miró de nuevo por el retrovisor, siguió frenando, y el otro coche se acercó más. De pronto Marino frenó en seco. No sé quién se sorprendió más, si nuestro perseguidor o yo. Los frenos del Lexus chirriaron, los cláxones sonaron por todas partes, y el coche topó con la parte posterior del Ford de Marino.

-¡Uy, uy, uy! -dijo Pete-. Me parece que alguien acaba de dar por detrás a un policía...

Bajó del coche y desabrochó disimuladamente la funda de la pistola mientras yo mantenía mi expresión de incredulidad. Busqué la pistola, la guardé en un bolsillo del abrigo y decidí salir también pues no tenía idea de lo que iba a suceder. Marino, junto a la puerta del conductor del Lexus, observaba el tráfico a su espalda mientras hablaba por la radio portátil.

-Mantenga las manos donde pueda verlas en todo momento -ordenó de nuevo al conductor con voz sonora y autoritaria-. Ahora quiero que me dé su permiso de conducir. Despacio.

Yo estaba al otro lado del coche, cerca de la puerta del copiloto, y reconocí al individuo antes de que Marino viera el permiso y la foto que constaba en él.

-Vaya, vaya, detective Roche. -Marino alzó la voz sobre el estruendo del tráfico-. Qué curioso que hayamos topado con usted... o viceversa. -De pronto endureció el tono-: Salga del coche. Venga. ¿Lleva armas de fuego encima?

-El arma está entre los asientos. A plena vista -replicó Roche fríamente.

Después salió del coche poco a poco. Vestía pantalones militares, una chaqueta de algodón y botas, y lucía un gran reloj negro de submarinismo. Marino lo obligó a volverse y le repitió que mantuviera las manos a la vista. Me quedé donde estaba mientras las gafas de sol de Roche me miraban fijamente. En sus labios había una sonrisa burlona.

-Y dime, detective Roche -dijo Marino-, ¿para quién espías hoy? ¿Con quién hablabas por ese teléfono móvil? ¿Con el capitán Green, quizá? ¿Le has contado dónde hemos estado hoy, qué andamos haciendo y cuánto nos hemos asustado al verte en el retrovisor? ¿O eras tan visible porque eres un capullo, simplemente?

Roche no dijo nada. Tenía la cara muy seria.

-¿Le hiciste lo mismo a Danny? Llamaste al garaje de la grúa y dijiste que eras Scarpetta y que querías saber cómo estaba tu coche. Luego pasaste la información a quien fuera, pero casualmente esa noche no era la doctora quien conducía. Y ahora hay un chico al que le falta media cara porque algún mercenario ignoraba que su objetivo era una mujer, o quizá tomó a Danny por el forense.

-No puede probar nada de lo que dice -replicó Roche con la misma sonrisa burlona.

-Veremos qué puedo demostrar cuando tenga las facturas de su

teléfono móvil. -Marino se acercó a Roche hasta que éste notó su corpulenta proximidad. La barriga de Pete casi tocaba al detective-. Y cuando encuentre algo, vas a tener que preocuparte de algo más que de una simple multa de tráfico. Como poco voy a encerrar tu lindo culo como cómplice de asesinato con conocimiento previo del hecho. Eso podría costarte cincuenta años.

«Mientras tanto -Marino le puso su grueso índice delante del rostro-, será mejor que no te vuelva a ver a menos de un kilómetro de mí. Y te recomiendo que tampoco te acerques a la doctora. No la has visto cuando se enfada.

Marino se llevó la radio a los labios y conectó de nuevo para comprobar cuándo acudiría algún agente a la escena del incidente. La central aún no había terminado de transmitir el aviso por segunda vez cuando apareció un coche patrulla en la 64. Se detuvo en el arcén, detrás de los coches, y se apeó de él una sargento uniformada del Departamento de Policía de Richmond que se encaminó hacia nosotros con paso decidido y con la mano discretamente cerca de la pistola.

-Buenas tardes, capitán. -La sargento ajustó el volumen de la radio que llevaba al cinto-. ¿Hay algún problema?

-Verá, sargento Schroeder, este individuo lleva siguiéndome casi todo el día -explicó Marino-. Y por desgracia, cuando he tenido que frenar en seco porque se ha cruzado un perro blanco delante de mi coche, me ha dado por detrás.

-¿El perro blanco habitual? -preguntó la sargento sin un asomo de sonrisa.

-Sí, me ha parecido el mismo que ya nos ha causado problemas otras veces.

Los dos continuaron lo que debía de ser la broma policial más vieja de la ciudad porque, en lo que tocaba a accidentes de un solo vehículo, la culpa siempre parecía tenerla un ubicuo can blanco que aparecía delante de los coches y que luego se esfumaba hasta que volvía a aparecer ante el siguiente mal conductor y se llevaba las culpas otra vez.

-Tiene un arma de fuego dentro del vehículo, por lo menos -añadió Marino con el tono policial más grave de que fue capaz-. Quiero que lo cachee a fondo antes de encerrarlo.

-Muy bien. Señor, abra bien los brazos y las piernas.

-Soy policía -soltó Roche.

-Entonces debe de saber perfectamente lo que estoy haciendo -fue la fría respuesta de la sargento Schroeder. Cacheó a Roche y descubrió otra arma en una funda atada a la pierna izquierda.

-¡Vaya! ¡Qué encantador...! -murmuró Marino.

-Señor -continuó la sargento en un tono un poco más alto mientras otra unidad policial camuflada se detenía en las inmediaciones-, voy a tener que pedirle que saque la pistola de la funda y la coloque dentro de su vehículo.

Del segundo coche se apeó un jefe auxiliar con uniforme azul marino, insignias y correajes de charol impecables y resplandecientes. No parecía entusiasmado de hallarse allí, pero era cuestión de protocolo

llamarlo cada vez que un capitán se veía involucrado en una incidencia policial, por nimia que fuera. Contempló en silencio cómo Roche sacaba una Colt 380 de la funda negra de nailon. La dejó dentro del Lexus, cerró la puerta y, rojo de cólera, se dejó colocar en el asiento de atrás del coche patrulla. Mientras yo esperaba dentro del Ford abollado, la sargento y el jefe auxiliar interrogaron a Marino y a Roche.

-¿Y ahora qué sucede? -pregunté a Marino cuando regresó.

-Será acusado de no guardar la distancia reglamentaria y lo soltarán con una citación para comparecer ante un juez. -Se abrochó el cinturón de segundad con aire satisfecho.

-¿Y ya está?

-Sí, salvo lo que diga el tribunal. Lo bueno del asunto es que le he arruinado el día. Y lo mejor, que ahora tenemos algo para investigar, de modo que quizá terminemos por enviar su lindo culo a Mecklenburg. Allí, con lo guapito que es, hará muchos amigos.

-¿Sabías que era él antes de que nos alcanzara? -le pregunté.

-No, no tenía idea.

Nos reincorporamos al tráfico.

-¿Qué ha dicho cuando le han preguntado?

-Lo que era de esperar, que he frenado de improviso.

-Bueno, es lo que has hecho.

-Y la ley me permite hacerlo.

-¿Y lo de seguirnos? ¿Ha dado alguna explicación?

-Dice que lleva todo el día fuera, haciendo recados y paseando, que no sabe de qué hablamos.

-Ya. Por lo visto cuando uno sale a hacer recados tiene que llevar consigo dos armas, por lo menos.

-¿Quieres decirme cómo cono puede permitirse un coche así? -Marino se volvió hacia mí-. Probablemente no gana ni la mitad que yo, y ese Lexus debe de costar casi cincuenta mil dólares.

-La Cok que llevaba tampoco es barata -añadí-. Seguro que saca dinero de alguna parte.

-Los soplones siempre lo sacan.

-¿Crees que Roche sólo es eso, un soplón?

-Sí, prácticamente sólo eso. Creo que está haciendo el trabajo más tedioso. Yo diría que para Green.

La radio nos interrumpió de improviso con el sonoro bramido de un tono de alerta, y a continuación recibimos una respuesta a nuestros interrogantes, peor aún de lo que habíamos temido. Un locutor transmitió lo siguiente:

«Se advierte a todas las unidades que acabamos de recibir un teletipo de la policía del Estado con la siguiente información: La central nuclear de Old Point ha sido ocupada por terroristas. Se han registrado disparos y hay víctimas.»

Me quedé muda de asombro mientras el mensaje proseguía:

«El jefe de policía ha ordenado que el departamento pase al plan de emergencia A. Todos los turnos de día permanecerán en sus puestos hasta nuevo aviso. Seguirán nuevas instrucciones. Todos los comandantes de división deben ponerse inmediatamente en contacto

con el puesto de mando de la Academia de Policía.»

-¡Joder, no! -exclamó Marino, y pisó el acelerador a fondo-. Vamos a tu despacho.

13

La invasión de la central nuclear de Oíd Point se había producido de forma rápida y aterradora, y seguimos las noticias con incredulidad mientras Marino cruzaba la ciudad a toda prisa. Sin hacer el menor comentario, escuchamos a un reportero casi histérico que hablaba desde el lugar de los hechos en un tono mucho más alto del habitual.

«La central nuclear de Oíd Point ha sido tomada por unos terroristas -repitió-. El hecho se ha producido hace cuarenta y cinco minutos, cuando un autobús que trasladaba a unos veinte hombres camuflados de trabajadores de la CP&L ha irrumpido en el edificio central de administración. Se habla de tres civiles muertos, por lo menos.»

Le temblaba la voz y oímos unos helicópteros que sobrevolaban el lugar.

«Veo vehículos policiales y coches de bomberos por todas partes, pero no pueden acercarse. ¡Oh, Dios mío, esto es espantoso...!»

Marino aparcó ante mi edificio, junto al bordillo. Permanecimos en el coche, incapaces de movernos, mientras escuchábamos la misma información una y otra vez. No parecía real porque allí, en Richmond, a menos de ciento sesenta kilómetros de Oíd Point, la tarde era espléndida, el tráfico normal y la gente caminaba por las aceras como si no sucediera nada. Mis ojos miraban distraídos mientras repasaba mentalmente y a toda prisa la lista de cosas que tenía que hacer.

-Vamos, doctora. -Marino cortó la comunicación-. Vamos adentro. Tengo que ponerme en contacto por teléfono con alguno de mis tenientes. Hay que organizar las cosas por si se corta la luz en Richmond, o algo aún peor.

Yo también debía dirigir la movilización de mi gente y empecé por congregar a todo el mundo en la sala de reuniones, donde declaré situación de emergencia en todo el estado.

-Todos los distritos deben estar preparados y a la espera para llevar a cabo su parte en el plan de catástrofes -anuncié a los presentes-. Un incidente nuclear podría afectar a todos los distritos. Evidentemente, Tidewater es el más amenazado y el menos cubierto. Doctor Fielding -dije a mi ayudante jefe-, quiero que se encargue usted de Tidewater. Tendrá el mando allí cuando yo no esté.

-Haré todo lo que pueda -asintió Fielding resueltamente, aunque nadie en su sano juicio hubiera deseado la misión que acababa de encomendarle.

-Bien, no sé dónde voy a estar en cada momento durante esta emergencia -continué, dirigiéndome a los rostros inquietos-. Aquí las cosas siguen como de costumbre, pero quiero que traigan todos los cuerpos que pueda haber. Todos los cuerpos de Oíd Point, me refiero,

empezando por los muertos de bala.

-¿Qué hacemos con otros posibles casos en Tidewater? -preguntó Fielding.

-Con los casos de rutina se procederá como de costumbre. Tengo entendido que contamos con otro técnico en autopsias para cubrir el puesto hasta que encontremos un sustituto definitivo.

-¿Hay alguna posibilidad de que esos cuerpos que quiere aquí estén contaminados? -preguntó mi administrador, siempre aprensivo.

-De momento hablamos de muertos a tiros -respondí.

-Y no estarán...

-No.

-Pero ¿y más adelante? -insistió él.

-Una contaminación ligera no es problemática -le dije-. Bastará con ducharse con agua y jabón, enjuagarse bien y deshacerse de las ropas. La exposición aguda a la radiación es otro asunto, en especial si los cuerpos han recibido quemaduras graves o están impregnados de material radiactivo, como sucedió en Chernobil. Éstos habrá que conservarlos en un camión refrigerado especial, dotado de blindaje protector, y todo el personal en contacto con ellos llevará trajes con blindaje de plomo.

-¿Y los incineraremos?

-Eso es lo que recomendaré que se haga. Y ésa es una razón más para traerlos aquí, a Richmond. Podemos usar el crematorio de la división de Anatomía.

Marino asomó la cabeza por la puerta de la sala.

-¿Doctora?

Con un gesto me indicó que saliera. Me levanté y lo seguí al pasillo.

-Benton nos quiere en Quantico, ahora -me dijo.

-Ahora no puede ser -respondí. Volví la mirada hacia la sala de reuniones. Por el hueco de la puerta vi que Fielding comentaba algo mientras los demás médicos lo miraban, tensos y nada satisfechos.

-¿Tienes un maletín con lo necesario para pasar una noche fuera? -continuó Marino, quien sabía que siempre guardaba uno en el despacho.

-¿Es necesario todo esto, realmente?

-Si no lo fuera, te lo diría -fue su respuesta.

-Dame quince minutos para terminar la reunión.

Puse fin lo mejor que supe a la confusión y al temor que reinaban en la sala y comuniqué a los demás doctores que acababan de llamarme de Quantico y que quizás estuviera varios días fuera, pero que me llevaba el buscapersonas.

Marino y yo cogimos mi coche y no el suyo porque lo había dejado en el taller para que reparasen el parachoques contra el que había topado Roche. Nos dirigimos al norte por la 95 con la radio puesta. Para entonces habíamos oído la historia tantas veces que la conocíamos mejor que los reporteros.

Durante las dos últimas horas no había habido más muertos en Oíd Point, por lo menos no había noticias de ello. Y los terroristas habían dejado salir a decenas de personas. Estos afortunados eran soltados por

parejas o de tres en tres, según las noticias, y el personal de emergencias médicas, la policía del Estado y el FBI los aislaban para someterlos a exámenes e interrogatorios.

Llegamos a Quantico casi a las cinco y vimos a unos marines con uniforme de camuflaje que se afanaban en los preparativos para la inminente caída de la noche. Los soldados estaban agrupados en camiones o detrás de sacos terreros en el campo de tiro y, cuando pasamos junto a un grupo, apostado junto a la calzada, la juventud de sus rostros me resultó dolorosa. Tomé una curva, y los altos edificios de ladrillo claro se alzaron de pronto tras los árboles. El complejo no tenía aire militar, y de hecho podría haber pasado por una universidad de no ser por el bosque de antenas de las azoteas. El camino que conducía hasta allí hacía un alto en una barrera de acceso; en el suelo, un mecanismo pincha neumáticos amenazaba con sus dientes descubiertos a los coches que intentaban pasar por donde no debían.

Un guardia armado salió de la garita, nos echó un vistazo y, al comprobar que no éramos un par de desconocidos, sonrió y nos dejó pasar. Aparcamos en el gran espacio frente al más alto de los edificios, el llamado Jefferson, que era lo que se podía llamar el centro urbano interior de la Academia. Allí estaba la oficina de Correos, la sala de tiro cubierta, el comedor y el bazar, y en los pisos superiores había alojamientos, entre ellos diversos apartamentos de seguridad para testigos protegidos y espías.

En la sala de limpieza de armas, los agentes novatos vestidos de caqui y de azul marino se dedicaban al mantenimiento de las pistolas. Me parecía haber olido los disolventes toda mi vida y aún era capaz de evocar a voluntad el ruido del aire comprimido al pasar por el ánima del cañón y por las otras piezas del arma. Aquel edificio estaba íntimamente integrado en mi biografía. Apenas había en él un rincón que no me despertara emociones pues allí me había enamorado y allí había llevado mis casos más terribles. Había dado clases y consejos en sus aulas, y sin darme cuenta le había entregado a mi sobrina.

-Dios sabe en qué vamos a meternos -comentó Marino cuando tomábamos el ascensor.

-Vayamos paso a paso -respondí mientras los nuevos agentes con sus gorras del FBI desaparecían detrás de las puertas de acero que se cerraban.

Pete pulsó el botón del piso inferior, construido en otra época como refugio antibombas de Hoover. La unidad de identificación, como lo llamaba todavía todo el mundo, estaba a veinte metros bajo tierra y carecía de ventanas o de cualquier otra escapatoria de los espantos que descubría. Francamente, nunca había comprendido cómo podía soportarlo Wesley, año tras año. Yo enloquecía cada vez que bajaba para consultas que se prolongaban más de un día. Tenía que salir a caminar o a coger el coche. Tenía que salir.

-¿Paso a paso? -repitió Marino cuando el ascensor se detuvo-. Aquí no hay paso ni carrera que valga. Llegamos un día tarde. Hemos empezado a juntar las piezas cuando la partida ya había acabado.

-No ha acabado todavía -repliqué.

Pasamos ante la recepcionista y tomamos un pasillo que nos condujo al despacho del jefe de la unidad.

-Bueno, esperemos que no termine con una explosión -dijo Pete-. ¡Mierda, ojalá hubiéramos caído antes en la cuenta! -Alargó la zancada, furioso.

-No teníamos manera de saberlo, Marino. No podíamos.

-Bueno, creo que deberíamos haber imaginado algo hace días. Tal vez en Sandbridge, cuando recibiste esa extraña llamada telefónica.

-¡Por el amor de Dios! -exclamé-. ¿Crees que una llamada telefónica nos hubiera podido poner sobre la pista de un grupo terrorista que se disponía a capturar una central nuclear?

La secretaria de Wesley era nueva y no logré recordar su nombre.

-Buenas tardes -la saludé-. ¿Está ahí dentro?

-¿A quién anuncio, por favor? -preguntó ella con una sonrisa.

Le dimos los nombres y esperamos pacientemente mientras llamaba. No hablaron mucho. Cuando la secretaria nos miró de nuevo, se limitó a decir:

-Ya pueden entrar.

Wesley estaba tras su escritorio y se puso en pie cuando cruzamos la puerta. Tenía su habitual expresión preocupada y sombría, con un traje gris de punta de espina y corbata negra y gris.

-Pasemos a la sala de reuniones -indicó.

-¿Por qué? -Marino ocupó una silla-. ¿Has convocado a más gente?

-Efectivamente -asintió Benton.

Yo me quedé de pie donde estaba, y sólo crucé la mirada con él lo imprescindible.

-Podemos quedarnos aquí -reflexionó. Se acercó a la puerta y la abrió-. Emily, ¿podría traer otra silla?

Nos instalamos mientras la secretaria cumplía el encargo y vi que Wesley tenía dificultades para concentrar sus pensamientos y tomar decisiones. Yo sabía cómo se ponía cuando lo abrumaba una situación. Lo conocía cuando estaba abatido.

-Ya sabéis lo que sucede... -dijo como si lo diera por hecho.

-Sabemos lo mismo que todo el mundo -respondí-. Hemos oído las mismas noticias por la radio un centenar de veces.

-¿Por qué no empiezas por el principio? -añadió Marino.

-La CP&L tiene una oficina de distrito en Suffolk -expuso Wesley-. Esta tarde, unas veinte personas salieron de allí en un autobús para efectuar, supuestamente, trabajos de mantenimiento en la sala de control simulada de la central de Oíd Point. Eran hombres blancos de unos treinta a cuarenta años que se hacían pasar por trabajadores, lo cual no son, evidentemente. Y han conseguido entrar en el edificio principal, donde se encuentra la sala de control.

-Iban armados -apunté.

-Sí. Cuando llegó el momento de pasar por las máquinas de rayos X y demás detectores, sacaron armas semiautomáticas. Ha habido muertos, como sabéis, por lo menos tres empleados de la CP&L, entre ellos un físico nuclear que estaba de visita en la instalación y que se encontraba en el vestíbulo en el peor momento.

-¿Cuáles son sus exigencias? -le dije, y me pregunté qué más sabría Wesley y desde cuándo-. ¿Han dicho lo que quieren?

-Eso es lo que más nos preocupa. -Me miró a los ojos-. No sabemos qué quieren.

-Pero están soltando a la gente -intervino Marino.

-Ya lo sé. Y eso también me preocupa -continuó Wesley-. Los terroristas no suelen actuar así. Esto es diferente.

Sonó el teléfono y Benton descolgó el aparato.

-¿Sí? Bien. Dígale que pase.

Entró en el despacho el general de división Lynwood Sessions, vestido con el uniforme de la Marina, y estrechó la mano de cada uno de nosotros. El general, un hombre negro de unos cuarenta y cinco años, tenía un atractivo que no pasaba por alto. No se quitó la chaqueta ni se aflojó tan siquiera un botón cuando tomó asiento, con gesto ceremonioso, y dejó junto a él una cartera repleta.

-Gracias porvenir, general -dijo Wesley.

-Ojalá estuviera aquí por otro motivo más alegre -dijo mientras se inclinaba para sacar un expediente y un bloc de la cartera.

-Eso nos gustaría a todos -dijo Wesley-. Le presento al capitán Pete Marino, de Richmond, y a la doctora Kay Scarpetta, forense jefe de Virginia. -El general me miró fijamente-. Los dos trabajan para nosotros. De hecho, la doctora Scarpetta es la forense de los casos que a nuestro parecer están relacionados con lo que sucede en estos momentos.

El general Sessions asintió sin hacer comentarios, y Wesley se dirigió a Marino y a mí:

-Si me permitís -dijo- os explicaré lo que sabemos más allá de esta crisis inmediata. Tenemos razones para pensar que las embarcaciones del varadero de buques fuera de servicio de la Marina están siendo vendidas a países que no deberían tenerlas, entre ellos Irán, Irak, Libia, Corea del Norte y Argelia.

-¿Qué clase de embarcaciones? -preguntó Marino.

-Sobre todo submarinos. También sospechamos que ese centro compra barcos de países como Rusia para revenderlos.

-¿Y cómo es que no se nos ha informado hasta ahora de todo eso?

-No había pruebas -respondió Wesley tras un ligero titubeo.

-Ted Eddings buceaba en ese lugar cuando murió -apunté-. Y estaba cerca de un submarino.

Nadie dijo nada.

El general rompió por fin el silencio:

-Era periodista. Se ha especulado con la idea de que quizá buscaba restos de la Guerra de Secesión.

-¿Y qué hacía Danny ? -Medí las palabras porque estaba cada vez más irritada-. ¿ Explorar un túnel de tren que era parte de la historia de Richmond?

-Es difícil saber en qué andaba metido Danny -fue su respuesta-, pero tengo entendido que la policía de Chesapeake encontró una bayoneta en el maletero de su coche y que el arma encaja con las marcas que dejó el instrumento empleado para pincharle las ruedas,

doctora.

Lo miré fijamente.

-No sé de dónde ha sacado esta información pero, si lo que dice es cierto, sospecho que esa prueba la encontró el detective Roche.

-Sí, creo que fue él.

-En fin... Me parece que todos los presentes somos de confianza. -No aparté la vista de los ojos del general-. Si se produce un desastre nuclear, la ley me ordena ocuparme de los muertos. Ya hay demasiados en Oíd Point. General Sessions -añadí tras una pausa-, éste es un momento excelente para que nos cuente la verdad.

Todos volvieron a guardar silencio.

-El NAVSEA lleva tiempo preocupado con ese varadero -dijo por fin el general.

-¿Qué cono es eso del NAVSEA? -preguntó Marino.

-El Mando de Sistemas Náuticos de la Marina -explicó Sessions-. Los responsables de comprobar que las instalaciones como ésa de la que hablamos cumplen los requisitos establecidos.

-Eddings tenía la dirección N-V-S-E programada en su máquina de fax -dije-. ¿Estaba en comunicación con ellos?

-Les había consultado cosas -asintió el general-. Sabíamos que Eddings andaba tras el asunto, pero no podíamos darle las respuestas que quería, como no podíamos dárselas a usted, doctora, cuando nos envió aquel fax pidiéndonos que nos identificáramos. -Su expresión era inescrutable-. Estoy seguro de que lo entiende.

-¿Qué es D-R-M-S, de Memphis? -quise saber.

-Otro número de fax al que llamó Eddings, como usted. Corresponde al Servicio de Reutilización y Comercialización de la Defensa, que se ocupa de todas las ventas de saldo, las cuales han de ser aprobadas por el NAVSEA.

-Eso encaja -señalé-. Ya entiendo por qué Eddings se pondría en contacto con esos números. Estaba enterado de lo que sucedía en el varadero y de que las normas de la Marina estaban siendo quebrantadas de forma alarmante. Y pretendía ahondar en la historia.

-Háblenme con más detalle de esas normas -intervino Pete-. ¿Cuáles tenía que cumplir ese varadero, exactamente?

-Le pondré un ejemplo. Si Jacksonville quiere el *Saratoga* o algún otro portaaeronaves, el NAVSEA se asegura de que todos los esfuerzos dedicados a ello cumplen con los requisitos de la Marina.

-¿En qué sentido?

-Por ejemplo, la ciudad debe tener los cinco millones que costará reacondicionarlo y los dos millones anuales para mantenimiento. Y el agua del puerto debe tener diez metros de profundidad, por lo menos. Por otra parte, cuando el barco quede amarrado, alguien del NAVSEA, probablemente un civil, aparecerá una vez al mes, más o menos, para inspeccionar los trabajos que se efectúan al buque.

-¿Y el varadero ha incumplido todo eso? -pregunté.

El general me miró fijamente.

-Bien, ahora mismo no estamos seguros del civil que se encarga del tema.

-Ahí está el problema -intervino Wesley-. Hay civiles en todas partes y algunos de ellos son mercenarios que comprarían o venderían cualquier cosa con un desprecio absoluto por la seguridad nacional. Una empresa civil dirige el varadero e inspecciona las naves que se venden a ciudades o que van al desguace, como ya sabe.

-¿Qué me dice del submarino que tienen ahí ahora, el *Exploiter?* -pregunté-. El que vi cuando recuperé el cuerpo de Eddings.

-Un submarino de la clase Zulú V con misiles balísticos. Diez tubos de torpedos más dos de misiles. Construido entre 1955 y 1957 -dijo el general Sessions-. Desde los años sesenta, todos los submarinos construidos en Estados Unidos funcionan con energía atómica.

-Eso quiere decir que ese del que hablamos es viejo -apuntó Marino-. No es nuclear.

-No puede llevar motores nucleares, pero se puede acoplar cualquier clase de cabeza atómica al misil o al torpedo que uno quiera.

-General, ¿eso significa que el submarino junto al que me sumergí podría ser readaptado para lanzar armas nucleares? -pregunté mientras tan espeluznante posibilidad crecía por momentos.

-Doctora Scarpetta -respondió el general Sessions, inclinándose hacia mí-, no creemos que el submarino haya sido reacondicionado aquí, en el país. Pero lo único que necesitaría es una reparación para ponerlo en marcha y enviarlo mar adentro, donde podría interceptarlo alguien que no debiera tenerlo. El trabajo podría hacerse entonces en otra parte. Pero lo que Irak o Argelia no pueden hacer por sí solos y en su propio suelo es producir plutonio para armamento.

-¿Y de dónde va a salir eso? -preguntó Marino-. Eso no se puede conseguir en una central nuclear, y si esos terroristas creen otra cosa es que se trata de un puñado de ultras tarados.

-Sería sumamente difícil, casi imposible, obtener plutonio de Oíd Point -asentí.

-Un anarquista como Joel Hand no tiene en cuenta lo difícil que pueda ser -dijo Wesley.

-Y es posible hacerlo -añadió Sessions-. Durante los dos primeros meses después de la colocación de barras nuevas de combustible en el reactor, existe una ventana en la que se puede obtener plutonio.

-¿Con qué frecuencia se reemplazan las barras? -preguntó Marino.

-En Oíd Point se cambia un tercio de ellas cada quince meses. Son ochenta piezas, suficiente para tres bombas atómicas si se apaga el reactor y se extraen las barras durante esos dos meses.

-Eso quiere decir que Hand conocía el programa... -murmuré.

-Sí, desde luego.

Pensé en los datos de teléfonos de ejecutivos del CP&L a los que alguien como Eddings podía haber accedido ilegalmente.

-Entonces había alguien implicado... -añadí.

-Creemos saber quién. Un funcionario de alto rango, en realidad -indicó el general-. Alguien que tenía mucho que ver en la decisión de ubicar la sucursal del CP&L en una propiedad contigua a la finca de Hand.

-¿Unas tierras que pertenecían a Joshua Hay es?

-Sí.

-¡Mierda! -masculló Marino-. Hand ha tenido que planificar todo esto durante años, y seguro que le llegaba un montón de dinero de alguna parte.

-De eso tampoco hay duda -asintió Sessions-. Algo así requiere años de preparación y alguien que lo financie.

-Deben recordar que para un fanático como Hand, su empresa es una guerra religiosa de significado eterno -apuntó Wesley-. Puede permitirse tener paciencia.

Me volví hacia el militar.

-General Sessions, si el submarino del que hablamos estuviera destinado en un puerto lejano, ¿el NAVSEA podría detectar que lo habían manipulado?

-Rotundamente, sí.

-¿Cómo? -quiso saber Marino.

-Por varios detalles. Por ejemplo, cuando se retira una nave al varadero, los tubos lanzatorpedos y lanzamisiles se cubren con planchas de acero por el exterior del casco, y se coloca otra plancha sobre el eje por el interior del barco para que la hélice quede fija. Como es lógico, se retira todo el armamento y el equipo de comunicaciones.

-Lo cual significa que desde el exterior podría detectarse la violación de alguna de tales normas, por lo menos -reflexioné-. Si el observador inspeccionara el casco desde cerca, bajo el agua...

El general captó perfectamente a qué me refería.

-Sí, se puede detectar.

-Se puede bucear en torno al casco y descubrir, por ejemplo, que los tubos lanzatorpedos no están sellados. Incluso se puede comprobar que la hélice no está fijada.

-Sí-repitió el general-. Todo eso se puede comprobar.

-Y es lo que hacía Eddings.

-Me temo que sí. -Fue Wesley quien lo dijo-. Los submarinistas han recuperado la cámara y hemos revelado el carrete, que sólo tenía tres fotos. Todas ellas, imágenes borrosas de la hélice del *Exploiter.* Parece que no llevaba mucho tiempo en el agua cuando murió.

-¿Y dónde está ahora el submarino?

El general hizo una pausa antes de responder.

-Podría decirse que llevamos a cabo una discreta búsqueda para dar con él.

-¿Ha desaparecido?

-Me temo que abandonó puerto a la misma hora en que esa gente irrumpía en la central nuclear.

-Bueno -dije mirando a los tres hombres-, ahora estoy segura de que todos entendemos por qué Eddings se mostraba cada vez más paranoico en lo de autoprotegerse.

-Alguien debió de tenderle una trampa -apuntó Marino-. Envenenar a alguien con gas de cianuro no es algo que se decida sobre la marcha.

-Sí, fue un asesinato premeditado, cometido por alguien en quien debía de confiar -dijo Wesley-. No le contaría a cualquiera lo que se proponía hacer esa noche.

Pensé en otras siglas de la máquina de fax de Eddings.

CPT podía significar «capitán» y les mencioné el nombre del capitán Green.

-Eddings tuvo que contar por lo menos con una fuente interna para su artículo -fue el comentario de Wesley-. Alguien le filtraba información y sospecho que ese mismo tipo le tendió la trampa, o al menos colaboró en ello. Y sabemos por sus facturas de teléfono de los últimos meses -al decir esto, me miró- que Eddings mantuvo frecuentes comunicaciones con Green, por fax y por teléfono. Al parecer se iniciaron el otoño pasado, cuando Eddings publicó un artículo bastante inofensivo sobre el varadero.

-Eso quiere decir que había empezado a hurgar demasiado... -comenté.

-Su curiosidad nos ha resultado provechosa, hay que reconocerlo -asintió el general Sessions-. Nosotros también empezamos a hurgar más hondo. Llevamos investigando esta situación más tiempo del que imaginan. -Hizo una pausa y sonrió levemente-. De hecho, doctora Scarpetta, en ciertos momentos no ha estado tan sola como creía...

-Espero sinceramente que dé las gracias en mi nombre a Jerod y Ki Soo -respondí, dando por sentado que eran miembros del SEAL.

-Se las daré yo -intervino Wesley-, o quizá puedas hacerlo tú misma la próxima vez que visites la unidad de Rescate de Rehenes.

Pasé a otro tema que parecía bastante más anecdótico.

-General, ¿sabe usted por casualidad si las ratas son un problema en los barcos decomisados y retirados?

-Las ratas son un problema en cualquier barco, siempre.

-Uno de los usos del cianuro es exterminar los roedores en los cascos de embarcaciones -continué-. En el varadero debe de guardarse una buena provisión.

-El capitán Green nos ha ocasionado una gran preocupación, ya se lo he dicho. -El general sabía a qué me refería.

-¿Por su pulso con los Nuevos Sionistas? -pregunté.

-No -respondió Wesley-. Más que oponerse, estaba de acuerdo con ellos. Mi teoría es que Green es el vínculo directo de los neosionistas con todo lo militar, como el varadero de la Marina. Roche no es más que su lacayo, el hombre encargado de acosar, espiar e informar.

-Pero no mató a Danny... -apunté.

-A Danny lo mató un psicópata que pasa bastante desapercibido en la sociedad normal, tanto que no atrajo la atención mientras esperaba a la puerta del Hill Café. Yo aventuraría que el individuo es un varón blanco, de treinta y tantos a cuarenta y algo, experto en caza y en armas.

-Esa descripción es la viva imagen de los zánganos que han tomado Oíd Point -señaló Marino.

Wesley asintió.

-Matar a Danny, fuese o no el objetivo señalado, era una tarea de caza, como sacrificar a un perro. Quien lo hizo, probablemente compró la Sig del cuarenta y cinco en la misma feria de armas donde adquirió las Black Talón.

-Creía haberle oído decir que la pistola había pertenecido a un policía -le recordó el general.

-Exacto. Termina en la calle y acaba vendida de segunda mano -respondió Wesley.

-A uno de los seguidores de Hand -terció Marino-. El mismo tipo de individuo que se cargó a Shapiro en Maryland.

-Exactamente, el mismo tipo de individuo.

-La gran cuestión es qué creen que sabe usted. -El general se volvió hacia mí.

-Le he dado muchas vueltas y no se me ocurre nada -repliqué.

-Tienes que pensar como ellos -me recomendó Wesley-. ¿Qué es lo que creen que tú sabes y que los demás no saben?

-Tal vez piensen que tengo el Libro -apunté, a falta de cualquier otra idea-. Me parece que para ellos es tan sagrado como el cementerio de la tribu para un indio.

-¿Qué hay en ese libro que no quieren que nadie más conozca? -preguntó Sessions.

-Yo diría que la revelación más peligrosa para el grupo sería la del plan que ya han puesto en marcha -señalé.

-Por supuesto. No habrían podido hacerlo si alguien los hubiera delatado. -Wesley me miró con un millar de pensamientos en sus ojos-. ¿Qué sabe el doctor Mant?

-No he tenido ocasión de preguntárselo. No responde a mis llamadas, aunque le he dejado numerosos mensajes.

-¿No te parece bastante extraño?

-Totalmente extraño -afirmé-, pero no creo que haya sucedido nada grave porque ya nos habríamos enterado. Más bien pienso que está asustado.

-Hablamos del forense encargado del distrito de Tidewater -explicó Wesley al general.

-Bien, entonces tal vez debería usted ir a verlo -me sugirió el general.

-Dadas las circunstancias, no parece el mejor momento.

-Al contrario -insistió-. Creo que precisamente es el momento ideal.

-Quizá tenga razón -asintió Wesley-. En realidad nuestra única esperanza es meternos en la cabeza de esa gente. Quizá Mant tenga información que nos resulte útil. Tal vez se esconde por eso.

El general Sessions cambió de posición en su silla.

-Bien, yo voto que vaya -dijo-. Tenemos que preocuparnos de que allí no vaya a suceder algo parecido. Ya lo hemos hablado con Benton. De todas formas, le espera más trabajo, ¿no se da cuenta? No será difícil encontrar un pasaje, siempre que British Airways no ponga problemas, por la premura de tiempo y tal. -Me pareció que la situación le producía un cierto y retorcido regocijo-. Si encuentra dificultades, supongo que sólo tendré que hacer una llamada al Pentágono...

-Kay -me explicó Wesley mientras Marino asistía al comentario con expresión irritada-, no nos consta que lo de Old Plain no esté sucediendo ya en Europa, porque lo que acaba de suceder en Virginia no se produce de la noche a la mañana. Nos preocupan las grandes ciudades de allí.

-¿Pretendes decirnos que esos chiflados neosionistas también están en Inglaterra? -preguntó Pete a punto de estallar.

-No que sepamos, pero por desgracia hay muchos otros grupos para ocupar su lugar -respondió Wesley.

-Pues yo tengo mi opinión. -Marino me miró con aire acusador-. Tenemos entre manos un posible desastre nuclear. ¿No crees que deberíamos quedarnos aquí?

-Eso es lo que yo preferiría -le secundé.

El general hizo entonces un comentario que me sorprendió mucho:

-Si colaboran, y si todo sale bien, no habrá necesidad de que se quede porque no habrá nada que hacer.

-Eso también lo entiendo -asentí-. Nadie cree en la prevención como yo.

-¿Puedes organizado? -me preguntó Wesley.

-Mis oficinas ya están movilizadas para afrontar lo que pueda suceder. Los demás doctores saben qué hay que hacer. Yo colaboraré de la mejor manera que pueda.

En cambio Marino no era tan fácil de conformar.

-No es seguro -protestó, vuelto hacia Wesley-. No puedes enviar a la doctora a recorrer aeropuertos y ciudades cuando no sabemos quién anda ahí fuera ni qué quiere.

-Tienes razón, Pete -respondió Wesley, pensativo-. Y no lo vamos a hacer.

14

Esa noche volví a casa porque necesitaba ropa y porque tenía el pasaporte en la caja fuerte. Preparé el equipaje con manos nerviosas mientras esperaba a que sonara el busca. Fielding me había estado llamando cada hora para conocer las novedades y para expresar sus preocupaciones. Por lo que sabíamos, los muertos de Oíd Point seguían donde los habían dejado los pistoleros y aún desconocíamos cuántos trabajadores de la central seguían retenidos.

Pasé la noche agitada bajo la vigilancia de un coche de policía aparcado en la calle. Cuando sonó el despertador a las cinco de la madrugada, me incorporé en la cama con un sobresalto. Hora y media más tarde, un Learjet me esperaba en Millionaire Terminal, en el condado de Henrico, donde los hombres de negocios más ricos de la zona aparcaban sus helicópteros y aviones de empresa. Wesley y yo nos saludamos con cortesía aunque con cierta prevención. Me costaba creer que estuviéramos a punto de volar juntos al extranjero, pero Wesley ya tenía prevista una visita a la embajada antes de que se planteara la conveniencia de que yo también volara a Londres, y por otra parte el general Sessions no estaba al corriente de nuestra relación. Así pues decidí optar por una situación que no estaba en mis manos cambiar.

-No me fio mucho de tus motivos -le dije a Wesley mientras el reactor despegaba como un coche de carreras con alas-. ¿Y qué significa esto? -añadí, mirando a mi alrededor-. ¿Desde cuándo el FBI utiliza Learjets? ¿O esto también es cosa del Pentágono?

-Utilizamos lo que sea necesario -respondió Benton-. La CP&L ha puesto a nuestra disposición todos sus recursos para ayudarnos a resolver esta crisis y el Learjet es propiedad suya.

El reactor, pintado de blanco, con maderas nudosas y asientos de piel de color verde, era muy cómodo y lujoso pero resultaba bastante ruidoso y no podíamos hablar en voz baja.

-¿Y no te inquieta utilizar un aparato propiedad de esa gente?-le dije.

-La empresa está tan preocupada por todo esto como nosotros. Por lo que sabemos, con excepción de un par de manzanas podridas, la CP&L no tiene responsabilidad en lo sucedido. En realidad la empresa y los trabajadores son los más afectados.

Benton fijó la mirada en la cabina y en los pilotos, dos hombres de complexión robusta vestidos de calle.

-Además, esos hombres son nuestros y hemos revisado cada tornillo de este aparato antes de despegar. No te preocupes. En cuanto a lo de viajar contigo -añadió, volviéndose hacia mí-, te lo voy a repetir. Lo que suceda en adelante es una cuestión operativa. Ahora la pelota está en manos del equipo de Rescate de Rehenes. A mí volverán a necesitarme

cuando los terroristas empiecen a comunicarse con nosotros, o al menos cuando los hayamos identificado, pero creo que aún pasarán varios días para que eso ocurra.

-¿Cómo puedes saberlo? -Le serví un café. Benton cogió la taza que le ofrecía y nuestros dedos se rozaron.

-Lo sé porque están ocupados. Quieren esas barras y sólo pueden recuperar unas cuantas cada día.

-¿Han apagado los reactores?

-Según la empresa, los terroristas cerraron los reactores inmediatamente después de irrumpir en la central. O sea que saben lo que quieren y se han puesto manos a la obra.

-Y son veinte, ¿no?

-Ésos son los que entraron para el presunto seminario en la sala de control simulada, pero en realidad no podemos estar seguros de cuántos hay ahí dentro en este momento.

-Ese seminario... ¿Cuándo se programó? -pregunté.

-La empresa dice que en principio se programó a primeros de diciembre para finales de febrero.

-Eso quiere decir que lo adelantaron... -No me sorprendía, a la vista de lo que había sucedido últimamente.

-Sí -dijo Benton-. La fecha se cambió de improviso, un par de días antes de que mataran a Eddings.

-Da la impresión de que están desesperados, Benton.

-Y probablemente no tan preparados. Eso les hará actuar con más precipitación -pronosticó-, lo cual para nosotros tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

-¿Y qué hay de los rehenes? ¿Tú que crees? ¿Los soltarán a todos?

-A todos no lo sé -respondió Benton, y desvió la mirada hacia la ventanilla. Bajo las suaves luces del aparato vi su expresión ceñuda.

-¡Dios mío! -exclamé-. Si intentan sacar esas barras, podríamos encontrarnos ante una catástrofe nacional. Y no veo cómo piensan salir de ésta. Las piezas deben de pesar varias toneladas cada una y son tan radiactivas que pueden causar la muerte inmediata a quien se acerque. ¿Cómo van a sacarlas de Oíd Point?

-La central está rodeada de agua que se utiliza para refrigerar los reactores, y cerca de ella, en el James, estamos vigilando una barcaza que podría pertenecer a esa gente. -Recordé que Marino me había hablado de unas barcazas que transportaban grandes fardos a la finca de los neosionistas.

-¿Podemos asaltarla?

-No -respondió Wesley-. En este momento no podemos asaltar barcazas, ni submarinos ni nada de nada. Hasta que saquemos a esos rehenes, no podemos actuar.

Tomó un sorbo de café. El horizonte se estaba tiñendo de un dorado pálido.

-En tal caso, lo mejor que puede suceder es que se lleven lo que quieren y que se marchen sin matar a nadie más.

-No. Lo mejor que puede suceder es que los detengamos allí. -Me miró fijamente-. No nos interesa tener una barcaza cargada de material

altamente radiactivo navegando por los ríos de Virginia hacia el mar. ¿Qué haríamos en ese caso, amenazar con hundirla? Además, imagino que llevarían con ellos a los rehenes. -Hizo una pausa-. Al final los matarán a todos.

No pude evitar un pensamiento hacia aquella pobre gente, que en aquel momento sentiría una punzada paralizante de miedo cada vez que respirara.

Yo conocía las manifestaciones físicas y psíquicas del miedo y las imágenes eran terribles. Me sentí rabiosa y me recorrió una oleada de odio hacia aquellos tipos que se llamaban a sí mismos los Nuevos Sionistas.

Apreté los puños. Cuando Wesley vio los nudillos blancos sobre el reposabrazos pensó que me daba miedo volar.

-Sólo serán unos minutos más -me dijo-. Ya empezamos a descender.

Tomamos tierra en el aeropuerto Kennedy, donde nos esperaba un coche a pie de pista. En el vehículo había otros dos hombres corpulentos con traje y no pregunté a Wesley de dónde habían salido porque ya lo sabía. Uno de ellos nos acompañó a la terminal de British Airways, que había tenido la amabilidad de colaborar con el FBI, o quizá con el Pentágono, reservando dos asientos en el siguiente vuelo del Concorde a Londres. Enseñamos discretamente nuestras credenciales en el mostrador y manifestamos que no llevábamos armas en el equipaje. El agente encargado de nuestra seguridad nos acompañó a la sala de embarque, y cuando volví a verlo estaba hojeando unas pilas de periódicos extranjeros.

Nos sentamos ante la enorme cristalera con vistas a la pista donde el avión supersónico, una especie de garza gigantesca, cargaba carburante a través de una gruesa manguera encajada en un costado. El Concorde era el avión comercial más parecido a un cohete que había visto, pero parecía que la mayor parte de los pasajeros había perdido ya la capacidad de asombrarse del aparato o de cualquier otra cosa. Estaban ocupados sirviéndose pastelillos y fruta, y algunos ya combinaban bloody marys y mimosas.

Wesley y yo apenas cruzamos palabra y nos dedicamos a observar a los viajeros desde detrás de sendos periódicos, como los típicos espías o fugitivos de la ley. Advertí que él se fijaba especialmente en los individuos del Próximo Oriente, mientras que a mí me preocupaba más la gente de nuestras características físicas, pues recordaba que el día que vi a Joel Hand en los juzgados me pareció atractivo y elegante. Si se hubiera sentado a mi lado en aquel momento y yo no hubiera sabido quién era, habría pensado que encajaba en aquella sala de embarque mucho más que nosotros.

-¿Qué tal va? -Wesley bajó el periódico.

-No lo sé. -Me sentía inquieta-. Dímelo tú. ¿Estamos solos o tu amigo aún sigue ahí? -Advertí una sonrisa en sus ojos-. No veo qué tiene de divertido.

-De modo que pensabas que el Servicio Secreto estaría cerca, o agentes encubiertos...

-Ya. Supongo que el hombre del traje que nos ha acompañado hasta

aquí es agente de los servicios especiales de la British Airways, ¿no?

-Deja que responda así a tu pregunta: Kay, no te voy a decir si estamos solos.

Nos miramos a los ojos. No habíamos viajado nunca juntos al extranjero y no parecía un buen comienzo. Benton llevaba un traje azul oscuro, casi negro, con la habitual camisa blanca y una corbata clásica. Yo me había vestido con parecido comedimiento y los dos llevábamos puestas las gafas. Pensé que parecíamos socios de un bufete de abogados. Al fijarme en otras mujeres de la sala, pensé que si algo no parecía era una esposa y ama de casa.

Benton dobló el *London Times* con un crujido del papel y echó un vistazo al reloj.

-Creo que ése es el nuestro -me dijo y se puso en pie al oír la nueva llamada al vuelo dos.

El Concorde acogía un centenar de pasajeros en dos cabinas, con dos hileras de asientos a cada lado del pasillo. La decoración constaba de moqueta y asientos de cuero de color gris mate y unas ventanillas de nave espacial demasiado pequeñas para observar el exterior. Los auxiliares de vuelo eran británicos, actuaban con su típica corrección, y aunque sabían que éramos del FBI, de la Marina, de la CÍA o de lo que fuera, no lo demostraron en ningún momento. Al parecer, su única preocupación era saber qué nos apetecía beber. Pedí un whisky.

-Un poco temprano, ¿no? -comentó Wesley.

-En Londres no -respondí-. Allí es cinco horas más tarde.

-Gracias, adelantaré el reloj -dijo secamente, como si fuera la primera vez que viajaba en su vida-. Yo tomaré una cerveza -indicó a la azafata.

-Bueno, ahora que estamos en la zona horaria adecuada es más fácil tomar una copa -apunté, y no pude borrar de mi voz el tono mordaz. Benton se volvió y me miró a los ojos.

-Te noto enfadada.

-Por eso eres experto en análisis de personalidad, porque puedes distinguir esas cosas.

Miró con disimulo en torno a nosotros, pero estábamos detrás de la mampara, no había nadie en los asientos del otro lado del pasillo y a mí casi me daba igual quién tuviéramos detrás.

-¿Podemos hablar de un modo razonable? -preguntó sin alzar la voz.

-Resulta difícil, Benton. Tú siempre quieres que hablemos cuando ya has actuado.

-No sé muy bien a qué te refieres. Me parece que te has dejado alguna frase...

Pero yo estaba a punto de soltarle una:

-Todo el mundo sabía lo de tu separación menos yo. Lucy me lo contó porque lo había oído a otros agentes. Me gustaría que alguna vez contaras conmigo en nuestra relación.

-Ah, ojalá no te pusieras tan furiosa.

-¡Más me gustaría a mí no tener que hacerlo! -repliqué.

-No te lo dije porque no quería que me influyeras.

Hablábamos en voz baja, inclinados hacia delante y el uno hacia el otro de modo que nuestros hombros se rozaban. Pese a las

desagradables circunstancias, notaba sus menores movimientos y la ligera presión del contacto. Me llegó el aroma de su chaqueta de lana y de la colonia que le gustaba llevar.

-En la decisión sobre mi matrimonio, cualquiera que sea, no puedo tenerte en cuenta -continuó Benton mientras llegaban las bebidas-. Estoy seguro de que lo comprendes.

Mi cuerpo no estaba acostumbrado a tomar un whisky a esa hora y el trago tuvo unos efectos fuertes y rápidos. Enseguida empecé a relajarme y cerré los ojos durante el rugido del despegue y cuando el reactor se inclinó hacia arriba y traqueteó, surcando el aire con un ruido atronador. Unos minutos después, si una era capaz de ver algo por las ventanillas, el mundo se había convertido en apenas un horizonte difuso, allá abajo. El ruido de los motores se mantuvo tan fuerte como antes y nos obligó a seguir muy pegados el uno al otro para continuar nuestra acalorada conversación.

-Yo sé lo que siento por ti -declaró Wesley-. Lo sé desde hace mucho tiempo.

-No tienes derecho -respondí-. Nunca lo has tenido.

-¿Y tú, qué? ¿Tenías derecho a hacer lo que hiciste, Kay? ¿O acaso yo era el único en la sala?

-Por lo menos yo no estoy casada ni comprometida con nadie. Pero tienes *razón* -admití-, no hubiera debido...

Benton siguió bebiendo cerveza y ninguno de los dos mostró interés por los canapés ni por el caviar que, sospeché, sería el primer entrante de una larga degustación de platos. Permanecimos callados un buen rato y nos dedicamos a hojear revistas y periódicos profesionales, como casi todo el mundo. Observé que los pasajeros apenas hablaban entre sí y llegué a la conclusión de que ser rico y famoso o miembro de la realeza debía de resultar bastante aburrido.

Benton volvió sobre el tema, inclinándose hacia mí en el momento en que ensartaba un espárrago en el tenedor.

-Supongo por tanto que podemos dar por zanjado el asunto.

-¿Qué asunto? -pregunté, dejando el tenedor en la bandeja pues era zurda y Benton se interponía.

-Ya sabes, lo que debemos o no debemos hacer.

Su antebrazo me rozó el pecho y allí lo dejó Benton, como si todo lo que acabábamos de decir hubiese quedado atrás a Mach dos.

-Sí.

-¿Sí? ¿Qué significa ese sí? -Su voz tenía un tonillo de curiosidad.

-Significa que estoy de acuerdo contigo. -Cada vez que tomaba aire, mi cuerpo se apretaba contra él-. Sobre lo de zanjar las cosas.

-Pues entonces eso será lo que haremos -asintió él.

-Por supuesto -le dije yo, no muy segura de lo que acabábamos de acordar-. Una cosa más -añadí-: si llegas a divorciarte y luego tenemos ganas de vernos, empezamos otra vez.

-De acuerdo. Me parece de lo más sensato.

-Mientras tanto quedamos como amigos y colegas.

-Es exactamente lo que yo también quiero -me dijo Benton.

A las seis y media avanzábamos por Park Lañe, silenciosos, en el asiento trasero de un Rover conducido por un agente de la Policía Metropolitana. Vi pasar en la oscuridad las luces de Londres y me sentí desorientada y llena de vigorosa vitalidad. Hyde Park era un mar de sombras, y las farolas borrones de luz que salpicaban los senderos sinuosos.

El piso que ocuparíamos estaba muy cerca del Dorchester Hotel, y aquella noche muchos paquistaníes rondaban el espléndido viejo hotel para protestar enérgicamente por la visita de su primer ministro. Había policía antidisturbios y muchos perros, pero el conductor del coche no dio muestras de inquietud.

-Hay un conserje -dijo tras detenerse frente a un alto edificio que parecía relativamente nuevo-. Entren e identifíquense. El los llevará a su apartamento. ¿Quieren que les ayude con el equipaje?

-No, gracias. -Wesley abrió la puerta-. No es necesario.

Entramos con las maletas en la pequeña zona de recepción. Un hombre avispado, ya mayor, nos sonrió efusivamente tras un pulido mostrador.

-¡Ah, sí! Los esperaba. -Se levantó de su taburete y se encargó de nuestras maletas-. Si hacen el favor de seguirme al ascensor...

Subimos a la quinta planta y nos condujo a un apartamento de tres dormitorios, con amplias ventanas, telas brillantes y obras de arte africano. Mi habitación era espaciosa y cómoda, y el baño tenía la típica bañera inglesa donde una podía perecer ahogada, y un retrete cuyo depósito se vaciaba tirando de una cadena. El mobiliario era Victoriano, con suelos de madera cubiertos de alfombras turcas desgastadas. Me acerqué a la ventana y conecté el radiador a la máxima potencia. Cerré las luces y contemplé el tráfico y los árboles en sombras del parque, mecidos por el viento.

Wesley tenía su habitación al fondo del pasillo y no lo oí acercarse hasta que rompió el silencio.

-¿Kay? -me dijo desde la puerta, y capté el suave tintineo de unos cubitos de hielo-. Quien viva aquí normalmente tiene un whisky muy bueno, y me han dicho que podemos servirnos todo lo que queramos...

Entró y dejó unos vasos en la repisa.

-¿Pretendes emborracharme? -le dije.

-Hasta ahora nunca ha sido necesario.

Se sentó a mi lado. Bebimos y contemplamos juntos la panorámica, apoyados el uno en el otro. Durante mucho rato hablamos con frases cortas, en susurros, y luego él me acarició el pelo y me besó en la oreja y en la barbilla. Yo también lo acaricié, y nuestro amor se hizo más hondo con los besos y las caricias.

-Te he echado tanto de menos... -susurró Benton mientras nuestras ropas se aflojaban y desprendían.

Hicimos el amor porque no pudimos evitarlo. Era nuestra única excusa y sé que no nos valdría ante ningún tribunal. La separación había sido muy dura y por ello nos pasamos la noche hambrientos el uno del otro. Luego, ya al alba, me sumí en sueños el tiempo suficiente para descubrir al despertar que Benton ya no estaba, como si todo

hubiera sido un sueño. Me quedé bajo el edredón de plumas y mi mente revivió unas imágenes pausadas y llenas de lirismo. Las luces danzaban bajo mis párpados y me sentía como si me mecieran en una cuna, como si volviera a ser una niña pequeña y mi padre no estuviera muriéndose de una enfermedad que entonces me resultó incomprensible.

No me había recuperado nunca de aquello. Reflexioné que mis relaciones con los hombres habían revivido, tristemente, el hecho de que mi padre me dejara. Era una danza a la que me lanzaba sin esfuerzo, y al final me encontraba en silencio en la habitación vacía de mi vida más privada. Me di cuenta de lo muy parecidas que éramos Lucy y yo. Las dos amábamos en secreto y no hablábamos del dolor.

Me vestí, salí al pasillo y encontré a Wesley en el salón, con un café en la mano, observando el día nublado. Iba vestido con traje y corbata y no parecía nada cansado.

-Hay café hecho -me dijo-. ¿Te pongo una taza?

-Gracias, me lo serviré yo. -Pasé a la cocina-. ¿Llevas mucho rato despierto?

-Bastante.

El café estaba muy fuerte y me sorprendió pensar en los muchos detalles domésticos que ignoraba de él. Nunca cocinábamos juntos, ni íbamos de vacaciones ni practicábamos deportes, cuando sabía que los dos disfrutábamos con las mismas cosas. Entré en el salón y dejé la taza y el platillo en el alféizar de una ventana porque quería contemplar el parque.

-¿Cómo estás? -Su mirada no se apartó de mis ojos.

-Bien. ¿Y tú?

-No tienes buen aspecto.

-Siempre sabes decir lo más oportuno.

-Haces cara de no haber dormido mucho. Me refiero a eso.

-Prácticamente, no he pegado ojo. Y tú tienes la culpa.

-Yo... y *el jet lag* -precisó Benton con una sonrisa.

-El que causas tú es el peor, agente especial Wesley.

El tráfico se iba haciendo cada vez más ruidoso e intenso, y de vez en cuando sonaba la extraña cacofonía de las sirenas británicas. Bajo las primeras luces, con el frío, la gente caminaba apresuradamente por las aceras. También se veían algunos corredores enfundados en ropa deportiva. Wesley se levantó de la silla.

-Tenemos que irnos pronto. -Me acarició la nuca y la besó-. Tenemos que comer algo. Nos espera un día muy largo.

-No me gusta vivir así, Benton -le dije mientras él cerraba la puerta.

Seguimos Park Lañe y dejamos atrás el hotel Dorchester, ante el que aún había unos cuantos paquistaníes. Después tomamos Mount Street hasta South Audley, donde encontramos abierto un pequeño restaurante llamado Richoux. Tenían exóticas pastas francesas y cajas de bombones tan bonitas que parecían auténticas obras de arte. Los clientes vestían ropas de negocios y leían periódicos en las mesillas. Tomé un zumo de naranja natural y me entró hambre. Nuestra camarera filipina se quedó perpleja porque Wesley sólo quería una tostada, y en cambio yo pedía huevos con jamón, champiñones y

tomate.

-¿Querrán compartirlo? -preguntó la chica.

-No, gracias -respondí con una sonrisa.

Aún no eran las diez cuando reemprendimos la marcha por South Audley hasta Grosvenor Square, donde se hallaba la embajada de Estados Unidos, un desgarbado bloque de granito de arquitectura de los años cincuenta rematado por un águila de bronce erguida que guardaba el lugar desde lo alto de la fachada. La seguridad era extrema y había guardias de torvo aspecto por todas partes. Presentamos los pasaportes y las credenciales y nos tomaron fotografías. Finalmente fuimos escoltados hasta el segundo piso, donde teníamos que reunimos con el agregado principal del FBI para Gran Bretaña. El despacho de Chuck Olson, en una esquina, permitía una visión perfecta de la gente que aguardaba en largas colas los visados y cartas verdes. Olson era un hombre rechoncho que vestía traje oscuro y llevaba los cabellos tan plateados como los de Wesley, pulcramente cortados y peinados.

-Es un placer -dijo al tiempo que nos estrechaba la mano-. Hagan el favor de sentarse. ¿Les apetece un café?

Wesley y yo escogimos un sofá situado ante un escritorio sobre el que sólo había un bloc de notas y unos expedientes. Detrás de la cabeza de Olson, en un tablero de corcho sujeto en la pared, se veían unos dibujos que imaginé eran obra de sus hijos; más arriba, colgado de la pared, presidiendo la estancia, había un gran escudo del Departamento de Justicia. Aparte de estanterías de libros y de varios galardones, el despacho era el sencillo espacio de trabajo de un hombre al que no impresionaba su cargo ni su situación.

Wesley rompió el silencio:

-Chuck, sin duda ya le habrán puesto al corriente de que la doctora Scarpetta es nuestra consejera en patología forense y, aunque ella tiene su propio trabajo del que ocuparse, podríamos convocarla aquí más tarde.

-Dios no quiera que sea necesario -comentó Olson, porque si había alguna catástrofe nuclear en Inglaterra o en alguna parte de Europa era más que probable que yo fuera reclutada para colaborar en el asunto de los muertos.

-En tal caso no sé si podría usted proporcionarle una visión más clara de todas nuestras preocupaciones -continuó Wesley.

-Bien, son muy evidentes -me dijo Olson-. Casi un tercio de la electricidad de Inglaterra se genera mediante energía nuclear. Nos preocupa que pueda darse un golpe terrorista parecido, y en realidad no sabemos si la misma gente lo tiene ya preparado.

-La base de los Nuevos Sionistas está en Virginia -repliqué-. ¿Insinúa que tienen conexiones internacionales?

-Ese grupo no es quien impulsa esta acción -dijo él-. No es esa gente la que quiere el plutonio.

-¿Quién lo quiere, pues?

-Libia.

-Me parece que eso lo sabe todo el mundo desde hace tiempo -respondí.

-Pues ahora lo está intentando -intervino Wesley-. Eso es lo que sucede en Oíd Point.

-Sin duda sabrá, doctora -continuó Olson-, que Gaddafi ambiciona tener armas nucleares desde hace mucho tiempo y que ha visto frustrado cada uno de sus intentos por conseguirlas. Parece ser que al final ha encontrado el medio. Descubrió a los Nuevos Sionistas en Virginia, y desde luego aquí también hay grupos extremistas a los que podría utilizar. Tenemos muchos árabes.

-¿Cómo sabe que es Libia?

Esta vez fue Wesley quien me respondió:

-Por un lado hemos comprobado el registro de llamadas telefónicas. Durante los dos últimos años Joel Hand efectuó muchas, sobre todo a Trípoli y a Bengasi.

-Pero no hay señales de que Gaddafi intente algo aquí, en Londres -insistí.

-Lo que tememos es lo vulnerable que sería la ciudad. Londres es el punto de escala a Europa, Estados Unidos y el Próximo Oriente. Es un centro financiero tremendo. Que Libia robe el fuego a Estados Unidos no significa que nuestro país sea el objetivo final.

-¿ El fuego ? -repetí.

-Como en el mito de Prometeo. Fuego es nuestra palabra clave para referirnos al plutonio.

-Es de una lógica escalofriante. Dígame qué puedo hacer -añadí.

-Bien, tenemos que explorar las características de este asunto, tanto para saber qué sucede en este momento como para predecir qué puede pasar más adelante -dijo Olson-. Tenemos que conocer mejor cómo piensan esos terroristas, y evidentemente eso es asunto de Wesley. El de usted es conseguir información. Me han dicho que tiene aquí un colega que podría resultar de utilidad.

-No se haga ilusiones -repliqué-, pero intentaré hablar con él.

-¿Qué hay de la seguridad? -preguntó Wesley al hombre de Londres-. ¿Tenemos que poner a alguien con ella?

Olson me dedicó una extraña mirada, como si sopesara mi fuerza y como si no me viera a mí sino a un objeto o a un luchador a punto de saltar al ring.

-No -dijo-. Creo que la doctora está perfectamente a salvo aquí, a menos que tengan conocimiento de lo contrario.

-No estoy seguro -murmuró Wesley, y esta vez también él me miró fijamente-. Quizá deberíamos asignarle a alguien para que la proteja.

-Rotundamente, no -intervine-. Nadie sabe que estoy en Londres y el doctor Mant es reacio a dejarse ver. Para mí que está muerto de miedo, así que no me contará nada si viene alguien conmigo. Y entonces el objetivo de este viaje habrá fracasado.

-Está bien -aceptó Wesley a regañadientes-, siempre que sepamos en todo momento dónde estás. Y tenemos que encontrarnos aquí otra vez a las cuatro, como mucho, si queremos coger ese avión.

-En el caso de que no pudiera venir por algún motivo, llamaré. ¿Estarán aquí?

-Si no estamos -apuntó Olson-, mi secretaria sabrá localizarnos.

Bajé al vestíbulo. Entre las paredes cubiertas de retratos de anteriores representantes norteamericanos había una fuente de la que manaba agua con un sonoro chapoteo, y un Lincoln de bronce sentado en un escaño. Los guardias estudiaban los pasaportes y a los visitantes con gesto severo. Me dejaron pasar con una fría mirada y noté cómo me seguían con la vista hasta que crucé la puerta. Ya en la calle, bajo el frío y la humedad de la mañana, llamé un taxi e indiqué al conductor una dirección no lejos de allí, en Belgravia, junto a Eaton Square.

La anciana señora Mant había residido hasta su muerte en Ebury Mews, en una casa de tres plantas que había sido dividida en pisos. El edificio estaba estucado, con remates de chimenea en rojo que se alzaban sobre un techo veteado de tejas de madera. Los maceteros de las ventanas estaban llenos de narcisos, azafrán y hiedra. Subí la escalera hasta el segundo piso y llamé a la puerta, pero no fue mi ayudante jefe el que me abrió. La matrona que se asomó parecía tan desconcertada como yo.

-Disculpe -le dije-. Supongo que la casa se ha vendido...

-No, lo siento. No está a la venta -contestó la mujer con firmeza.

-Busco a Philip Mant -continué-. Debo de tener mal la dirección...

-Oh, Phillip es mi hermano. -La mujer me dirigió una sonrisa congraciadora-. Acaba de marcharse al trabajo. No lo encuentra aquí por muy poco.

-¿Al trabajo?

-Sí, claro. Siempre sale a esta hora para evitar los atascos, aunque me parece que eso es imposible. -De repente se dio cuenta de que hablaba con una desconocida y titubeó-. ¿Quién le digo que ha preguntado por él?

-La doctora Kay Scarpetta -me di a conocer-. Y es importante que lo encuentre pronto.

-Sí, desde luego. -La mujer parecía sorprendida y al mismo tiempo satisfecha-. Le he oído hablar de usted. La tiene en gran aprecio y estará contentísimo de saber que ha venido. ¿Y qué le trae por Londres, doctora?

-Nunca pierdo una ocasión de venir de visita. ¿Podría decirme dónde encontrar a Phillip? -insistí.

-Desde luego. En el depósito de cadáveres de Westminster, en Horseferry Road. -La mujer titubeó de nuevo-. Creía que Phillip ya se lo había dicho.

-Sí -sonreí-. Y me alegro mucho por él.

No estaba segura de qué significaba todo aquello pero vi que la mujer volvía a mostrarse complacida.

-No le comente que voy a verlo -continué-. Quiero darle una sorpresa.

-Muy buena idea. Phillip se quedará de una *pieza.*

Cogí otro taxi y reflexioné sobre lo que me parecía haber oído. Fueran cuales fuesen las razones de Mant para actuar como lo había hecho, me resultó imposible no sentirme bastante furiosa.

-¿Va usted al despacho del forense, señora? -me preguntó el taxista-. Es ese edificio de ahí.

El hombre indicó por la ventanilla un hermoso edificio de ladrillos.

-No. Voy al depósito.

-Muy bien. Es esa puerta. ¡Mejor entrar ahí por tu propio pie! -exclamó con una risotada.

Saqué el billetero mientras el taxi aparcaba delante de un edificio, pequeño para lo habitual en Londres. Era de ladrillo con adornos de granito y un extraño pretil a lo largo de la *azotea., y* estaba rodeado por una verja de hierro forjado, pintada de minio. Según una placa situada a la entrada, el depósito tenía más de cien años de antigüedad, y pensé en lo tétrica que debía de ser, en aquellos tiempos, la práctica de la medicina forense. Entonces apenas debía de haber más constancia de un suceso que los testimonios que aportaran las personas, y me pregunté si la gente mentiría menos en épocas pasadas.

La recepción del depósito era pequeña pero estaba amueblada con cierto gusto, como un típico vestíbulo de cualquier empresa. Tras una puerta abierta vi un pasillo, y me dirigí hacia allí porque no aparecía nadie. En aquel preciso instante salió de una sala una mujer con unos voluminosos libros en los brazos.

-Lo siento -dijo ella, sobresaltada-. No puede volver por aquí.

-Busco al doctor Mant.

La mujer llevaba un vestido holgado de falda larga y un suéter, y hablaba con un ligero acento escocés.

-¿Y quién le digo que ha venido a verlo?

Le mostré las credenciales.

-Muy bien -dijo al verlas-. Supongo que la estará esperando.

-Yo diría que no.

-Entiendo -dijo desconcertada, y movió un poco los brazos para acomodar los libros.

-Trabajábamos juntos en Estados Unidos -le expliqué-. Me gustaría darle una sorpresa. Si me indica dónde puedo encontrarlo, yo misma iré a buscarlo.

-Estará en la Sala Apestosa. Tome por esa puerta de ahí -indicó con un gesto-. Verá unos vestuarios a la izquierda del depósito principal. Allí encontrará todo el equipo necesario. Póngaselo, cruce las puertas que quedan a la izquierda y habrá llegado. ¿Lo ha entendido bien?

-Sí, gracias.

En el vestuario me puse las fundas para el calzado, los guantes y una mascarilla y me envolví en una bata holgada para evitar que las ropas me quedaran impregnadas del olor. Crucé una sala embaldosada en la que brillaban seis mesas de acero inoxidable y una pared entera de cámaras frigoríficas blancas. Los doctores iban de azul, y el distrito de Westminster los tenía bastante ocupados aquella mañana. Apenas me dedicaron una mirada cuando pasé cerca de ellos. Encontré a mi ayudante jefe en el fondo del pasillo.

Iba calzado con botas altas de goma y estaba de pie sobre una tarima, examinando un cuerpo sumamente descompuesto que, sospeché, había pasado algún tiempo bajo el agua. El hedor era terrible y cerré la puerta a mi espalda.

-Doctor Mant -le dije.

Se volvió, y por un segundo dio la impresión de no saber quién le

hablaba ni dónde estaba. Se quedó perplejo.

-¿Doctora Scarpetta? -Bajó pesadamente de la tarima, porque no era un hombre pequeño-. ¡Vaya sorpresa! ¡Me ha dejado sin habla!

Balbuceaba, y vi en sus ojos un pestañeo de temor.

-Yo también estoy sorprendida -murmuré con tono lúgubre.

-Ya lo imagino, pero no es preciso que hablemos de ello en presencia de este ahogado tan desagradable. Lo encontraron ayer por la tarde en el Támesis. Me parece que es una muerte por arma blanca, pero aún no hemos identificado el cuerpo. Vamos al salón -continuó con aire nervioso.

Phillip Mant era un caballero ya mayor, de tupida cabellera canosa, cejas marcadas y ojos claros y vivarachos. Era encantador y resultaba imposible que no le cayera bien a alguien. Me condujo a las duchas, donde nos desinfectamos los pies, nos despojamos de los guantes y de las mascarillas y arrojamos las batas a un cubo. Después volvimos al salón, que se abría directamente al aparcamiento de la parte de atrás. Como todo en Londres, el humo rancio de la estancia tenía también una larga historia.

-¿Puedo ofrecerle un refresco? -me preguntó al tiempo que sacaba un paquete de Players-. Sé que ha dejado de fumar, de modo que no le voy a ofrecer.

-No necesito nada, salvo algunas respuestas -repliqué. Vi un leve temblor en sus manos al encender un fósforo-. ¿Pero se puede saber, qué está haciendo usted aquí, doctor Mant? Todos pensábamos que vino a Londres porque se había producido una muerte en la familia...

-Y es verdad. Coincidió con ello.

-¿Coincidió con ello? -repetí-. ¿Qué quiere decir?

-Verá, doctora Scarpetta... Ya estaba decidido a irme de todas maneras, pero la inesperada muerte de mi madre me ha facilitado el momento adecuado.

-Eso quiere decir que no tiene intención de volver, ¿no es eso? -dije, molesta.

-Lo siento mucho, pero no. No pienso volver. -Hizo saltar la ceniza del cigarrillo con delicadeza.

-Podría habérmelo dicho. Por lo menos habría empezado a buscarle un sustituto. He intentado llamarlo muchas veces.

-No se lo dije, ni la he llamado, porque no quería que ellos lo supieran.

-¿Ellos? -La palabra flotó en el aire-. ¿A quién se refiere exactamente?

El doctor continuó fumando sin inmutarse, con las piernas cruzadas y el vientre rebosándole del cinturón.

-No tengo idea de quiénes son, pero ellos saben muy bien quiénes somos nosotros. Eso es lo alarmante. Le diré cuándo empezó todo esto exactamente: el trece de octubre. No sé si recuerda usted el caso...

No tenía idea de a qué se refería.

-Bueno -continuó-, de la autopsia se encargó la Marina porque la muerte se produjo en sus instalaciones de Norfolk, en ese varadero.

-¿Se refiere al hombre que resultó aplastado por accidente en el dique seco? -Recordaba el asunto vagamente.

-Sí, sí, a ése.

-Tiene razón. El caso lo llevó la Marina y no nosotros -asentí. Empezaba a olerme lo que Mant me iba a decir-. ¿ Qué tiene que ver eso con usted o con... ?

-Verá -explicó entonces-, el grupo de rescate cometió un error. En lugar de trasladar el cuerpo al Hospital Naval de Portsmouth, como debían, lo llevaron a mi depósito. El joven Danny no sabía nada del asunto, así que empezó las extracciones de sangre, el papeleo y esas cosas. Mientras estaba en ello, encontró algo muy inusual entre los efectos personales del difunto.

Me di cuenta de que Mant ignoraba lo de Danny.

-El muerto tenía consigo una bolsa de lona -siguió diciendo Mant- y el grupo de rescate se limitó a colocarla sobre el cuerpo y a cubrirlo todo con un lienzo. Por pobre que fuera este envoltorio, imagino que si no hubiera sido por eso no habríamos tenido el menor indicio.

-¿Indicio de qué?

-Según parece, lo que ese tipo tenía era un ejemplar de una Biblia bastante siniestra, que más adelante descubrí que estaba relacionada con el culto de un grupo llamado Nuevos Sionistas. Ese libro era una cosa increíblemente terrible, con descripciones detalladas de torturas, asesinatos y cosas así. Me pareció espeluznante.

-¿Se titulaba *El libro de Harid?* -le pregunté.

-¡Sí, exactamente! -Se le iluminaron los ojos-. ¿Cómo...?

-¿Estaba encuadernado en cuero negro?

-Creo que sí. Con un nombre escrito en la tapa, que curiosamente no correspondía al difunto. «Shapiro» o algo así.

-Dwain Shapiro.

-Eso es -confirmó Mant-. O sea que ya estaba al corriente de todo esto... Conozco el libro pero ignoro por qué lo tenía ese individuo, porque desde luego no era Dwain Shapiro. -Hizo una pausa para frotarse el rostro-. Creo que se llamaba Catlett.

-Pero pudo ser quien matara a Shapiro -señalé-, y por eso tenía esa Biblia en su poder.

Mant no lo sabía.

-Cuando descubrí que teníamos un caso de la Marina en nuestro depósito, hice que Danny trasladara el cuerpo a Portsmouth, y lo lógico era que los efectos del pobre hombre le acompañaran.

-Pero Danny *se* quedó el libro -apunté.

-Me temo que sí. -Mant se inclinó hacia delante y aplastó la colilla en un cenicero de la mesilla auxiliar.

-¿Por qué lo haría?

-En cierto momento entré en su despacho por no sé qué motivo y vi el libro allí. Le pregunté por qué se lo había quedado y me dijo que, como llevaba el nombre de otra persona, pensó que quizás alguien lo había cogido por error y que tal vez no era propiedad del muerto. -Hizo una pausa-. Yo creo que el muchacho era bastante novato y que cometió un simple error, sin malicia.

-Dígame una cosa -pregunté-, ¿recuerda si recibió visitas o llamadas de periodistas en ese tiempo? Por ejemplo, ¿alguien se interesó por el

hombre que murió aplastado en el astillero de la Marina?

-¡Oh, sí! Se presentó el señor Eddings. Lo recuerdo porque estaba muy interesado en conocer el menor detalle, lo cual me extrañó un poco. Pero el joven Danny sabía desde luego que no debía facilitarle mucha información.

-¿No es posible que le diera el libro a Eddings, suponiendo que éste estuviera preparando un reportaje sobre los Nuevos Sionistas?

-En realidad no puedo descartarlo. No volví a ver el libro y di por sentado que Danny lo había devuelto a la Marina. Echo de menos a ese chico. Por cierto, ¿cómo está? ¿Qué tal la rodilla? Yo lo llamaba «Saltarín», ¿sabe? -Mant se echó a reír.

No respondí a la pregunta. Ni siquiera sonreí.

-Dígame qué sucedió después, qué fue lo que lo asustó tanto.

-Una serie de cosas raras. Obsesiones. Notaba que me seguían. Como usted recordará, el supervisor de mi depósito renunció de pronto a su puesto sin la menor explicación. Y un día, cuando salí al aparcamiento, encontré el parabrisas de mi coche embadurnado de sangre. Incluso llevé una muestra al laboratorio para analizarla y resultó de carnicería. Me refiero a que era sangre de vaca.

-Supongo que ha tratado usted con el detective Roche -apunté.

-Por desgracia. No me cae nada bien.

-¿Roche ha intentado alguna vez obtener información de usted?

-A veces pasaba por el despacho. Nunca para contemplar autopsias, desde luego. No tiene estómago para eso.

-¿Qué quería saber?

-Sobre ese muerto del astillero. Hizo preguntas al respecto.

-¿Preguntó por sus efectos personales, por esa bolsa de lona que llegó con el cuerpo por error?

Mant hizo un esfuerzo por recordar.

-Bueno, ahora que está usted exprimiendo mi pobre memoria, me parece que sí que preguntó por ella. Y creo que yo lo envié a Danny.

-Bien, es evidente que Danny no se la devolvió -apunté-. O al menos que no le dio el libro, porque éste ha aparecido después.

No le conté en qué circunstancias porque no quería perturbarlo.

-Ese maldito libro debe de ser tremendamente importante para alguien -comentó.

-Más de lo que yo pensaba -le respondí pensativa. Hice una pausa mientras él encendía otro cigarrillo y continué-: ¿Por qué no me dijo nada, Mant? ¿Por qué se limitó a huir sin contarme una palabra de todo esto?

-A decir verdad, no quería arrastrarla a usted también a este asunto. Y todo ello parecía bastante fantasioso. -Guardó silencio durante unos momentos y advertí en su expresión que presentía que habían sucedido otros graves acontecimientos desde que dejó Virginia-. Ya no soy joven, doctora Scarpetta. Sólo quiero hacer mi trabajo pacíficamente unos pocos años más antes de jubilarme.

No quise criticarlo más porque comprendía lo que había hecho. No podía recriminárselo, sinceramente, y me alegraba que hubiese salido por piernas porque era muy probable que así hubiera salvado la vida.

Lo irónico era que Mant no sabía nada importante, y si lo hubieran matado habría sido por nada, como había sucedido con Danny.

Entonces le conté la verdad mientras reprimía en mi mente las imágenes del aparato ortopédico para la rodilla, rojo como sangre derramada, y de las hojas y desperdicios adheridos a los cabellos ensangrentados del muchacho. Recordé la sonrisa luminosa de Danny, y nunca olvidaría la bolsita blanca que se había llevado del café de la colina, ni el perro que se había pasado la mitad de la noche ladrando. No se me borraría nunca de la cabeza la tristeza y el miedo que había visto en sus ojos mientras me ayudaba a examinar a Ted Eddings, a quien Danny ya conocía de antes, según acababa de explicarme Mant. Sin darse cuenta, los dos jóvenes se habían empujado el uno al otro a la muerte violenta que finalmente habían tenido.

-Pobre muchacho... -fue todo lo que acertó a decir.

Se cubrió los ojos con un pañuelo. Cuando me fui todavía continuaba llorando.

15

Wesley y yo volamos esa noche de vuelta a Nueva York y llegamos temprano porque llevábamos vientos de cola de más de cien nudos. Pasamos la aduana y retiramos el equipaje. El mismo vehículo de la ida nos recogió en la salida y nos condujo al aeropuerto privado donde aún nos seguía esperando el Learjet.

La temperatura había experimentado un brusco ascenso, y volamos entre enormes nubes de tormenta que se iluminaban con violentas descargas eléctricas. La tormenta estalló en relámpagos y estampidos y atravesamos lo que parecía el fragor de una batalla. Me había puesto un poco al corriente del estado de cosas y no me sorprendió que el FBI hubiera establecido un puesto avanzado junto con los instalados por la policía y por los grupos de rescate.

Me alivió saber que Lucy había sido traída del campus y trabajaba de nuevo en el Servicio de Gestión de Investigaciones, donde estaba a salvo. Lo que Wesley no me dijo hasta que estuvimos en la Academia fue que había sido movilizada con el resto del Grupo de Rescate de Rehenes y que no estaría mucho tiempo en Quantico.

-Rotundamente, no -le dije como si fuera una madre que negara su permiso.

-Me temo que tú no tienes voz ni voto en esto -respondió.

En aquel momento me ayudaba a llevar las bolsas a través del vestíbulo del Jefferson, que estaba desierto aquel sábado por la noche. Saludamos a las muchachas de recepción y seguimos discutiendo.

-¿Pero no te das cuenta de que Lucy es una novata? No puedes ponerla en medio de una crisis nuclear.

-No la estamos poniendo en medio de nada. -Wesley abrió las puertas de cristal-. Lo único que necesitamos son sus conocimientos técnicos. No tiene que hacer de francotiradora ni saltar de un avión.

-¿Dónde está ahora? -pregunté mientras entrábamos en el ascensor.

-Con suerte, en la cama.

Consulté el reloj.

-¡Oh, pero si es medianoche! Pensaba que ya era mañana y tenía que levantarme.

-Lo sé. Yo también estoy molido.

Nuestras miradas se encontraron y aparté la mía.

-Supongo que debemos fingir que no ha sucedido nada -dije con tono cortante, porque no habíamos hablado en absoluto de lo que había sucedido entre nosotros.

Salimos al pasillo y Benton marcó un código en una cerradura digitalizada. Se corrió el pestillo y Wesley empujó otra puerta de cristal y entró.

-¿De qué serviría fingir? -Marcó otro código y abrió una puerta más.

-Dime qué quieres hacer, eso es todo -murmuré.

Estábamos en la suite de seguridad donde me alojaba normalmente cuando el trabajo o algún peligro me retenía allí por la noche. Benton llevó el equipaje al dormitorio mientras yo corría las cortinas de la gran ventana del salón. La pieza era cómoda pero sencilla y, al ver que Wesley no respondía, recordé que probablemente no era seguro comentar intimidades en aquel lugar, donde sabía positivamente que hasta los teléfonos estaban intervenidos. Lo seguí al pasillo y repetí la pregunta.

-Ten paciencia -respondió con tristeza, o quizá sólo era cansancio-. Escucha, Kay, debo irme a casa. Lo primero que tengo mañana por la mañana es una inspección desde el aire con Marcia Gradecki y el senador Lord.

Gradecki era la fiscal general de Estados Unidos, y Frank Lord presidía el Comité Judicial y era un viejo amigo.

-Me gustaría que nos acompañaras, porque según parece tú eres quien más sabe de este asunto. Tal vez puedas explicarles la importancia que tiene esa Biblia para esos chiflados, que matarán por ella, que morirán por ella. -Exhaló un suspiro y se restregó los ojos-. Y tenemos que hablar de cómo vamos a tratar los muertos por contaminación si esos hijos de puta deciden volar los reactores, Dios no lo permita. -Hizo una pausa-. Lo único que podemos hacer es probar -añadió, y por su modo de mirarme supe que se refería a algo más que a la crisis de la central.

-Es lo que hago, Benton -respondí, y regresé a la suite.

Llamé a centralita y pedí comunicación con la habitación de Lucy. Al no obtener respuesta imaginé que estaría en el ERF, con los ordenadores, pero no podía llamarla allí porque no sabía dónde la encontraría en aquel edificio tan grande como un campo de fútbol. Así que me puse el abrigo y salí del edificio Jefferson, porque no podría dormir hasta que viera a mi sobrina.

El ERF tenía su propio puesto de guardia, no lejos del instalado a la entrada de la Academia, y la mayoría de los agentes del FBI ya me conocían bastante bien. El guardia de la garita puso cara de sorpresa cuando aparecí, y salió a ver qué quería.

-Creo que mi sobrina se ha quedado a trabajar... -empecé.

-Sí, señora. La he visto entrar hace un rato.

-¿Puede ponerse en contacto con ella?

-Hum... -Frunció el entrecejo-. ¿Tiene idea de en qué zona podría estar?

-Quizás en la sala de ordenadores.

Probó allí, sin éxito, y me miró.

-¿Es importante?

-Mucho -respondí con gratitud.

El centinela se llevó la radio a los labios.

-Unidad cuarenta y dos a base -dijo.

-Adelante, cuarenta y dos.

-Solicito relevo en el puesto del ERF.

-Recibido.

Esperamos a que llegara la guardia y otro hombre sustituyó al centinela, que nos acompañó al interior del edificio. Deambulamos un rato por largos pasillos vacíos, probando puertas que daban a talleres y laboratorios donde podía estar mi sobrina. Al cabo de un cuarto de hora tuvimos suerte. El centinela abrió una puerta y entramos en una sala enorme, que era el taller de actividades científicas de Papá Noel.

Lo más destacado de todo era la presencia de Lucy, que llevaba un guante informático y una pantalla montada en casco, conectados a unos cables negros, largos y gruesos, que serpenteaban en el suelo.

-Los dejaré aquí-dijo el guarda.

-Sí -respondí-. Muchas gracias.

Había varios colaboradores con batas de laboratorio y monos de trabajo, atareados con ordenadores, interfaces y grandes pantallas de vídeo.

Todos me vieron entrar, pero Lucy estaba ciega. En realidad ni siquiera estaba en aquella sala sino en la que aparecía en los pequeños tubos de rayos catódicos que cubrían su campo de visión mientras efectuaba un paseo de realidad virtual a lo largo de una pasarela situada, sospeché, en la central nuclear de Oíd Point.

-Ahora voy a ampliar y entrar -decía al tiempo que pulsaba un botón situado en el reverso del guante.

De pronto se amplió la zona que aparecía en la pantalla de vídeo, y la figura que representaba a Lucy se detuvo ante una empinada escalera de rejilla.

-¡Mierda, voy a salir de aquí! -masculló con impaciencia-. Esto no funcionará de ninguna manera.

-Te prometo que sí-dijo un joven que estaba pendiente de una gran caja negra-. Pero es complicado.

Lucy hizo una pausa y efectuó algunos ajustes más.

-No sé, Jim, ¿esto son datos de alta resolución, realmente, o el problema soy yo?

-Creo que eres tú.

-Me parece que me va a dar un cibermareo -comentó Lucy momentos después, cuando empezó a girar dentro de lo que, en la pantalla gigante de vídeo, parecían correas de transporte y enormes turbinas.

-Echaré un vistazo al algoritmo.

-¿Sabes? -dijo ella mientras bajaba por la escalera virtual-, quizá deberíamos ponerlo en modo C y partir de un retraso de tres-cuatro a trescientos cuatro microsegundos, etcétera, en lugar de lo que tenemos en el programa que utilizamos.

-Sí. Las secuencias de transferencia están desconectadas -dijo otra voz-. Tenemos que ajustar los circuitos de retardo.

-Lo que no podemos es permitirnos el lujo de darle demasiadas vueltas -intervino otro de los presentes-. Oye, Lucy, tu tía está aquí.

Lucy hizo una breve pausa y continuó como si no hubiera oído nada.

-Mira, yo me ocuparé del código C antes de mañana por la mañana. Tenemos que andar finos o Toto terminará atascado o se caerá por la escalera. Y entonces estaremos jodidos del todo.

Deduje que Toto era el extraño artilugio formado por una burbuja a modo de cabeza, con un objetivo de vídeo por ojo, montada sobre un cuerpo de acero en forma de caja de casi un metro de altura. Las piernas eran cadenas de oruga con clavos de agarre, los brazos tenían pinzas, y en conjunto me recordaba un carro blindado de juguete con capacidad de moverse. Estaba aparcado en un rincón, no lejos de su dueño, que ayudaba a Lucy a quitarse el casco.

-Tenemos que cambiar los biocontroladores del guante -indicó mientras procedía a quitárselo con mucho cuidado-. Estoy acostumbrada a que un dedo signifique adelante y dos, atrás. Aquí están a la inversa, y no puedo permitirme una confusión así cuando estemos sobre el terreno.

-Eso será fácil -respondió Jim y se quedó el guante.

Cuando Lucy vino a mi encuentro, junto a la puerta de la sala, parecía furiosa.

-¿Cómo has entrado? -Su tono no era nada amistoso.

-Con uno de los guardias.

-Sí, claro. Te conocen.

-Benton me ha dicho que te habían traído de vuelta y que el Grupo de Rescate de Rehenes te necesita -le expliqué-. Me alegro de que estés aquí.

-No será por mucho rato. -Lucy miró hacia sus colegas, que habían reanudado el trabajo. Me costó asimilar lo que acababa de decirme porque no quería comprenderlo-. Casi todos los chicos ya están allí- continuó.

-En Oíd Point... -añadí.

-Tenemos buceadores en la zona, francotiradores situados en los alrededores y helicópteros a la espera, pero todo eso no servirá de mucho si no conseguimos infiltrar al menos una persona en esa central.

-Y evidentemente esa persona no serás tú -apunté. Si Lucy me decía otra cosa era capaz de matar al FBI, al Buró entero, a todos ellos a la vez.

-En cierto modo seré yo quien entre -respondió mi sobrina-. Me encargaré de dirigir a Toto. ¡Eh, Jim! -gritó-. Ya que estás en eso, añadamos un comando de vuelo al guante.

-¡Ahora Toto también tendrá alas! -dijo alguien en tono burlón-. Eso está bien. Vamos a necesitar un ángel de la guarda muy listo.

No pude evitar un comentario:

-Lucy, ¿tienes idea de lo peligrosa que es esa gente?

Me miró a los ojos y soltó un suspiro.

-¿Pero por quién me tomas, tía Kay? ¿Crees que soy una niña entretenida con sus juguetes ?

-Lo único que sé es que estoy preocupada. No puedo evitarlo.

-En estos momentos todos debemos estarlo -respondió sombría-. Mira, tengo que volver al trabajo. -Consultó el reloj y resopló-. ¿ Quieres que te haga un resumen de mi plan para que al menos sepas qué sucede?

-Por favor.

-Empieza por esto. -Se sentó en el suelo y me agaché a su lado, con la

espalda contra la pared-. Un robot como Toto normalmente sería controlado por radio, pero en un edificio con tanto hormigón armado y tanto acero inoxidable eso no funcionaría. Entonces se me ocurrió otra manera que me parece aún mejor. Básicamente lleva un rollo de cable de fibra óptica que irá soltando como el rastro de un caracol al desplazarse.

-¿Y por dónde va a desplazarse? -quise saber-. ¿Por el interior de la central?

-Es lo que estamos tratando de decidir en estos momentos. Pero en gran medida dependerá de lo que suceda. Puede que el trabajo sea encubierto, como una operación de recogida de información, o puede que termine en un despliegue abierto, si por ejemplo los terroristas quieren un teléfono móvil, cosa en la que confiamos mucho. Toto tiene que estar preparado para acudir al momento a cualquier parte.

-Menos donde haya escaleras.

-También puede salvar escaleras. Unas mejor que otras.

-¿El cable de fibra óptica será tus ojos?

-Irá conectado directamente a los guantes de realidad virtual. -Lucy levantó ambas manos-. Y me moveré como si fuera yo quien estuviera allí, en lugar de Toto. La realidad virtual me permitirá estar presente a distancia para reaccionar al instante a cualquier cosa que detecten los sensores. Y por cierto, la mayoría están pintados en ese encantador tono de gris. -Señaló a su amigo, que estaba al otro extremo de la sala-. La pintura inteligente de Jim ayuda a Toto a no tropezar con las cosas -añadió como si el joven le inspirara ciertos sentimientos.

-¿Janet ha venido contigo? -pregunté cuando acabó de hablar.

-Está terminando sus asuntos en Charlottesville.

-¿ Terminando ?

-Ya sabemos quién pirateaba el ordenador del CP&L -me dijo Lucy-. Una becaria en física nuclear. Sorpresa, sorpresa.

-¿Cómo se llama?

-Loren no sé qué. -Se frotó el rostro con las manos-. ¡Vaya, no debería haberme sentado! El hiperespacio puede causarte un buen mareo si viajas por él demasiado rato, ¿sabías ? Últimamente casi me produce ganas de vomitar. ¡ Hum...! -Chasqueó los dedos varias veces-. McComb. Loren McComb.

Recordé que Cleta había comentado que la novia de Eddings se llamaba Loren.

-¿Y qué edad tiene? -pregunté.

-Unos treinta.

-¿De dónde es?

-Inglesa. Pero en realidad es sudafricana. Negra.

-Eso explicaría su mal carácter, según la señora Eddings.

-¿Eh? -Lucy me miró con extrañeza.

-¿Qué sabes de una posible relación con los neosionistas ? -le pregunté.

-Al parecer entró en contacto con ellos a través de Internet. Es muy militante y contraria a los gobiernos. Para mí que le lavaron el cerebro a lo largo de sus comunicaciones.

-Lucy, creo que esa mujer era la novia de Eddings, su fuente de información, y la que al final ayudó a los neosionistas a matarlo, probablemente con la intervención del capitán Green.

-¿Por qué iba a ayudarlo primero y después a hacerle una cosa así?

-Quizá creyó que no tenía alternativa. Si le había proporcionado a Eddings información que podía perjudicar la causa de Hand, tal vez la convencieron de que los ayudara a ellos, o quizá la amenazaron.

Recordé el champán Cristal del frigorífico de Eddings y me pregunté si habría proyectado pasar la Nochevieja con su amiga.

-¿Y en qué querrían que los ayudara? -preguntó Lucy.

-Es probable que la chica conociera el código de la alarma antirrobo de la casa, o incluso la combinación de la caja fuerte. O quizás estaba con él en la barca, la noche que murió, y hasta es posible que fuera ella quien lo envenenara. Al fin y al cabo es una científica.

-¡Maldita sea!

-Supongo que la has interrogado -le dije.

-Janet se ha encargado de eso. Loren McComb dice que hace unos dieciocho meses, cuando estaba en Internet, encontró una nota publicada en un boletín. Según parece, un productor de cine trabajaba en una película que trataba de unos terroristas que se apoderaban de una central nuclear para poder crear otra situación como la de Corea del Norte y conseguir plutonio con el que fabricar bombas, etcétera, etcétera. Este presunto productor necesitaba ayuda técnica y estaba dispuesto a pagarla.

-¿Y ese individuo tiene un nombre?

-Siempre se hacía llamar «Alias», como insinuando que es alguien famoso. McComb picó y empezaron a relacionarse. Poco a poco le envió información de documentos a los que había tenido acceso en su calidad de becaria. Le facilitó a ese cabrón de Alias todos los datos necesarios para, en resumidas cuentas, planificar la toma de Oíd Point y el envío de las barras de combustible a los árabes.

-¿Y qué hay de los cofres para transportarlas?

-¿Eso? Se roban toneladas del uranio empobrecido de Oak Ridge. Se envían a Irak, Argelia o donde sea, y allí se fabrican cofres de doscientas veinticinco toneladas. A continuación se devuelven aquí, donde se almacenan hasta el gran día. Y esa idiota también le contó todo el proceso mediante el cual el uranio se convierte en plutonio dentro del reactor. -Lucy hizo un alto y me miró-. Dice que no se le pasó por la cabeza que lo que hacía pudiera llevarse a cabo en la realidad.

-Y cuando empezó a piratear el ordenador del CP&L, ¿eso tampoco era real?

-Para eso no tiene explicación, ni quiere confesar el motivo.

-Supongo que el motivo está muy claro -le dije-. Eddings estaba interesado en las llamadas que hubiera hecho cierta gente a países árabes. Y consiguió la lista a través de esa vía de acceso de Pittsburgh.

-¿No crees que ella se daría cuenta de que los Nuevos Sionistas no verían con buenos ojos que ayudara a su novio, que daba la casualidad de que era periodista?

-No creo que le importara -respondí con irritación-. Sospecho que le

encantaba la situación teatral de actuar en los dos bandos. Debía de sentirse muy importante. Probablemente no se había sentido nunca así, en su tranquilo mundo académico. Dudo mucho que se diera cuenta de la realidad hasta que Eddings empezó a husmear alrededor del NAVSEA, del despacho del capitán Green o de quién sabe qué. Entonces los Nuevos Sionistas recibieron el soplo de que su fuente de información, Loren McComb, amenazaba todo su objetivo.

-Si Eddings lo hubiera descubierto -dijo Lucy-, esa gente no habría tenido ocasión de llevar a cabo su plan.

-Exacto -asentí-. Si alguno de nosotros lo hubiera sabido a tiempo, esto no estaría pasando. -Observé a una mujer con bata de laboratorio que guiaba los brazos de Toto en la maniobra de levantar una caja-. Dime, ¿qué actitud tenía Loren McComb cuando Janet la interrogaba?

-Distante, sin mostrar la menor emoción.

-La gente de Hand es muy dura.

-Eso parece -reflexionó mi sobrina-. Cuando una mujer es capaz de ayudar a un novio en un momento dado y poco después participa en su asesinato, es que realmente es dura.

Lucy también observaba el robot y no parecía complacida con lo que veía.

-No sé dónde la tendrá detenida el FBI, pero espero que sea en un lugar donde los Nuevos Sionistas no puedan dar con ella.

-Está bien escondida -afirmó Lucy en el momento en que Toto se detenía de improviso y la caja caía al suelo con un ruido sordo-. ¿A cuántas revoluciones por minuto tienes la articulación del hombro ?

-A ocho -respondió la mujer de la bata.

-Bajémoslo a cinco, maldita sea. -Se volvió a frotar el rostro-. Con eso tendremos suficiente.

-Bueno, ahora te dejo y me vuelvo al Jefferson -le dije, incorporándome.

Vi una mirada extraña en sus ojos.

-¿Estás en la planta de seguridad, como de costumbre? -preguntó.

-Sí.

-Supongo que no importa, pero es ahí donde está Loren McComb.

En realidad su habitación estaba contigua a mi suite, aunque ella estaba confinada, naturalmente. Cuando me senté en la cama e intenté leer un rato, me llegó el sonido de su televisor a través del tabique. Oí cambiar los canales, y finalmente reconocí las voces de *Star Trek* en la repetición de algún episodio antiguo.

Durante horas sólo nos separaron unos pasos, aunque ella no lo sabía. La imaginé mezclando tranquilamente ácido clorhídrico y cianuro en una botella y dirigiendo el gas a la válvula de admisión del compresor. La larga manguera negra se habría agitado violentamente en el agua y, momentos después, el único movimiento en el río habría sido el de su perezosa corriente.

-Ojalá veas eso en tus sueños -le dije, aunque no me oyera-. Que sueñes con ello el resto de tu puta vida, cada noche.

Apagué la lamparilla, totalmente furiosa.

16

A primera hora de la mañana siguiente había una densa niebla tras las ventanas, y Quantico estaba más tranquilo de lo habitual. No oí un solo disparo en ningún campo de tiro y parecía que todos los marines estuvieran durmiendo. Cuando cruzaba la doble puerta de cristal que conducía a la zona de ascensores, oí que se cerraba una puerta y que saltaban los pestillos de seguridad de la habitación de al lado.

Pulsé el botón de llamada y volví la mirada hacia dos agentes femeninas, vestidas con trajes conservadores, que escoltaban a una mujer negra de piel clara que me miraba directamente a la cara como si nos hubiéramos visto antes. Loren McComb tenía unos ojos oscuros y desafiantes y por sus venas corría un intenso orgullo, como si fuera la fuente que alimentaba su supervivencia y que hacía prosperar todo lo que emprendía.

-Buenos días -dije.

-Buenos días, doctora Scarpetta -me devolvió el saludo una de las agentes con aire sombrío, y las cuatro entramos en el ascensor.

Bajamos en silencio hasta la planta baja y percibí la ranciedad de aquella mujer que había enseñado a Joel Hand a construir la bomba. Llevaba unos téjanos ajustados y descoloridos, botas de tacón alto y una blusa blanca, larga y holgada, que no conseguía ocultar un tipo impresionante que debía de haber contribuido al fatal error de juicio de Eddings. Me quedé detrás de ella y observé la porción de su rostro que alcanzaba a ver. Se humedecía los labios a menudo, con la vista fija al frente, en las puertas, que me pareció que tardaban una eternidad en abrirse.

El silencio era tan denso como la niebla del exterior cuando por fin llegamos a la planta. Me demoré en dejar el ascensor y observé cómo las dos agentes se llevaban a McComb sin ponerle un dedo encima. No tenían necesidad de hacerlo, aunque si era preciso lo harían. Así de sencillo. Escoltaron a Loren McComb por un pasillo y se desviaron luego por uno de los incontables pasadizos que llamaban toperas. Me quedé sorprendida cuando la mujer se detuvo y se volvió a mirarme otra vez. Se encontró con mi mirada hostil y continuó adelante, dando un paso más en lo que yo esperaba que fuese una larga peregrinación hasta la cárcel.

Subí unas escaleras y entré en la cafetería, de cuyas paredes pendía una bandera por cada estado de la Unión. Encontré a Wesley en un rincón, debajo de Rhode Island.

-Acabo de ver a Loren McComb -le dije mientras depositaba la bandeja en la mesa.

Wesley echó una ojeada al reloj.

-La van a interrogar durante casi todo el día.

-¿Crees que nos dirá algo que pueda sernos de utilidad?

Dentón acercó la sal y la pimienta.

-No. Es demasiado tarde -se limitó a decir.

Tomé clara de huevo revuelta y una tostada sin untar y bebí café solo mientras observaba cómo los agentes nuevos y veteranos de la Academia Nacional engullían tortillas. Algunos se atrevían con bocadillos de beicon y de salchicha y pensé en lo triste que era hacerse vieja.

-Tenemos que irnos. -Recogí la bandeja porque a veces no merecía la pena comer nada.

-Todavía no he terminado, jefa. -Wesley jugueteó con la cuchara.

-Tú estabas tomando cereales y ya has terminado.

-Podría querer más.

-Pero no quieres.

-Estoy pensándomelo -replicó.

-Está bien. -Lo miré, interesada en oír lo que me tuviera que decir.

-¿Tan importante es ese *El libro de Handt* -me preguntó.

-Sí. El problema se inició cuando Danny, por resumir, se quedó con un ejemplar que probablemente entregó a Eddings.

-¿Y por qué crees que es tan importante?

-El experto en esa clase de análisis eres tú -repliqué-. Ya deberías saberlo: porque esas páginas nos dicen cómo se comportará esa gente. El libro hace predecibles sus movimientos.

-Una idea aterradora -murmuró.

A las nueve de la mañana pasamos por los polígonos de tiro en dirección al cuarto de hectárea de césped contiguo al almacén de material que utilizaba el Grupo de Rescate de Rehenes en las maniobras que deberían estar haciendo a esas horas. Pero aquella mañana no se veía a nadie por ninguna parte. Todos se encontraban en Oíd Point, todos excepto nuestro piloto, Whit, un tipo taciturno, en buena forma y con un traje de vuelo negro. Nos esperaba junto a un Bell 222 blanco y azul, un helicóptero de dos motores gemelos y varias plazas, también propiedad del CP&L.

-Whit -saludó Wesley al piloto.

-Buenos días -le dije yo al subir a bordo.

En el interior había cuatro asientos en una zona que parecía la cabina de un pequeño avión. El senador Lord se hallaba completamente enfrascado en su lectura y la fiscal general estaba sentada frente a él, concentrada también en sus papeles. A los dos los habían recogido antes en Washington, y también tenían cara de no haber dormido mucho las últimas noches.

-¿Cómo está, Kay?

El senador no levantó la vista. Iba vestido con un traje oscuro, una camisa blanca de cuello duro, los gemelos del Senado y una corbata granate. En contraste con él, Marcia Gradecki lucía un sencillo traje chaqueta azul claro y unas perlas. Era una mujer formidable con un rostro atractivo por la fuerza y el dinamismo que expresaba. Aunque había empezado su carrera en Virginia, no habíamos coincidido hasta

aquel momento.

Wesley se aseguró de que nos conocíamos mientras nos elevábamos en un cielo de un azul perfecto. Sobrevolamos autobuses escolares de un amarillo brillante, vacíos a aquella hora del día, y los edificios dieron paso rápidamente a los pantanos llenos de puestos de caza de patos y a vastas extensiones de bosque. El sol pintaba senderos entre las copas de los árboles y, cuando empezamos a seguir el James, nuestro reflejo voló en silencio detrás de nosotros, rozando el agua.

-Dentro de un minuto sobrevolaremos Governor's Landing -anunció Wesley. No necesitábamos auriculares para hablar entre nosotros sino sólo para comunicarnos con los pilotos-. Es la rama inmobiliaria del CP&L y donde reside Brett West. Es el vicepresidente a cargo de operaciones y vive ahí abajo, en una casa de novecientos mil dólares. -Hizo una pausa mientras todos mirábamos abajo-. Creo que se verá bien... ¡Ahí! Ésa de ladrillo con la piscina y la cancha de baloncesto en la parte de atrás.

En la zona había muchas casas enormes de ladrillo con piscina y una vegetación penosamente joven, un campo de golf y un club de vela donde West tenía una embarcación que en aquel momento no se encontraba allí, según nos habían informado.

-¿Y dónde está ese señor West? -preguntó la fiscal general mientras los pilotos ponían rumbo al norte en la confluencia del Chickahominy y el James.

-En este momento no lo sabemos. -Wesley no apartó la vista de la ventanilla.

-Por lo que veo, usted lo considera implicado, ¿no? -apuntó el senador.

-Desde luego. De hecho, cuando el CP&L decidió abrir una oficina de distrito en Suffolk la construyó en tierras que compraron a un agricultor llamado Joshua Hayes.

-Ese nombre también consta en la lista de fichas consultadas en el ordenador de la compañía -apunté.

-¿Fue cosa de la pirata? -preguntó Gradecki.

-Efectivamente.

-Y ahora la tienen detenida, ¿no? -añadió.

-En efecto. Al parecer salía con Ted Eddings; así fue como el periodista se metió en el asunto y acabó asesinado. -Wesley tenía la expresión muy seria-. De lo que estoy convencido es que West y Joel Hand han sido cómplices en esto desde el principio. Ahora se distingue la oficina de distrito. -Indicó el suelo por la ventanilla-. Y si se fijan bien -añadió con tono irónico-, observarán que está contigua al terreno de Hand.

La oficina de distrito era, en pocas palabras, un gran aparcamiento de camiones de carga y surtidores de gasolina, con edificios modulares que lucían el logotipo de CP&L pintado en rojo en el techo. Tras sobrevolarlo y dejar atrás una arboleda, el terreno a nuestros pies se convirtió de pronto en las veinte hectáreas de la punta de tierra en el río Nansemond donde vivía Joel Hand, rodeadas por una alta valla metálica que, según advertían los rótulos, estaba electrificada.

La propiedad era un conjunto de casas menores y de barracones, y la mansión que él ocupaba era un caserón desvencijado de altos pilares blancos. Pero no eran éstos los edificios que nos preocupaban sino otros que vimos a continuación, unas grandes estructuras de madera con aspecto de cobertizos, construidas a lo largo de una vía de tren que conducía a un inmenso muelle de carga privado con enormes grúas sobre el agua.

-Eso no parecen graneros normales -apuntó la fiscal general-. ¿Qué se embarcaba desde la granja?

-Más bien qué se desembarcaba en ella -le corrigió el senador. Entonces me acordé de lo que había dejado el asesino de Danny en la alfombrilla de mi antiguo Mercedes.

-Podría ser ahí donde guardaban los cofres -señalé-. Los edificios son lo suficientemente grandes, y ese Hand necesitaría grúas y trenes o camiones para mover las piezas.

-Bien, eso relacionaría claramente a los Nuevos Sionistas con el homicidio de Danny Webster -me dijo la fiscal general mientras jugaba con sus perlas en un gesto nervioso.

-O por lo menos con alguien que entraba y salía de los cobertizos donde se guardaban los cofres -respondí-. Habría partículas microscópicas de uranio empobrecido por todas partes, lo cual delataría que los cofres, efectivamente, llevan un revestimiento interior de ese material.

-Entonces ese individuo podría haber llevado polvo de uranio en la suela de los zapatos sin saberlo -apuntó el senador Lord.

-En efecto.

-Bien, tenemos que asaltar ese lugar y ver qué descubrimos -añadió entonces el senador.

-Sí, señor -asintió Wesley-. En cuanto podamos.

-Hasta el momento esa gente no ha hecho nada que se pueda demostrar -intervino Gradecki-. No tenemos bases firmes para una acusación -dijo al senador-. Los Nuevos Sionistas no han reclamado la autoría.

-Bueno, yo también sé cómo funcionan estas cosas, pero es ridículo -respondió Lord-. En esa finca no queda nadie, me parece, sólo algún perro. Si los neosionistas no andan metidos en el asunto, dígame dónde está todo el mundo, aunque me parece que lo sabemos muy bien.

Vimos unos dóberman, encerrados en un cercado, que ladraban y amenazaban el aire en el que volábamos en círculos.

-¡Dios mío! -exclamó Wesley-. Ni se me habría pasado por la cabeza que toda esa gente pudiera estar dentro de la central.

A mí tampoco, y en mi mente empezaba a tomar forma un pensamiento muy alarmante.

-Hasta ahora hemos supuesto que los Nuevos Sionistas han mantenido su número en los últimos tiempos -continuó Benton-, pero tal vez no sea así. Al final, quizá los únicos que quedaban aquí eran los que se entrenaban para el ataque.

-Y entre ellos Joel Hand -apunté, y me volví a mirarlo.

-Sabemos que ha vivido ahí y creo que hay muchas probabilidades de

que estuviera en ese autobús. Casi seguro que está en la central con los demás. Es su líder.

-No -lo corregí-. Es su dios.

Hubo un largo silencio.

-El problema -dijo por fin la fiscal general-, es que ese hombre está loco.

-No -repliqué-. El problema es que no lo está. Hand es malo, y eso es infinitamente peor.

-Y su fanatismo afectará a todo lo que haga -dijo Wesley-. Si está dentro... -añadió, midiendo sus palabras-, la amenaza a la que nos enfrentamos podría ir mucho más allá de un intento de escapar con una barcaza cargada de barras de combustible nuclear. En el momento más inesperado, esto podría convertirse en un acto suicida.

-No entiendo por qué dice eso -comentó Gradecki, que no tenía ganas de oír una palabra más en aquel sentido-. Los motivos de la acción están muy claros.

Pensé en *El libro de Hand y* en lo difícil que resultaba para un no iniciado comprender de lo que era capaz un hombre como su autor. Miré a la fiscal general mientras pasábamos sobre las filas de buques cisterna y naves de transporte, grises y viejas, de la llamada Flota Muerta de la Marina. Los barcos estaban fondeados en el James, y desde cierta distancia producía la impresión de que Virginia estuviera sitiada, como en cierto modo lo estaba.

-Creo que nunca había visto eso -murmuró Gradecki con asombro mientras contemplaba la escena.

-Pues debería haberlo hecho -replicó el senador Lord-. Ustedes, los demócratas, son los responsables del desmantelamiento de la mitad de la flota. De hecho, no tenemos espacio ni para guardar las naves. Están repartidas aquí y allá, fantasmas de su antiguo esplendor y absolutamente inútiles si de pronto necesitamos con rapidez buques de guerra adecuados. Cuando se estuviera en condiciones de poner en acción una de esas viejas bañeras, lo del golfo Pérsico ya habría quedado tan atrás como esa otra guerra que hubo por aquí...

-Bien, Frank, ya has expresado tu opinión -respondió la fiscal general en tono enérgico-. Creo que esta mañana tenemos otros asuntos que atender.

Wesley se había colocado los auriculares para hablar con los pilotos. Pidió que lo pusieran al corriente de la situación, y durante un buen rato escuchó las novedades con la vista puesta en Jamestown y su trasbordador. Cuando cortó la comunicación, nos miró con inquietud.

-Dentro de unos minutos estaremos en Oíd Point. Los terroristas siguen negándose a establecer contacto y no sabemos cuántas bajas puede haber ahí dentro.

-Oigo más helicópteros -indiqué.

Guardamos silencio, y el sonido de otras aspas resultó inconfundible. Wesley volvió a conectar la radio.

-Escuchen, maldita sea, las autoridades aéreas tenían orden de cerrar el espacio aéreo... -Hizo una pausa para escuchar la respuesta-. Rotundamente, no. Nadie más tiene permiso para acercarse a menos de

dos kilo... -Volvió a callar, interrumpido-. ¡Está bien, está bien!

Cada vez más irritado, soltó una exclamación mientras el ruido de los otros helicópteros aumentaba de intensidad.

Dos Huey y dos Black Hawks pasaron estruendosamente cerca de nosotros, y Wesley se desabrochó el cinturón de seguridad como si fuera a alguna parte. Se levantó enfurecido y se trasladó al otro lado de la cabina, oteando el cielo por las ventanillas. De espaldas al senador, murmuró con furia controlada:

-No debería haber llamado a la Guardia Nacional, señor. Tenemos en marcha una operación muy delicada y no podemos..., deje que se lo repita, no podemos permitirnos interferencias de ninguna clase en nuestro plan de acción ni en nuestro espacio aéreo. Y permita que le recuerde que esto es jurisdicción de la policía, no de los militares.

-No he sido yo quien los ha llamado -intervino el senador Lord, sin dejarle continuar-. Y estamos completamente de acuerdo.

-Entonces, ¿quién lo ha hecho? -preguntó Gradecki, que era la jefa última de Wesley.

-Su gobernador, probablemente -respondió el senador. Se volvió hacia mí y apreció en su gesto que él también estaba furioso-. Es muy capaz de hacer una cosa así porque lo único que cuenta para él son las próximas elecciones. Pónganme inmediatamente con su despacho.

Se colocó el auricular y unos momentos después, cuando empezó su reprimenda, lo hizo sin que le importara quien lo oía.

-¡Por el amor de Dios, Dick! ¿Has perdido el juicio? -dijo al máximo cargo del estado-. No me vengas con ésas. Estás interfiriendo en lo que preparamos aquí, y si tu intervención nos cuesta vidas, puedes tener la seguridad de que daré a conocer con toda claridad quién es el responsable...

Permaneció escuchando y en silencio unos instantes, con expresión furiosa. Después, en el mismo tono, añadió algunos comentarios más mientras el gobernador ordenaba la retirada de la Guardia Nacional. De hecho, los enormes helicópteros no llegaron a tomar tierra sino que cambiaron bruscamente de formación y ganaron altura, dejando atrás Oíd Point. La central empezaba a aparecer a la vista. De sus edificios de contención de hormigón, con la típica forma cónica convexa, se alzaban unos hilillos de vapor en el despejado cielo azul.

El senador nos pidió disculpas por todo aquello porque por encima de todo era un caballero.

Vimos en el suelo montones de policías y de vehículos de los cuerpos de seguridad, ambulancias, coches de bomberos y un sinnúmero de antenas parabólicas y de furgonetas de noticiarios.

Decenas de personas asistían al despliegue como si disfrutaran de un día primaveral y estimulante. Wesley nos informó de que el edificio junto al que se congregaba la gente era el centro de visitantes, donde se había instalado el puesto de mando del perímetro exterior.

-Como puede ver -explicó-, queda a más de medio kilómetro de la central de producción de energía y del edificio principal, que está ahí -indicó el lugar.

-¿En ese edificio principal es donde está la sala de control? -quise

saber.

-Exacto. Ese edificio de ladrillo beige de tres plantas. Ahí es donde están Hand y los suyos, creemos. O por lo menos la mayoría de ellos, incluidos los rehenes.

-Bueno, es donde deberían estar si tienen pensado hacer algo con los reactores, como desconectarlos, cosa que ya han hecho, como todos sabemos -apuntó el senador Lord.

-¿Y qué sucederá si hacen lo que dice? -preguntó la fiscal general.

-En realidad ya lo han hecho, Marcia, pero hay generadores suplentes y nadie se quedará sin electricidad. Por su parte, la central tiene un suministro de energía de emergencia -continuó Lord, conocido por ser un ardiente defensor de la energía nuclear.

Por los dos lados de la central se extendían amplias vías de agua, una de las cuales conducía al cercano río James y la otra a un lago artificial también próximo. Después había una extensa zona de transformadores, cables eléctricos y aparcamientos con numerosos vehículos, la mayoría de ellos pertenecientes a gente que había acudido a colaborar. Como era lógico, no existía un modo fácil de acceder al edificio principal sin ser visto porque todas las centrales nucleares están proyectadas teniendo en cuenta las más rigurosas medidas de seguridad. Oíd Point estaba pensada para impedir el paso de cualquier persona no autorizada, y por desgracia éste era nuestro caso. Una entrada por la azotea, por ejemplo, habría requerido abrir huecos en planchas de metal y en capas de hormigón armado. Por lo que hacía a reventar puertas o ventanas, era imposible forzarlas sin arriesgarse a que nos vieran.

Sospeché que Wesley pensaba en el agua para un posible plan pues los submarinistas del Grupo de Rescate de Rehenes podían entrar en el río o en el lago sin que los detectaran y seguir la vía de agua muy cerca de los muros del edificio principal. Vi factible que los comandos pudieran llegar a nado hasta veinte metros de la misma puerta por la que habían irrumpido los terroristas, pero no logré imaginar cómo evitarían ser detectados una vez en tierra.

Wesley no explicó sin embargo ningún plan porque el senador y la fiscal general eran aliados e incluso amigos, pero también políticos. Ni el FBI ni la policía necesitaban que Washington se entrometiera en la misión. Ya era suficiente con lo que había hecho el gobernador.

-En esa furgoneta blanca aparcada cerca del edificio principal -dijo Wesley-, tenemos el puesto de mando en el perímetro interior.

-La había tomado por una unidad móvil... -comentó la fiscal general.

-Desde ahí intentamos establecer una relación con el señor Hand y su banda feliz.

-¿Cómo?

-Para empezar, quiero hablar con ellos -dijo Wesley.

-¿Nadie ha hablado todavía con ellos? -preguntó el senador.

-Hasta el momento no parecen interesados en hablar -fue la respuesta de Wesley.

El Bell 222 efectuó su estruendoso y lento descenso mientras los equipos de noticias se congregaban cerca del helipuerto instalado al

otro lado de la calzada que conducía al centro de visitantes.

Cogimos las bolsas y los maletines y desembarcamos bajo la ventolera de las palas, aún en movimiento. Wesley y yo avanzamos en silencio, con paso rápido. Volví la vista sólo una vez y observé al senador Lord rodeado de micrófonos mientras la fiscal más poderosa de la nación prorrumpía en una sarta de comentarios emotivos.

Entramos en el centro de visitantes, con sus numerosos paneles y expositores destinados a escolares y curiosos. Pero en aquellos momentos toda la zona estaba ocupada por policías locales y estatales que bebían refrescos y engullían comida rápida y bocadillos cerca de unos planos y bosquejos colocados sobre varios caballetes. No pude evitar preguntarme qué utilidad tenía nuestra presencia allí.

-¿Dónde está tu puesto avanzado? -preguntó Wesley.

-Debería estar ahí fuera, con los grupos especiales. Me ha parecido distinguir nuestro camión frigorífico desde el aire.

Recorrió la sala con la mirada y sus ojos se detuvieron en la puerta batiente de los aseos de hombres. Marino apareció por ella, ajustándose los pantalones una vez más. No esperaba verlo allí. Estaba convencida de que se habría quedado en casa, aunque sólo fuera por su fobia a la radiación.

-Voy a buscar un café -dijo Wesley-. ¿Alguien quiere?

-Que sea doble -pidió Marino.

-Yo también, gracias -le dije. Luego me volví a Marino y añadí-: Este es el último lugar donde esperaría encontrarte.

-¿Ves todos estos tipos que hay aquí? -me respondió Pete-. Formamos parte de una fuerza de choque, de modo que todas las jurisdicciones locales tengan aquí a alguien que pueda llamar a casa y explicar qué cono está pasando. En resumen, que el jefe me ha ordenado venir, y que desde luego no estoy nada entusiasmado con todo esto. Por cierto, ahí fuera he visto a tu colega, el jefe Steels, y te alegrará saber que Roche ha sido suspendido de empleo y sueldo.

No respondí. En aquel momento Roche me tenía sin cuidado.

-Eso debería hacerte sentir un poco mejor -continuó Marino.

Lo observé detenidamente. Tenía el cuello blanco de la camisa mojado de sudor, y el cinturón, con todo el equipo, crujía con sus movimientos.

-Ya que estoy aquí haré lo que pueda por no perderte de vista. Pero te agradecería que no te pusieras al alcance del fusil de alta potencia de alguno de esos gilipollas.

Se alisó hacia atrás unos mechones de cabello con una de sus manos, grande y recia.

-Yo también agradecería no tener que arriesgarme -respondí-. Pero necesito ponerme en contacto con mi equipo. ¿Has visto a alguien?

-Sí, he visto a Fielding en ese remolque grande que compró esa funeraria para vosotros. Estaba preparando unos huevos en la cocina, como si estuviera de camping o algo así. También hay un camión frigorífico.

-Bien. Ya sé dónde está.

-Si quieres, te llevo -se ofreció Marino con indiferencia, como si le diera igual.

-Me alegro de que estés aquí -le confesé, porque sabía que dijera lo que dijese Pete, yo era en parte la *razón* de su presencia.

Wesley volvió enseguida con una bandeja de dónuts en equilibrio sobre los vasos del café. Marino se sirvió mientras yo contemplaba el día, luminoso y frío tras las ventanas.

-Benton, ¿dónde está Lucy? -pregunté.

No me respondió, y su silencio fue una confirmación de mis peores presagios.

-Kay, todos tenemos un trabajo que hacer. -Su mirada era afable, pero inequívoca.

-Por supuesto. -Dejé el café a un lado porque ya tenía suficientes nervios-. Iré a comprobar unas cosas...

-Espera. -Marino empezó a dar cuenta del segundo dónut.

-No me pasará nada.

-Claro que no -insistió él-. Te acompañaré para estar más seguros.

-Sí, debes tener mucho cuidado ahí fuera -intervino Wesley-. Sabemos que hay alguien en cada ventana y pueden empezar a disparar cuando les venga en gana.

Contemplé el edificio principal, a lo lejos, y empujé la puerta de cristal que llevaba al exterior. Marino venía pegado a mi espalda.

-¿Dónde está el Grupo de Rescate de Rehenes? -le pregunté.

-Donde no puedes verlo.

-No me vengas con acertijos, no estoy de humor.

Avancé con determinación, pero como no alcanzaba a ver ninguna señal de los terroristas ni de sus víctimas, la experiencia no pasó de recordarme un ejercicio de instrucción. Los coches de bomberos y los camiones frigoríficos parecían formar parte de una emergencia simulada, e incluso cuando vi a Fielding preparando equipos médicos contra catástrofes dentro del gran remolque blanco que constituía mi puesto de dirección avanzado, tuve la sensación de estar ante una escena irreal. En el momento en que lo encontré, Fielding procedía a abrir una de las taquillas azules de cuerpo entero de la Marina que llevaba el rótulo OCME y en cuyo interior había de todo, desde agujas de varios calibres a bolsas amarillas destinadas a guardar los efectos personales del difunto.

Mi ayudante alzó la cabeza como si yo llevara allí todo el rato.

-¿Tiene idea de dónde están los picos?

-Deberían estar en cajas aparte, con las hachas, los alicates y los puntos metálicos -respondí.

-Pues no los veo.

-¿Qué hay de las bolsas amarillas para cuerpos? -dije mientras inspeccionaba taquillas y cajas almacenadas dentro del remolque.

-Supongo que tendré que conseguir todo eso en la FEMA -comentó él. Se refería a la Agencia Federal para las Actuaciones de Emergencia.

-¿Dónde está? -pregunté, porque allí había cientos de personas de muchas agencias y departamentos.

-Si sales verás su remolque justo a la izquierda, junto a la de esos tipos de Fort Lee. Registro de Sepulturas. La FEMA también tiene esos trajes revestido de plomo.

-Y nosotros rezaremos para que no tengamos necesidad de ellos.

-¿Hay más datos de los rehenes? ¿Sabemos cuánta gente sigue ahí dentro?

-En realidad no estamos seguros porque no conocemos exactamente cuántos trabajadores había en el edificio. Pero cuando Hand y su gente dieron el golpe, el turno de servicio era reducido. Estoy seguro de que formaba parte del plan. De momento han liberado a treinta y dos rehenes. Calculamos que puede quedar una decena, no sabemos cuántos de ellos con vida.

-¡Mierda! -Fielding sacudió la cabeza con gesto de rabia-. Si quiere mi opinión, todos esos cabrones deberían ser fusilados en el acto.

-Sí, bueno, en eso no vamos a discutir -asintió Marino.

-En este momento podemos ocuparnos de unos cincuenta -dijo Fielding dirigiéndose a mí-. Es el número máximo que podemos conservar entre ese camión frigorífico que tenemos aquí y la cámara del depósito de Richmond, que ya está bastante llena. Aparte de eso, la Facultad de Medicina está sobre aviso por si necesitamos más espacio.

-Supongo que los dentistas y radiólogos también estarán avisados, ¿no?

-Por supuesto. Jenkins, Verner, Silverberg, Rollins. Están todos movilizados.

Me llegó el aroma a huevos con jamón y no estuve segura de si tenía hambre o ganas de devolver.

-Si me necesitas, llámame por la radio -dije a Fielding mientras abría la puerta del remolque.

-No vayas tan deprisa -se quejó Marino cuando estuvimos fuera.

-¿Has comprobado el puesto de mando móvil? -le pregunté-. Es ese remolque grande, pintado de blanco y azul, ¿verdad? Me he fijado en él desde el helicóptero.

-No creo que sea buena idea acercarse allí.

-Yo silo creo.

-Pero... El remolque está en el perímetro interno...

-Sí, y también está ahí el Grupo de Rescate de Rehenes.

-Antes hablemos con Benton. Ya sé que quieres localizar a tu sobrina, pero utiliza la cabeza, por el amor de Dios.

-Ya utilizo la *cabeza,* y, sí, busco a Lucy.

Cada momento que pasaba me sentía más furiosa con Wesley. Marino me agarró del brazo con su manaza y me detuvo. Los dos nos miramos con los ojos entrecerrados para protegerlos del sol.

-Escúchame, doctora -me dijo-. En todo esto no hay nada personal. A nadie le importa un huevo que Lucy sea tu sobrina. Es una agente del FBI, ¿de acuerdo?, y Wesley no tiene obligación de presentarte un informe sobre lo que hace con ellos.

No dije nada, y tampoco hubiera sido necesario que Pete abriera la boca para confirmar lo que ya sabía.

-Así que no la tomes con él -continuó Marino, sin dejar de cogerme el brazo con suavidad-. Si quieres que te diga la verdad, a mí tampoco me gusta la situación. Y si le sucediera algo a Lucy, no podría soportarlo. No sé qué haría si os sucediera algo a cualquiera de las dos. Y en este

momento estoy más asustado de lo que me he sentido en toda mi puta vida, pero tengo un trabajo que cumplir, y tú también.

-Lucy está en el perímetro interior -murmuré.

-Vamos, doctora -dijo él tras una pausa-. Vayamos a hablar con Wesley.

Pero no tuvimos ocasión de hacerlo porque al entrar en el centro de visitantes lo encontramos al teléfono. Hablaba con un tono sereno pero firme y estaba muy tenso.

-No hagan nada hasta que llegue. Y es muy importante que esa gente sepa que voy hacia ahí -decía con voz pausada-. No, no, no. No hagan eso. Utilicen un altavoz y así no tendrá que acercarse nadie. -Benton se volvió a mirarnos-. Esperen un momento. Díganles que ahora mismo se acercará alguien para entregarles un teléfono directo.

Después de colgar se encaminó directamente a la puerta, y Pete y yo echamos a andar tras sus pasos.

-¿Qué cono sucede? -preguntó Marino.

-Quieren comunicarse.

-¿Y qué harán? ¿Enviar una carta?

-Uno de los tipos se ha asomado por una ventana y ha empezado a dar gritos -respondió Wesley-. Están muy nerviosos.

Cruzarnos el helipuerto a toda prisa y observé que estaba vacío. Hacía rato que el senador y la fiscal general se habían marchado.

-¿Es que no tienen teléfonos? -pregunté, aún desconcertada por el comentario.

-Hemos desconectado todas las líneas telefónicas del edificio -me explicó Wesley-. Tienen que pedirnos un aparato para llamar. Hasta este momento no lo han querido, pero ahora lo exigen.

-Eso quiere decir que hay algún problema -apunté.

-Yo también lo veo así-secundó Marino, jadeante.

Wesley no respondió pero advertí que seguía muy nervioso y me extrañó, porque era sumamente raro que algo lo alterara de aquella forma. El estrecho sendero nos condujo entre el mar de gente y de vehículos que esperaba para colaborar, y el edificio principal de la central se hizo mayor al acercarnos. El puesto de mando móvil brillaba al sol y estaba aparcado en la hierba; las torres de contención de los reactores y el canal de agua necesario para su refrigeración quedaban a un tiro de piedra.

No tuve ninguna duda de que los neosionistas nos tenían en el punto de mira de sus armas y que si querían podían apretar el gatillo y abatirnos a todos. Las ventanas desde las que suponíamos que observaban nuestros movimientos estaban abiertas, pero no alcancé a ver nada tras las persianas.

Avanzarnos junto al remolque hasta la parte delantera, donde media docena de agentes en ropa de calle rodeaba a Lucy. Al verla, el corazón me dio un vuelco. Iba vestida de negro, con uniforme de campaña y botas, y volvía a estar conectada a los cables como la había encontrado en el Servicio de Gestión de Investigaciones, pero en esta ocasión llevaba dos guantes de realidad virtual y Toto estaba activo sobre el terreno, con su grueso cuello conectado a un rollo de cable de fibra

óptica que parecía lo bastante largo como para permitirle llegar hasta los confines del estado.

-Será mejor pegar el receptor con cinta adhesiva -comentaba mi sobrina a los hombres, a quienes ni podía ver debido a los tubos de rayos catódicos que cubrían sus ojos.

-¿Quién tiene cinta adhesiva?

-Un momento.

Un hombre con un mono negro de mecánico hurgó en una caja de herramientas de gran tamaño y arrojó un rollo de cinta a otro de los presentes. Éste arrancó varias tiras y aseguró el receptor a la horquilla de un sencillo teléfono negro en una caja firmemente sujeta a las pinzas del robot.

-Lucy -dijo Wesley-. Te habla Benton Wesley. Estoy aquí.

-Hola -respondió mi sobrina y noté su nerviosismo.

-En cuanto les hayas entregado el teléfono empezaré a hablar. Sólo quiero que sepas lo que estoy haciendo.

-¿Estamos preparados? -preguntó ella, sin tener la menor idea de que yo estaba allí.

-Vamos allá -asintió Wesley con voz tensa.

Lucy pulsó un botón del guante y Toto cobró vida con un suave ronroneo. Su único ojo, bajo la cabeza de forma redondeada, se volvió como la lente de una cámara con enfoque automático. Cuando Lucy tocó otro botón del guante, el robot volvió la cabeza y todo el mundo observó con expectación contenida cómo la creación de mi sobrina se ponía de pronto en movimiento. Toto avanzó con seguridad sobre la goma de la banda de rodamiento, con el teléfono apretado en sus pinzas, mientras desenrollaba los dos carretes de cable, el de fibra óptica por el que recibía órdenes y el del teléfono.

Mi sobrina guió en silencio la marcha de Toto como si dirigiera una orquesta, moviendo brazos y piernas suavemente. El robot avanzó con seguridad camino abajo por un terreno de grava y hierba, hasta que se alejó tanto que un agente distribuyó unos prismáticos para seguir observándolo. Toto siguió una calzada hasta alcanzar los cuatro escalones de cemento que conducían a la entrada acristalada del edificio principal y se detuvo allí. Lucy hizo una profunda inspiración y continuó el contacto por telepresencia con su amigo de plástico y metal. Tocó otro botón y las pinzas se extendieron junto con los brazos, descendieron lentamente y depositaron el teléfono en el segundo escalón. Después el robot retrocedió y dio media vuelta, y Lucy empezó a guiarlo de regreso.

Toto no había llegado muy lejos cuando vimos que se abría la puerta de cristal y un hombre barbudo con pantalones caqui y jersey salía a toda prisa, recogía el teléfono del escalón y desaparecía de nuevo en el interior.

-Buen trabajo, Lucy -dijo Wesley con un tono de profundo alivio-. Ahora usad ese teléfono, maldita sea. -No nos lo decía a nosotros sino a los terroristas. Acto seguido añadió-: Lucy, cuando estés preparada, entra.

-Sí, señor -respondió ella mientras con los brazos mantenía en

equilibrio a Toto entre los charcos e irregularidades del terreno.

Marino, Wesley y yo subimos la escalerilla que conducía al puesto de mando móvil, cuyo interior estaba tapizado en gris y azul, con mesas entre los asientos. También había una pequeña cocina y un baño, y las ventanas tenían cristales ahumados que permitían observar el exterior desde dentro, pero no a la inversa. En la parte posterior estaba instalado el equipo de radio y los ordenadores, y arriba había una serie de cinco televisores sin sonido, sintonizados con las cadenas principales y con la CNN. Mientras avanzábamos por el pasillo central sonó urgente e imperioso un teléfono rojo sobre una mesa. Wesley corrió a contestar.

-Wesley -dijo, vuelto hacia una ventana, al tiempo que pulsaba dos botones que ponían en marcha una grabadora y el micrófono de mesa.

-Necesitamos un médico. -Por el acento, el hombre que hablaba parecía un blanco del Sur. Todos notamos su respiración acelerada.

-Bien, pero tendrá que contarme algo más.

-¡No me venga con bobadas! -chilló el hombre.

-Escuche -Wesley respondió con suma calma-, no intentamos ningún truco, ¿de acuerdo? Queremos ayudarlos, pero necesito más información.

-Se ha caído a la piscina y está en una especie de coma.

-¿Quién?

-¿Qué cono importa quién?

Wesley titubeó.

-Si muere, tenemos todo el lugar conectado, ¿entiende? ¡Volaremos esta maldita central si no hacen algo ahora mismo!

Quedaba claro a quién se refería, de modo que Wesley no insistió en ello. Algo le había sucedido a Joel Hand y no quería ni imaginar lo que podían hacer sus seguidores si moría.

-Cuénteme -dijo Wesley.

-No sabe nadar.

-A ver si lo entiendo. ¿Alguien ha estado a punto de ahogarse?

-Mire, esa agua es radiactiva. Las malditas piezas estaban sumergidas en ella, ¿entiende?

-¿El hombre estaba dentro de uno de los reactores?

-¡Ya está bien de preguntas! -chilló de nuevo el comunicante-. Que venga alguien a ayudar. Si muere, todo el mundo muere. ¿Queda claro?

El seco estampido de un disparo resonó a la vez por el teléfono y desde el edificio.

Todos nos quedamos paralizados. Luego oímos unos gritos de fondo al otro lado de la línea. El corazón me latía como si fuera a romperme las costillas. Escuchamos de nuevo la voz excitada del tipejo:

-Si me hace esperar otro minuto, mato a otro.

Me acerqué al teléfono y, antes de que nadie pudiera detenerme, intervine:

-Soy doctora. Tengo que saber exactamente qué sucedió cuando el hombre cayó a la piscina del reactor.

Hubo un silencio.

-Casi se ahogó, es lo único que sé -dijo el hombre por fin-. Intentamos sacarle el agua pero ya estaba casi inconsciente.

-¿Tragó agua?

-No lo sé. Quizá sí. Le salió un poco por la boca. -Lo noté cada vez más nervioso-. Pero si no hace algo, señora, voy a convertir Virginia en un desierto.

-Le ayudaré, pero tengo que hacerle algunas preguntas. Dígame en qué estado se encuentra ahora.

-Ya he dicho que está inconsciente, en una especie de coma.

-¿Dónde lo tienen?

-Aquí, en la sala, con nosotros. -Estaba aterrorizado-. No reacciona a nada, por más que lo hemos intentado.

-Habrá que llevar un montón de hielo y de equipo médico -le dije-. Tendré que hacer varios viajes, a menos que me ayude alguien.

-Será mejor que no sea del FBI -respondió alzando de nuevo la voz.

-Soy médica y estoy aquí fuera con un montón de personal sanitario -respondí-. Estoy dispuesta a ir ahí a ayudar, pero no lo haré si me pone dificultades.

Tras un nuevo silencio, nuestro interlocutor aceptó:

-Está bien, pero venga sola.

-El robot me ayudará a llevar cosas. El mismo que le ha llevado el teléfono.

Cuando hube colgado, Wesley y Marino me miraban como si acabara de cometer un suicidio.

-Rotundamente, no -dijo Wesley-. ¡Dios santo, Kay! ¿Has perdido el juicio?

-No entrarás ahí aunque tenga que ponerte bajo custodia policial -intervino Marino.

-Tengo que hacerlo. Ese hombre va a morir.

-¡Y precisamente por eso no debes meterte ahí! -exclamó Wesley.

-Tiene una patología aguda por radiación, si ha tragado agua de la piscina. No tiene salvación. Morirá pronto y creo que sabemos cuáles podrían ser las consecuencias. Sus seguidores son capaces de hacer estallar los explosivos. -Miré a Wesley y a Marino, y luego al comandante del Grupo de Rescate de Rehenes-. ¿No lo entienden? Yo he leído ese libro. Hand es su Mesías, y cuando muera no se limitarán a retirarse. Entonces todo esto se convertirá en una misión suicida, como predijiste. -Me volví a Wesley.

-No tenemos la seguridad de que lo hagan -respondió.

-¿Y piensas correr el riesgo?

-¿Y qué sucederá si Hand se recupera? -preguntó Marino-. Te reconocerá y dirá a su gente quién eres. ¿Qué ocurrirá entonces ?

-No saldrá del coma.

Wesley miró por una ventana y, aunque en el remolque no hacía mucho calor, lo vi sudar como si fuera pleno verano. Se le pegaba la camisa al cuerpo y no dejaba de secarse la frente. No sabía qué hacer. Yo tenía una idea y no creía que pudiera haber ninguna más.

-Escucha -le dije-. No puedo salvar a Joel Hand, pero puedo hacerles creer que no está muerto.

Todos me miraron con perplejidad.

-¿Qué? -dijo Marino finalmente.

Yo empezaba a estar frenética.

-Puede morir en cualquier momento. Tengo que entrar ahí ahora mismo y ganar tiempo para que los demás también podáis entrar.

-No entraremos -dijo Wesley-. No hay manera.

-Una vez que esté dentro, quizá sí -insistí-. Podemos usar el robot para encontrar un camino. Cuando lo hayamos metido dentro, puede aturdirlos y cegarlos el tiempo suficiente como para que consiga entrar la fuerza de choque. Sé que tenemos el equipo necesario para eso.

Wesley tenía expresión sombría, y Marino estaba abatido. Comprendía cómo se sentían, pero sabía lo que debía hacer. Salí a la ambulancia más próxima y conseguí lo necesario de los botiquines mientras otros camilleros buscaban hielo. Luego, Toto y yo iniciamos nuestro avance, con Lucy a los controles. El robot llevaba veinticinco kilos de hielo, y yo un voluminoso maletín médico. Llegamos hasta la puerta del edificio principal de Oíd Point como si se tratara de una visita normal en un día cualquiera. No pensé en los hombres que me tenían en su punto de mira. Me negué a imaginar que hubiera cargas explosivas a bordo de la barcaza en la que iban a cargar el material que podía ayudar a Libia a construir la bomba atómica.

En cuanto llegamos, un tipo que me pareció el mismo hombre barbudo que había salido a coger el teléfono un rato antes abrió inmediatamente la puerta.

-¡Entre! -gruñó. Llevaba un fusil de asalto en bandolera.

-Ayúdeme con el hielo.

Miró hacia el robot, que esperaba al pie de los peldaños con cinco bolsas colgadas de las pinzas, y se mostró reacio, como si Toto fuera un perro de presa dispuesto a lanzarse sobre él en cualquier momento. Por fin bajó a por el hielo y Lucy programó a su amigo a través de la fibra óptica para que soltara las bolsas. Después el hombre y yo entramos en el edificio. Se cerró la puerta y vi que la zona de seguridad estaba destruida. Los aparatos de rayos X y demás escáneres habían sido arrancados de su lugar y cosidos a balazos. Había charcos de sangre y manchas de cuerpos arrastrados, y al doblar un recodo me llegó el olor de los cadáveres antes de ver a los guardias asesinados, que habían sido amontonados al fondo del pasillo en una terrible pila sanguinolenta.

El miedo me subió a la garganta como una amarga bilis cuando cruzamos una puerta roja, y el rugido de los motores me estremeció los huesos y me impidió oír lo que me decía aquel miembro de los Nuevos Sionistas. Me fijé en la pistola negra de gran calibre que llevaba al cinto y recordé el arma del 45 con que habían matado a Danny tan fríamente. Subimos una escalera de rejilla pintada de rojo pero no miré abajo para no marearme. Luego me condujo por una pasarela hasta una puerta muy pesada y llena de advertencias y marcó un código mientras el hielo empezaba a gotear.

-Haga lo que se le diga -le oí decir vagamente al tiempo que entrábamos en la sala de control-. ¿Entendido?

Me empujó por la espalda con el fusil.

-Sí.

Dentro había una decena de individuos vestidos con ropas de trabajo y jerséis o chaquetas, y armados con fusiles semiautomáticos y metralletas. Todos estaban muy excitados y furiosos y parecían indiferentes a los diez rehenes sentados en el suelo junto a una pared. Éstos tenían las manos atadas delante del cuerpo y les habían puesto fundas de almohada en la cabeza. Se les notaba el miedo a través de los agujeros que les habían abierto para los ojos. Las aberturas para la boca estaban manchadas de saliva y respiraban a bocanadas rápidas y superficiales. También observé un rastro de sangre en el suelo, pero éste era reciente y conducía a la parte trasera de una consola, donde los asesinos habían dejado a su última víctima. Me pregunté cuántos cuerpos más encontraría..., en el caso de que el mío no acabara entre ellos.

-Por aquí-me ordenó mi acompañante.

Joel Hand se hallaba tendido boca arriba en el suelo, cubierto con una cortina que alguien había arrancado de una ventana. Estaba muy pálido y mojado todavía tras su rescate de la piscina donde había tragado el agua radiactiva que lo mataría, hiciera yo lo que hiciese. Reconocí su rostro, con la tez clara y los labios carnosos, de cuando lo había visto en el tribunal, aunque ahora parecía más viejo e hinchado.

-¿Cuánto rato lleva así? -pregunté al hombre que me había traído.

-Hora y media, tal vez.

El tipo fumaba y caminaba de un lado para otro. Rehuía mi mirada, con una mano nerviosa apoyada en el cañón del fusil, que me apuntó a la cabeza cuando dejé el maletín en el suelo. Me volví y lo miré.

-No me apunte con eso.

-¡A callar! -Se detuvo y contuvo un gesto, como si quisiera aplastarme el cráneo.

-Estoy aquí porque lo han pedido e intento ayudar. -Le aguanté su mirada vidriosa. Mi tono de voz también era muy terminante-. Si no quiere que lo haga, adelante, pégueme un tiro o deje que me vaya. Aquí nadie más podrá hacer nada por él. Yo intento salvarle la vida y no quiero que me distraiga con esa maldita arma.

El hombre no supo qué decir y se apoyó en una consola con suficientes controles como para pilotar una nave espacial. En las pantallas de vídeo de las paredes se veía que ambos reactores estaban parados y ciertas zonas de una parrilla mostraban unas luces rojas que advertían de problemas que no alcanzaba a comprender.

-¡Eh, Wooten, tómatelo con calma! -Uno de sus compinches encendió un cigarrillo.

-Procedamos con el hielo sin perder tiempo -dije-. Ojalá tuviéramos una bañera, pero no hay ninguna. Veo unos libros en esos estantes y me parece que hay bastantes paquetes de papel junto a la máquina de fax. Traigan todo lo que puedan para hacer un marco alrededor del cuerpo.

Los hombres me trajeron gruesos manuales de todas clases, resmas de papel y maletines que, supuse, pertenecían a los empleados que habían capturado. Formé un rectángulo en torno a Hand, como si estuviera en el jardín de mi casa preparando un macizo de flores. A

continuación cubrí a Hand con los veintitantos kilos de hielo y sólo dejé a la vista el rostro y un brazo.

-¿De qué servirá eso? -El tipo llamado Wooten se había acercado y su acento me pareció de algún lugar del oeste.

-Ha sufrido una exposición aguda a la radiación -le dije-, su organismo está siendo destruido y el único modo de detener esta destrucción es ralentizar todos los procesos.

Abrí el maletín con el equipo médico, saqué una aguja, la inserté en una vena del brazo de su agonizante líder y la fijé con un trozo de esparadrapo. A continuación conecté un catéter que iba incorporado a una bolsa, la cual no contenía otra cosa que una solución salina inocua que no le haría ni bien ni mal. Abrí el paso del gota a gota mientras el cuerpo se enfriaba bajo la capa de hielo.

Hand apenas se mantenía con vida y el corazón me latía desbocado cuando observaba a aquellos hombres sudorosos, que consideraban su dios al hombre que yo fingía salvar. Uno se había quitado el jersey, y la camiseta que llevaba debajo estaba casi gris y tenía las mangas encogidas de muchos años de lavados. Algunos llevaban barba y los demás no se habían afeitado desde hacía días. Me pregunté dónde estarían sus mujeres e hijos y pensé en la barcaza del río y en qué debía de suceder en aquellos momentos en otras partes de la central.

-¡Por favor! -dijo una voz temblorosa en un rincón; uno de los rehenes, por lo menos, era una mujer-. Tengo que ir al baño.

-Mullen, llévala tú. Que nadie se cague aquí.

-Disculpe, pero yo también tengo que ir -dijo otro rehén.

-Y yo.

-Está bien, de uno en uno -dijo Mullen, un tipo joven y enorme.

Al menos ahora sabía una cosa que el FBI ignoraba. Los Nuevos Sionistas no tenían intención de soltar a nadie más. Los terroristas colocan capuchas a sus rehenes porque resulta más fácil matar a alguien que no tiene cara. Saqué una ampolla de solución salina e inyecté cincuenta mililitros en el catéter de Hand, como si le estuviera administrando alguna otra poción mágica.

-¿Cómo está? -preguntó en voz alta uno de los hombres mientras otro de los rehenes era conducido al lavabo.

-De momento lo tengo estabilizado -mentí.

-¿Cuándo volverá en sí? -preguntó otro.

Tomé de nuevo el pulso a su líder, pero era tan débil que casi no lo encontré. De pronto el tipo se agachó a mi lado y palpó el cuello de Hand. Hundió la mano en el hielo y la apoyó sobre el corazón. Me miró con el miedo reflejado en el rostro.

-¡No noto nada! -exclamó, rojo de rabia.

-No ha de notar nada. Es fundamental mantenerlo en un estado de hipotermia para frenar el progreso de los daños causados por la irradiación en los vasos y órganos -me inventé-. Le he administrado una dosis masiva de ácido dietilentriamina pentacético y está muy vivo.

El hombre se incorporó, con la mirada aún furiosa, y se me acercó aún más, con el dedo en el gatillo de su Tec-9.

-¿Cómo sabemos que no mientes o que no lo pones aún peor?

-No lo pueden saber. -No demostré la menor emoción porque había aceptado que aquél sería el día de mi muerte y no me daba miedo-. No tienen más alternativa que confiar en que sepa lo que me hago. He ralentizado profundamente su metabolismo y tardará bastante en recuperar el sentido. De momento sólo trato de mantenerlo con vida.

El hombre desvió la mirada.

-¡Eh, Oso, tranquilo!

-Deja en paz a la señora.

Continué arrodillada junto a Hand mientras el suero intravenoso seguía cayendo gota a gota y el hielo fundente empezaba a filtrarse por la barricada y a extenderse por el suelo. Busqué sus signos vitales y tomé abundantes notas para dar la impresión de estar muy ocupada atendiéndolo. De vez en cuando no podía evitar una mirada a las ventanas y me pregunté por mis compañeros. Aún no habían dado las tres cuando los órganos del paciente le fallaron como si se tratara de seguidores que, de pronto, hubieran perdido todo interés. Joel Hand murió sin un gesto ni un sonido mientras el agua fría seguía fluyendo por el suelo en pequeños regueros.

-Necesito más hielo y medicinas -dije, y levanté la vista.

-Y luego ¿qué? -Oso se acercó.

-Luego, en algún momento, habrá que llevarlo a un hospital.

Nadie dijo nada.

-Si no me dan lo que pido, no puedo hacer nada más por él -dije llanamente.

Oso se acercó a un escritorio y descolgó el teléfono directo. Anunció que necesitábamos el hielo y los fármacos. Pensé que era mejor que Lucy y su equipo actuaran enseguida, o probablemente me pegarían un tiro. Me retiré del charco cada vez mayor que rodeaba a Hand, y al observar su rostro me resultó difícil de creer que tuviera tanto poder sobre otros. Pero todos los hombres de aquella sala y los del reactor y los de la barcaza estarían dispuestos a matar por él. En realidad ya lo habían hecho.

-El robot lo traerá todo. Saldré a buscarlo -dijo Oso. Se asomó a la ventana y anunció-: Ya viene hacia aquí.

-Si sales ahí fuera, lo más probable es que te cosan a balazos -apuntó alguien.

-Con ella aquí, no. -Oso me lanzó una de sus miradas furiosas y hostiles.

-El robot lo puede traer hasta aquí -comenté, para su sorpresa.

Oso soltó una carcajada.

-¿Y todas esas escaleras? ¿Crees que ese pedazo de latón de mierda puede subirlas?

-Es perfectamente capaz -repliqué, con la esperanza de no equivocarme.

-Pues entonces haz que ese trasto traiga lo que necesites, así no tendrá que salir nadie -apuntó otro de los hombres.

Oso volvió a hablar con Wesley otra vez.

-Que el robot traiga los suministros a la sala de control. No vamos a salir -dijo, y colgó el auricular sin darse cuenta de lo que acababa de

hacer.

Pensé en mi sobrina y recé por ella porque sabía que aquello sería lo más difícil que había hecho nunca. De pronto di un respingo al notar el cañón de un arma contra la nuca.

-Si lo dejas morir, date por muerta. ¿Lo has oído, zorra?

No me moví.

-Vamos a largarnos de aquí muy pronto y él debería venir con nosotros.

-Si me consiguen lo que he pedido, lo mantendré con vida -respondí con parsimonia.

El hombre retiró el arma e inyecté la última ampolla de solución salina en el catéter de su líder muerto. El sudor me corría por la espalda, y la falda de la bata que me había puesto sobre las ropas estaba empapada. Imaginé a Lucy en aquel momento, junto al puesto de mando móvil, con su equipo de realidad virtual. La imaginé moviendo los dedos y los brazos y dando pasos hacia aquí y hacia allá mientras la fibra óptica le permitía observar cada centímetro de terreno en las pantallas que tenía ante los ojos. Su telepresencia era la única esperanza de que Toto no se atascaría en un rincón ni se caería por alguna parte.

Los hombres se asomaron a la ventana e hicieron comentarios cuando las orugas del robot lo trasladaron por la rampa para minusválidos y cruzó la puerta.

-No me importaría tener uno de ésos -apuntó una voz.

-Eres demasiado estúpido para manejarlo.

-Qué va. Esa preciosidad no va controlada por radio. Aquí dentro no puede funcionar ningún radio control. No tienes idea de lo gruesas que son estas paredes.

-Sería estupendo para ir a por la leña cuando se encabrona el invierno.

-Disculpe, pero tengo que ir al baño -empezó de nuevo uno de los rehenes.

-¡Otra vez no, joder!

Temí lo que podría suceder si salían y no estaban de vuelta cuando aparecía Toto. La tensión era casi insoportable.

-¡Que se espere! -dijo Wooten, el que me había conducido hasta allí-. ¿Por qué no cerráis esas ventanas? Aquí dentro hace frío.

-Bueno, en Trípoli no tendrás este aire limpio y frío. Será mejor que lo disfrutes mientras puedes.

Hubo un coro de risas en el preciso instante en que se abría la puerta y entraba un hombre barbudo y con expresión de enfado al que no había visto hasta entonces. Llevaba una chaqueta gruesa y pantalones de faena.

-Sólo tenemos quince barras en sus cofres y a bordo -dijo con tono autoritario y un pronunciado acento-. Tienes que darnos más tiempo. Así podremos conseguir más.

-Quince son muchas -dijo Oso, a quien el hombre parecía traer sin cuidado.

-¡Necesitamos veinticinco como mínimo! El acuerdo fue éste.

-A mí nadie me lo ha dicho.

-Él lo sabía. -El hombre del acento marcado contempló el rostro de Hand en el suelo.

-Bueno, ahora no está en condiciones de discutir el asunto... -Oso aplastó la colilla de un cigarrillo con la puntera de la bota.

-¿No lo entiendes? -El extranjero se había puesto furioso-. Cada pieza pesa una tonelada y la grúa tiene que sacarla del reactor inundado a la piscina, y después meterla en su cofre. Es un proceso muy lento, difícil y peligroso. Me prometisteis que tendríamos veinticinco, por lo menos. Ahora vienes con prisas y dudas por culpa de él. -El hombre señaló a Hand con gesto de irritación-. ¡Tenemos un acuerdo!

-El único acuerdo que yo tengo es ocuparme de él. Hemos de llevarlo a la barcaza, con la doctora. Después lo trasladaremos a un hospital.

-¡Esto es absurdo! ¡Para mí que ya está muerto! ¡Estáis chiflados!

-No está muerto.

-¡Míralo! ¡Está blanco como la nieve y no respira! ¡Está muerto!

Los dos hombres se hablaban a gritos y las botas de Oso resonaron en la estancia cuando se acercó a mí con paso enérgico y me preguntó:

-No está muerto, ¿verdad?

-No -respondí.

El sudor le caía por el rostro cuando sacó la pistola del cinturón y me apuntó primero a mí y después a los rehenes, que se agacharon al instante. Uno rompió a llorar.

-¡No, por favor! -suplicó un hombre.

-¿Quién es el que necesita ir tantas veces a mear? -rugió Oso.

Todos callaron, temblorosos, con las respiraciones aceleradas bajo las capuchas mientras sus ojos miraban fijamente, desorbitados.

-¿Eras tú? -El arma apuntó a otro.

La puerta *de* la sala de control había quedado abierta y oí el chirrido de Toto al fondo del pasadizo. Había conseguido remontar las escaleras y recorrer la pasarela, y dentro de un par de segundos estaría allí. Recuperé una larga linterna metálica diseñada por los técnicos de Ingeniería, que mi sobrina había añadido al botiquín.

-Mierda, quiero saber si está muerto o no -dijo finalmente uno de los hombres, y en ese momento me di cuenta de que mi superchería había concluido.

-Se lo enseñaré -respondí mientras el chirrido se hacía más audible.

Apunté con la linterna a Oso al tiempo que pulsaba un botón. El hombre lanzó un chillido ante el destello cegador y se llevó las manos a los ojos. Blandí la pesada linterna como si fuera un bate de béisbol y descargué un golpe que le astilló los huesos de la muñeca. La pistola cayó al suelo con un tintineo al tiempo que el robot hacía su entrada, con las pinzas vacías. Me arrojé al suelo boca abajo, me cubrí los ojos y los oídos lo mejor que pude y la sala estalló en una luz blanca deslumbrante cuando la bomba aturdidora le voló media cabeza al robot. Se oyeron gritos y maldiciones; los terroristas, cegados, chocaban entre sí y contra las consolas y no pudieron ver ni oír el momento en que decenas de agentes del Grupo de Rescate de Rehenes irrumpían en escena.

-¡Quietos, cabrones!

-¡Quieto o te vuelo los sesos!

-¡Que nadie se mueva!

Yo permanecí sin moverme junto a la tumba helada de Joel Hand, mientras los helicópteros estremecían los cristales de las ventanas y los agentes colgados de cuerdas reventaban las persianas a puntapiés. Se oyó el chasquido de las esposas y el ruido de las armas por el suelo al ser apartadas a puntapiés. Se oyeron también sollozos y comprendí que serían los rehenes, a quienes estarían sacando del lugar.

-Bueno, ya están a salvo.

-¡Oh, Dios mío! ¡Oh, gracias, Dios mío!

-Vamos, hay que salir de aquí.

Cuando por fin noté una mano fría en un lado del cuello, comprendí que alguien estaba buscando signos vitales porque debía de parecer muerta.

-¿Tía Kay ? -Era la voz alarmada de Lucy.

Me incorporé lentamente. Tenía entumecidas las manos y el lado de la cara que había estado en contacto con el agua y miré a mi alrededor, aturdida. Temblaba de tal manera que me castañeteaban los dientes cuando Lucy se agachó a mi lado, empuñando su arma. Escrutó la sala mientras otros agentes vestidos con uniformes negros sacaban a los últimos prisioneros.

-Vamos, deja que te ayude -me dijo.

Cuando me ofreció la mano, los músculos me temblaban como si fuera a tener un ataque. No conseguía entrar en calor y tenía un pitido constante en los oídos. Vi a Toto cerca de la puerta. Tenía el ojo chamuscado, la cabeza ennegrecida y la especie de casco que la cubría había desaparecido. El robot permanecía quieto con su fría cola de cable de fibra óptica, sin que nadie le prestara la menor atención, mientras los neosionistas eran conducidos afuera.

Lucy contempló el cuerpo frío de Hand, el agua del suelo, la aguja intravenosa y las bolsas vacías de suero.

-¡Dios! -exclamó.

-¿Ya se puede salir? ¿No hay peligro? -Tenía lágrimas en los ojos.

-Acabamos de hacernos con el control de la zona de contención y hemos tomado la *barcaza al* mismo tiempo que entrábamos en la sala de control. Hemos tenido que disparar contra algunos porque no querían dejar las armas. Marino se ha cargado a uno en el aparcamiento.

-¿Ha matado a uno de ellos?

-Ha tenido que hacerlo -respondió-. Creemos que los tenemos a todos, unos treinta, calculo. Pero todavía tenemos que ir con cuidado, porque el lugar está sembrado de explosivos. Vamos. ¿Puedes caminar?

-Claro que puedo.

Me desabroché la bata empapada y me la quité a tirones porque no soportaba llevarla un segundo más. La arrojé al suelo, me desprendí de los guantes y abandonamos rápidamente la sala de control. Lucy descolgó la radio del cinturón y sus botas resonaron en la pasarela y en las escaleras que Toto había salvado tan bien.

-Unidad uno veinte a unidad móvil uno -dijo.

-Aquí uno.

-Esto queda despejado. ¿Todo bien?

-¿Tienes a la sujeto? -Reconocí la voz de Benton.

-Afirmativo. La sujeto está bien.

-¡Gracias a Dios! -La respuesta resultó insólitamente emotiva para aquella emisora-. Di a la sujeto que la estamos esperando.

-Sí, señor-dijo Lucy-. Creo que la sujeto lo sabe.

Dejamos atrás rápidamente los cuerpos y la sangre y llegamos a un vestíbulo abarrotado de gente. Lucy abrió una puerta de cristal. La tarde era tan luminosa que tuve que protegerme los ojos. No sabía por dónde iba y me notaba muy inestable.

-Cuidado con los peldaños. -Lucy me pasó el brazo por la cintura. -Sujétate a mí, tía Kay, así...